FARISEOS

Y

SADUCEOS MODERNOS

(MISTICOS Y MATERIALISTAS)

POR

JESUS CEBALLOS DOSAMANTES.



Francisco Pi y Margall.
Abogado MADRID.

MÉXICO
TIPOGRAFIA DE DUBLAN Y COMPAÑIA
Refugio num. 15, (entresuelo)

1889

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Señor Don Francisco Pi y Margall
distinguido pensador y escritor

Tuve el honor de remitir
Vd. mi Sistema Federacionista y le
le dedico este ejemplar de mi nueva
obra, en la cual, contestando á mis
críticos, preciso y afirmo mis pro-
posiciones que yo he sometido á
su ilustrado criterio

Suyo Atmo S.S.

J. Ceballos
Fernandez

© Biblioteca Nacional de España

ÍNDICE.

Dedicatoria VII
Prólogo IX

CARTAS FILOSOFICAS.

PRIMERA SERIE.

Carta I A Don Juan Valera 17
„ II „ „ „ „ 31
„ III „ „ „ „ 43
„ IV „ „ „ „ 55
„ V „ „ „ „ 67

SEGUNDA SERIE.

Carta I A Don Joaquín Calero 81
„ II „ „ „ „ 93
„ III „ „ „ „ 107
„ IV „ „ „ „ 121
„ V A lós espíritus místicos y ortodoxos 131
„ VI „ „ „ „ „ 147
„ VII Teoría de lo Absoluto 169

TERCERA SERIE.

Carta I A los Hombres Públicos de espíritu progresista 187
„ II „ „ „ „ „ „ „ 195
„ III „ „ „ „ „ „ „ 203
„ IV „ „ „ „ „ „ „ 213

ARTICULOS FINALES.

Gobierno Providencial en la Naturaleza 227
La Intolerancia que sirve al Progreso es beneficiosa 247

APENDICE.

Cartas Americanas dirigidas por Don Juan Valera, al autor de esta obra .. 257
Artículos críticos por Don Joaquín Calero, dedicados al autor de esta obra, para impugnarle sus doctrinas perfeccionistas 295

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

Dedico este Libro á los verdaderos libres pensadores que concurran este año al seno del Congreso Espirita que se organizará en Paris, con motivo de la Exposición Internacional que habrá de celebrarse para conmemorar el centenario de la toma de la Bastilla por el egregio pueblo francés; hecho heroico, el más grande que se registra en los anales de la historia de las luchas sostenidas entre los oprimidos y sus tiranos.

Plegue á la razón que de ese Congreso broten destellos de luz soberana, que irradiando sobre la faz de nuestro planeta, extirpe las tinieblas de superstición odiosa y de orgulloso materialismo.

México de 1889.

JESUS CEBALLOS DOSAMANTES.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

PROLOGO.



El contestar á la crítica que los Sres. Valera y Calero han hecho de mi sistema filosófico el "*Perfeccionismo Absoluto*," no es el móvil principal que me guía al publicar este volumen; las cartas que dirijo á esos señores son tan solo un pretexto de que me valgo, para cumplir mi deseo de precisar las proposiciones que he dado en mi sistema, aduciendo ahora nuevos argumentos que las sostengan y robustezcan; procurando al mismo tiempo combatir, con toda la energía que se hace necesaria, á místicos y á materialistas; á esos dos grupos perniciosos que con diversos prejuicios tienen detenido el progreso intelectual y moral de la humanidad.

© Biblioteca Nacional de España

El místico, en cualquier matiz en que se halle colocado, proclamará siempre una moral de miedo y opondrá el gigante dique de su abyecto terror, para impedir que el humano pensamiento se remonte, con todo su majestuoso vuelo, á las regiones de lo infinito.

El materialista, por más que la moderna Física y la moderna Fisiología le estén demostrando lo primitivo é infantil de su ciencia, se ha empeñado orgullosamente en creer que ya todo lo sabe y por eso se complace con obcecación punible, en negar la inmortalidad del ser sensible y pensador, creyendo cándidamente que los impulsos del genio y del amor, son cual efectos de reacciones químicas, que se efectúan en la arcilla de una retorta. Y, con grande insensatez dice: que no puede entregarse al estudio y experimentación de los fenómenos psíquicos de sonambulismo, hipnotismo y comunicación con el mundo suprasensible, porque su *augusta* (!) *razón se respeta.*

¡Oh! Sí, magna y estupenda razón tiene que ser aquella que nada nos dice acerca del origen del espíritu, ni de su razón de existencia actual, ni de su destino futuro.

Fenomenal razón es, á fe mía, la que nada nos informa con relación á la clave del progreso, ni en el orden racional, ni en el científico.

© Biblioteca Nacional de España

Avergonzados, humildes y ruborosos deberían callar esos señores, cuando se les habla de los hechos de magnetismo, de hipnotismo, de doble vista y de comunicación con el mundo suprasensible, desde el momento en que existen tantos y tantísimos hechos ante los cuales la ciencia aún enmudece.

El buen juicio habría de decirles:

No puedo calificar de irracionales y anticientíficos, hechos que yo condeno sin haberlos estudiado y los cuales juzgo con exígua razón y con menguada ciencia: los múltiples arcanos que la ciencia actual tiene, quizás sean las premisas indispensables para explicar en sucesión lógica y científica, los hechos aislados y fortuitos, cuya evidencia afirman aquellos que los han experimentado, y entre los cuales hay hombres muy respetables.

Agustín, el padre de la Iglesia católica, y Tomás de Aquino, llamado el *Doctor Angélico*, calificaban de absurdísima la idea relativa á la existencia de los antípodas, y todo porque la ciencia de su época carecía de los factores importantísimos que despues han dado la Física y la Astronomía modernas.

Esta experiencia deberian aprovecharla los *Agustines* y *Tomases* de la época presente, para no dar fallos con soberbia petulancia, acer-

© Biblioteca Nacional de España

ca de cosas que no han estudiado con toda la paciencia é imparcialidad que reclaman los métodos científicos.

¿Habéis visto el cuadro de Nicolás Baravino, en el cual aparece el ilustre Colón, irradiando esa mirada de fuego que ante el ignorante se ofrece cual extraviada mirada de un alienado, pero que en realidad solo es la manifestación sublime de un espíritu prepotente, cuyo genio angustiado en las paredes de la carne, escapa sus fulguraciones intensísimas por la chispeante pupila?

Y, ¿os habéis fijado en la repugnante, pedantesca, estúpida y orgullosa mirada con la cual burlan y escarnecen al ilustre genovés, los hinchados, vanos y presuntuosos doctores de Salamanca?

¿Sí? Habéis visto ese cuadro? Y al verlo habéis sentido veneración por el egregio náutico y desprecio é indignación hacia los *sabios de estampilla* que le escarnecieron? Os habéis fijado en lo extremadamente repugnante de la burlona, pedantesca y estúpida sonrisa de aquellos *sabios rutinarios de patente?* Pues cuidado, ilustres doctores del siglo actual, no vayáis á aparecer ante la historia cual los doctores de Salamanca, escarneciendo á quienes estudian los hechos trascendentales del magnetismo, del

© Biblioteca Nacional de España

hipnotismo y de la comunicación con el mundo suprasensible; porque, esto es lógico: reflexionad que ante el experimentador profundamente convencido, vuestros sarcasmos no pueden destruir por manera alguna la evidencia del hecho observado, y solo alcanzan presentar en toda su desnudez, vuestra presumida ignorancia y vuestro pletórico orgullo; lo cual despierta en el ánimo, sentimientos de indignación ó de lástima, según que el que os contemple sea, intolerante ó benévolo.

Y, cuando sentís próxima vuestra derrota, cuando presentís que el ridículo que se os espera es tan grande como grande es vuestra soberbia y vuestra presumida ignorancia, entonces, ¡insensatos! os esforzáis por sofocar la verdad aportando el sofisma, la sutileza y el sarcasmo.

Vuestro espíritu desea, más el triunfo de necio amor propio, que el triunfo soberano de la verdad redentora. Pero es vano vuestro empeño; las energías de la verdad constituyen potencia magna, que ductiliza y funde toda clase de aisladores.

La Filosofía cuenta hoy con elementos de gran valor positivo, los cuales ni soñados fueron por los pensadores del pasado. Estos elementos los dan: la Geología, la Paleontología,

© Biblioteca Nacional de España

la Astronomía Física, la Termo-dinámica, la Radiofonía, la Biología, el Magnetismo, el Hipnotismo, y, digámoslo de una vez,—aunque con ello provoque la ignorante y petulante sonrisa de los hombres que se llaman *espíritus fuertes*—están también los hechos positivos del Espiritismo, de esa ciencia moderna que despreciada por los prejuicios, por las exageraciones y por las vanidades de escuela, no ha sido apreciada, en sus trascendentales y riquísimas verdades

El Espiritismo, abandonado en lo general, á la dirección de beatos presuntuosos y fanáticos, solo ha hecho una agrupación de dogmáticos creyentes, supersticiosos y ridículos, los cuales se han constituido en objeto de ludibrio, de escarnio y de epigramáticos sarcasmos. Pero los hombres sensatos, aquellos que con recto criterio se respetan verdaderamente y no tienen la incalificable necedad de condenar lo que no conocen, éstos, al estudiar el Espiritismo, se han advertido de que, en sus doctrinas, al través de la forma mística, aparecen verdades científicas y filosóficas de inmenso valor positivo. De ahí ese grupo respetable de hombres notables en el terreno de las letras, de la ciencia y de la filosofía, que estudian, experimentan y desarrollan los hechos del Espiritismo, sin

© Biblioteca Nacional de España

preocuparse por las burlas de los que, con *sabiduría menguada* y *orgullosa*, condenan y fallan sobre asuntos que solo conocen por los vagos rumores que de los hechos, mal referidos y desvirtuados, propagan los círculos constituidos por cándidas *comadres espiritistas*, congregadas en torno de algún necio que, con menguadísima ciencia y plétora de ridícula vanidad, se creerá un Cagliostro ó un Allan Kardec.

El Espiritismo, juzgado como religión, es dogmático en sus fundamentos y por lo tanto censurable; pero, juzgado como ciencia, ofrece hechos positivos, *que no eluden la observación y la experimentación*, y, cuyos hechos, abren anchísima vía que conduce á horizontes magníficos, completamente nuevos.

Finalmente, considerado filosóficamente el Espiritismo, ofrece elementos poderosísimos para la filosofía sintética.

El hombre progresista, libre de prejuicios, puede y debe sacar del Espiritismo —como fuente que es de hechos trascendentalísimos— una Psicología, una Etica, una Ciencia y una Filosofía verdaderamente positivas: tal es la tendencia del Sistema Perfeccionista que he propuesto, en sus bases fundamentales. Felizmente, para su desarrollo en cada una de las fa-

© Biblioteca Nacional de España

ses indicadas, existe ya un grupo considerable de hombres progresistas, que aman el perfeccionamiento humano, que protestan contra el candoroso *dogma divino, de origen primitivo*, y que cultivan la ciencia y la filosofía, con el fin noble y grandioso de traer sobre nuestro planeta el reinado del amor y de la sabiduría, en oposición á los *Fariseos* y *Saduceos modernos* que, con hipócritas, cobardes, interesados y bastardos fines, solo buscan en la ciencia el arlequinesco vestido de la vanidad, los abigarrados títulos, el brillo de oropel y las campanillas y cascaveles chillones con que imperan sobre los cándidos, sobre los fanáticos y sobre los ignorantes.

¡Atrás, pues, siempre renovados tipos de los Fariseos y Saduceos bíblicos!

¡Paso al progreso! Paso al amor y á la sabiduría!

© Biblioteca Nacional de España

CARTAS FILOSÓFICAS.

PRIMERA SERIE

CARTA PRIMERA.

A D. JUAN VALERA. (*)

> Que el teismo personal trascendente se ha hecho inaceptable á la conciencia moderna tanto en sí mismo como en sus consecuencias (moral heterónoma, teodicea, libre albedrío, etc.) es un punto expuesto suficientemente.
>
> HARTMANN.

Muy estimado amigo mío:

Cuando tuve á vd. presente para remitirle mi libro "*El Perfeccionismo Absoluto*," siempre esperé que su reconocida ilustración le haría emitir un juicio que, ya en pro, ya en contra, me diera la medida del valor positivo que mis proposiciones pudieran encerrar. Más aún; creí, atendiendo al carácter serio y trascendental de mi obra, que vd. dejaría por un momento su brillante estilo humorístico, para formular un juicio serio; en

(*) En el apéndice final se hallan las "Cartas Americanas" en las cuales el Sr. Valera hizo la crítica de mi sistema filosófico "El Perfeccionismo Absoluto."

© Biblioteca Nacional de España

ello hubiera perdido el aplauso de los que gustan saborear este género de lecturas, pero en cambio mucho habría ganado la gravedad reflexiva de sus conceptos.

Aunque en este último punto no ví coronadas mis esperanzas, sin embargo, vd. se ha dignado ocuparse de mi sistema filosófico, en varias de sus "Cartas Americanas" que publican "Las Novedades" de Nueva York, y por ello le estoy agradecido, en cuanto á que, por este medio, la sociedad humana podrá informarse de los conceptos que vd. y yo podamos comunicarle con relación á los grandes problemas filosóficos, que son y han sido siempre motivo de la mayor importancia para todos los hombres pensadores.

Cuando los diarios de esta capital nos dieron á conocer las cartas en las cuales hacía vd. la crítica de mí obra, por más que todos mis amigos creían encontrar en ellas solamente sarcasmos é ironía, yo en cambio, —quizás porque en este punto me conviniese, mejor que en cualquiera otro, manifestar mi optimismo—creí ver, aunque confundido lo serio y trascendental con lo satírico y jocoso, algo que me indicaba no estar vd. muy distante de mis proposiciones, á lo menos, en varias partes; y hasta me atrevo á creer que el punto principal que nos aparta para llegar á comunión de ideas, está constituido por el diverso modo que tenemos de juzgar á la causa creadora vd. y yo.

Parece que,—porque á esa causa yo no la admito ni personal, ni divina, ni fuera del Universo, y sí impersonal, natural é inmanente—deduce vd. que la niego; pues así se desprende de aquel párrafo en el cual dice:

"Así como la bellota se quedará bellota y no llegará

© Biblioteca Nacional de España

á ser encina nunca si no le dan jugos la tierra, el agua y el aire, y luz y calor el sol, así también el caos se hubiera quedado caos, sin algo extraño que hubiera movido sus gérmenes."

Ese algo, pero no *extraño* al Universo, es el que yo he designado en mi sistema con el nombre de *Agente cósmico*, procurando ofrecer el concepto de un poder natural que, desde el estado de mayor simplicidad y de potencia latente, viene desplegando en progresión, siempre creciente, las energías que vemos manifiestas en las múltiples y variadísimas formas que nos ofrece el mundo objetivo. Energía que se manifiesta: ya en el desarrollo de la bellota, ya en el del huevo, ya en el del embrión humano, en cuyo ser, las energías intelectuales y efectivas se nos muestran como el elemento más exaltado de la unidad potencial que actúa en el Universo.

Usted dice, y en ello se hace eco de lo que muchas personas afirman, que lo mismo da llamar á la causa creadora Dios, que fuerza eterna, alma del mundo, agente cósmico, etc. En esta indiferencia está precisamente lo grave y trascendental del problema.

Jamás la humanidad podrá llegar á comunión grandiosa en el seno de la verdad, si se insiste en dar á la causa universal, de los universales efectos, un nombre con el cual vengan las ideas de personalidad y de sobrenaturales atributos. Entonces la imaginación, vagando siempre por el campo de las quimeras, abortará las más descomunales, caprichosas y arbitrarias concepciones. Con referencia á este punto ha dicho Volney, que si se traen á concurso á hombres de todas las religiones,

© Biblioteca Nacional de España

jamás llegarán á un avenimiento tratándose de sus creencias religiosas, puesto que carecerán de una base positiva que favorezca el común acuerdo; y que, tratándose del sol, todos convendrán en que es redondo.

En el nombre está encerrada la idea y si ese nombre entraña una concepción arbitraria, que carezca de dato positivo alguno para servir de común acuerdo entre los hombres, jamás éstos llegarán al concepto universal de una causa verdadera.

No sucederá así, si elegimos un nombre que, como el de *Agente cósmico*, ofrezca la idea de un poder al cual no le podremos dar otras propiedades que aquellas que estén dentro de la esfera de nuestra observación, proscribiendo todos aquellos atributos que la fantasía humana creó, engendrando el olimpo pagano, el cielo cristiano y el paraíso mahometano.

En la actualidad yo encuentro tan ilógico que al agente universal que mueve y vivifica á los mundos y á los seres, se le atribuya una personalidad, como ilógico y absurdo hubiera sido que en los tiempos primeros de la formación de nuestro planeta, por el simple hecho de que en la época secundaria, en el período *triásico* el *labyrinthodon* era el tipo animal de mayor perfección que presidía á la Naturaleza de aquella época, se hubiera dicho que la causa creadora no era otra cosa que un enorme y divino *labyrinthodon*.

Refiexione vd. que las premisas de una y otra conclusión son las mismas.

Todos aquellos que con reverente afán quieren conservar incólume la concepción mítica de la personalidad causal, se confunden y creen que es negar toda

© Biblioteca Nacional de España

causa universal el no reconocerla bajo el punto de vista tradicional, sin advertirse de los pobrisísimos títulos que trae la genealogía de la idea concerniente á la causa personal y divina; pues ella se deriva en línea recta de las primitivas concepciones fantásticas que abortara la razón niña y asustadiza de la humanidad naciente, que suponia mitos, tras del rayo, tras del huracán, tras del terremoto, tras de las ondas impetuosas del océano, y en suma, tras de todas las energías potenciales de la Naturaleza. En tales momentos fué cuando surgieron todas esas quimeras del poder divino, las cuales, persistentes aún en nuestros tiempos, bajo el concepto que ofrecen las creencias de los místicos, son el signo evidentísimo de los lazos que nos unen todavía con la razón débil y aterrorizada de aquellos que establecieron los primitivos cultos del *fetichismo* y del *sabeismo*. Mas á medida que la razón humana ha ido progresando, alumbrada por la ciencia, los mitos han disminuido, dejando su puesto á las leyes naturales.

El hombre, explorando el mundo que habita, y del cual durante miles de siglos solo conoció reducidísima parte, llegó á descubrir nuevos continentes, escudriñó la tierra en todas direcciones, y solo encontró regiones naturales, no quedando sitio para lo divino. Después, con el auxilio de poderosos telescopios, su mirada penetró hasta las más apartadas regiones siderales, y ahí no encontró el cielo soñado por los místicos. Más tarde, por medio del espectroscopio, robó rayos de luz á los lejanísimos astros, y en el análisis espectral no encontró las huellas de lo divino, y sí elementos físicos constituyentes de aquellos apartados astros, los cuales

© Biblioteca Nacional de España

acusaban común origen con los de nuestro planeta.

Entonces, á medida que el hombre entraba á mayor conocimiento del Universo, comenzó á proscribir de su asustadiza razón el sentimiento candoroso de lo divino; mas como este sentimiento ha acompañado á la humanidad durante miriadas de generaciones, desde las primeras evoluciones de su humanización hasta los tiempos presentes, y como tal sentimiento fué engendrado á efecto de pánico terror, éste ofusca su mente y la sumerge en titánica lucha. Lucha en la cual la razón pugna por vencer el miedo avasallador, que le impide poner en ejercicio todo el vuelo de su libre pensamiento; y tan luego como éste comienza á funcionar, aparece la idea de una causa dentro de las leyes naturales.

La tendencia de la razón libre para inferir la existencia de una causa inmanente y no fuera de la sustancia, ha sido defendida desde los tiempos más antiguos; y en los modernos, Flammarión, Hartmann, Tiberghien y otros, sostienen lo mismo; pero, en mi concepto, sus proposiciones aún envuelven un fondo que es pernicioso para el progreso de la ciencia, y él está constituido por el atributo divino que á esa causa inmanente le atribuyen. Pues si hemos de ser rigurosos para combatir el sentimiento fanático, que por tantos siglos ha sido causa de las más monstruosas y quiméricas lucubraciones místicas, debemos cortar de raíz la causa que la origina, reconociendo que el último matiz del sentimiento terrorífico nacido entre los sacrificadores de humanas víctimas, radica, aunque atenuadísimo, en el metafísico, que guarda en su alma un sentimiento de *amorosísimo espanto*, hacia su divino monarca.

© Biblioteca Nacional de España

Un metafísico, y de los más avanzados, os dirá en sus escritos: que las leyes del Universo son inmutables, que sus efectos son por lo tanto ineludibles, y que las actuaciones de la unidad causal no tienen ni pueden tener acción circunscrita y modificada con relación á los actos de cada una de las individualidades humanas; pero no obstante esto, con frecuencia os lanzará estas ó parecidas frases:

"*La voluntad divina así lo quiso.*"

"*Era necesario que se cumpliera la justicia omnipotente.*"

"*El* CASTIGO *supremo se manifestó en tal hecho.*"

"*Demos gracias al autor supremo por los beneficios que nos dispensa.*"

Y, en suma, otras mil frases por el estilo, que no son otra cosa que la manifestación atenuada del sentimiento abyecto y terrorífico, que aconsejaba al hombre de las antiguas edades adular á los fantasmas divinos con holocaustos sangrientos; la diferencia solo está constituida por la matizada escala que ofrecen en sus dos extremos las creencias de los místicos.

El *místico bárbaro* empleaba la elocuencia de los sacrificios sangrientos, inspirándose para ello en los gustos crueles de sus bandidos monarcas; pues si aquellos reyes eran regocijados con la sangre de sus enemigos, deducía que así igualmente el *divino monarca imaginario*, sería regocijado con la humeante sangre de las víctimas que se le inmolaran.

El *místico metafísico*, inspirándose en el sentimiento de vanidad, tan exaltado en nuestra época, y que es, en cuanto á su carácter dominante, lo que el sentimien-

© Biblioteca Nacional de España

to cruel y feroz en las antiguas edades, formula frases de estampilla archi-aduladoras para agradar á su divino mito, á quien, no obstante atribuirle una legislación infalible y absoluta, le desliza supliquillas pidiéndole bienes maravillosos para sí, para propios y para extraños.

Se dirá que en esto no hay ningún mal, y yo digo que sí lo hay; porque se ultrajan los fueros de la razón, porque obrando así se obra sandia y estúpidamente, y lo sandio y lo estúpido es pernicioso para el adelantamiento de la humanidad.

Si persistimos en las quimeras del origen divino, si seguimos suponiendo que la causa del Universo no solo es admirable, sino que también sobrenatural y fantástica, entonces, reconozcamos que extraviando todos los puntos de partida que tenemos adquiridos en el terreno de lo natural, de lo real y positivo, nos quedaremos sumergidos en la abyección que, durante miriadas de centurias, evitó al hombre conocer el lugar positivo que el planeta terrestre ocupaba en lo infinito.

La humanidad á efecto del terror no podrá llegar á su edad viril, seguirá practicando una moral de mogigatería, y no alcanzará la sublime práctica de la moral verdadera, que tiene por fundamento: el amor y la sabiduría.

Si seguimos en la tarea de buscar los signos que hablen en demostración de una conciencia divina, solo encontraremos las fuerzas ciegas, rudas é inclementes de la Naturaleza, que protestan con la voz elocuente de los hechos, en contra de nuestras sandias lucubraciones.

Hace pocos días que leyendo el grandioso poema "*La Pesca*," del Sr. D. Gaspar Núñez de Arce, conmo-

© Biblioteca Nacional de España

vido ante la palpitante realidad del cuadro que describe, y que no constituye un hecho excepcional, y sí uno de los constantes dramas de que es víctima la augusta criatura humana, llamé en torno mío á aquellos de mis tiernos hijos en quienes la razón comienza á funcionar y, leyéndoles y explicándoles dicho poema, les dije:

Estos hechos que son constantes entre la familia humana, constituyen la demostración más elocuente para probar que no existe una conciencia divina. Y, en mi profunda emoción, agregué:

Yo creo que solo un cerebro atrofiado ó un corazón perverso puede cohonestar la existencia de *un poder consciente y divino*, con el lujo de crueldades que cometen las fuerzas inconscientes de la Naturaleza.

El problema filosófico que encierra ese poema del Sr. Núñez de Arce, solo tiene solución en las siguientes proposiciones:

No hay conciencia divina.

La potencia creadora, natural é inmanente, solo alcanza la conciencia en su elemento culminante, esto es, en el elemento humano. Conciencia que se forma y se perfecciona á efecto de las evoluciones progresivas del persistente espíritu.

A través del escepticismo de vd. se le advierte un encanto particular por las fantasías poéticas que crea la idea de lo sobrenatural; pero no creo que escape á su talento el que mi sistema abre anchísimo campo á las bellezas poéticas, tornándolas de lucubraciones quiméricas é ilógicas en concepciones que ya podrán hallar, como punto de apoyo, una base racional y científica.

© Biblioteca Nacional de España

¿Por qué no trocar lo que vd. sigue llamando *sobrenatural*, por la idea que ofrece la palabra *admirable*?

¿Por qué no admitir una grandiosidad sublime en el seno fecundo de la madre Naturaleza?

¿Por qué no reconocer á esta madre que pugna con afán constante y en progresión perfeccionadora por brindarnos sus positivos bienes?

Con ello justificaremos la no realización de maravillosos y súbitos bienes, puesto que esa madre nos da cuanto tiene y puede darnos. Pero si persistimos suponiendo á un padre riquísimo en bienes estupendamente maravillosos, y que no obstante esto nos regatea y hasta nos niega esos bienes, habremos de convenir en que es bien avaro con sus hijos, y tanto, que en ello no les va en zaga á los malos padres humanos y hasta á los mismísimos padrastros.

Usted convendrá, amigo mío, en que mi sistema se halla colocado entre dos polos de extremadísima intransigencia, y que por lo mismo es muy difícil conquistar adeptos por ahora.

Estos dos polos están constituidos: el uno, por los metafísicos, quienes se manifiestan refractarios á todo sistema que no entrañe por base lo sobrenatural y divino; el otro, por los materialistas, quienes en su horror al mundo de las abstracciones metafísicas, sienten ya repugnancia por todo aquello que les parece se aparta de la observación y de la experimentación científica.

Mas si llego al fin que me he propuesto; si alcanzo que el metafísico reconozca que con mi sistema permanecen incólumes y aún afirmadas sus esperanzas de inmortalidad, que la bella poesía tendrá su renacimiento

© Biblioteca Nacional de España

en el campo de lo real y positivo, (esto va al agregio cantor de *La Duda*, á D. Gaspar Núñez de Arce); si reconocen, en fin, que en nada se vulneran sus esperanzas de un futuro grandioso para la humanidad; si todo esto reconocen por una parte los metafísicos, y por la otra los materialistas se penetran de que sus brillantes estudios experimentales, lejos de quedar invalidados, se ofrecen como elementos preciadísimos para emprender una observación y una experimentación de orden elevadísimo y de trascendental grandiosidad; entonces, quedarán coronados mis más ardientes deseos. Y mucho me hace esperar que estos deseos no sean vanos, la circunstancia de que vd. diga:

"La existencia de los cuerpos fluidos ó etéreos, en que se funda toda la doctrina de vd., me parece muy de acuerdo con la ciencia antigua y con la ciencia moderna."

Y más adelante:

"En cuanto á la ciencia moderna, ya veo claro que se puede bien apoyar la afirmación de vd. en los *Principios de Biología*, tan celebrados, de Herbert Spencer."

También afirman mis esperanzas los breves, pero altamente autorizados conceptos que un compatriota de vd., el ilustrado y erudito filósofo Sr. H. Giner de los Ríos, se sirvió comunicarme, diciendo que las bases de mi sistema eran propiamente fundamentales para la especulación filosófica.

Por otra parte, el sabio profesor de la facultad de Farmacia en la Universidad Central de Madrid, Sr. Rodríguez Carracido, se sirvió comunicarme las impresiones que la lectura de mi obra le había producido, mani-

© Biblioteca Nacional de España

festándome aceptación y agrado por lo correspondiente á la filosofía evolutiva; aplaudiéndome bondadosamente por mi rudo ataque en contra de lo sobrenatural; y, por lo que atañe á mi espiritualismo, dice:

"Aunque este difiere radicalmente de aquel espiritualismo escolástico que partiendo de tésis ontológicas aspiraba á determinar *á priori* la esencia y cualidades del espíritu, sin embargo, los que cultivamos las ciencias positivas, consagrados diariamente á la observación de fenómenos naturales, somos refractarios, por educación, á reconocer esas existencias suprasensibles."

Y en seguida, con una sinceridad digna del mayor aplauso y que pone de manifiesto su verdadero talento, agrega:

"Quizá dependa esto de una deficiencia intelectual que nos torna exclusivistas por la continuidad de los hábitos experimentales."

Yo admito como causa única el hábito y de ninguna manera la deficiencia intelectual, tratándose del Sr. Rodríguez Carracido.

Pero no he de terminar estas citas que tanto me honran, sin cerrarlas con una que, lo mismo que las anteriores, tiene para mí gran valor.

Nuestro ilustrado Ministro de Justicia é Instrucción Pública, Lic. D. Joaquín Baranda, al acusarme recibo del ejemplar de mi obra que le dediqué, dice:

"Me atrevo á anticipar la opinión de que las proposiciones de vd. han de influir necesariamente en la solución del problema que tiene preocupados á todos los hombres pensadores."

Espero que los Sres. Giner, Carracido y Baranda me

© Biblioteca Nacional de España

perdonen esta indiscreción, pues su talento é ilustración les hará conocer que no defiendo intereses propios, y sí los que son comunes á toda la familia humana.

Dando punto por hoy á esta carta que ya se ha hecho bien larga, quedo atento á todo lo que vd. se sirva decir aún con relación á mi libro.

Crea vd. en la estimación y aprecio que le tiene su amigo y servidor.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CARTA SEGUNDA.

A D. JUAN VALERA.

> Y el hombre cae agradecido de rodillas al contemplar el renacimiento del sol; y en su grosero é incipiente lenguaje exclama: "¡Gracias, amigo mío, protector mío, DIOS mío! Tú vienes á consolarme: á Tí debo mi felicidad y mi alegría; yo te adoro!.....
>
> El beneficio fué el primer dios de la humanidad, personificado en el sol; porque el sol era el mayor de los beneficios que podía concebir la materializada inteligencia del hombre.
>
> No creais vituperable esa adoración primitiva: *ella es el punto de partida de la religión natural*, completada por el Evangelio de Jesús y las instrucciones sucesivas tocantes á *los puntos oscuros* del Evangelio.
>
> ("*Roma y el Evangelio*," *comunicación de Juan.*)

Muy estimado amigo:

Perdone vd. que le dé este título con el cual me honró en sus tres primeras cartas, aunque en la cuarta me lo retiró.

¿Qué,—me he preguntado—este cambio provendrá de que el Sr. Valera hasta la tercera carta solo conocía la primera parte de mi libro, y tan luego como entró al conocimiento del capítulo V en adelante, en virtud de sus dogmas, que él dice tener, le causé horror y espan-

© Biblioteca Nacional de España

to tal que hasta el título de amigo, propuesto por él, me retiró?

No; rechazo enérgicamente esta cavilosa idea. Usted no podía haber cometido tan incalificable proceder cual hubiera sido el emprender la crítica de un sistema filosófico, sin haberse penetrado de él, estudiándolo según el método de análisis y de síntesis.

Indudablemente que tal causa no ha sido.

¿Cuál fué, pues?—Quién sabe!

Mucho me temo que la franqueza necesaria que habré de emplear en defensa de mis proposiciones, haga difícil nuestra naciente amistad; pero vd. comprenderá qué pobrísimo porvenir se le esperaría á la filosofía, si todos los hombres amaran más los convencionalismos sociales que la verdad redentora.

Ahora bien, si el espíritu de vd. es de tal temple que, resistiendo el choque de *amargas verdades*, expuestas con la rudeza contundente de mi estilo, se encuentra aún capaz de prodigarme generosa amistad, tanto mejor para mí.

Pero cesen los preámbulos y comencemos á tratar de sus cartas.

Afirma vd. que un amigo suyo tenía la pretensión de saberlo todo, y que no leía libro, por celebrado que fuera, que le enseñara algo nuevo; vd., dando por hecho tan estupendo y rarísimo caso, manifiesta que ese fenómeno también en vd. se produce, pues tal se desprende del párrafo siguiente que copio de su carta:

"Lo que quería decir, lo que decía, tal vez con razón, es que, prescindiendo de datos menudos, si despojamos de su aspecto magistral á más de un tratado científico,

© Biblioteca Nacional de España

siempre hallamos que nos sabíamos todo aquello: que ya, más ó menos vagamente, lo habíamos pensado."

Yo encuentro esto maravilloso.

¡Con razón es vd. partidario de lo sobrenatural!

Pero lo que más me maravilla es que los hombres que tienen esa ciencia infusa, sean tan egoistas que se la guarden y que esperen á que otros la den á conocer, malamente.

Saco á cuento este hecho porque en otra parte de la misma carta dice vd.:

"Como quiera que sea, por el sistema de Herbert Spencer, si no se prueba la posibilidad práctica de nuestra inmortalidad, á causa de esos grandes trastornos que él pronostica, queda probada la posibilidad teórica ó especulativa de la inmortalidad en una combinación de materia, y por el sistema de vd., la realidad práctica de esa inmortalidad en dicha combinación, cuando es de una materia sutil, pura, activísima y ligera."

Aquí confiesa vd. que es de mi sistema el haber demostrado la posibilidad real ó práctica de la inmortalidad del ser á que nombro *monocorpóreo.*

Pero no obstante tal confesión, en seguida agrega: que lo que siente es tener que decir que no es *muy nuevo,* y todo porque trae vd. de los cabellos para ofrecerlos con caractéres de similitud á *los gloriosos cuerpos de la resurrección de la carne.*

Pero no hay que confundirse; no es á efecto de tal similitud, que ni traída de los cabellos cabe, por la cual vd. no encontró *muy nueva* mi demostración.

La causa principal radica en esa facultad prodigiosa que vd. tiene de saberse ya todo lo que los libros dicen.

© Biblioteca Nacional de España

Pero como eso de decir que lo nuevo no es nuevo, va haciéndose ya clásico, mucho me creo que esa facultad de vd. no sea excepcional, y que haya una casta particular de hombres prodigiosos que tengan tan rara y estupenda habilidad de saberse "*más ó menos vagamente*" todo lo que los novísimos libros contienen.

Pero dejemos lo humorístico, que ya se me va pegando de vd., y examinemos seriamente el por qué lo nuevo no es nuevo para ciertas personas.

Todo aquel que se ha cerciorado de lo beneficioso que es partir en la investigación filosófica de lo conocido á lo desconocido, ha proscrito la deleznable base (que no es base) de las abstracciones metafísicas. Por lo tanto, en sus investigaciones toma como verdaderas bases los datos positivos de hechos ya comprobados por las observaciones, y por la experimentación científica, con estos datos, que le sirven de premisas, infiere nuevas conclusiones.

Los metafísicos, que nunca quedan contentos con esta clase de conclusiones, deducen con su *excelente lógica*, que porque las bases son hechos demostrados y por lo tanto conocidísimos, las conclusiones que se deduzcan de las relaciones y combinaciones de esos hechos, no son *muy nuevas*.

Este modo de juzgar es tan absurdo como si se dijera que una estatua, nuevamente ideada por un escultor, no era nueva porque estaba vaciada en bronce ó esculpida en mármol, como otras muchas estatuas.

Esos señores metafísicos deberían comprender que todo sistema filosófico que se basa en datos positivos, tiene que partir de elementos conocidos para alcanzar

© Biblioteca Nacional de España

que las nuevas verdades que surjan en la investigación, se enlacen naturalmente con las anteriores. Habían de reflexionar que solo en la mente calenturienta de los místicos pueden ser, en todas sus partes, siempre flamantes las lucubraciones que aborte su fantasía.

Pero pasemos á puntos de mayor interés.

Dice vd. que para que mi sistema le agrade, falta una mónada sencillísima que sea cifra de todas las perfecciones en ciernes.

Este hecho de pedir lo que mi sistema ha ofrecido ya, —como no puedo suponer de la honradez de vd. maliciosa calumnia,—me autoriza para decir que, en este caso, como en otros muchos que de su crítica se desprenden, vd. manifiesta que no ha estudiado mi obra con toda la atención que reclama una crítica, y por tal razón no se ha penetrado de la unidad sintética del sistema que propongo.

Por lo tanto, me permitirá vd. que le recuerde los siguientes párrafos de mi capítulo intitulado: "*Origen natural del alma.*" Dicen así:

"Esos cuerpos simples *(vengo refiriéndome á los clasificados así por la Química)* primeras subdivisiones de la unidad cósmica, fuéronse combinando entre sí, realizaron los cuerpos compuestos, y éstos tuvieron inmediatamente su representación en la sustancia incorruptible de la envolvente atmosférica.

Siguiendo estos tipos compuestos las evoluciones de su progreso, comenzaron á ensayar, en los impulsos de su poder, la formación de organismos para la vida vegetativa. Después de alcanzar las formas regulares de las cristalizaciones, que son, por decirlo así, el prodro-

© Biblioteca Nacional de España

mo de la forma orgánica, llegaron á producir ésta en el rudimentario y primitivo tipo del *protococcus*, y no en vano los inconscientes impulsos del superior tipo mineral, engendraron aquellos orgánicos gérmenes; pues ya en el elemento incorruptible de la atmósfera existía el fluido que, afin á la naturaleza de aquellas celdillas, respondía á la necesidad que pedía vida, con la necesidad que en sí sentía de darla. Fluido que, derivado de la masa cósmica universal, había llegado en las evoluciones del esferoide, á constituir el más precioso elemento que surgiera de la tendencia natural hacia lo múltiple, á lo complexo, á lo armónico y á lo perfecto. Fluido en el cual se condensaban los GERMENES INTELIGENTES que imbíbitos en el infinito seno de la madre Naturaleza, existían de toda eternidad, pero en el estado de mayor simplicidad, y que, en el momento que describo, entraban en la vía de su desarrollo, comenzando su existencia orgánica por las más sencillas y rudimentarias formas.

Efectuóse, pues, la absorción de dicho fluido, concretóse en el seno de aquellos nacientes gérmenes del medio sólido, y el principio de la individualidad del ser quedó constituido en aquel supremo momento."

Y algunas páginas más adelante agrego:

"Hemos llegado al punto en que aparecen las primeras algas; desde este momento, en los fluidos atmosféricos tienen su representación en subdivisiones concretas y colectivas aquellos primeros tipos orgánicos, pues en las transformaciones de muerte, las porciones fluídicas que abandonaban el molde del organismo sólido, volvían al elemento fluídico PERO YA CONCRETADAS,

© Biblioteca Nacional de España

YA CON EL GÉRMEN DEL PODER INDIVIDUAL, *núcleo indestructible, cuya ávida necesidad de progreso, lejos de poner en conflicto su individualidad, la hacía más y más segura en su inmortalidad,* pues cada instante decía un movimiento que engendraba una potencia mayor, *que establecía una progresión de vida inmortal, cuyos coeficientes positivos tendrán su desarrollo en el infinito y en la eternidad.*"

Queda, pues, demostrado que no adolece mi sistema de la deficiencia que usted le impugnaba, porque en los dos párrafos que he transcrito aparece clarísimamente determinado que, al comenzar la vida orgánica, se concretaron en los primeros alveolos, que en sus evoluciones ofrecieron los tipos minerales, *los gérmenes inteligentes que en el seno de la madre Naturaleza existían de toda eternidad, aunque en el estado de mayor simplicidad.*"

Como este punto queda perfectamente aclarado, debería vd. celebrar una función eucarística y de desagravios, como la que me aconseja, en honor á los fueros de la justicia y de la verdad, que tan cruelmente ha ultrajado en esta vez.

Pues aquellos que por causa de la poca atención de vd.,—ó por cualquiera otra circunstancia que no quiero suponer—vean semejante impugnación, dirán:

"El Sr. Valera tiene razón, pide lo que es de pedirse."

Y no saben que el Sr. Valera pide injustamente, porque pide lo que ya se le ha dado.

Ahora bien, pasemos á otro punto.

Usted dice:

"Lástima es que no acepte vd. también para todo el Universo, que es unidad á par que conjunto de co-

© Biblioteca Nacional de España

sas varias, cierta fuerza unitiva é inteligente que lo ordene, enlace, y una todo; algo en suma, que se parezca al Dios en que nosotros creemos."

Ya con relación á este punto he contestado á vd. en mi primera carta, manifestándole que ese *algo, esa cierta fuerza unitiva*, de que habla, es á lo que yo llamo *Agente cósmico*, ofreciendo el concepto de una energía unitiva, varia y armónica en sus actuaciones. También inteligente, pero no con una inteligencia sobrenatural y divina, cuya suposición quimérica ha dado motivo para que maltratemos horrorosamente los fueros de la razón, atribuyéndole en grado divino todas aquellas propiedades ó atributos que solo ha alcanzado realizar en su elemento humano.

Inteligencia en germen que se manifiesta desde las agrupaciones moleculares que constituyen las inmensas nebulosas, y más tarde las gigantescas masas de los soles, hasta la inteligencia que formándose y desarrollándose á efecto de miriadas de evoluciones,—de las transformaciones minerales, á las metamórfosis múltiples de toda la serie de los tipos botánicos, y de ésta á la de los tipos zoológicos,—llega á ser propiamente inteligencia consciente en el ser humano, fuera del cual no hallaremos una inteligencia más exaltada; hallaremos, sí, lo grande, lo gigantesco, lo inmenso; pero si bien se examina, eso colosal é inmenso; motivo de nuestra grande admiración, que nos hace prohijar lo sobrenatural, no es otra cosa que una inmensa simplicidad, una enorme agrupación de rudimentarios y primitivos gérmenes que, por razón de su inmensa multiplicidad, realizan movimientos colosales, que determinan un estado

© Biblioteca Nacional de España

preparatorio para alcanzar la perfección á que tienden, inconscientemente, esos gérmenes inteligentes que son elementos constituyentes de la fuerza unitiva que vd. dice.

Ahora bien, si el parecido que vd. quiere ha de ser precisamente derivado de las múltiples y absurdísimas concepciones antropológicas que con relación á la causa se tienen, comprenderá que solo á efecto maravilloso, hubiera yo adivinado cuál sería el tipo que vd. se haya imaginado, con relación á esa causa creadora. Y una vez realizada esta adivinación, vd. comprenderá también que los fueros de la razón se habrian sublevado en mí, protestando de que yo tomara por base para mis raciocinios, no los elementos de la ciencia, de la lógica y del buen sentido, y sí la concepción antojadiza de cierta persona ó de cierto grupo de personas.

Es indispensable convenir que en este punto jamás dejaremos conformes á todos los hombres.

¿Me imagino el tipo según el del etiope?

Se encela el mongol, reclama supremacía y todo el Celeste Imperio protesta contra mí.

¿Me lo supongo, pues, mongol?

Entonces provoco las tremendas iras de los primeros; a me parece ver levantarse contra mí á esa inmensa masa negra y que sus individuos con iracundos ojos me miran, frunciendo el grueso labio que asoma blanquísimos caninos, en señal de ciertas agresivas y no olvidadas animales tendencias.

Finalmente, si por complacer á la perfectísima raza caucásica, me lo imagino con relación al tipo de ésta, no solamente me concito la animadversión de las ante-

© Biblioteca Nacional de España

riores y otras razas, sino que, aún entre esta misma, habrá sus disensiones. El septentrional lo querrá rubio y de ojos azules, y el meridional, moreno y de ojos negros.

Comprenderá vd. que la tarea sería ardua y asaz imposible para la filosofía que quisiera cohonestar la universalidad de sus bases, con las quimeras de las múltiples concepciones antropológicas que han abortado las imaginaciones de los pueblos primitivos.

Yo bien comprendo el hondo abismo que ha de separar á mi *Agente cósmico* del Dios que vd. se haya imaginado; ha de ser el mismo que separa las leyes físicas del calor, del mito *plutoniano*, y las leyes físicas del líquido elemento, del mito *neptuniano*.

En el capítulo VII de mi obra he apurado todas las pruebas que la razón libre puede aducir en contra de la existencia de una causa personal; y como también he salido al encuentro, —para contestarlas anticipadamente, —de todas las objeciones que se me pudieran hacer, mucho me sospecho que por tal razón, vd. enmudeció al llegar á este punto.

Pues haciendo uso de mi ruda franqueza, diré que solo espero oir en defensa del *viejo mito soberano*, argumentos dogmáticos, hijos de las tradicionales creencias que nos legaran los incestuosos y bandidos adoradores de Júpiter; los vengativos y lapidadores esclavos del Faraon, que adoraban al Jehová terrible é iracundo; y los hipócritas émulos de aquellos que refinaron las crueldades en el tormento y que atizaron las hogueras del *Santo Oficio*.

También, además de los argumentos legados por tan

© Biblioteca Nacional de España

nefanda genealogía, podrán agregarse las argucias de la escolástica con todo ese fárrago de palabrería cabalística, que tiende á descifrar sandios acertijos.

Mas si en este punto me equivoco, si alcanzo el que con otros argumentos se me combata, entonces la luz se hará, y estoy dispuesto á entrar en el debate; pero sí téngase presente que hago mías estas palabras de Luis Büchner:

"No pienso contestar, si á ello se me provoca, sino á los que me sigan al terreno de los hechos ó del empirismo."

Puede vd. creerlo, y esta es la expresión sincera de mi alma, que todo lo hasta aquí dicho, por rudo y contundente que sea, no me ha movido para exponerlo otra cosa que el defender los fueros de la verdad, á la cual tributo ardentísimo culto; pues, cuando de ella se trata, desaparecen ante mí las personalidades, cualesquiera que ellas sean, y solo veo en toda su majestuosa grandiosidad á la familia humana.

Fuera, pues, del campo del debate, vuelven las personalidades y los furibundos campeones del sublime verbo, se dan la mano, se saludan, se estiman y se respetan.

Así, terminada por hoy la discusión, y dejándola pendiente para tratar otros puntos en las siguientes cartas, desaparece el contrincante y queda el amigo que respeta en lo particular á cada hombre, qualquiera que sea su creencia y su convicción, máxime, tratándose de aquellos que, como vd., contribuyen por manera alguna á la gran labor del progreso humano.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CARTA TERCERA.

A D. JUAN VALERA.

> El mundo es para el dialéctico una idea; para el artista, una imagen; para el entusiasta un sueño; solo para el sabio es una verdad.
>
> ORGES.

Muy estimado amigo:

Dice vd. en su tercera carta al defender la idea de lo sobrenatural, que el hecho de la inmortalidad del espíritu, relacionado con el de su comunicación con los hombres, después del fenómeno de muerte, abre ancho campo á las sobrenaturalidades.

Esto depende del lugar en el cual nos coloquemos para juzgar los hechos.

¿Partimos del dogma tradicional que supone el origen divino del espíritu? Entonces las conclusiones á que se llega son de igual naturaleza, y por lo tanto, se le atribuye un destino futuro en el campo también de lo divino. Pero el aspecto varía completamente si el punto de partida se toma como yo lo he propuesto en mi sistema: no viniendo el ser del seno de un absoluto perfecto, y sí desde el seno de la mayor simplicidad; desde

© Biblioteca Nacional de España

el *germen increado*, elemento de la unidad cósmica, cuyo germen en virtud de su concurso, prestó energía suficiente para engendrar dinámica poderosa, la cual realizó los primeros soles y sistemas siderales; desde su colaboración en estas gigantescas y simples evoluciones hasta las más complexas, han determinado la variedad y multiplicidad de los tipos anorgánicos y orgánicos, comenzando en éstos su evolución individual, por el más sencillo y rudimentario tipo, hasta alcanzar su erección soberana en la jerarquía humana.

Si examinamos, pues, la existencia del espíritu inmortal, bajo este natural aspecto, entonces cesará nuestro asombro místico, y en la evolución progresiva del germen inteligente, hallamos la razón natural del nacimiento y desarrollo de la sensibilidad y del conocimiento, que son atributos del hombre.

Cuando nos hallamos frente á una complicadísima estructura de admirable mecanismo; cuando la vemos funcionar con regular y matemático movimiento, manifestando en su automatismo la especie de sugestión inteligente que le ha impreso el hombre, se despierta en nuestra fantasía un sentimiento de asombro tal, que aquella máquina se nos ofrece con caractéres de sobrenatural aspecto; y ese asombro que engendra la idea de lo sobrenatural, es tanto más profundo cuanto más inculto y primitivo es el hombre que la contempla; pues su falta de ilustración le hace no buscar los datos necesarios para la explicación natural de aquel funcionamiento, y sí, las lucubraciones acaloradas de su azorada mente le acrecentan las proporciones de lo que juzga ser un hecho sobrenatural.

© Biblioteca Nacional de España

En cambio, un hábil mecánico se reirá de las candorosidades hijas de la ignorancia de quien refiere á hechos maravillosos, lo que él sabe bien no es otra cosa que la combinación de elementos y energías naturales que constituyen la organización y funcionamiento de aquella máquina.

A propósito de esto, recuerdo haber leído en una revista europea, que un príncipe—creo asiático—reputado como hombre de ilustración, al llegar á Francia manifestó deseos de visitar las fábricas donde se tejían ciertos tapices de primorosos jaspes y hermosos colores, diciendo que jamás había podido creer que fuesen hechos sin intervención del diablo.

Pues bien, esto que vemos pasar con las obras del hombre, de ese *átomo inteligente*, que en su infinitesimal representación del *Agente cósmico*, realiza aisladamente obras tan admirables, cuales son sus buques, sus ferrocarriles, sus telégrafos, sus museos, sus arsenales, sus palacios, sus telescopios, sus espectroscopios, sus radiómetros, etc., etc.; esto que vemos pasar, digo, con relación al asombro que causan las obras del elemento culminante de la unidad causal, cual lo es el hombre, pasa también con las obras realizadas con el concurso armónico de todos los elementos universales. Elementos múltiples y varios en cuanto á su *representación cuantitativa* de *inteligencia en desarrollo*. Desde la mónada sencillísima que del océano infinito viene por ley de afinidad al concurso de la nebulosa, hasta el espíritu humano en quien se realiza la conciencia de su existencia y del mundo que lo rodea. Si en este momento vd. se fija en tan grandioso hecho, cual lo es el

© Biblioteca Nacional de España

de que el hombre tienda en su progreso á tener la conciencia de lo infinito, se explicará por qué mi sistema propone las doctrinas de la perfección absoluta.

Pero sigamos el desarrollo del segundo término de mi comparación, para llegar á la conclusión que me propongo. Por una deficiencia de atención que nos impide reconocer la naturalidad de los hechos, que en concurso universal engendran los elementos múltiples, *en sus varios grados de inteligencia en vía de desarrollo*, nos confundimos y vemos: ó puramente fuerzas ciegas y estúpidas que obran fortuitamente, ó bien fuerzas maravillosas y divinas. Pero si nos fijamos atentamente en esa escala que van engendrando los varios grados de energía inteligente, desde la mónada sencillísima hasta el hombre, encontraremos la razón del justo medio. Esto es; ni la paradoja estúpida de una creación que aniquila sus términos cuando llegan á la individualidad consciente, ni la concepción quimérica de una creación hija de un *divino mago*.

Hallaremos, pues, la clave del progreso, en la *existencia increada* de los elementos *inteligentes* é *infinitos*, que en su desarrollo, y con relación á los grados de su poder correlativo, en *solidaridad armónica*, contribuyen á realizar el mundo objetivo y más tarde la vida intelectual y afectiva. Y aquí insisto, para que bien se comprenda: *desde la inteligencia increada y en germen, pero que en virtud de su inmensa colectividad, presta energía suficiente para engendrar la mole inmensa de un esferoide, hasta la inteligencia desarrollada é individual del hombre.*

Si examinamos, pues, la majestuosa máquina del

© Biblioteca Nacional de España

Universo, no con el sentimiento candoroso del zagal que contempla azorado la máquina de vapor, y sí con el ánimo ilustrado del ingeniero mecánico; entonces, al reconocer la naturalidad de los elementos y de las energías cósmicas, quedará sí en nuestro espíritu el sentimiento de admiración al contemplar tanta grandiosidad; pero no traspasará estos límites á efecto de lucubración fantástica, empeñándose por encontrar maravillosas prestidigitaciones de un *mago místico y divino*.

Por lo tanto, si el hecho de la inmortalidad lo filiamos entre los hechos naturales; si el ser humano después de la muerte persiste con su individualidad consciente, no como una abstracción metafísica, y sí como ser real, con organización sustancial, pero de una sustancia *tenue* é *incorruptible*, ¿por qué, pues, durante su estancia en el medio á que he llamado *teórico* ó *transitivo*, no ha de buscar los medios que estén al alcance de su ciencia y de su poder para relacionarse y comunicarse con el elemento consciente que le es afín?

Este grandioso hecho que constituye la demostración práctica de nuestra inmortalidad, y que entraña, —cual ningún otro,—el punto culminante que interesa á la ciencia en el momento presente de nuestro desarrollo, es visto con bestial indiferencia, ya por necio orgullo de presuntuosa ciencia oficial, ya por abyección crasa y supina de aterrorizado fanatismo religioso. Unos y otros representantes de esos grupos, con incalificable insensatez, niegan lo que no han querido experimentar.

¿Cómo logrará trasmitirnos un mensaje el telegrafista que se halla en el Viejo Continente si no se coloca

© Biblioteca Nacional de España

en el Nuevo, frente al aparato respectivo, alguien que lo reciba? Y aun colocándose para tal objeto, si ese alguien no es un telegrafista experto, recibirá mal la palabra transmitida. Y si no recibe nada, porque en su ignorancia—para aquel arte—desconoce todos los achaques que pueden interceptar la comunicación, ¿sería racional y lógico que niegue la existencia de su colega que le transmite la comunicación desde el otro polo del hilo conductor?

Hagámonos, pues, expertos agentes y hábiles experimentadores, para recibir tan grandiosos mensajes, cuales son aquellos que nos traen el sello infalible de nuestra inmortalidad.

Que en la mente elevada del sabio y en el corazón generoso del moralista, no se efectúen esos movimientos necios que hacen asomar al rostro sandia y estúpida burla cuando se les habla de hechos que encierran preciosos tesoros para la ciencia, y gratísimas impresiones de amor y de consuelos para los afligidos que cruzan sin brújula el árido camino de la vida.

Yo creo que ese sentimiento dañoso de lo divino y de lo sobrenatural, es el que impide que los hechos de comunicación se estudien bajo su aspecto natural y científico. Ofrecidos como han sido, por los sectarios de un espiritualismo metafísico y místico, han excitado solamente el sentimiento piadoso entre sus adeptos, y burlas y sarcasmos de parte de los contrarios.

Además, también creo, que los espíritus que regulan con el poder de su inteligencia y de su amor, la vida del mundo ultra-sensible, evitan la espontaneidad, la generalización y la amplia y franca manifestación de los

© Biblioteca Nacional de España

fenómenos, por razón á que comprenden, dado el estado aún tan primitivo de la razón humana—que tanto prohija lo divino y lo sobrenatural—que aumentado su asombro y su estupor ante la realidad de hechos constantes y satisfactorios, caería la humanidad en un estado tal de beatitud, que superaría al horrendo período de misticismo en que entró la sociedad cristiana en esa pavorosa noche de la Edad Media.

Se multiplicarían extraordinariamente los faquires de la India, y muchos de esos que se llaman *espíritus fuertes* experimentarían una metamórfosis, tornándose místicos, como le ha pasado á un sabio nuestro, muy conocido por sus excelentes conocimientos en ciencias naturales.

Pero ilustremos á las masas sociales en el sentimiento de la Naturaleza, borremos ese sello de lo divino que trae impreso el espíritu desde que lo grabara en su asustadiza mente el sacerdote sacrificador de la selva, y entonces, filiando entre los hechos naturales el de la inmortalidad, encontrará el hombre, como una derivación también natural, la comunicación con los seres *monocorpóreos* del medio *teórico* ó *transitivo*.

Ahora me permitirá vd. que cambiando de estilo, lo cual no le disgustará, puesto que lo humorístico es su fuerte, le refiera un cuentecillo que viene de molde para refutar una vez más la idea de lo sobrenatural.

Un amigo mío, á quien presumo lo inspiraba un filósofo metafísico, de reputación abigarrada, exponía como argumento en pro de lo sobrenatural que, el cocotero llegado al término en que sus frutos estaban ya maduros, los desprendía para que el hombre que no

© Biblioteca Nacional de España

podía trepar al enhiesto tronco, pudiera gustar y alimentar con aquellos frutos.

¡Cuánta candorosidad! ¡Cuánto extravío del buen sentido á efecto de la tenaz tendencia para prohijar la idea de lo divino!

En primer lugar, mi amigo y el filósofo aquel, en su cándida beatitud, no se hacían estas naturales reflexiones: á efecto de la temperatura que ha secado los jugos de las fibras que sustentaban al coco, faltas de resistencia, no pudieron soportar esos frutos y en virtud de la ley de gravedad cayeron á la tierra; no para alimentar al hombre, y sí para llenar la natural tendencia á la reproducción; pues, que el hombre aproveche aquel fruto para alimentarse, es el accidente y no el fin.

En segundo lugar, en oposición á esa manera de raciocinar de mi amigo y de su iluminado mentor, se podría exponer este argumento: En el nopal, que produce sabrosísimas tunas, y que no se eleva á la altura del cocotero, brindando sus frutos al alcance de la mano del hombre, *la providencia divina* no proveyó, con esa *regularidad absoluta* que con sandias argucias se supone para el primer caso, puesto que los frutos, lo mismo que las pencas del nopal, están erizados de espinas, las cuales son una amenaza para los queridísimos hijos del *mito soberano*, que ávidos quieren gustar aquellos frutos.

Todas esas cándidas argucias que busca con afán el místico para alentar su abyección terrorífica que engendra la idea de lo divino, cesarían desde el momento en que quisiera ver con claridad la lógica del siguiente argumento: La potencia cósmica, natural, inmanente y progresiva, explica el orden relativo y la inteligencia

© Biblioteca Nacional de España

también relativa, que observamos en la Naturaleza; y por otra parte, justifica la impotencia para el remedio de lo monstruoso y de lo fortuito, y en suma, de todo lo inperfecto que se halla al lado de lo perfecto y de lo ordenado.

La causa *fantástica, divina, maravillosa* y *absoluta*, puede explicar al ignorante, que no ha estudiado las leyes de la Naturaleza, todas aquellas perfecciones que su fantasia aumenta, como en el caso que he citado de mi amigo; pero, lo fortuito, lo monstruoso, las incontables plagas de la viruela, de la lepra, de la neuralgia y de todas esas lindezas que aquejan al niño y al que no es niño, no pueden explicarse bajo el concepto del MAGO SOBERANO, QUE ES FUENTE MARAVILLOSA DE PODER, DE AMOR Y DE SABIDURIA. A no ser que entre el diablo para la solución del problema, ó que se ocurra á la sacramental sentencia que dice: *son arcanos divinos que la criatura finita jamás podrá comprender.*

¡Horrenda abyección!

¡Tirano y avasallador fantasma que tanto enerva la razón humana! ¿Cuándo desaparecerá de la loca aterrorizadamente? ¿Cuándo llegará el imperio del amor y de la sabiduria?

Ese término feliz está aún muy distante, pero toca abreviarlo á quienes aman el progreso de la humanidad!

¿Quién, teniendo un corazón honrado y generoso seguirá ocultando la verdad? No vemos que el amor que ésta inspira, ha hecho á los mártires de la nueva idea?

¡Solo los espíritus torpes á quienes el amor no anima, pueden, egoistas, quedar tranquilos, disfrutando va-

© Biblioteca Nacional de España

nos halagos de las turbas necias, que en su ignorancia desconocen cuál es el bien que alcanza la verdad redentora!

Dejad que los émulos de Loyola y Torquemada en su imperfección, hija de supino atraso, se empeñen por hacer la noche en la conciencia humana; pero quienes comprendan ya los supremos bienes que la filosofía y la ciencia alcanzan, que hagan el día, haciéndose dignos discípulos de los Kepler y Galileo, de los Newton y Laplace.

Si ante los hechos analizados por el pensamiento libre, día á día han ido cayendo de sus pedestales los mitos simbólicos; si en la actualidad el *gran mito*, síntesis de todos los antiguos símbolos, ya también vacila en su pedestal, que no alcanza á soportar la pesadumbre de tantos y tantísimos absurdos; si en suma, todo lo ritual, lo místico y lo sobrenatural se ausenta del cerebro que alcanza la luz de la ciencia, sustituyendo aquellas sandias y niñas concepciones con el sentimiento plácido y sereno de la Naturaleza, sigamos, pues, buscando en el seno de ésta, nuevas y mayores verdades.

Consagremos todo ese precioso tiempo que nos ha robado hasta hoy la vida mística, al reconocimiento de un hecho grandioso que asegura á la humanidad un futuro digno de sus luchas titánicas para conquistar su felicidad. Este hecho grandioso es el de nuestro progreso, con vida inmortal.

Que los sabios experimentadores del materialismo y del positivismo, cesen en su exagerada reacción producida por efecto de su justo desprecio hacia las abstracciones metafísicas; que al abandonar esa exageración,

© Biblioteca Nacional de España

adviertan que no se hallan colocados en el término final de su jornada, ni mucho menos, pues hasta ahora es cuando su razón, libre de terrorífica superstición, comienza la gran labor intelectual que nos hará conocer cuál es el verdadero lugar del hombre en el Universo, cuál su origen y cuál su destino futuro.

Y tened siempre presente esta advertencia que me permito haceros: es tan sobrenatural y metafísico suponer á la inteligencia humana engendro de *padre fantástico*, como suponerla, ya individual, surgir de una secreción de la materia organizada. Reflexionad que está más conforme con la razón y con la ciencia la admisión de un *germen increado, sustancial é inteligente*, que desde el estado de mayor simplicidad viene adquiriendo sensibilidad y conocimiento á efecto de sus evoluciones ascensionales; cualidades que, cuando llega á la jerarquía humana, comienzan á ser: sensibilidad generosa, amante y tierna y conocimiento racional y consciente; atributos que se desarrollan y se perfeccionan, con las múltiples etapas que el ser realiza en la vía de su humanización.

Mas, perdone vd., Sr. Valera, ya me imaginaba que vd. era materialista ó positivista; pero no, ahora recuerdo que es vd. dogmático y ortodoxo; por lo tanto, el párráfo anterior se deslizó para hablar á otros. Lo bueno es que vd. habrá comprendido que cuando se trata ante el público de intereses de la humanidad, esta forma de cartas solo es un pretexto de que nos valemos para debatir cuestiones encaminadas al esclarecimiento de la verdad filosófica.

Quisiera escribir á vd. más, pero temo extenderme

© Biblioteca Nacional de España

demasiado; mejor dejaré para otra carta lo que me resta decir.

Soy siempre, con la sinceridad del que acostumbra decir sin embarazo todo lo que siente, su amigo que, no sabe por qué, sin conocerle, y no obstante los sarcasmos que tan hábilmente sabe vd. menudear, le quiere y le tiene particular simpatía.

© Biblioteca Nacional de España

CARTA CUARTA.

A D. JUAN VALERA.

Todo efecto tiene una causa.—Todo efecto inteligente, tiene una causa inteligente.—*El poder de la causa inteligente está en razón de la magnitud del efecto.*

(*Principios que sirven de lema á la "Sociedad Científica de estudios psicológicos de Paris*).

Muy estimado amigo mío:

No sé á la verdad cómo avenírmelas para tratar un punto que entraña fondo de grande importancia. Mi vacilación radica en lo siguiente: hay que ser modesto, ó inmodesto. Si opto por lo primero, no expongo francamente la verdad y se resienten de ello los argumentos que debo aducir en pro de mis razonamientos; si me decido á ser inmodesto, todas las más furibundas pasiones de aquellos sabios que he descrito en el capítulo VII de mi obra, se desatan contra mí y me lanzan los epítetos de presuntuoso, fatuo, etc., etc.

¡Pero no importa!

Cese la vacilación. Ya lo he dicho en la introducción á mi sistema, y lo repito ahora: no quiero ni me hacen falta, títulos de hipócrita modestia, máxime cuan-

© Biblioteca Nacional de España

do para conquistarlos, hay que dejar maltrechos los fueros de la verdad.

Entremos, pues, en materia.

Hay una proposición que dice: la existencia de una causa personal y divina, no se puede negar ni afirmar.

Tal proposición es falsa, y ha sido engendrada por la hipocresía y por la impotencia. Es engendro de hipocresía, porque no se ha tenido todo el valor que da el verdadero libre pensamiento, para exponer el cúmulo de hechos que la razón analiza para fundar la negación de una causa divina. Es hija de la impotencia, porque no se ha ofrecido un sistema que compendie y sintetice toda la labor filosófica de la humanidad, para establecer las bases fundamentales que apoyen la afirmación de *un poder natural, inmanente, inteligente y progresivo.*

Esto es lo que me propuse alcanzar, dando mi *Sistema perfeccionista*, y si la voz de la pasión no sofoca el sentimiento de amor á la verdad, y si se estudian y meditan mis proposiciones, se llegará á esta conclusión: La personalidad mítica, lo ritual y lo simbólico queda destruido, aniquilado. El poder real, lo natural, en suma, y *todo lo simbolizado* queda en pie, porque es verdadero y, como tal, indestructible.

Cuando los mitos simbólicos del paganismo cayeron de sus pedestales, no fué, propiamente dicho, á impulso del cristianismo, y sí al de la ciencia que, comenzando á explicar la naturalidad física de los fenómenos más inmediatos á la observación, hacían advertir cuán monstruoso é irracional era persistir en la creencia de que los dioses simbólicos tenían vida real y positiva.

© Biblioteca Nacional de España

En el cristianismo se condensaba, por decirlo así, todo el progreso moral é intelectual de aquel momento histórico; y si aquel progreso fué bastante para alcanzar el conocimiento de la unidad causal, no fué tanto que pudiera librarse de la tradicional y primitiva tendencia hacia lo místico y simbólico; por lo tanto, al despojar á los elementos parciales de su aspecto divino y sobrenatural, reconcentró en un solo mito todos los antiguos símbolos, para que en éste quedara la representación de todo lo desconocido, que es motivo de las lucubraciones divinas y sobrenaturales.

En el momento presente, con el desarrollo que las ciencias físicas han alcanzado, podemos hacer con la unidad, lo que se hizo con los elementos que la constituyen. Esto es, despojarla de su aspecto simbólico, sobrenatural y divino, para estudiarla con ánimo libre de superstición, en su natural aspecto. Tal es lo que me he propuesto al elegir el nombre de *Agente cósmico*, y no el vano alarde de cambiar nombres.

Decir en la actualidad que no hay datos para afirmar ó negar la naturaleza personal y divina de la causa universal, equivale á decir que no hay datos para afirmar ó negar al mito Plutón. Reflexiónese bien y se advertirá cómo, lo propio que se puede exponer con relación al agente físico denominado *calor*, se puede decir con relación al *agente universal*. Tratándose aisladamente del elemento *calor*, se debe afirmar lo propio que de todos los demás elementos constitutivos del *Agente cósmico*, esto es,—que los conocemos por sus efectos, más no por su naturaleza esencial. ¿Nos autorizará, pues, este hecho para que digamos que al ser

© Biblioteca Nacional de España

debatida aun en el campo de las hipótesis la causa primera del calor, no se puede afirmar ni negar la existencia del monarca Plutón? ¿Verdad que con relación al mito que simbolizaba al elemento calor, no podrá quedar en tela de duda su completa desaparición del campo de lo divino, por más que con las argucias de una escuela—que pertenece en la escala de los colores á las medias tintas—se diga que el hecho de desconocer la esencia, deja en suspenso el fallo de si el mito es mito ó no lo es?

Pues qué, ¿el hecho de desconocer la esencia, oculta los efectos? Ya éstos provengan del elemento que fuere, ¿no siempre y en todo caso se observa que son efectos naturales?

Pues entonces es hipócrita decir que, aunque los efectos sean naturales, la causa pudiera *ser ó no ser sobrenatural y divina.*

Pasemos, pues, á otro punto.

El hecho de no haber estudiádose hasta hoy en el terreno de la filosofía la existencia de un poder *natural, inmanente y con inteligencia progresiva*, es causa de que se debatan entre metafísicos y materialistas, sin llegar á un avenimiento racional y justo, estas dos hipótesis:

Afirmación metafísica: La causa del Universo es Dios, ser personal, con atributos divinos y absolutos.

Afirmación materialista: La causa del Universo es la Fuerza inherente á la materia que la modela y transforma.

El materialista combate la primera hipótesis diciendo:

El estado actual de la ciencia nos hace conocer que todo en el Universo se realiza á efecto de las leyes na-

© Biblioteca Nacional de España

turales, y esto nos autoriza á proscribir un poder que esté fuera de la Naturaleza.

Además; lo fortuito, lo monstruoso, y en suma, todo lo imperfecto que observamos en el mundo, nos autoriza también para negar la existencia de *un regulador supremo* en quien se suponen atributos divinos.

Los metafísicos dicen: No es posible que la existencia sideral y planetaria, la variedad y la multiplicidad que ofrecen los reinos naturales, desde las geométricas cristalizaciones del mineral, hasta la complexa organización de la máquina humana, cuyos elementos anatómicos y cuyas funciones fisiológicas se ofrecen admirables; no es posible, dicen, que todo esto se haya realizado á impulso de una fuerza ciega.

Y agregan: la conciencia que el hombre tiene de su personalidad y del mundo que le rodea, su conocimiento racional y su sensibilidad generosa, amante y tierna, no pueden por manera alguna ser producto de fuerzas que obran á efecto de combinaciones químicas.

Quien con ánimo no embargado por la presunción y el prejuicio, se aparte de la innoble tarea de triunfar á cualquier costo en sus doctrinas exclusivistas; quien de tan ruin proceder pueda librarse, no atendiendo al vano halago de lo que á sí conviene, y sí lo que á la verdad filosófica importa, podrá juzgar en esta vez que, tanto el materialista como el metafísico, no pueden llegar á plausible avenimiento, porque á uno y á otro les asiste razón á medias, y cada uno, para llegar á comunión grandiosa en el seno de la verdad, necesita abandonar un prejuicio, admitiendo del contrario lo que de bueno y verdadero pueda darle.

© Biblioteca Nacional de España

El metafísico tiene, pues, que abandonar su prejuicio fundamental relativo al origen sobrenatural y divino, reconociendo al efecto lo siguiente. Cuando las observaciones astronómicas no habían alcanzado formular las leyes de la mecánica celeste; cuando los elementos de la ciencia no habían llegado á fundar la Química y la Física modernas; cuando no se habían estudiado las capas inferiores de la Tierra, para encontrar escrita en ellas la historia de su transformación; cuando los sabios naturalistas Linneo, Bufón, y Cuvier no habían dado poderoso impulso á las ciencias naturales, abriendo ancho campo á la filosofía evolutiva; cuando el sabio Flammarion no había escrito *Las Tierras del Cielo*, fundando la astronomía física; cuando Darwin no había dado su *Origen de las Especies;* cuando, en suma, faltaban todos esos preciosísimos datos que hoy acumula la ciencia de nuestro siglo, no se había advertido el hombre de que los elementos cosmogónicos venían, de lo sencillo y rudimentario, evolucionando hasta lo complexo, armónico y perfecto. No pudiendo por tal motivo formular la ley del progreso, en su ignorancia creyó que todo el mundo que le rodeaba había sido engendro instantáneo y maravilloso de un *mago sobrenatural.*

También en aquellos tiempos primitivos, en que la moral no había asomado su bella y generosa imagen, en que los espíritus muy cercanos á la animalidad, siguiendo los impulsos de feroz y bestial instinto, cometían el parricidio á la vez que el incesto, y animándoles cruel venganza perpetraban fiera hecatombe, y tanto, que del pueblo vencido solo quedaban, como signo de

© Biblioteca Nacional de España

su existencia, los derruidos muros de sus ciudades; en tales tiempos, digo, que tan ignoradas eran las excelencias del amor y de la sabiduría, fué cuando se quiso cohonestar la existencia de un poder supremo y regulador absoluto, con las múltiples imperfecciones y monstruosidades, cuales abortan los elementos en la vía de su natural desarrollo.

Si de todo lo dicho, en fin, se fija el místico metafísico, él mismo contribuirá para hacer que ruede por el polvo el *viejo mito simbólico*, para que le sustituya la concepción serena, exenta de superstición, y de beatífico terror, de un agente natural que en progresión perfeccionadora impulsa y vivifica al Universo; agente que está constituido en su unidad armónica, por los infinitos gérmenes increados, que en sus múltiples estados de desarrollo, con individual y persistente existencia, prestan concurso para realizar la vida universal. Y, quien esto entienda, dejará el asombro que le hace exclamar: ¡Cómo el hombre, ser inteligente y consciente, habría de formarse solo!

No; no se ha formado solo. Su germen increado é inteligente, desde el estado de mayor simplicidad, se viene desarrollando con el concurso de todos los elementos, en sus múltiples y variadísimos grados de *inteligencia, en vía de formación.*

Cada germen inteligente, *que es elemento del Agente cósmico*, necesita para su desarrollo del concurso de todo el infinito. Esta energía de todo el infinito para cada ser y de cada ser para el infinito, explica nuestro natural desarrollo.

Ahora bien, si por otra parte el meterialista deja su

© Biblioteca Nacional de España

prejuicio que le hace negar la inmortalidad del ser inteligente, que es elemento constitutivo y culminante de la unidad cósmica; si deja su tenaz empeño de querer el aniquilamiento del espíritu humano, reflexionando que así se rompen los términos del progreso y se destruye la clave que explica la evolución perfeccionadora; si advierte que en su tenaz empeño de negar la persistencia del germen inteligente,—desde que éste colaborara en la formación de la nebulosa, hasta su colaboración consciente en la vida de humana sociedad,—se hace impotente, con tal negación, para refutar al metafísico, pues mientras á éste no se le ofrezca una base racional que explique la existencia de la inteligencia y de la conciencia humanas, tendrá mucha razón para no aceptar las proposiciones materialistas. Si abandonando también su presunción y orgullo llega á reconocer que sus experimentaciones, motivo de su aristocrático magisterio, constituyen solamente el silabario que lo ha enseñado á deletrear para comenzar á leer en el infinito libro de la ciencia; si se advierte que el descubrimiento de un cuarto estado de la materia, en el cual ésta acusa propiedades especiales, que no se habían estudiado, que los modernos estudios radiofónicos y los novísimos fenómenos hipnóticos, auguran la aparición de una nueva Física, de una nueva Química, de una nueva Biología y de una nueva Fisiología, las cuales darán en el terreno de la ciencia una Psicología positiva; si todo esto advierten los materialistas, tornaranse de arrogantes y soberbios en humildes y sensatos.

Y nada diré aquí de los hechos de comunicación realizados por el espíritu después del fenómeno de muer-

© Biblioteca Nacional de España

te, por temor que se resientan los *novilísimos fueros de la razón que se respeta*, como dicen esos buenos señores materialistas. Solo sí diré, que si ellos pudieran siquiera vislumbrar el chocante contraste que se ofrece, entre la sarcástica y pedantesca sonrisa que muestran, cuando se les habla de tales hechos, y el movimiento que se opera en el ánimo de quien, profundamente persuadido, estudia satisfactoriamente esos fenómenos, trocaríase su burla en rubor, quedando confusos y avergonzados.

Causa verdadera pena considerar los múltiples escollos que el hombre coloca á su paso, en la vía de su desarrollo moral é intelectual: por una parte fatuidad y orgullo; por otra, beatitud hipócrita, terror, superstición.

Pero nada tan perjudicial, nada tan enervador del progreso, como el fanatismo divino, sea cual fuere su matiz.

Cuando uno se detiene á examinar el cúmulo de candorosos dogmas que en oposición palmaria con la razón y con la ciencia subsisten aún, y cuando entre las personas que los prohijan encontramos filiados tantos nombres rumbosos, de abigarrada reputación, relucientes de oropel; profunda tristeza se apodera del espíritu libre, al contemplar la enorme distancia que nos separa del anhelado término en el cual la razón domine, desarraigando de las aterrorizadas conciencias, absurdos tantos cuantos cobija ese vetusto y carcomido árbol de lo divino. Cuando veo que en la cátedra, en la legislación, en la tribuna, en la vida íntima del hogar y en todas las prácticas y relaciones de la vida social, se extravía el punto de partida, y sin rumbo ni brújula todos

© Biblioteca Nacional de España

caminan persiguiendo quimeras y fantasmas divinos, abortos monstruosos de las más descomunales concepciones místicas, mi espíritu se angustia ante ese ignominioso padrón de supina imbecilidad. El calificado es rudo, pero verdadero y necesario: hay que conmover al espíritu humano para que despierte de su profundo letargo.

Ya me parece que escucho el descomunal clamoreo que levanta el orgullo de ciertos hombres, los cuales dirán:

Habéis lanzado un insulto á la faz del mundo, que en su mayor parte está representado por el sentimiento religioso; habríais de respetar tantos y tantísimos nombres ilustres que están dentro de la comunión dogmática.

Yo á esto responderé:

Si mi ánimo estuviera guiado por el rastrero fin de zaherir á esos hombres, merecería sus iras y sus anatemas; pero mi conciencia nada me reprocha, porque mi tendencia es la de emplear reactivos fuertes, para combatir crónicos y dañosos males; mi voz, áspera y ruda, es el hierro candente que intenta, no el horrendo martirio de nefanda *Inquisición*, y sí la cauterización saludable de pútridas y antiguas llagas.

Por otra parte, debe atenderse que en todos tiempos y con iguales fines, al combatirse añejas preocupaciones, en el campo de los opositores, no solo se han hallado las chusmas incultas é ignorantes, sino que también el grupo de los que dogmáticamente pretendían estar en posesión de la verdad. Así fué como los más altos representantes de la antigua Aténas, lanzaron furibundo

© Biblioteca Nacional de España

anatema, condenando á Sócrates, á Esquilo, á Aristágoras, á Diágoras, á Demonax y á otros que en nombre del progreso protestaban contra el culto bestial, que, en honor del mito Baco, era celebrado en la ciudad de Minerva. Los propios altos representantes de las tradicionales y dogmáticas creencias, fueron los que en abierta y ruda oposición se colocaron al frente, para combatir las doctrinas de Copérnico, ilustradas y sostenidas por Kepler y por Galileo. Y calcúlese cuánto hubieran perdido la ciencia y la filosofía, si se hubiera tenido reverente silencio para no lastimar la *honorabilidad* de aquellos dogmáticos representantes del catolicismo y de la ciencia oficial, que exponían contra las modernas ideas, afirmadas por Galileo, sus viejos títulos adquiridos, desde los antiguos caldeos hasta Ptolomeo.

Quería, amigo mio, terminar con esta cuarta carta mi contestación á las que en igual número se ha servido vd. dedicarme, pero quédanme aún puntos importantes que no puedo tratar en ésta, sin extenderme demasiado; así, pues, los dejo para la siguiente.

Por hoy me despido de vd., reiterándole con positiva sinceridad las protestas de mi amistad y aprecio.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CARTA QUINTA.

A D. JUAN VALERA.

El alma universal rige la materia inanimada y da la vuelta al Universo, manifestándose bajo mil formas diferentes. *Cuando es alada y perfecta, domina desde lo más encumbrado del cielo y gobierna el orden universal.*

(PLATON.—*Diálogos Socráticos.*)

Muy estimado amigo mío:

Ya en mi carta anterior demostré cómo, aunque en todo nos es desconocida la esencia de las cosas, sin embargo, por los atributos y efectos que nos ofrecen, podemos inferir su naturaleza, pues nada más perjudicial, nada más contrario al progreso humano, que la impotencia de quienes dicen: el hecho de ser desconocida la esencia, nos imposibilita para negar ó afirmar la existencia de tal ó cual cosa: Dios, el alma, etc.

Faltan, á la verdad, palabras que sean bastante enérgicas para condenar tan absurda proposición; pues si á ella se le da carácter de universalidad, si no se refiere exclusivamente á los dos problemas de más difícil solución, cuales son Dios y el alma, resultaría que, como no conocemos la esencia de ninguna cosa, deberiamos

© Biblioteca Nacional de España

permanecer en una ambigüedad estúpida, sin atrevernos á formar juicio acerca de nada. Si pues el hombre solamente conoce fenómenos, y estos son los únicos datos positivos que tiene para fundar sus conocimientos, es evidente que, comparando y combinando los hechos que engendran esos fenómenos, es como puede fundar sus inferencias. Ahora bien; si todas las energías que aisladamente estudiamos, las tomamos como elementos múltiples de la unidad cósmica, y si cada una de esas partes las estudiamos en sus efectos, y estas partes aparecen naturales, clarísima y evidentemente podemos decir, que, si las partes que constituyen un todo son naturales, ese todo lo es también.

Examinemos, pues, detalladamente los casos en los cuales deberiamos encontrar los signos de un poder sobrenatural afirmado por los místicos metafísicos, y se verá cómo no lo hallamos.

Ahí, cuando el dolor en el espíritu se exacerba, cuando martirio horrendo aqueja al hombre, y éste, elevando sus ojos anegados por el llanto, suplica con fervor ardiente sea apartado de sus labios el amargo cáliz, todos los elementos de la Naturaleza, que son subalternos al hombre, en la escala de su desarrollo, permanecen mudos á su tierna súplica, y solo en el elemento que le es afin por inteligencia, esto es, en el elemento humano, encuentran eco sus dolores y consolador bálsamo sus aflicciones.

Cuando en noche de duelo pavorosa la afligida madre contempla en el paroxismo del dolor el cuerpo de su tierno hijo que yace pálido, exánime, sin vida, con la rigidez siniestra de la muerte; aproximando el aterido

© Biblioteca Nacional de España

cuerpo á su amoroso seno, pide con invocación solemne torne á la vida aquel ser que es objeto de su augusto amor; y, en este supremo instante, la Naturaleza permanece muda: la esfera en su constante giro trae el día: el sol, con la indiferencia peculiar de la inconsciencia, asoma risueño por Oriente: la campiña ostenta sus galas como siempre, y los gorjeos de los pájaros que se desperezan en los nidos, hienden los aires. Todo, todo en fin, se manifiesta indiferente al dolor de la infortunada madre, menos el corazón generoso de su hermano el hombre, quien, partícipe de su honda pena, derrama á su lado llanto fraternal que cual bálsamo consolador templa el rigor de las maternales angustias.

Cuando el incendio voraz despierta á los moradores de una finca, y en medio del terror la piedad mística implora el divino auxilio, indiferentes los elementos responden, en su inconsciencia, con la voz del viento que aviva las llamas del incendio. En tanto el hombre, único representante del amor compasivo y generoso, con esfuerzo denodado aparece trayendo sus bombas y sus escalas, y, poniendo á riesgo su propia vida, llega á salvar la de sus hermanos que se hallan en peligro.

Ruge la tempestad, las ondas impetuosas de la mar levantan sus negras y espumosas masas cual enhiestas montañas, dejando por su falda antros pavorosos dispuestos á tragarse la nave conductora de familias que, en busca de felices playas, salieran del patrio suelo que no alcanzaba á darles albergue y sustento. En tan supremo instante las preces místicas se elevan al soñado cielo, los habitantes de la cercana costa unen sus plegarias á las de los afligidos navegantes: un himno so-

© Biblioteca Nacional de España

lemne se lanza al vacío. La campana de la ermita suena plañidera en són de rogativa y el acético cura murmura en lengua latina frases cabalísticas; pero todo es en vano: los elementos desatados, en su salvaje inconsciencia manifiestan que no entienden de plegarias, ni de campanas, ni de latinas frases. Por fin, el buque se hunde. Poco después aparecen y desaparecen á la luz de los relámpagos los botes salvavidas que dan última esperanza á los tristes náufragos.

Y en tanto que las súplicas y rogativas nada han alcanzado, un grupo de esforzados marineros de espíritu sencillo y generoso bota al agua las lanchas, empuña los remos y con aliento titánico se lanza al socorro de los náufragos: quizás con ellos perecerán, quizás lograrán su noble objeto; pero de todos modos, se ve cómo el elemento humano es el único que representa el amor, la caridad, la conciencia.

Mejoremos, pues, tan magno elemento, avivemos su amor, no á efecto de místicos temores, y sí al de grados positivos adquiridos por su generosa sensibilidad. Exaltemos su razón, dándole por brújula la ciencia, y no empeñándonos en hacerle creer que el símbolo es lo real. ¡No le ocultemos la majestuosa grandiosidad de la verdad, que es lo simbolizado!

Y no tan solo en la vida práctica nos cobija el manto cariñoso del amor sublime, conquistado por el hombre en su noble exaltación; pues también durante su estancia en el medio que es invisible para nuestros toscos y débiles sentidos, afanoso nos imparte ayuda y protección.

Es indudable que las energías del amor y de la sabi-

© Biblioteca Nacional de España

duría, no podrían quedar inactivas en el espíritu, después del fenómeno de muerte, ó sea en el momento de su *monocorporización*. Tales energías, lejos de amortiguarse, habrán de tomar mayor vigor, desde el momento en que el espíritu se halla libre de todas las miserias que constituyen las pasiones que solo pueden ser hijas del medio *práctico*, tales como las que engendra la avaricia por el oro, la sed de mando y poderío, los bestiales placeres, etc. Por lo tanto, la actividad que despliegan el amor y la sabiduría de los seres *monocorpóreos*, busca afanosa la manera de emplearse en bien de los humanos *bicorpóreos* que luchan en el medio práctico, conquistando su perfeccionamiento. Pero he aquí el dolor profundo de aquellos nuestros hermanos, cuando nosotros con torpe proceder cortamos el hilo conductor que nos pudiera transmitir la energía de su amor y de su elevada inspiración. En esta especie de absorción ó asimilación de las energías intelectuales y afectivas que, viniendo del exterior, llegan cual rayo luminoso á incidir hasta la esencia de nuestro espíritu, ha de haber sus varios grados de susceptibilidad para la asimilación ó repulsión de aquellas transmisiones de energía intelectual y afectiva; grados que deberán marcarse por ley de afinidad. Indudablemente que el hotentote no podrá asimilarse las energías de amor y de sabiduría que le indujeran los espíritus prepotentes de un Victor Hugo ó de un Newton.

La densidad de la sustancia espiritual, está en razón directa de los grados de perfección adquirida; así pues, en esa inmensa escala de densidades que habrán de ofrecer los múltiples estados de desarrollo que muestra la

© Biblioteca Nacional de España

humanidad terrestre, desde las más primitivas razas, hasta los hombres prepotentes de la superior raza blanca, el hotentote se ofrece con relación á las inducciones de energía intelectual y afectiva, cual cuerpo opaco en el cual no compenetra el rayo de luz que le incide.

Ahora bien; sentado esto, el espíritu, durante las luchas que en la vida práctica sostiene entre el bien y el mal, ó lo que es lo mismo, entre la perfección y la imperfección, *engendra oscilaciones psíquicas, que tienen su derivación en la fisiología del organismo persistente, ó sea del espíritu: opacándose ó trasluciéndose la sustancia espiritual;* pudiera decirse que el hombre hace en sí, respectivamente, luz y sombra; noche y día. ¿Viene el ímpetu de la ira, de la envidia, de la ambición, de la vanidad y de la soberbia? Se hacen las tinieblas; y—¡cosa terrible y peligrosa!—en esos momentos se nos asimila todo el elemento imperfecto y primitivo del mundo invisible. Y, ¡cuidado si ahí se encuentran en aquel momento cerca de nosotros nuestros anteriores implacables enemigos! porque, aprovechando el momento en el cual les abrimos las puertas, ellos entrarán á exacerbar nuestras pasiones hasta hacerlas llegar al paroxismo.

En esta vez, si nos fijamos detenidamente, hallaremos despojado de su prestigio al Diablo. Se destruye el símbolo,—que ya va siendo motivo de hilaridad,—y queda lo real y positivo, esto es, la imperfección, el mal.

¿Hay un materialista que aferrado en la pretensión de que ya conoce la ciencia pasada, presente y futura, afirma rotundamente que el origen de la sensibilidad, del conocimiento y de la conciencia humanos es una secreción de la sustancia organizada? Torna á la no-

© Biblioteca Nacional de España

che, puesto que la insensatez y la soberbia son engendros de las tinieblas en que se halla el espíritu primitivo.

¿Hay un metafísico, que, cual rústico campesino cree á la civilización una señora y al gobierno un señor, así él, aferradísimo, cree que el *Agente Universal* es un *monarca divino?* Torna á la noche, puesto que tal necedad es achaque de la oscuridad primera.

¿Hay dos contrincantes que en reñida polémica no les guía espíritu de verdad, y sí el torpe empeño de alcanzar vano triunfo para arrancar aplausos á las turbas necias?

Hacen en torno de sí la noche, y, caminando á oscuras, se pierden en intrincado laberinto de absurdos y de pérfidos sofismas.

Si, por el contrario, el espíritu en su noble anhelo de perfeccionarse, engendra movimientos generosos de amor y de ternura, ó bien eleva su pensamiento en alas de la sabiduría á las regiones de la verdad, entonces se hace el día, huyen las tinieblas, y á la esencia del espíritu llega, en asimilación simpática, luz de amor y de sabiduría.

También aquí el prestigio del *mago soberano* desaparece, y queda lo real, lo natural, lo verdadero, ésto es: el supremo bien. Erección soberana del elemento humano que se ha perfeccionado; conquista augusta realizada con esfuerzo doloroso, hasta domar con titánico impulso el monstruo horrendo de imperfección primera.

¿Queréis que esta sea la lucha entre el ángel bueno y el malo, en el puente del abismo, como dice el poeta?

Sea; admitámoslo, pero con el espíritu ilustrado de

© Biblioteca Nacional de España

quien sabe distinguir lo que es el tropo poético y lo que es la realidad que en él se quiere simbolizar.

Ahora bien, ilustre amigo mío, con todo lo que dejo expuesto, podemos venir á esta conclusion:

Si el germen *increado* de nuestra inteligencia, fué muy nuestro, y nadie nos le dió, como increado que es; si á efecto de nuestras evoluciones, inconscientes hasta la animalidad, y conscientes desde nuestra humanización, hemos alcanzado los bienes que dan la inteligencia y los afectos generosos, todo como resultado de nuestros afanes, de nuestros cruentos sufrimientos y de nuestras titánicas luchas para salir de la imperfección primera, ¿por qué con abyección mística hemos de creer que esos bienes no son resultado de nuestro propio esfuerzo y natural conquista, y los hemos de referir á la quimérica protección de un fantasma innecesario?

Reflexione vd. con todo el ánimo sereno de su claro talento, y no dudo que podrá advertir cómo la humanidad entera ha sufrido un letargo *divino* que ha durado muchas centurias, y del cual hasta ahora comienza á despertar, y al hacerlo, lucha, á efecto de transición, entre las imágenes quiméricas de su largo sueño y las imágenes reales que ofrece la verdad,—esa inmortal desposada de la inteligencia,—como bellamente ha dicho el egregio dramaturgo á la par que experimentador científico Sr. Echegaray.

¿Qué papel representa ya en el escenario del Universo ese *mito divino*, desde el momento en que nos son conocidas las evoluciones naturales, que dieron motivo para que la ciencia formulara la ley del progreso?—Un papel ridículo, el de histrión fuera de escena, que debe

© Biblioteca Nacional de España

suprimirse porque no hace falta para la grandiosidad del espectáculo universal.

Esa candorosa abyección de achacarle á un fantasma la bondad y la generosidad de habernos dado lo que nosotros hemos conquistado, la advierto ahora tan absurda como si yo supusiese que mis cortos conocimientos y mi mediana ilustración se los debía al Emperador de la China.

Pero no; ya advierto que esta comparación es menos absurda. Aunque traida de los cabellos, le podría dar una solución diciendo: el Emperador de la China, es un ser real, y aunque la situación geográfica de nuestros respectivos países nos aparta tanto, como nuestra diferente civilización, sin embargo, por rarísima y estupenda circunstancia, el espíritu de aquel Celeste Monarca podría comunicar conmigo, durante nuestro sueño, y por tan extraño y excepcional modo haberme ilustrado; pero tratándose del otro *Emperador Celeste*, los únicos datos que tenemos, con relación á su existencia, son los que da la fe ciega: quiere decir, el suicidio de la razón por el miedo.

Si en estas cartas he podido precisar las proposiciones fundamentales de mi sistema, y si á efecto de tal precisión vd. ha podido advertir cuál es la radical y trascendental diferencia que existe entre mi demostración racional del *Agente Cósmico* y del ser *monocorpóreo* con relación al Dios y á el alma de la tradición, entonces estaremos en pleno *Perfeccionismo*, y, en cuanto á doctrinas de amor—salvo el progreso moral que en diez y nueve siglos hemos alcanzado, el cual nos ha hecho posible demostrar *que el castigo divino no existe y que el*

© Biblioteca Nacional de España

humano debe trocarse en enseñanza, lo cual constituye un grado superior al de la moral evangélica; pues así rehabilitamos los fueros de la razón y de la justicia, torpemente escarnecidos durante el secular reinado de la ignorancia y del miedo—con tal salvedad, digo, estaremos, como vd. dice, en armonía con los buenos cristianos. Y también lo estaremos con los espíritas progresitas que tienden al desarrollo filosófico y científico de las doctrinas de los espíritus, compiladas por Allan Kardec; pues yo sé bien que en ese grupo de pensadores no siempre se encuentran hinchadas medianías que se creen hijos predilectos de los espíritus, sino que también hay eminentes escritores, filósofos y experimentadores científicos, como Alfredo Russel Vallace, William Crookes, Huggins, Cox, Lord Sinday Tremerchini, Lowe, Jobard, Hoefer, Wagner, Butlerow, Flammarión y otros muchos que, como los ya citados, han conquistado legítimamente un nombre ilustre.

De todos estos que constituyen lo más granado del Espiritismo Científico, hay que esperar mucho; pues indudablemente que sabrán aplicarse el proverbio que dice: *es de sabios mudar de opiniones*, y por lo tanto, lejos de persistir en añejos errores, esperando que la corriente del progreso destruya sus proposiciones de ayer, ellos mismos se apresurarán á corregirlas, pues su claro talento les hará comprender cuán insensato sería gastar su actividad en apuntalar el viejo edificio que se derrumba. Se reconocerán, pues, obreros del progreso, y antes que apuntalar el vetusto templo del dogma, contribuirán á su demolición, colaborando al mismo tiempo en la grandiosa obra de erigir el edificio

© Biblioteca Nacional de España

moderno, en el cual las generaciones venideras recibirán las lecciones del amor, exentas de vanos temores y de ridículas mogigaterías, y las cátedras de la sabiduría eliminadas de candorosos dogmas.

Creo que mis esperanzas no serán vanas, pues ya la Sociedad Científica de Espiritismo establecida en París, la cual está reconocida como centro principal por los espíritas de todo el mundo, ha manifestado por medio de su órgano "*La Revue Spirite*" que acepta mi sistema, diciendo de él: "*que se dirige á aquellos hombres en los cuales todas las facultades intelectuales y progresistas han alcanzado un grado de desarrollo tal, que les impele á tener como solo ideal la investigación de la verdad.*"

Desgraciadamente en el espiritismo, como en todas las sectas y escuelas, existe ese elemento pernicioso de las medianías orgullosas, que sin elementos para el desarrollo de las doctrinas que profesan, se encierran en una ortodoxa recalcitrante: anatematizan toda reforma; desvirtúan el espíritu de sus doctrinas; se apegan á la letra; profesan culto á las vanas formas, y, con barniz superficial de ilustración, soñándose grandes maestros, se pavonean henchidos de fatuidad, en el trillado campo de la rutina.

Creo que el no haber roto con el opresor *mito divino* es lo que ha impedido el progreso rápido del espiritismo, pues á efecto del sentimiento místico, los émulos de Alan Kardec más se han entregado á la vida piadosa y contemplativa, que al desarrollo científico y filosófico de sus doctrinas. Algunos de ellos son tan fanáticos y tan amantes del *statu quo*, en sus doctrinas,

© Biblioteca Nacional de España

como los mismos católicos; pues así como éstos guardan santa reverencia á los Evangelios, así los espíritas místicos guardan reverentísimo culto al "Libro de los Espíritus," y secretan raudales de bilis, y quisieran *liberalmente* una Inquisición para quemar vivos á los arrogantes soberbios que cometen el sacrilegio de impugnar alguna proposición kardeciana. Estos señores, prohijando los más candorosos absurdos, sin poner en ejercicio un riguroso é ilustrado criterio, son con frecuencia el ludibrio de charlatanes embaucadores que les engañan con las más groseras y chuscas simulaciones; causa por la cual no han podido despertar interés entre los experimentadores científicos.

Ya se verá, pues, cuan difícil es por hoy que mis doctrinas tengan muchos simpatizadores, pues al practicar el fin que me he propuesto, de ser un escritor sincero y franco, tengo que decir verdades amargas; pero si, como vd. dice, mi *eureka* no es una quimera; si no es una estupenda soberbia lo que yo creo ser racional y lógico; si mi sistema en realidad ofreciere bases fundamentales para la filosofía, solo espero que lo reconozcan todos aquellos que, no á título de usurpada reputación, y sí al de verdadera elevación intelectual, se hallen colocados en la cúspide de sus respectivas escuelas filosóficas; pero tratándose de aquellos que son más papistas que el Papa, más comtistas que Comte, más spencerianos que Spencer, más krausistas que Krause, y más kardecistas que Kardec, solo espero oir las más destempladas censuras.

En cambio, espero mucho de aquellos que no se han llenado la cabeza de humos escolásticos; de aquellos que

© Biblioteca Nacional de España

con sano criterio, no ofuscado por los prejuicios, observan, meditan, y juzgan con propio criterio.

Quedan, pues, contestadas las cartas que se sirvió vd. dedicar á la crítica de mi sistema. Si vd., como lo ha ofrecido, sigue escribiendo para tratar las cuestiones políticas y sociológicas que se derivan de mis proposiciones, mucho me alegraré, pues reconozco lo provechoso que será debatir problemas de tanta importancia cuales encierran esas cuestiones. Y si lo hace vd. empleando estilo serio, tanto mejor. Esto de ninguna manera entraña una condición especial, pues vd. es muy dueño de tratar las cuestiones por modo y manera que mejor le cuadre, y si no puede prescindir de su estilo humorístico, procuraré separar lo cómico de lo serio y trascendental.

Además, puede vd creerlo, que menos me desagrada habérmelas con un amigo de buen humor, que con uno de esos escolásticos insoportables; pues, á ser vd. de ese gremio, indudablemente que no estaría corriendo aquí mi pluma: ya me hubiera vd. hecho derramar torrentes de bilis y hubiera dado al trasto con sus cartas.

Y, bien visto, diré á vd.: que si algo reclama la variedad y flexibilidad del estilo es la filosofía. Algunos creen que esa jerga de la escolástica, con sus palabras huecas y sus frases cabalísticas es la única que á la filosofía conviene. Yo creo que por el contrario, siendo la filosofía de suyo tan complexa en sus elementos, necesita, para los fines que se propone, emplear todos los modos y formas del estilo. La elocuencia tiene que prestarle todos sus recursos: ya empleando lo patético,

© Biblioteca Nacional de España

tierno y poético; ya lo grave y sentencioso. Ora lo enérgico y vehemente; ora lo epigramático, lo vulgar y lo prosaico. Según que sus fines se encaminen: ya á excitar la verdad del sentimiento, ya á despertar la razón dormida, ya á contrastar los afectos, ya á comparar los raciocinios.

Pero, pongamos punto á la digresión.

Réstame tan solo por hoy suplicarle que aleje de su ánimo todo sentimiento que pueda impedir nuestra amistad. Si vd. me sigue dispensando el honor de escribirme, quiero sí que me enderece sus sarcasmos, siempre que vayan encaminados á destruir un error; pero que, á través del sarcasmo, pueda advertir al amigo.

Tales son los deseos de su contrario en la polémica; pero en todo caso su amigo que lo estima y lo aprecia.

© Biblioteca Nacional de España

CARTAS FILOSÓFICAS.

SEGUNDA SERIE.

CARTA PRIMERA.

A D. JOAQUIN CALÉRO.

¿Qué importa que Spinosa y los panteistas reconozcan que un Dios vive en mí, que mi alma es una partícula del Gran Todo?

Yo no concibo al alma sin el carácter de unidad indivisible y la conservación de la individualidad del *yo*. Si mi alma después de haber sentido, sufrido, pensado, amado, esperado, va á perderse en ese océano fabuloso llamado el alma del mundo, disolviéndose y desvaneciéndose el *yo:* es borrar y matar mis afecciones, mis recuerdos, mis esperanzas, es el abismo de los consuelos de esta vida y la verdadera negación del alma.

FOISSAC.

Por todas partes se ven señales de decrepitud en los usos y legislaciones que ya no están en relación con las ideas modernas. Las viejas creencias, adormecidas hace siglos, parece quieren despertarse de su entorpecimiento secular y se admiran de verse sorprendidas *por nuevas creencias dimanadas de filósofos y pensadores de este siglo y del pasado.* El sistema bastardeado de un mundo *que solo era un simulacro,* se derrumba ante *la aurora del mundo real, del mundo nuevo.*

(*El Espiritismo en la Biblia. Comunicación dada por el espíritu* ERASTO).

Comienza vd. el primero de los artículos que dedica á la crítica de mi sistema filosófico "El Perfeccionismo Absoluto," estableciendo magistralmente cuáles son las condiciones y los preceptos requeridos para acometer los estudios filosóficos, y, en seguida, emprende el estudio y crítica filosófica de mi sistema.

© Biblioteca Nacional de España

Está bien; quedo enterado de que tal trabajo lo emprende vd. con la suficiencia que dan: "*la gran fuerza de inteligencia, la atención para analizar los detalles, el orden para distribuirlos, el método para investigarlos, la ilustración y facultades para generalizarlos y sistematizarlos y, sobre todo, la completa abstracción del* AMOR PROPIO."

Perfectamente!

No se puede exigir mayor número de excelencias, para asegurar el tesoro de enseñanzas luminosas que sus "Artículos Críticos" van á ofrecer al mundo de los hombres pensadores.

Pero no obstante esto, vd. me va á permitir que humilde y tímidamente me atreva á contestar las impugnaciones que á mi sistema ha hecho.

Dice vd. que la Filosofía del porvenir no será un sistema filosófico, que será simplemente Filosofía.

¿Qué, esa Filosofía del porvenir, en toda la complexidad armónica de sus elementos, se expondrá simplemente escribiendo con caractéres de *luz celestial* sobre blanquísima página la palabra Filosofía, y á su simple vista toda la humanidad adquirirá el concepto maravilloso de lo que es Filosofía?

No: indudablemente que todo ese conjunto de verdades que llegarán á constituir la sublime síntesis de los conocimientos humanos, formarán un conjunto que, en trabazón, orden y armonía ofrecerán el concepto de la unidad Filosofía.

Y, puesto que—como lo ha expresado muy bien el sabio Amadeo Guillemin—quien dice sistema dice trabazón, dependencia, armonía, resulta: que, tratándose

© Biblioteca Nacional de España

de la Filosofía, que es síntesis de todas las ciencias, jamás podrá llegarse á su conocimiento, si no se sistematizan sus múltiples y varios elementos, ordenándolos con dependencia, trabazón y armonía.

¿Qué, porque el absurdo y primitivo sistema del Mundo, que prevaleció hasta el momento en que lo reformara Copérnico, ha llegado al grado prodigioso de perfección que en la actualidad le conocemos, debido al descubrimiento de las leyes formuladas por Kepler y por Newton, por tal hecho de perfección, digo, sería lógico decir qne el conocimiento del mundo planetario no debía adquirirse sistemáticamente?

Ya veo que vd. en este punto hace lamentable confusión, entre lo que es el sistema, y lo que es el espíritu sistemático y exclusivista de tal ó cual escuela. Ya comienzo á dudar de la excelencia de sus magistrales facultades, de que nos dió cuenta al comenzar la serie de sus luminosos "Artículos Críticos."

También se reciente, por antagónica desafinidad, su magistral suficiencia para tratar los asuntos filosóficos, con el concepto que vd. tiene de las discusiones encaminadas al esclarecimiento de la verdad filosófica; pues dice, que ellas son cual juego de ajedrez en el cual solamente entra como apuesta el amor propio.

Aseguro á vd. que cuando leí semejante afirmación, me ví tentado á no dar importancia alguna á sus "Artículos Críticos," puesto que, con tal afirmación, conocía de antemano que no me hallaba frente á un campeón de la verdad, y sí frente á un *jugador de amor propio*. Pero después, reflexionando que, como en esta cuestión no solo está la personalidad de vd.—que por

© Biblioteca Nacional de España

muy respetable y magistral que sea, no es sin embargo, más que una personalidad—sino que también está el público á cuyo dominio ha llegado la crítica que de mi obra ha hecho, decidíme, por tal razón, á contestarla; no para *jugar una partida de amor propio*, y sí para esclarecer la verdad.

Sienta vd. que la novedad de mi sistema consiste en haber combinado un panteismo caótico progresivo con el Dios–Humanidad de Augusto Comte.

Aquí también sus magistrales aptitudes para estudiar las cuestiones filosóficas le fueron infieles, pues olvidó por completo lo que es el *panteismo* y lo que es el *comtismo*.

Trataremos respectivamente de cada una de estas doctrinas, en la parte que vd. les supone similitud con mi sistema.

Afirma el panteismo que el Universo es Dios, *ser* perfecto en lo absoluto y que presta á sus criaturas un soplo de su naturaleza *divina*, *perfecta* y *absoluta;* soplo que sufre extraña é injustificable degradación, tornándose, de *divino*, en vil átomo imperfectísimo, plagado de pasiones asquerosas. Ese átomo que, procediendo de la perfección absoluta, entró por caprichosa degeneración á la vía de doloroso trabajo humano, conquistando personalidad, conciencia, amor y sabiduría, ¿se creerá que tiene por fin grandioso conservar su individualidad, constituyendo en la eternidad un elemento perfecto del *Gran Todo?*

Pues no, señor.

Ese envilecimiento del soplo divino prestado á la criatura, no tuvo otro objeto que satisfacer un capricho

© Biblioteca Nacional de España

de Brahma, el cual se regocija viendo cuán torpe y cuán imperfecto se torna un soplo desprendido de su divina esencia, y cuántas titánicas luchas y cuántos martirios cruentos sufren aquellas concretaciones humanas para conquistar su perfección.

¿Y todo para qué?

Para que, cesando aquel drama terrible engendrado por la lucha humana, desaparezca el cuadro fantasmagórico, destruyéndose la individualidad del espíritu, que vuelve á confundirse en el seno de Brahma, el cual no gana nada con la vuelta á su seno de todos los elementos humanos, por soberanamente perfectos que ellos vuelvan; puesto que, habiendo sido de toda eternidad perfecta en lo absoluto, no puede serlo ni más ni menos que antes de que se le antojara tener el capricho de ver cuantas tragedias ofrecía el cuadro de una humanidad que surgiera á efecto de soplos prestados, para recogérselos tan luego como hubiera sufrido bastante.

Es cierto que panteistas modernos, como Benito Spinoza en el siglo XVII y Eduardo de Hartmann en el actual han despojado á esas doctrinas de su antiguo simbolismo oriental; pero no obstante esto, admiten como principio lo divino, quedando por lo tanto en pie el absurdo de la retrogradación del divino soplo prestado al hombre.

Mi sistema, no partiendo de lucubraciones cándidas que á efecto de *santo miedo* obligan al hombre aceptar *á priori* descomunales dogmas, y sí á efecto de los modernos procedimientos lógicos que aconsejan partir en la investigación, ya científica, ya filosófica, de lo co-

© Biblioteca Nacional de España

nocido á lo desconocido; observando que todo en el mundo que nos rodea viene de lo sencillo y rudimentario, caminando á lo complexo, armónico y perfecto, no establece, por tal razón, como punto de partida, la perfección absoluta; ni bajo el simbolismo de Brahma, ni bajo el de Júpiter, ni bajo el de Jehová, ni bajo el del Dios cristiano, ni bajo el del Dios que proclaman todas y cada una de las religiones; por lo tanto, establece, como punto de partida, *la absoluta simplicidad: llenando el infinito espacio la* ESENCIA ABSOLUTA. Esencia que bajo el concepto puramente convencional y lingüístico conocemos con el nombre de *sustancia* ó *materia*, en este momento presente que se nos muestra en todas sus múltiples y varias combinaciones, pero que, el estado actual de la ciencia no ha alcanzado analizar bajo su aspecto de elemental simplicidad; mas, las conquistas que en este terreno ha hecho la Química moderna, son premisas positivas, y no fantásticas, para inferir, con lógico fundamento, se llegará á tan magno término.

El Dr. Kruss, notable químico de Baviera, ha obtenido últimamente la descomposición del cobalto y del niquel, sustancias conocidas hasta hoy como simples.

Ahora bien, que esa esencia contiene como atributo inmanente á su naturaleza una fuerza, una energía que engendra movimiento, transformación y vida, es un hecho que también conocemos en sus múltiples y variadísimas combinaciones, mas no en su elemental simplicidad; pero que, igualmente, los avances que en este terreno hace dia á día la ciencia experimental, nos auguran su reconocimiento bajo el aspecto de unidad fundamental.

© Biblioteca Nacional de España

Sobre estas bases positivas, tan sólidas cuanto lo permite el estado actual de la ciencia, establecí en mi sistema, como punto de partida, LA UNIDAD SIMPLE DE LA ESENCIA ELEMENTAL; y todas mis doctrinas se encaminan á estudiar el desenvolvimiento de esa unidad simple, á efecto de gradual y progresivo desarrollo; cuyo movimiento evolutivo va engendrando estados cada vez más complexos, más armónicos y más perfectos, hasta llegar á ofrecer, tras rigurosa escala ascensional, como tipo culminante de la variedad, al hombre. Concretación sublime, con individual conciencia; ser sensible y pensador que se reconoce, que estudia y comprende el medio en que gira, y que tiende, con titánico impulso de su pensamiento, á la concepción del infinito.

Entonces, siguiendo el firme apoyo de las bases positivas que conducen, de lo conocido á lo desconocido; advirtiendo que esas facultades humanas se ofrecen también en analogía con todo lo que observamos en el mundo que nos rodea, esto es,—viniendo desde lo rudimentario é imperfecto, hasta lo complexo, armónico y perfecto: desde las pobrísimas facultades del hotentote, hasta las ricas dotes del hombre pensador;—entonces infiero en buena lógica, que no hay razón para segregar de la progresión universal al término hombre, y por lo tanto le doy su lugar en esa progresión, ocupando el término culminante que en ella le corresponde; juzgando absurdísimas las proposiciones de los primitivos pensadores, que, no pudiendo ser filósofos, fueron religiosos, los cuales, careciendo de los elementos que la ciencia actual ofrece para estudiar la magna progresión del Universo, creyeron que el hombre constituía un ser de

© Biblioteca Nacional de España

naturaleza sobrenatural, independiente de la *esencia* de que procedían todos los demás seres que le eran subalternos en la creación. Absurdo que persiste, no obstante el cúmulo de datos que la ciencia ofrece en la actualidad, para asegurar la unidad de origen y la solidaridad que existe entre todos los seres de la Naturaleza. Y todo porque la abyección terrorífica de los místicos, en todos sus matices, ya sean panteistas, ya cristianos, ya mahometanos, ya espiritistas, no les permite abandonar la niña concepción del *divino mago sobrenatural.*

Después de fundar la solidaridad de todos los seres —sin excepciones fantásticas—y como elementos de la *unidad absoluta*, advirtiendo que la inteligencia del hombre, bajando desde la inteligencia que posee el hombre más prominente, se va extendiendo en escala descendente hasta perderse en el mineral, entonces me digo: *es atributo de la esencia elemental la inteligencia*, desde cuyo seno y en el estado de mayor simplicidad se viene desenvolviendo; manifestándose, *como inteligencia rudimentaria* y *colectiva*, en la formación de la nebulosa; más tarde, en las concretaciones esferoidales de un sistema planetario; después, en las variedades del mineral, y, por último, en el nacimiento de la vida orgánica. Al llegar á este punto, fundo y demuestro cómo el ser que se concreta desde la más primitiva y rudimentaria forma orgánica, no se aniquila; y sí, con persistente existencia, á efecto de inmensas evoluciones ascensionales, conquista su erección soberana en la jerarquía humana, *en cuyo término se manifiesta ya la inteligencia consciente.* Llegando á este término, fundo y demuestro también, cómo el hombre alcanzará ser el

© Biblioteca Nacional de España

elemento individual y perfecto de la unidad absoluta.

Ya verá mi ilustradísimo crítico, cuán grande diferencia existe entre las doctrinas del *panteismo* y las del *perfeccionismo* que he propuesto.

El *panteismo* tiene por punto de partida la *esencia divina*, perfecta en lo absoluto. Los seres tienen un soplo prestado de aquella esencia divina; ese soplo retrograda, volviéndose vil, miserable, imperfecto; el ser lo perfecciona á costo de inmensos martirios, que no aprovechan á nadie, porque después de esa evolución, de todo punto innecesaria, perdiendo su individualidad, tornan al seno del Gran Todo.

El *perfeccionismo* parte de la *esencia natural* en estado de *simplicidad absoluta*. Por condición de energía unitiva que le es inmanente, *que contiene en estado rudimentario la inteligencia*, y que tiende á la perfección, engendra estados progresivos que determinan la variedad, la multiplicidad, la solidaridad y la armonía; hasta realizar la conciencia, el amor y el raciocinio, en su elemento culminante: en el elemento humano. Este elemento no en vano conquista, á efecto de titánicas luchas, sus soberanas facultades; puesto que halla su recompensa y su satisfacción en la eternidad de persistente vida individual, como elemento culminante y perfecto de la unidad absoluta, *como verdadero cosmopolita del infinito.*

Queda, pues, demostrado que mi sistema, en cuanto á lo fundamental, se parece tanto al panteismo como un hijo predilecto de la *divinidad* se parece á un *réprobo audaz* y *soberbio* que no reconoce tal paternidad. O, lo que es lo mismo, hablando en términos vulgares: se parece tanto, como un huevo á una castaña.

© Biblioteca Nacional de España

No es menos inexacta la similitud que vd. encuentra entre el Dios–Humanidad de Augusto Comte y el Dios–Humanidad que yo propongo.

La ilustración que vd. tiene, y de la cual nos dió cuenta al comenzar su primer artículo, le habrá hecho conocer todo lo que la crítica ha dicho con relación al Dios–Humanidad de Augusto Comte; pero como con frecuencia voy observando que en esta vez toda su erudición se le ha olvidado, me permitirá vd. que aquí transcriba el siguiente párrafo tomado de la crítica que el pensador belga Guillermo Tiberghien hace de las doctrinas comtistas. Dice así:

"Mas no se crea que el positivismo reconoce siquiera como Dios á la *Humanidad universal* y eterna que se desarrolla sin fin en los innumerables globos que pueblan el infinito espacio. No: la humanidad universal es una de esas nociones metafísicas que asustan al positivismo porque pasa los límites de la esfera de nuestros sentidos. Comte *no puede elevarse á tal altura*, y debe limitarse á la noción de la *humanidad terrestre* que ha comenzado y concluirá sus días sobre nuestro globo, y que se compone más bien de muertos que de vivos. El Dios celebrado por Comte es, por tanto, la colección de todos los hombres que han vivido, viven y vivirán sobre la tierra."

Este párrafo por sí solo habla elocuentemente para refutar la similitud que vd. supuso existía, entre las proposiciones comtistas y las mias.

Indudablemente que quien no ha podido distinguir las radicales diferencias que dejo expuestas—no obstante *la grande fuerza de inteligencia* con la cual vd.

© Biblioteca Nacional de España

se entrega á los estudios filosóficos—no podía encontrar novedad alguna en mi sistema y por eso es que vd. solo creyó ver convenciones lingüísticas, cambios de palabras.

Ciertas inteligencias escasas, que no pueden abarcar la concepción de un Dios–Humanidad, se confunden creyendo hallar en tal proposición un absurdo descomunal; y todo porque no saben distinguir la diferencia que existe, entre la proposición que afirma un Dios–Humanidad, y lo que sería la proposición absurdísima que afirmara una *Humanidad de dioses.*

Dios constituye la *síntesis absoluta* de las perfecciones *alcanzadas—solo así admito la palabra Dios,*—y la Humanidad es el elemento inteligente y consciente de aquella síntesis absoluta.

Bajo tal concepto, la *Humanidad universal y eterna constituye la inteligencia consciente de la unidad absoluta;* y por tal razón es fundada y rigurosamente lógica la afirmación *perfeccionista* que propone un *Dios–Humanidad,* del cual se deriva una *Providencia humana,* que en su esfera de poder relativo, alcanzado hasta el momento presente, nos imparte ayuda y protección, según lo he demostrado, tanto en mi sistema, como en la 5ª Carta de la primera serie dedicada al Sr. Valera, y lo hago especialmente en la parte final de este volumen en el artículo intitulado: "*Gobierno Providencial en la Naturaleza.*"

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CARTA SEGUNDA.

A D. JOAQUIN CALERO.

A una de esas grandes épocas que terminan un período y empiezan otro, estais llamados para asistir; participando á la vez de las cosas del pasado y de las del porvenir, *de los sistemas que se desploman y de las verdades que se cimentan*, tened cuidado, amigos mios, y ☞ PONEOS DE PARTE DE LA SOLIDEZ, DEL PROGRESO Y DE LA LOGICA, SI NO QUEREIS SER ARRASTRADOS AL PRECIPICIO. ☜

("*El Espiritismo en la Biblia.*" *Comunicación dada por el espíritu* CLELIE DUPLANTIER).

Si las proposiciones de opuestos sistemas, que siempre se habían tenido como disímbolas y antagónicas, se enlazan y se armonizan con otras nuevas proposiciones, ofreciéndose un conjunto ordenado y sintético, ¿este hecho merecerá por manera alguna sarcasmos y reproches, ó bien la madura y serena reflexión de los hombres pensadores? ¿Qué, toda la labor del pensamiento humano realizada en los pasados siglos, la cual se halla condensada en los varios sistemas filosóficos, había de ser tan solo grosera ganga despreciable?

Sin duda que no.

Evidentemente que en todos y cada uno de dichos sistemas, se encuentra, junto con la despreciable gran-

© Biblioteca Nacional de España

za del error, el oro purísimo de la verdad. Esto vd. lo reconoce al comenzar su primer artículo crítico, pero no obstante lo cual, casi á renglón seguido, llama á mi sistema en són de sarcasmo, darwinista, espiritista, panteista y positivista.

También, entre los magistrales preceptos que establece vd., como necesarios para el estudio de la filosofía, está el de no fanatizarse con un sistema exclusivista; y claro está que, quien ha estudiado los sistemas relacionados por vd. tomando de cada uno aquellas verdades que enlazadas con las de los otros se armonicen, no puede ser tachado de fanatismo sistemático.

Todas esas flagrantes contradicciones que se advierten en su crítica—siento decirlo, pero mi carácter tan de suyo dispuesto á exponer la verdad, sin restricción de ningún género, me obliga á ello—indican que no lo mueve á vd. el sentimiento noble de amor á la verdad, y sí el ciego amor propio y el sentimiento limitadísimo de la secta *mística-kardecista*, fanatizada y mistificada á tal punto que, así como el católico ha desvirtuado la moral evangélica, en la parte que de bueno tiene, así los espiritistas han desvirtuado las doctrinas compiladas por Allan Kardec; pues esas doctrinas aconsejan todo apartamiento del espíritu dogmático, todo prejuicio que pueda detener el progreso intelectual, y declaran terminantemente que el espiritismo es altamente progresista, QUE NO HA DADO SU ULTIMA PALABRA, y que por lo tanto se debe estar siempre dispuesto para alcanzar nuevos grados de progreso. Pero no obstante esto, esos buenos señores kardecistas, se han tornado dogmáticos, todo se les ha de creer por artículo de fe, no dan

© Biblioteca Nacional de España

un solo paso en la vía del progreso—salvo honrosísimas y muy pocas excepciones—y esperan cruzados de brazos que su progreso se haga por vía de *aporte*. También el espiritismo tenía que dar el espectáculo de los antiguos Fariseos, tan luego como en virtud del progreso se intentara reformar sus doctrinas. [1] Pues si sus sectarios no se hallaran animados por el espíritu de presunción, si aquellos que con torpe vanidad solo pretenden conservar el nombre de maestros, aunque carezcan de títulos legítimos y positivos para merecerlo, estuvieran por el contrario animados de noble amor á la verdad, su actitud en esta vez, al aparecer mi sistema, no habría sido la del rabioso Fariseo que combate con el sofisma y con la sutileza, y sí hubiera sido la actitud serena y reposada del que, queriendo esclarecer la verdad, habría promovido sesiones para establecer la discusión.

Pero dejemos este punto asaz enojoso, acerca del cual mucho habría que decir, aunque sin provecho, pues la pasión de esos señores kardecistas místicos les haría tomar en un sentido torcido la intención con la cual expusiera mis asertos.

Pasemos por lo tanto á otro punto.

Con extraña y excepcional lógica, que no concuerda con sus magistrales preceptos, dedujo vd.: que, porque yo para combatir una sentencia deista, clasifiqué en dos

1 Una vez por todas hago constar que mis ataques á los kardecistas se concretan exclusivamente á los místicos, que son los que se han mostrado con aptitud verdaderamente farisaica en contra de mi sistema; pues por lo que respecta á los espíritas progresistas, antes bien les merezco agradecimiento: el Círculo Central de París, que está reconocido como el foco principal del Espiritismo, ha manifestado en la "Revue Spirite" con términos bondadosamente satisfactorios para mi, que acepta mi sistema y ha recomendado su lectura á sus abonados.

© Biblioteca Nacional de España

grupos á los sabios—el de los hombres amantes de la iniciativa en bien del adelantamiento, á los cuales llamo *sabios de progreso*, y el de los hombres amantes de la rutina y del *statu quo*, á los cuales llamo *sabios de estampilla*—dedujo vd. por esto, repito, que yo combatía á todos los sabios habidos y por haber, en cuanto no estuviesen de acuerdo con mi sistema. Semejante conclusión, me apena el decirlo, pero no está en afinidad con el magisterio de que hace alarde y con todos sus preceptos, principalmente con aquel que encarece la completa ausencia del amor propio. Sentiría yo en verdad que con esto hubiera dado motivo para que el público diga que se sintió vd. clasificado en el segundo grupo. Pero no, señor; de ninguna manera.

Solo una maligna cavilosidad podría sacar semejante deducción, ante la conclusión sofística de vd. Pero, á propósito de sofismas, ya veo bien claro cómo saltan á cada paso las afinidades y armonías que ofrecen el conjunto de un crítico que juega *partidas de amor propio*, aportando para ello un arsenal de severísimos y magistrales preceptos.

Digo esto por aquel juego de silogismos que combinó vd. para refutar mi aserto relativo á que la ley del progreso es causa eficiente del Universo.

Sin duda que vd. sabrá á maravilla la diferencia que existe entre la acepción que tiene el adjetivo *eficiente*, y la que corresponde al adjetivo *fundamental;* pero como parece que al ausentarse de vd. el amor propio, para juzgar fria y serenísimamente mi sistema, olvidó todo, me permitirá que se lo recuerde ahora. Dicen así los artículos respectivos del Diccionario:

© Biblioteca Nacional de España

EFICIENTE—adjetivo. *Dotado* de la virtud de poder obrar ó de producir un resultado ó efecto dado.

FUNDAMENTAL—adjetivo. Que sirve de fundamento ó base, de principio ó causa á alguna cosa, tanto en el sentido propio como en el figurado.

Ya verá, pues, mi ilustradísimo crítico, cómo *la ley que surge* de un *poder fundamental*, como lo es la energia unitiva inmanente á la esencia—materia ó sustancia—puede ser *causa eficiente* del Universo, en cuanto á que éste es conjunto de cosas varias, múltiples y armónicas que salen de la simplicidad y que se perfeccionan á efecto de la *virtud* que dicha ley tiene "*de poder obrar ó de producir un resultado ó efecto dado*," sin que por ello deje de existir la *Causa Fundamental*, esto es, el *Agente Cósmico*, que es quien *dota* á la ley con las virtudes enunciadas.

Queda, pues, aniquilada la sutileza de vd. con la cual pretendió destruir mi aserto.

Tomar cavilosamente una palabra de la Introducción de mi sistema, que es un discurso preliminar en el cual no se ha entrado de lleno á las cuestiones trascendentales que después se enlazan, se apoyan y se demuestran, desconociendo ó queriendo desconocer que en el capítulo intitulado "*Origen natural del alma*," la proposición relativa al *Agente Cósmico* se halla expuesta, no como cuestión lingüistica, según vd. afirma, y sí como proposición trascendental, apoyada racional y científicamente, es un proceder dignísimo, sí, de un jugador de amor propio, mas no de quien respeta y ama los fueros de la verdad.

Y cuánto habría que decir, si el respeto no me obli-

© Biblioteca Nacional de España

gara á dominar la rudeza de mi estilo y de mi franqueza, para contestar á su impugnación relativa á que mi proposición del *Agente Cósmico* entraña un dogma de fe.

Aquí también olvidó vd. lo que es la racional hipótesis científica, la cual puede llegar en el terreno de la experimentación hasta el rango de un hecho comprobado, y lo que es el cándido dogma que proscribe, *para siempre jamás*, toda demostración positiva.

También en esta vez *su buena fe* para la crítica, le hizo desatender todos los fundamentos de mi proposición, para tomar al vuelo cavilosamente la palabra *creo* que emplee al exponer mi proposición. Armado con esta palabra *funda* vd. su impugnación, con esta lógica: "Yo no quiero detenerme á examinar por qué y cómo cree vd., *señor perfeccionista:* ¿ha dicho vd. creo? Luego es vd. dogmático."

¡Estupendo, admirable modo de raciocinar!

Cuidado, pues, humanos incautos, séais del grupo que fuéreis: no vayáis á emplear la palabra *creo*, si no queréis que cargue sobre vosotros el epíteto de dogmáticos que os lanzará.....

¿Quién?—me preguntaréis.

¡Oh! guardad compostura que yo con tono solemne os voy á decir quién.

Quien podría tacharos de dogmáticos, es un metafísico que cree á ojo cerrado en el dogma del poder divino.

Pero, óigame vd., ilustradísimo crítico, ese *creo* que yo emplee al afirmar la existencia de un poder *natural, inmanente* y *progresivo*, no es el *creo* que probablemente vd. ha de profesar y el cual dice:

© Biblioteca Nacional de España

"*Creo en Dios Padre Todopoderoso, etc.*"

¡Todopoderoso! y no alcanza á dominar la monstruosa imperfección que abortan los elementos en la vía de su perfectibilidad, y sí alcanza ahogar en fiera hecatombe á miles de infelices, ancianos, mujeres y niños, que no tienen otro delito que el haber surgido á la vida torpes é imperfectos, tímidos y abyectos; y tanto, que incensan, que veneran y que idolatran á quien suponen autor de tantas y tantísimas barbaridades.

¡Sér todo amor, todo poder y todo sabiduría, que tuvo el capricho de degenerar los soplos de su divina esencia, tornándolos viles, envidiosos, pedantes, hinchados, presuntuosos, vanidosos, soberbios!—¡Y tanto como lo somos los humanos terrestres!

Cosa singular; quienes ni perfecta ni imperfectamente hacen un impulso para salir del *statu quo*—quizá porque la excelencia de su magisterio en cuestiones filosóficas se los impide—son exigentísimos con los soberbios audaces que se atreven á hacerlo. Quieren que sus obras sean irreprochables, que envuelvan la sabiduría absoluta, y quisieran que maravillosamente condensaran toda la ciencia que sus proposiciones pudieran alcanzar en el terreno práctico durante los siglos venideros.

¿Se tienen elementos que da la ciencia actual y que la razón recoge, armoniza y combina, para dar una teoría que puede guiar hasta la observación y la experimentación satisfactoria de un hecho en lo futuro?

Pues que no se dé tal teoría. Que su autor vea cómo se libra del fenómeno de muerte: que prolongue la actual etapa de su existencia terrestre, tanto cuanto sea

© Biblioteca Nacional de España

necesario para que, junto con la teoría, ofrezca el hecho experimentado y rigurosamente comprobado.

Tal es la exigencia de los que, ni en el terreno de la hipótesis científica, ni en el de la teoría, ni en el de los hechos, avanzan un solo paso, y sí, hinchadísimos de vano orgullo, se pavonean en el trillado campo de la rutina, siendo quijotes para encarecer los más severos preceptos, que saben relacionar á maravilla, mas no aplicar en sus estudios.

Se creerá que quienes tan exigentes se muestran pidiendo hechos, y nada más que hechos, perfectísimamente experimentados y comprobados, que quisieran se les ofreciera la energía potencial del Universo en toda su infinita síntesis, condensada en un objeto manuable, para verla de cerca, darle vueltas, analizarla y reconocerla en todas sus partes: así, poco más ó menos, como el sacerdote católico pretende hacerlo en la hostia; se creerá, digo, que quienes tal cosa piden son unos eminentes experimentadores, unos Moleschott, unos Vogt, unos Burmeister, unos Büchner, unos Broussais.

Pero, ¡quía! No, señor.

Los que tan rigurosos se muestran, son furibundos metafísicos; [1] seres maravillosos que están nutridos con puras abstracciones, hombres extraordinarios que tienen como base de sus raciocinios, no teorías, ni mucho menos hipótesis, *que estas son deleznables quimeras*. Su punto de apoyo culminante es una virtud deífica, es el

1 Una vez por todas hago constar que distingo metafísicos de metafísicos; pues yo sé bien que entre éstos hay eminentes pensadores, que se nutrieron con los principios de su escuela, de la cual les alcanza más la forma y el tecnicismo, que el fondo trascendental de las ideas; pues sin poder ser ajenos al movimiento científico de la época, procuran, como es natural, relacionar y apoyar sus especulaciones filosóficas con la ciencia positiva.

© Biblioteca Nacional de España

dogma candoroso de *lo divino*. Esos buenos señores creen—con los ojos cerrados—que la causa fundamental del Universo radica en el poder de un *Mago Divino* á la par que autócrata y despótico monarca, el cual crea á sus hijos lo más imperfectos que el refinamiento de su AMOR se lo permite, para luego castigarlos cruelmente por los hechos que en derivación naturalísima de esa imperfección se produzcan.

Y ¡qué crueldad!

No tiene igual con la más refinada crueldad de los pueblos bárbaros, pues éstos son niños de teta, en cuanto á crueldades, comparados con ese Soberano Autócrata de todos los infinitos mundos.

De que este augustísimo Señor se irrita, ¡cuidado con él!

Secreta bilis hasta por los poros de su divinísima esencia, en forma de rayos, de huracán, de terremotos, de epidemias y de lluvias torrenciales: mata, ahoga, aplasta, descuartiza y aniquila á sus *queridísimos* hijos, en fieras hecatombes capaces de causarle horror á su mismísimo rival el otro *monarca del averno*.

¡Horrenda abyección!

¡*Lógica* monstruosa, que entraña en sus *cándidos* elementos—sí, llamémosles *cándidos*, porque el respeto impide llamarles de otro modo—en sus *cándidos* elementos encierra, ya no teorías, ya no hipótesis, ya no sofismas, ya no sutilezas, ya no absurdos! Encierra.... Pero no. No hay palabras para decir lo que encierra.

Y por más que con sandias argucias se trate de atenuar tanto absurdo, tanta candorosidad, tanto antagonismo y tantos y tantísimos conflictos como á la

© Biblioteca Nacional de España

razón ofrece la concepción primitiva y monstruosa de la causa divina, siempre ellos subsistirán. Ya sea que ese poder fantástico se represente bajo el simbolismo de Brahma, ya bajo el de Júpiter, ya bajo el de Jehová, ya bajo el del Dios cristiano, mahometano ó *espiritista*,—que es al que mi doctísimo crítico profesa culto—de todos modos él será siempre el Ser todo amor, todo sabiduría y todo perfecciones, que aborta las creaciones más imperfectas, que quebranta el orden con lo fortuito y lo monstruoso, que lanza el rayo, que asesina y que viola los fueros de la justicia humana;—que imperfectísima y calificada de mísera por la abyección de los beatos deistas,—es, sin embargo, muy superior y puede ofrecerse como modelo, ante esa monstruosa injusticia que encontramos, cuando fria y serenamente nos ponemos á buscar esa justicia divina que solo ha podido caber en la mente aterrorizada del místico.

Siempre aparecerá ante la clara luz de la razón que la concepción de *ese fantasma*, no tiene más base que la de monstruoso miedo, la de monstruosa abyección, la de monstruosa ignorancia y la de terrorífica superstición. Abundan los hombres *cándidos*, que creen les faltaría la salud, el alimento, el vestido, la fidelidad conyugal, el aire, la luz, el calor, el agua, etc., y un millón más de etcéteras, si siquiera se engendrara en su débil razón el más insignificante impulso que tendiera á examinar los fundamentos asaz lógicos que existen para negar la existencia del *mito divino*.

A ser cierta su existencia, ya podía ver la humanidad cómo se las había para destronar á semejante tirano, á semejante *monstruo*. Sí, este sí que sería un monstruo,

© Biblioteca Nacional de España

y no el *poder natural, inmanente y progresivo* á que he llamado *Agente Cósmico*, proposición que ha sulfurado á mi doctísimo crítico, haciéndole secretar raudales de bilis, á tal grado, que en su furor metafísico la denomina proposición monstruosa; felizmente, para calificar los devaneos de la razón extraviada á impulso de las fermentaciones que producen las pasiones desenfrenadas, está ahí el médico-legista de la opinión ilustrada, del mundo inteligente, de los sabios verdaderos,—que no á los de estampilla invoco,—para que pericialmente examinen el estado de nuestras respectivas razones. Pero cese la presumida digresión. ¡Qué quiere vd., señor mío! no á todos nos es dado poseer esa virtud sublime que vd. tiene de *ausentar* al *amor propio*, pues yo ni siquiera alcanzo eliminar el ajeno, dulcificando mi amarguísima manera de decir las cosas.

Pero, decía yo, que á ser cierta la existencia de semejante monstruo, ya podía ver la humanidad cómo se las había para destronarlo, destituyéndolo del gobierno del Mundo, por inepto, por déspota, por cruel y bárbaro. Mas, felizmente, la razón libre reconoce evidentísimamente que ese fantasma solo ha existido y existe en la razón débil, aterrorizada y abyecta de la humanidad niña, niñería que se extiende desde el cafre hasta los místicos metafísicos, por más que á éstos su *ausente amor propio* les haga creer que han llegado á la edad adulta.

Después de citar al padre Secchi, como á uno de los que han estudiado la unidad de las fuerzas físicas, concluye vd. manifestando, aunque no de una manera franca y abierta, pero lo bastante para darse á conocer,

© Biblioteca Nacional de España

que es partidario de la escuela que proclama la dualidad de fuerzas: la *divina* y la física; lo cual no es extraño: lo contrario, sí sería fenomenal y estupendo.

Pero lo que sí me extraña es que vd. diga, que los *organismos persistentes* propuestos por mí, nada tienen que hacer con las fuerzas, y que no es más que una *humorada lingüística* mia, el darles un trabajo que no se toman. Aun bajo el concepto de la dualidad de fuerzas admitidas por los vitalistas, no se les podría negar trabajo á esos *organismos persistentes;* á no ser que la negación sea, así, como vd. sabe fundar sus negaciones, esto es:

¿Por qué no?— señor crítico.

Pues..... porque no.

Quedamos enterados é ilustradísimos.

Dice vd. que mi proposición que afirma la extinción de los tipos intermediarios entre cada uno de los que fijos quedaron en las escalas orgánicas, entraña una retrogradación, una negación de la ley de progreso; que tal hecho constituiría flojedad por parte de los tipos posteriores, con relación á los anteriores.

Si vd. hubiera empleado *esa gran fuerza de inteligencia*, que presume tener para los estudios filosóficos, al leer mi proposición relativa á que la marcha ascensional de los seres orgánicos no ofrece una progresión de común crecimiento y de razón constante, y sí de tal manera que, á mayor suma de perfección en el conjunto, hay también mayor suma de energía fecundadora, la cual engendra perfectibilidad relativa en los tipos primitivos, entonces se hubiera vd. salvado de caer en el ridículo de afirmar que el progreso es retroceso.

© Biblioteca Nacional de España

Estos DOGMAS (que no teorías) de doctrinas evolucionistas, se han de avenir mal, muy mal, con el incógnito sistema de vd. Probablemente en este respecto estará vd. conforme con el HECHO mosaico (que ni por *pienso* dogma) por el cual aparece que el buey con todo y cuernos, el burro con sus grandes orejas y el vanidoso pavo con sus esmaltadas plumas, brotaron instantáneamente al supremo mandato del *divino mago.*

Esto sí que es racional, lógico, muy lógico; y no esas tonterías de evolucionismo con que nos vienen ahora esos presumidillos darwinistas.

Tachar de retrógrado un hecho que para todo buen criterio indica progreso, no tiene nombre.

Su lógica de vd. en este sentido es la misma que resultaría de este modo de raciocinar.

Los hombres de la *edad de piedra,* con inmensa dificultad descubrieron la manera de aprovechar el sílice para sus primitivos usos en la industria; y los hombres del siglo XIX tienen un arsenal inmenso de instrumentos de labranza, de arte y de industria, que no les cuesta gran trabajo obtener, puesto que las máquinas de las grandes fábricas los elaboran en cantidades prodigiosas. Pues esto es signo de retrogradación, según la lógica de vd.

Los hombres del presente siglo, son más flojos y más atrasados que los hombres de la *edad de piedra.*

¡Oh! ilustrísimo crítico.

¿Qué, será posible que el prejuicio le ciegue á vd. tanto que no advierta cómo la rigurosa unidad de origen lo explica todo de una manera lógica, á diferencia de tantos y tantísimos conflictos como surgen con la

© Biblioteca Nacional de España

dualidad de fuerzas, divinas y físicas, lo cual deja constantemente hondísimos vacíos, "*abismos insondables*," como vd. dice?

Y ahora sí que la razón se detiene para contemplar cuántas sutilezas, cuántos sofismas, cuántos absurdos y cuántas inconsecuencias á sus magistrales preceptos le hizo cometer el olvido de aplicarse, con respecto á la eliminación del *amor propio*, aquel proverbio que dice: "*El buen juez por su casa empieza.*"

© Biblioteca Nacional de España

CARTA TERCERA

A D. JOAQUIN CALERO.

> Muy difícil resulta reconocer la verdad entre tantos sistemas monstruosos, mantenidos por las causas que los producen; es decir, por las supersticiones, por los gobiernos, y por la mala filosofía. Los errores, asaz enlazados entre sí, defiéndense mutuamente. En vano combatiríanse algunos: sería preciso destruirlos todos á la vez; es decir, necesitaríase cambiar de repente todos los hábitos del humano espíritu. Pero estos hábitos resultan demasiado inveterados: las pasiones que nos ciegan los alimentan; y si, por casualidad, existen algunos hombres capaces de abrir los ojos, son demasiado débiles para corregir nada.
>
> (CONDILLAC.—*Lógica*).

Cuando escribía mi *Sistema Perfeccionista*, puede estar seguro mi ilustradísimo crítico, que no tuve presente su muy respetable y honorabilísima individualidad: por tanto, cuando combatía yo á místicos, á metafísicos y á materialistas, no creía que vd. pudiera darse por aludido, vistiendo el proverbial saco. Más aún; cuando por indicación de un amigo de vd., que lo es también mío, tuve el honor de dedicarle un ejemplar de mi obra, desconocía completamente cuáles eran las ideas filosóficas de vd., las cuales solo me fueron conocidas con motivo de los "Artículos Críticos" que me ha enderezado.

© Biblioteca Nacional de España

Lamento, pues, mucho que mis conceptos puramente generales, que de ninguna manera llevan la intención de atacar á personalidad de ningún género—pues en lo general á todo hombre amo y respeto—hayan producido honda impresión en su ánimo, hasta el grado de hacerlo descender al personal insulto. Ciego vd. por los efectos del amor propio, tergiversó los papeles diciendo: que combatir una escuela filosófica como yo lo he hecho, eran ataques personales; y que, colocarse vd. á mi frente como crítico de mi obra, lanzándome los epítetos de: *odioso*, *insolente*, *petulante*, *despreciable*, *loco*, *etc.*, constituía un ataque impersonal.

¡Extraordinaria aberración!

Pero no me extraña esto: reconozco en ello los efectos del fanatismo divino en sus últimos matices. En los pasados tiempos sus efectos eran terribles: el potro del tormento y la hoguera; en la actualidad, denuestos y anatemas, epítetos que lanza el odio mal reprimido. Pero no crea vd. que me enoje por esos epítetos: no defiendo mi insignicante individualidad; y sí lo que, con ánimo convencido, juzgo ser la verdad.

Quiero en esta vez aplicarme la siguiente máxima de Diderot:

"No se recurre á las invectivas, sino cuando se carece de pruebas. Entre dos polemistas, se puede apostar ciento contra uno contra el que se enoje."

Esta máxima, que tengo presente, me hará dominar el amor propio; pues le diré á vd., aquí entre nos, tan calladito como lo permiten las páginas de un libro, que yo no tengo esa facultad de ausentarlo; y, á la verdad, ni deseo que me juegue el chascarrillo de hacérmelo

© Biblioteca Nacional de España

creer así; pues el picaron, sin ausentarse y sí muy escondido allá en el más recóndito lugar de mi espíritu, se había de estar riendo de mí, al verme obrar cual si realmente se hubiera marchado.

Así, pues, con la conciencia de que se ha quedado en casa, procuraré tenerlo quieto, pues sé bien que es un monstruo que difícilmente se doma, y que, cuando se acuerda de que nos viene acompañando desde nuestras existencias en la selva, nos hace cometer barbaridades dignas de un Alarico.

En tal virtud, yo procuraré sustituir el procaz dicterio, con alegre humorismo, en tanto como me sea posible y siempre que no haya que velar por los fueros de la verdad y de la justicia; pues entonces, "*suceda lo que quiera*" como dice el filósofo Tiberghien, se oirá la voz de mi ruda franqueza.

Cualquiera diría, al ver el enojo de vd., que yo soy el único audaz que con apreciaciones duras se atreve á condenar la escuela metafísica; cuando para todo aquel que entiende de estas cosas, no es un misterio que desde tiempos antiguos, hasta nuestros días, han sido tenidas como perniciosas sus doctrinas y se ha empleado energía asaz dura para combatirlas.

Serían estrechísimas las páginas de esta carta, si yo me pusiera ahora á relacionar extensamente siquiera lo mayúsculo que se ha dicho con tal motivo; pero no me quedaré sin exponer aquí algunas citas, al menos las que más presentes tengo en este momento.

El ilustre filósofo inglés Francisco Bacon señalaba los sistemas metafísicos como causa principal de los errores á que él llamaba: "*Fantasmas ó ídolos de la tribu humana.*"

© Biblioteca Nacional de España

Con anterioridad á este filósofo, su compatriota y homónimo Roger Bacon, á despecho de los *sabios de estampilla* de su época, que no cesaron de mover su emponzoñada saeta para atacarlo, combatió las abstracciones y las sutilezas de los filósofos escolásticos. "*En vez de estudiar la naturaleza, decía, se pierden veinte años en leer los razonamientos de un antiguo.*"

Despreció á los *Tomistas* de la Edad Media, y protestó duramente de las torpes abstracciones de esa escuela.

Luis Büchner, tratando de los metafísicos dice:

"A pesar de la altura metafísica en que se colocan, se alejan con demasiada frecuencia de la *ciencia positiva*, hasta tal punto, que cometen los más deliciosos errores, tocando en este inconveniente, sobre todo, en las cuestiones en que la filosofía se roza con las ciencias naturales, y en que estas últimas amenazan derrumbar el ostentoso edificio de sus especulaciones metafísicas."

Feuerbach, ha dicho:

"La especulación es la filosofía ébria. Vuelva la verdadera filosofía, y será para el espíritu lo que el agua pura de un manantial es para el cuerpo."

Grimblot, furibundo metafísico, prologuista de Fichte, en la obra de éste, intitulada "Doctrina de la Ciencia," dice, defendiendo y encareciendo los estudios metafísicos, que no hay razón para tenerles prevención. No me detendré aquí para combatir sus asertos, pues solo quiero transcribir un pequeño párrafo que pone de manifiesto cómo es ya clásico combatir la filosofía metafísica.

© Biblioteca Nacional de España

Dice así:

"Se la ha representado como perdida en vanas sutilidades obedeciendo á los más desarreglados caprichos de la fantasía, y persiguiendo en las regiones nebulosas de la abstracción las más ridículas quimeras."

Con estas cuantas citas ya podrá ver mi ilustradísimo y doctísimo crítico, que no quiere decir nada una gota más que yo he arrojado en la lluvia que desde tiempos remotos se viene descargando sobre los febricitantes cráneos de los metafísicos.

Serénese vd., pues.

¿No tiene mi eminente crítico la conciencia del valor deífico que en sí encierran sus doctrinas metafísicas?

Pues entonces, ¿á qué enojarse tanto?

Oiga vd. llover con la fe inquebrantable del que sabe á maravilla que la mísera voz humana no alcanzará jamás conmover el edificio metafísico, que se asienta sobre seculares y *robustísimas bases.*

No crea vd. que se puedan repetir hechos en que, como el de Galileo, la voz humana salida de los trémulos labios de aquel septuagenario anciano, derribara el *colosal* y *divino edificio* que con el *robusto aliento de miriadas de generaciones* se venía sosteniendo durante innúmeras centurias. No; ese fué un hecho excepcional. Es cierto que con él se conmovió hondamente el prestigio del *magister dixit*, y más aún el de la tradición *divina;* pero no importa: la metafísica todo lo puede, posee el *sublime verbo de la ciencia*, y con frases cabalísticas sabrá borrar el recuerdo y la trascendencia de ese *calamitoso* hecho galiléico.

La base metafísica radica en la *esencia divina* y ella

© Biblioteca Nacional de España

está sostenida poderosamente, desde el hotentote y el cafre, bajo la representación de su *fetiche*, hasta el ilustradísimo metafísico que, tras de varios ensayes antropológicos, no encontrando tipo que le agrade para su representación, se ha quedado ahora buscándolo en el *vacío*. Y, aunque la ciencia moderna le prueba que el vacío absoluto no existe, el metafísico, mostrando su cerebro al experimentador científico, le dice con inusitada elocuencia: he aquí la demostración práctica.

¿Qué representación tienen esos hombrecillos presuntuosos que han negado y que niegan la *base divina*, sobre la cual se asienta la poderosísima escuela metafísica?

Analicemos detenidamente cuáles son los elementos que constituyen el grupo de los filósofos naturalistas y cuáles los que integran la comunión deista. Están en lo más hondo de la base metafísica todas las tribus salvajes; después las de los bárbaros; siguen los pueblos semi-civilizados; y, por último, las grandes masas de las naciones civilizadas, cierto que ignorantes y desposeidas de razón ilustrada, pero en cambio también son metafísicas, como sus inferiores los salvajes, los bárbaros, y los semi-civilizados. Coronando esta progresión *sublime de amor* y *de sabiduría*, están los directores de esa imponente masa humana: unos se distinguen por sus vestiduras sacerdotales, otros por sus tremendos bonetes doctorales.—En los países como el nuestro donde no hay *doctores borlados* se suple el bonete con el tono grave, solemne, hinchado, magistral.—Tenemos, pues, estudiado en sus elementos al monstruo metafísico.—Le llamo así, no por irreverencia y sí en virtud de su enormidad.

© Biblioteca Nacional de España

Ahora, estudiemos los elementos de que se compone ese *mísero y odioso grupillo* de los que no son metafísicos.

En la antigüedad á duras penas sacaremos unos cuantos nombres de las páginas de la Historia; pocos, poquísimos hombres que no admitieran la existencia divina, podían aparecer en aquellos felices tiempos, en los cuales la divinidad estaba tan inmediata que cualquiera podía cogerla por el manto, nada más que con extender la mano. ¿Se comía? Pues allí sentada á la mesa se hallaba la divinidad. ¿Se embrutecía la razón, libando el embriagante vino? Pues allí en el orgiástico festín estaba la divinidad. ¿Se cometía el bestial incesto? Pues allí estaba la también incestuosa divinidad, que se estremecía de celestial lujuria, al contemplar las convulsiones del furor afrodisiaco. ¿Se perpetraba fiera matanza? Pues allí estaba la divinidad guiando las asesinas armas. Ya se comprende, pues, que en tan divinos tiempos, los negadores de lo divino no andarían por donde quiera; así es que apenas se podrán señalar algunos cuantos nombres de aquellos impíos que, negando las divinidades, no asistían á los orgiásticos cultos. En la Edad Media, el paroxismo del terror sobrenatural engendró un *amor* tan entrañable por lo divino, que apenas es comparable con el furor metafísico de mi ilustrado crítico; por lo tanto, se hizo imposible que apareciera un abominable naturalista, y, si lo hubo, se guardaría muy bien de emprender polémica con los Inquisidores, reconociéndoles de antemano la excelencia de la *candente lógica* de sus argumentos; los silogismos de la hoguera y del potro tenían un poder irrefutable, su-

© Biblioteca Nacional de España

perior á la filosofía Tomista, de la cual se deriva en línea recta la filosofía metafísica de mi kardeciano crítico.

Pero llegan los tiempos modernos; surge el sublime Guttemberg con su grandiosa invención de la imprenta; hablan Galileo, Kepler, Newton, Linneo, Bufón, D'Alembert, Voltaire, Diderot, Holvahc, Volney, Condillac. Entonces la razón se yergue y protesta contra los tradicionales candores. Aparecen dos hombres eminentes: Laplace y Augusto Comte, los cuales condensan la labor del pensamiento humano realizada en los pasados siglos. Y estos dos hombres que se levantan con talla gigantesca en el primer tercio de nuestro siglo, establecen las bases de la moderna ciencia, y, quienes tan alto se muestran en el terreno del humano progreso intelectual, que representan con justo título el tipo del espíritu adulto, protestan contra el candor del espíritu niño que con *santo* y *bendito miedo*, siguiendo la tradición de origen salvaje, cae postrado ante el altar del Dios-mito.

El Positivismo, exento del dogmatismo y de los prejuicios de su fundador,—dogmatismo y prejuicios dignos de enérgica censura, en cuanto á ellos mismos, y altamente disculpables en quien los produjo, ya por el carácter de transición que tuvo el Positivismo; ya porque ninguna obra, atendiendo á la ley del progreso, puede quedar constituida con caractéres de perfección absoluta; ya, en fin, porque hay que atender á la gran labor sintética realizada por Comte,—el Positivismo progresista, digo, ha engendrado esa pléyade de sabios experimentadores de nuestros días, á quienes la ciencia debe prodigiosos adelantos; y ha formado eminentes pensa-

© Biblioteca Nacional de España

dores naturalistas, que con fórmulas prácticas dan impulso al desarrollo intelectual y efectivo de una juventud vigorosa, que exenta de sandios y ridículos prejuicios místicos, constituye nuestras legítimas esperanzas para el porvenir. No puedo menos que manifestar aquí mi honda pena, al ver que en nuestra Escuela Preparatoria, por injustificable retrogradación, se ha tornado en mística enseñanza metafísica, la noble, generosa y altamente benéfica institución positiva que nos legara como preciadísima herencia, el ilustre sabio D. Gabino Barreda; se ha violado con mano hipócrita su obra, y ya estamos experimentando los nefandos efectos en esta odiosa reacción fanática de estúpida beatitud que se opera en el momento presente, aquí en nuestro país.

He señalado al grupo de los que se ofrecen como antítesis del monstruo metafísico. Este es *grande, piramidal, inmenso;* pero aquel, aunque reducido, constituye lo más granado del pensamiento libre, de la ciencia y de la moral positiva; lleva en sí una energía potencial cuyas inducciones son poderosísimas para ductilizar al *rebelde, monstruo, metafísico.* Podría decirse que el uno es la personificación del viejo Caos, pugnando por mantener incólume el dominio de las sombras en toda la extensión del infinito espacio; mientras que el otro representa el grupo de átomos lucíferos, surgiendo del seno mismo del monstruo, para formar concretaciones dotadas de mayor poder luminoso, que con atlético esfuerzo esparcen sus rayos vivíficos, y luchan por aniquilar el tiránico reinado de las sombras.

Dejad que ese moderno grupo acabe con sus prejuicios, hijos de exagerada reacción, que en su ánimo en-

© Biblioteca Nacional de España

gendró la torpe metafísica; dejad que en el terreno de la experimentación llegue á filiar como hecho positivo nuestra inmortalidad, y le vereis con titánico impulso coronar su grandiosa obra. Lo veréis con la frente erguida estudiando lo infinito, en tanto que su planta pisa el solideo del sacerdote y el bonete doctoral del metafísico.

En el grupo de los modernos pensadores no se encontrará al hipócrita, no se encontrará al bandido ladrón y asesino que lleva al cuello como talismán para cometer impunemente sus delitos, el ridículo rosario y las sandias reliquias; no se encontrará á la ramera inmunda que enciende cirios al santo de su devoción, cual las hetáiras del paganismo llevaban coronas de mirto á la desenvuelta y licenciosa Afrodita; no se hallará á la hipócrita matrona que reza la misa diariamente y que insulta al desgraciado con insolente orgullo; no se hallará al presuntuoso é hinchadísimo beato metafísico que amando á su Dios-mito, con amor de miedo, niega amor positivo á sus hermanos.

Y no se exija que haga yo distinción entre el beato que está filiado en una religión y el que, nutrido de prejuicios metafísicos, es tan beato como aquel; pues tan beato y tan metafisico es el que adora al sobrenatural fetiche, como beato y metafísico es el que adora á un ENTE DIVINO, QUE NINGUN MORTAL HA VISTO, QUE NADIE DESCORRERA EL VELO QUE LO CUBRE, Y QUE NINGUNA CRIATURA FINITA LLEGARA JAMAS A COMPRENDERLO Y MUCHO MENOS A DEMOSTRARLO, según ellos mismos afirman. La diferencia entre cada uno de estos beatos no está constituida en su radical naturaleza, y solamen-

© Biblioteca Nacional de España

te los apartan grados cuantitativos de torpe abyección terrorífica.

Hay un problema que entraña cuestión rarísima, fenomenal, estupenda, y que habrá de sumergir en graves y profundas meditaciones á un metafísico.

¿Por qué de entre los deistas cafres y hotentotes no habrá salido un hombrecillo *ateo*, así, como Laplace?

Y, en cambio, ¿por qué, á diferencia del extensísimo, piramidal y monstruoso grupo deista, entre los réprobos que niegan el *mito metafísico*, no ha surgido un tipo de ejemplar *humildad* y de *amor deífico*, así, siquiera como un Inocencio III, como un Juan XXII, como un Luís XI, como un Carlos IX, como un Felipe II, como un Loyola, como un Torquemada, ó como tantos y tantísimos varones *ilustres*, *honra* y *prez* del *monstruo deista?*

¿Por qué siendo el *anti-deista* un ser tan ruín, tan despreciable y tan anatematizado, no lo producen esos términos que se elevan desde el antropófago de la selva, hasta el antropófago del Vaticano?

¿Por qué á ese ser maldito lo vemos iluminado por la ciencia? ¿Por qué sin temer ni al *mito-Dios*, ni al *mito-Diablo*, obra el bien, funda una familia, difunde la enseñanza y se hace buen ciudadano, buen esposo, buen padre, y buen maestro, dejando un nombre amado y respetado, como lo es entre nosotros el nombre de Ramírez (El Nigromante).

Vamos á ver, señor crítico, aporte vd. su arsenal de palabras y de simbólicos signos que también hablan el sublime y maravilloso verbo de la GRAN CIENCIA METAFISICA; plantee vd. el problema, y á pensar. A ver có-

© Biblioteca Nacional de España

mo me explica vd. esos fenómenos; vd. que conoce esa sublime *ciencia del conocimiento*, reconózcamelos; pues yo, si lo hago, como proscrito de esa aristocrática jerga, solamente hablaré el plebeyo idioma que *divierte* y *que declama*, como vd. dice.

Pero me impacienta la tardanza. Ya advierto la contestación. ¡Qué quiere vd! soy presuntuoso, como todo ignorante.

Creo..... ¡Caramba, ya dije creo! Ahora va vd. á decir que es dogma lo que voy á decir; pero no, no es dogma lo que voy á expresar, puesto que es la traducción de una conclusión metafísica.

Dándoles valor humano á esos *divinos* símbolos: trocando en un grano de trigo los quintales de paja metafísica: vislumbrando la fugaz idea lúcida, que cual rápido relámpago iluminó por un momento el encéfalo del divino pensador, traducirémos su contestación en el idioma *declamatorio*, que *divierte* de lo lindo á un metafísico, pues es claro que así suceda al contemplar que su toga y su bonete, se convierten ante el vulgo en otra cosa que no quiero decir, provocando hilaridad, en lugar de cándida admiración.

Diría así la tal conclusión:

Como el monstruo metafísico está dentro de la comunión divina, el Padre Celestial lo escuda y por lo tanto no puede surgir de su seno un tipo de soberbia refinada que pueda negar la base de la *divina metafísica;* y, por más declamaciones que se lancen, quieran que no los filósofos naturalistas, la metafísica prevalecerá, porque el siguiente argumento es lógico, es matemático, no tiene pelillo de duda: *pesa más una monta-*

© Biblioteca Nacional de España

ña de arcilla metafísica que un hacecillo de trigo naturalista.

Está bien, señor crítico. Me confundió vd. con el formidable peso de su razonamiento. Ni quien se lo tache de sofístico: estoy conforme con él en todas sus partes. Pero, ¡qué quiere vd.! mi pedantería me hace quedar filiado entre los que representan al mísero hacecillo de trigo.

También en cierta clase de hechos que vd. como buen kardecista no desconoce, encuentro un problema que merece su metafísica solución.

¿Por qué será que, con los elementos más satisfactorios he encontrado la aprobación de mis doctrinas por parte de los seres desencarnados que acusan mayor elevación y originalidad en sus proposiciones, ya del orden intelectual ya del orden afectivo, en oposición á los qne, más desconocedores del medio *transitivo* en que giran, las reprueban y anatematizan?

Y entienda vd. que este estudio no lo he hecho valiéndome de *agentes de comunicación* que simulan, dando espectáculos de recreación y de estampilla, y que por sus antecedentes se hacen indignos de la confianza de un experimentador que no sea un cándido bobalicón, y sí con *agentes* que, rigurosamente comprobados, ofrecen un campo riquísimo para la observación y la experimentación de los fenómenos supra–sensibles.

Pero ya advierto lo que ustedes los kardecistas místicos dicen en estos casos, imitando á los beatos católicos, sus inmediatos subalternos. Así como éstos achacan al Diablo, todo lo que es en contra de sus bastardos intereses de secta, así los kardecistas antiprogre

© Biblioteca Nacional de España

sistas achacan á mistificaciones de espíritus malos, todo lo que ataca sus intereses de *amor propio* y de hinchada presunción de fungir como proto-maestros de las doctrinas compiladas por Allan Kardec.

Así como se ha escrito la obra "Jesucristo en el Vaticano," así se podría escribir "Allan Kardec entre los espiritistas del *statu quo*."

¡Cuántos reproches oirían de su progresista maestro esos discípulos de estampilla á quienes asusta y aterra el libre examen, creyendo torpemente que el progreso solo ha de ser progreso, en tanto que sus doctrinas no sean reformadas!

© Biblioteca Nacional de España

CARTA CUARTA.

A D. JOAQUIN CALERO.

> No se puede condenar ningún abuso, *ni poner en claro falsas interpretaciones* de doctrinas que se ven como *santas é invulnerables*, sin que todos aquellos que las profesan dejen de sentirse ofendidos *en lo más sagrado de sus creencias*. Pero esto no es culpa de los que van en busca de la luz, ni de la ley de progreso, que conduce al hombre hacia la verdad sin fin. Débese esto á la ignorancia *que ha levantado altares para venerar á prohijados errores*, LOS CUALES SON CAUSA DE QUE NO SE VAYA EN POS DE MAYOR VERDAD.
>
> ("*La Ley de Amor.*"—*Comunicación de* MARIA).

Voy á tratar de un *argumento* expuesto por vd. para impugnar mi obra, el cual, como ninguno otro, me ha parecido digno de ofrecerse como modelo elocuentísimo para indicar cuál es el móvil que le ha lanzado á la crítica.

Transcribió vd. un pequeño párrafo de mi libro que contiene unas cuantas de las preguntas que formulo para que se les dé racional contestación, por parte de los metafísicos. Preguntas de aquellas que jamás podrán alcanzar contestación conciliante con el *gran fundamento* metafísico de la *causa divina*, por más que se

© Biblioteca Nacional de España

compilen en toda una biblioteca las argucias y las sutilezas más ingeniosas que haya producido el proto-doctorado metafísico, constituido en toda su grandiosa síntesis.

A fin de que mis lectores puedan reconocer la *fuerza* de los *fundamentos* que empleó mi crítico para refutar mis razonamientos, voy á transcribir aquí algunos párrafos del capítulo de mi obra intitulado "La Causa Creadora," para que llenen el inconsciente objeto que la inspiración aconsejó á mi crítico transcribir tan solo en parte que no completa mi pensamiento.

Dicen así los párrafos del citado capítulo:

"Bajo el punto de apreciaciones de una causa personal y soberana en facultades, la razón se extravía en la petición de origen, entra en el absurdo y termina por ceder el puesto á la fe ciega. ¿Admitimos su existencia increada? entonces surge el antagonismo evidentísimo que existe entre una causa absoluta en perfecciones y unos efectos imperfectos, ó relativamente perfectos."

"Bajo el concepto de la causa que proclamo, impersonal y progresiva, no surgen semejantes conflictos, y su existencia increada se tiene que admitir lógicamente; pues si pedimos una causa más simple que la simplicidad absoluta, que es sobre el punto de partida que mi sistema considera á la sustancia con su agente á ella inherente, resulta, que término más simple que el de la simplicidad absoluta, solo se lo podemos atribuir á la nada; y como la nada, nada es, resulta que no podemos pedir lo que se deduce lógicamente que no puede existir. Y, por lo que hace á su calidad de causa progresiva en poder, también se deduce lógicamente

© Biblioteca Nacional de España

que sus efectos tenían que seguir en escala ascendente, realizando la perfección que, observada por la ciencia, le hizo formular la ley de progreso; justificándose así, el que, la grandiosidad de la creación, sea una grandiosidad relativa, y no absoluta, en perfección."

"Pero aun hay más, señores metafísicos; penetráos de esta cuestión que me permito plantearos. Admitiendo, sin conceder, que fuera de los elementos cósmicos existiera una causa soberana, ésta, á vuestro modo de ver, tenía la ciencia infusa y absoluta que le hacía conocer todo el Universo no existente aún; bajo tan estupendo conocimiento concibió maravillosamente toda la inmensa complexidad de los tipos, de los seres y de las múltiples relaciones y combinaciones que resultarían de esos tipos y de esos seres. Entonces reconoceréis necesariamente, que un ser semejante constituye una dificultad mayor para nuestra inteligencia, que la que pudiera engendrar la existencia increada de la sustancia cósmica con su agente á ella inherente. Yo no comprendo cómo la existencia increada de estos elementos, pueda ofrecer un hecho imposible, y no lo parezca y mucho la existencia increada de un ser que tenía la ciencia de todo lo que no existía. Bajo el punto de vista de los elementos simples, *sustancia y agente cósmicos*, *increados y coeternos*, si se pregunta: ¿qué hacían esos elementos antes de entrar en actividad? se puede responder, sin que la razón lo rechace: dormían con el reposo peculiar de un *germen inteligente*, cuyo estado rudimentario no podía ser otro, en su más simple significación, que el de lánguida pereza; pero que, una vez despierto, comenzó gradualmente á

© Biblioteca Nacional de España

desplegar sus actividades en progresión lenta; de tal manera que la evolución inmediatamente superior no era la resultante de un plan preconcebido, sino la exigencia engendrada por los grados de progreso que adquiría *la naciente inteligencia universal*. Entonces se explica lógicamente, por qué la marcha torpe y lenta que los seres emprenden en la vía de su desarrollo: por qué éstos, con doloroso afán, conquistan su progreso; y entonces, en fin, se explica y se justifica toda la relatividad de los efectos, pues los vemos relacionados con la relatividad de la causa. Pero formulad la pregunta á la inversa, y entonces veréis cómo es imposible dar respuesta racionalmente satisfactoria. ¿Qué se hacía ese *ente soberano*, con amor absoluto, con sabiduría absoluta y con poder absoluto, en medio del caos? Juro, á fe mía, que se fastidiaría horriblemente."

"Entonces sí vienen todos estos conflictos: ¿por qué aquel *ser* que con *poder absoluto* y ciencia infusa se hallaba en presencia de los elementos primitivos, á su *soberana disposición*, no formuló un plan *de perfección absoluta*, en conformidad con su naturaleza que así lo era?"

"¿Quiso egoista establecer las bases de una creación imperfecta para que la criatura sensible y pensadora, llegada á la categoría humana, se constituyera en su sierva? ¿Quiso tener vasallos, mejor que hijos ó que hermanos? ¿Quiso que el hombre llegara á la felicidad á costo de martirios, que á ser combinados y preconcebidos, solo podían ser obra de un monstruo, de un bárbaro, de un bandido, y nunca de un ser todo amor, todo justicia y todo bondad? ¿Por qué la necesidad de

© Biblioteca Nacional de España

que sus creados se arrastraran en el cieno, antes de sentir la felicidad? ¿Por qué este egoismo para los creados, cuando el creador pudo ser feliz sin experimentar el dolor? ¿Por qué impone tan duras condiciones quien no las tuvo para ser feliz y dichoso en lo absoluto?"

"Nosotros, imperfectos, y mucho, anhelamos dar gratis la felicidad á nuestros hijos; y les evitamos, en cuanto nos es dado, el aguijón de los dolores. ¡Qué no sería de esperar, respecto á ese *poder fantástico* que la humanidad niña ha soñado!"

. . . . . .

. . . . . .

"¿Por qué es remisa la causa *personal* y *suprema*, para dominar el mal? ¿Por qué orgullosa y despóticamente nos desprecia y nos ve como á míseros gusanillos, habiendo puesto en nuestra alma la aspiración á lo justo, á lo bello, á lo grande, á lo absoluto, á lo eterno é infinito? ¿Por qué puso en nosotros la facultad de razón, y se ofende cuando de ella hacemos natural empleo? ¿Por qué no excluyó de su obra lo fortuito y lo monstruoso? ¿Para qué la existencia malograda del niño que murió al nacer?"

"Vosotros, con toda vuestra precoz razón, que yo veo aún en pañales, eslabonada con la razón niña de los pueblos que ofrecían al mito las entrañas de su víctima, ó que, vivos, quemaban en la hoguera á los *soberbios herejes;* vosotros, digo, contestaréis á mis preguntas diciendo: misterios y nada más que misterios; pero yo, audaz, soberbio y atrevido, os digo: naturalidad, lógica, y nada más que lógica; pues todas esas dificultades no surgen ya desde el momento en que queramos ver

© Biblioteca Nacional de España

que la causa creadora imbibita en el seno de la sustancia cósmica, solo ha alcanzado un poder relativo y todavía no absoluto; pues entonces, de un poder relativo solo podemos exigir efectos relativos, que son los que se ofrecen ante la faz de todo el mundo, por más que el sentimiento inmoderado de lo divino y misterioso, ciegue á todos aquellos que no los quieren ver con los ojos de la razón, y sí con los del sentimiento, al través del incienso que le queman á sus dioses."

. . . . . .

. . . . . .

"Vamos á examinar lógicamente cuáles son las proposiciones falsas que constituyen fundamentalmente el imposible de un *absoluto perfecto* y *personal*, precediendo á la formación del Universo. Para ello, examinémoslo en los principales atributos de la perfección.

"*Sabiduría.* Antes de que existiera el Universo, ¿sobre qué elementos estaba constituida la *sabiduría absoluta*, puesto que no existía todo el mundo objetivo, con sus múltiples relaciones y combinaciones? ¿Cómo pudo formarse tal sabiduría, cuando la escuela práctica aún no existía? ¿Puede existir la *sabiduría absoluta*, que nada sabe, de lo que no existe?

"*Amor.* Antes de existir las criaturas, ¿sobre qué elementos se ejercitó tan sublime don? ¿Cuáles eran los sugetos que inspiraban el *absoluto amor*? No encontraremos otra cosa, que las pavorosas tinieblas del caos, en cuyo seno dormía la sustancia cósmica.

"*Poder.* Antes de que por inmensa derivación de estados sucesivos, adquiridos en millones y millones de evoluciones, las fuerzas cósmicas llegaran á la com-

© Biblioteca Nacional de España

plexidad, armonía y perfección que hoy tienen, y por lo tanto, en el momento de simplicidad y de potencia latente ¿qué hacia en semejante estado el poder activo de tan *absoluto poder?* ¿El, intencionalmente *para entretenerse*, estableció las bases de una creación que se desarrollara con torpe y perezoso movimiento, haciendo que abortaran mil imperfecciones, para vender caro el favor de corregirlas? ¡Excelente sandez, á fe mía!

¿O bien fué á efecto de que quiso que aprendiéramos á ser felices prácticamente y por natural conquista? Esto lo encuentro muy lógico y muy natural bajo el punto de vista del sistema que propongo, y está en plena conformidad con las evoluciones de una Naturaleza que excluye lo divino y lo sobrenatural, pues así no podemos pedir una perfección maravillosa, puesto que ella tiene que ser la resultante inmediata de progresivas evoluciones; pero no sucede lo mismo partiendo de vuestro sistema metafísico, en el cual se admite como *centro, como foco principal, lo maravilloso, lo sobrenatural, lo divino, lo absoluto en perfección.*"

Hasta aquí la parte que de mi sistema he transcrito. Ahora se me permitirá aducir otros razonamientos adicionales. Supongamos, sin conceder, que existiera ese *mago divino.* ¿Qué papel le tocó representar en la formación del Universo? El de dar un *soplo estupendo* para despertar la primitiva fuerza; y despues, encogiéndose de hombros y lanzando una carcajada, se hundió en el *vacío* diciendo: ¡A ver qué resulta!

Reflexionen los divinos metafísicos, y verán que no merece la pena introducir en el escenario universal un *histrión* tan ridículo, cuyo papel no tiene otro objeto

© Biblioteca Nacional de España

que enredar y hacer imcomprensible el espectáculo de la creación.

Engendrar en la revuelta mente metafísica un *ente* de existencia absurdísima, de germinación maravillosa, de atributos jamás experimentados ni observados, para cumplir un papel tan sandio y raquítico, no cabe más que en la mente del pensador primitivo.

Contrástese fría y serenamente esta manera de "*rellenar un vacío*,"—como dijo mi otro crítico D. Juan Valera,—con la manera que yo tengo de *rellenarlo* diciendo: *Media eternidad caótica fué necesaria para engendrar el proto-movimiento de afinidad molecular.*

Como media eternidad se ha necesitado para cada una de las evoluciones cosmogónicas, según voy á demostrar.

Si nos fijamos atentamente en que, tras de un presente dado se extiende un tiempo pasado ilimitado, y se abre un tiempo futuro también ilimitado, hallarémos que cualquier tiempo presente es, si así puede expresarse, *mitad* de la eternidad. Pues bien, sentado esto, se puede decir en perfecta lógica, que todas y cada una de las evoluciones cosmogónicas ha necesitado un pretérito ilimitado para efectuarse. Un pretérito ilimitado se necesitó para salir del caos; un pretérito ilimitado para las primeras concretaciones siderales; un pretérito ilimitado para que se realizaran los tipos minerales; un pretérito ilimitado para que se produjeran los tipos vegetales; un pretérito ilimitado para que se engendraran las especies animales; un pretérito ilimitado para que se erigiera el tipo humano, y un pretérito ilimitado para que este tipo humano llegara al prodigioso grado de

© Biblioteca Nacional de España

ser un crítico metafísico kardeciano; y se necesitará la llegada de un tiempo remoto que señale un presente famoso, para que la cándida lucubración deista desaparezca de la *tribu terrenal.* Esta noción también nos indica cuán mezquinas son nuestras apreciaciones de medidas cronológicas; pues ella nos advierte que el lapso secular que media entre el industrial de la *edad de piedra* y el industrial de la edad presente, no dice nada ante los polos ilimitados de un tiempo pretérito y de un tiempo futuro. Lo mismo contemplaban estos polos el despertar del caos, que contemplan el Universo actual; no hay, pues, más ni menos ante la eternidad.

Aquí va á decir mi ilustrado crítico que estos razonamientos que he aportado para dar el *tiro de gracia* á su *mito soberano,* porque están expuestos con lenguaje humano, no tienen valor alguno y que divierten pero no enseñan.

En cambio, querido lector, présteme vd. toda su atención, para que sobrecogido de estupor, adquiera vd. el conocimiento de cómo enseña mi incomparable crítico. Ha llegado al fin el momento supremo en el cual va el lector á conocer cuáles fueron los argumentos supra–lógicos, con los cuales refutó los razonamientos que he dejado insertos.

El Sr. D. Joaquín Calero refutó mis raciocinios, diciendo: que IMAGINARA yo que los metafísicos tenían argumentos para contestar á mis preguntas, y que esto lo podía yo ver en los libros *que mejor me agradara consultar, porque él no se quería constituir maestro mío,* (eminente favor que no le he solicitado, por manera alguna, al Sr. Calero).

© Biblioteca Nacional de España

Quien crea que hay exageración en mis asertos, allí están al fin de este volumen los "*Articulos Criticos* del Sr. Calero, cuya lectura recomiendo, á fin de que se juzgue si mis descargos son legítimos ó no.

© Biblioteca Nacional de España

CARTA QUINTA.

A D. JOAQUIN CALERO Y A LOS ESPIRITAS MISTICOS Y ORTODOXOS EN GENERAL.

> Vuestro libro (*"Roma y el Evangelio,"*) será la protesta de la verdad humilde contra el error triunfante y orgulloso. Su filosofía sencilla penetrará suavemente en las entrañas del pueblo: será un pequeño roedor; pero, en su pequeñez, contribuirá eficazmente á destruir *los pies del gran gigante*. No es un trabajo perfecto, pero sí de grande utilidad: más útil para el pueblo que algunos de mis libros, ☞QUE SERA NECESARIO REFORMAR.☜
>
> [*"Roma y el Evangelio."* *Comunicación dada por el espíritu* ALLAN KARDEC].

Cada quien juzga de las cosas con el criterio que se deriva de sus facultades intelectuales y afectivas; por eso es que no me extraña que á vd. le parezca odiosa é insolente la energía empleada por mí para combatir á místicos y á metafísicos. Cuando no se está animado del vehemente y noble amor hacia la verdad, no se siente la asfixia que el hálito emponzoñado del error esparce en derredor de sí. Por tanto, tergivérsase la intención de quien, empleando correctivos fuertes, trata, no de zaherir con torpe y brutal empeño á quienes encarnan el error, y sí al error mismo. Si vd. en esta vez no representara al grupo de ciertos hombres apasionados, no me afanaría por fustigar sus presunciones y sus prejuicios, con energía asaz dura. Fastidia-

© Biblioteca Nacional de España

me y repúgname altamente esta polémica, en la cual es imposible tratar de la pasión, eliminando al apasionado.

Aseguro á vd. que, si simplemente se tratara de una obra literaria en la cual únicamente se hallara interesado mi amor propio, no habría sacudido mi natural pereza, para contestar sus impugnaciones; pues mi espíritu se manifiesta activo únicamente en las cuestiones que atañen ultraje á los fueros de la verdad y de la justicia; entonces sí soy infatigable; por eso es que me he lanzado á defender, no mi personalidad, y sí mi sistema, que para mí encierra algo más noble y levantado que las esperanzas vanas de adquirir renombre. Protesto á vd., y esto lo digo con la mano en el corazón, que mucho pensé el dar mi sistema bajo el incógnito de un pseudónimo; y si no me decidí al fin, fué únicamente ante la consideración de que, para defenderlo y sostenerlo, tenía yo indispensablemente que salir al frente.

Yo, combatiendo con dureza á los grandes grupos donde advierto el error, voy persiguiendo un ideal: el de estirpar ese error. Vd., atacándome con imprudentes calificativos, asaz injuriosos, ¿qué noble fin persigue?

Manifiesta vd. dos cosas: primera, que no le anima noble amor á la verdad y por eso no ha podido comprender el móvil de mis enérgicas impugnaciones, hacia los que tienen detenida con grillos de *divino bronce* la marcha de la humanidad: segunda, que su exagerada presunción le hizo tener tan alto concepto de sí mismo, que se creyó sin duda encarnación sintética de la escuela metafísica: por eso, con extraviadísima lógica, dijo vd.: atacar á la escuela metafísica, es atacarme personalmente.

© Biblioteca Nacional de España

Aquí tengo forzosamente que repetirlo: cuando escribía mi sistema no tuve presente la notable y distinguida personalidad de vd.

Sin duda que vd. habra leido los justísimos y asaz enérgicos conceptos, con los cuales Flammarión condena la guerra, y con ella á la clase militar; pues bien, ¿no le parecería á vd. quijotesco y digno de acre censura que un cabo ó un sargentón le dirigiera insultos al filósofo astrónomo, diciéndole que lo había injuriado personalmente al combatir en lo general á la institución militar?

Reflexione vd. acerca de las similitudes que habría en el proceder del sargentón, con el proceder de vd. como afiliado subalterno del grupo metafísico.

Como prueba evidente de lo que más antes he dicho, que el criterio se encamina, según los grados adquiridos de facultades intelectuales y afectivas, permítame vd. que le ofrezca un ejemplo. Entre varios, que con autógrafos podría yo presentar á vd., recuerdo ahora el siguiente: un escritor español que tiene conquistado nombre distinguido en el terreno de las ciencias positivas y en el de la literatura científica, califica de "*noble arrogancia*" mi enérgico impulso para combatir la niña idea de lo divino, á lo mismo que vd. llama "*odioso é insolente.*"

Por otra parte, vd. califica de obra declamatoria á la mía; también, con autógrafos de hombres ilustres en el terreno de la ciencia y de la filosofía, daría yo á conocer á vd., cómo ha sido calificada por ellos de obra "seria y concienzuda."

Y aquí me ocurre una comparación. Vd. sabe bien

© Biblioteca Nacional de España

cuán apreciado y reconocido es el mérito del libro de Volney, intitulado "Las Ruinas;" pues bien, el católico y erudito Luís Gregoire, habla de él con desdén y le califica nada menos que como vd. califica mi libro, esto es, de obra declamatoria. Lo cual indica que, siempre que el interés bastardo de presumida secta se siente atacado, este sentimiento mezquino impide la percepción de la tendencia que con noble afán se encamina hacia el ideal de verdad.

El Sr. Valera, quizás por sus dogmas, que él confiesa tener, y que yo en lo particular respeto, dijo: que él no podía admitir mi sistema sin hacerle algunas modificaciones: que mi teoría de los seres *monocorpóreos* le seducia y le encantaba; que las bases científicas sobre las cuales se apoyaba mi sistema, ni las admitía ni las negaba: que mis proposiciones no reñían ni con la ciencia antigua ni con la moderna: que yo demostraba la posibilidad práctica de la inmortalidad del espíritu: que mis principios estaban de conformidad con los celebrados "*Principios de Biología*" de Spencer; y que él tomaba de mi sistema lo que de mejor encontraba sobre el sistema de Drummond.

Despues de todo esto, vd. no reconoció que hubo inconsecuencia manifiesta por parte del Sr. Valera, cuando al terminar su crítica, dice: que mi libro no convence pero entretiene.

Vd., festejando con entusiasmo esta humorada del Sr. Valera, me la arroja como argumento para combatirme; pero yo se la voy á devolver á vd.

El Sr. Valera, que no es especialista en cuestiones filosóficas, sí es un literato distinguido, que ha sabido

© Biblioteca Nacional de España

conquistar en este ramo del saber humano, un nombre ilustre; tiene talento de sobra y lo gasta en humoradas, según feliz expresión de un literato amigo mío; por tanto, si en virtud de sus convicciones,—muy suyas y que nadie le puede quitar,—no lo convenció mi sistema, halló en su lectura entretenimiento; y como la conciencia que indudablemente tiene de sus legítimos méritos, lo ponía bastante alto para medir su talla entre los sabios de estampilla, lo vemos siempre de buen humor en toda su crítica, sin que se advierta el amargo y destemplado chirrido que á vd. hace lanzar el amor propio sofocado, que se venga y que protesta diciéndole: no me ahogues, porque te reviento.

Cuando el Sr. Valera termina su crítica, acaricia mi amor propio, concediéndome bondadosamente brillante imaginación y elocuencia. Yo recogí esta caricia, admitiéndola únicamente como muestra de generosidad por parte de él; y como no me había manifestado en su crítica furibundo enojo, se lo agradecí como manifestación exenta de dolo; pero en vd., que de la manera más forzada y violenta quiso imitar esta caricia del literato español, le salió mal, muy mal la imitación.

La caricia de vd. fué hecha con mano trémula por la ira y amoratada por el *guante blanco* que habrá de calzarse para escribir, y cuyas costuras desgarradas á impulso de hirviente sangre, dejarán ver negruzcos y congestionados dedos.

Parece que la *gran fuerza de inteligencia* que vd. tiene para emprender los estudios filosóficos, le hizo cambiar de opinión con respecto á mi proposición que afirma la extinción de las especies intermediarias, que

© Biblioteca Nacional de España

por lento y gradual matiz, unieron cada uno de los tipos que radicalmente fijos quedaron en las escalas orgánicas. En su primer artículo, calificó esta proposición de absurda y contraria á la ley del progreso; y en el último dice, tratando de la misma proposición: "que, es una *suposición racional*, (¿entónces cómo pudo ser calificada de absurda al principio?) pero sin pruebas, y darla por probada, es á todas luces sofisma."

Permítame vd. que esta gratuita impugnación la destruya insertando el siguiente párrafo del capítulo primero de mi obra, el cual manifiesta cómo no es cierto que haya yo dado como probada tal proposición. Dice así:

"Si las dos proposiciones que he dado, la que afirma que existe una progresión creciente en el desarrollo de los seres, pero de tal manera, que los tipos nacientes aparecen siempre con signos de mayor potencia, y la otra que proclama la necesidad de que hayan existido especies intermediarias que en insensible matiz ascensional llegaron á formar sucesivamente los tipos *fijos* del orden superior, en cada una de las dos escalas de los reinos orgánicos; si tales proposiciones, digo, son racionales ante el criterio de los especialistas en la materia, espero que les dediquen su atención; pues abrigando ya una presunción fundada, podrán encaminar sus trabajos, observando y experimentando en el sentido propuesto."

Como queda demostrado evidentísimamente que no he dado tal proposición como ya probada, y sí como proposición racional, sale sobrando la impugnación gratuita que vd. le hizo diciendo: "que darla por probada,

© Biblioteca Nacional de España

era á todas luces sofisma." Así, pues, le devuelvo el sofisma que no es mío y que solo á vd. reconoce como á su padre; que para esto de engendrarlos tiene vd. una potencia lujuriosa.

Terminaré este punto diciendo: que obrar así, como vd. ha obrado en su crítica, *es á todas luces mala fe.*

Ahora voy á dedicar unas líneas para combatir sus ataques relativos á la forma de mis escritos, á los cuales tacha, llamándoles declamatorios, y me aconseja con tono magistral que aprenda el lenguaje de la ciencia.

Yo sé bien que cierta clase de hombres llaman científico únicamente al libro que con rígida forma didáctica ofrece sus enseñanzas. Los que son amartelados partidarios de este estilo, son por afinidad los mismos que declaman contra todo progreso, afectando ser progresistas; los mismos que encarecen petulantemente severísimos preceptos, que no saben aplicarse; los mismos que con raro y quijotesco amor propio, creen que todos los escritos que impugnan en general los errores de un grupo, se han elaborado exclusivamente para atacar sus hinchadísimas personalidades.—Se creen tan elevados, tienen tan eminente concepto de sí mismos, que habrán de decirse: este autor se viene afanando hace tiempo en estudiar un sistema filosófico, para darlo á luz con el objeto de ofenderme.—Sí, es muy lógico que quien persigue un ideal de verdad, tuviera tan ruines y bastardas miras.

Pero, contra ese desabrido gusto de los rutinarios *sabios* de *estampilla*, están los hechos; y ellos nos muestran cómo la complexidad del espíritu moderno invade la literatura científica y filosófica, para satisfacer sus ne-

© Biblioteca Nacional de España

cesidades. Así es como vemos que en ella campea lo mismo la forma grave, sentenciosa, mesurada y reflexiva, como la poética, patética, tierna y dulce, y también la enérgica, tempestuosa, satírica y epigramática.

Hay que tocar todos los resortes del espíritu, que es máquina de suyo tan complexa y tan armónica en sus elementos. Por eso es que, cumpliendo esas necesidades del espíritu moderno, vemos que desde el libro elemental de la escuela primaria, hasta las obras del gran filósofo y astrónomo Flammarión y del eminente médico belga Burggraeve, fundador del sistema dosimétrico, aparece esa forma complexa del estilo, que lo mismo habla á la parte intelectual, que á la parte afectiva; estableciéndose el justo equilibrio de estos dos elementos del espíritu, que son inseparables, que están en íntima y constante relación, y que, cuando se abstrae uno para preferir al otro, ó aparece la fría y árida voz del raciocinio, que hiela y petrifica el alma, ó bien la voz del sentimiento loco, que no disciplinado por su elemento complementario, el de la razón, produce lucubraciones fantásticas, quimeras fabulosas.

Ahora bien, júzguense los resultados que las obras de la antigua didáctica han producido, y comparéseles con los beneficiosos efectos que realizan las modernas obras de estilo sencillo, popular y complexo, las cuales difunden sus enseñanzas en zonas dilatadísimas.

Ustedes, los metafísicos anti-católicos, ¿con qué le sustituiríais al pueblo sus dogmas y sus misterios?

Con otros dogmas y con otros misterios; no mas que, en lugar de ofrecérselos envueltos en lengua latina, se

© Biblioteca Nacional de España

los ofreceríais envueltos en palabras cabalísticas y en signos simbólicos.

Habladle al pueblo en esa *sublime jerga* á la cual por aberración supina se le da el nombre de *ciencia metafísica*, y os despachará al difunto Diablo.

Le expondríais vuestras abstracciones sandias con el lenguaje que voy á dar á conocer al lector que no le conozca, para que se forme una idea del tal lenguaje *científico* que quiere verme hablar mi ilustrado crítico.

Voy á transcribir al efecto, dos párrafos que, al abrir de los libros respectivos, tomo de dos eminencias metafísicas:

"Lo *no-puesto* debe pues ser puesto y debe ser puesto como no-puesto. Debe, en consecuencia, no ser anulado de una manera general, como en la reciprocidad de la causalidad; sino solamente ser excluido de una esfera determinada. Es pues negado no por el *poner* en general, sino solamente por un *poner* determinado. Este *poner* que determina en esta función, que determina por consiguiente como actividad objetiva, debe determinar lo *puesto*, es decir, debe ponerlo en una esfera determinada llenándola. Se puede ver como por el *poner*, otro puede ser puesto como *no-puesto.*

"Es pues, *en esta esfera*, como no-puesto; no es, pues, puesto en ella, está de ella excluido, porque lo que en ella es puesto debe llenarla." *(Fichte.—Doctrina de la Ciencia.)*"

"Lo correspondiente á la idea, en esta su absoluta abstracción, es el *Sér* en abstracto puro—el *algo* puro, sin nada determinado de sér: Sér rigorosamente *indeterminado.* La idea es, pues, sin *ideado*, ó bien, idea

© Biblioteca Nacional de España

abstracta de todas sus determinaciones, aún la de ella misma, como el Sér es puro abstracto de sér, sin ninguna determinación de sér, ni aún la de él mismo." *(Sanz del Río.—El Idealismo Absoluto).*

Pero para muestra basta.

Ya ve vd., caro lector; ayúdeme á sentir: compadézcase de mí. Quiere mi crítico que hable yo en esa divina jerga; dice que es el lenguaje sublime de la ciencia.

¡Pero no! Decididamente me quedo sin la tal ciencia.

Reniego de la jerga y de todos los que la producen, por más que ellos y los que los incensan crean que son entes sobrenaturales, sublimes y maravillosos maestros: que nos hablen en lenguaje humano y se los creeremos; mientras no lo hagan, estamos autorizados para decir lo que ya se les ha dicho por filósofos naturalistas distinguidos, esto es, que ocultan su ignorancia con símbolos y con palabras cabalísticas; puesto que, lo que claramente se concibe, claramente se expresa.

Me dirá vd., señor crítico, que además de la jerga metafísica, ahí están los primeros, fortuitos y no legislados hechos de estudios suprasensibles. Es cierto, soy de los primeros en reconocerlos y en darles su inmenso valor positivo. Pero ¿qué resultado ha dado su exposición metafísica, no sistematizada y no conciliante con las verdades positivas?

Hacer un grupo de fanáticos, tan beatos, tan ignorantes y tan aterrorizados para el libre examen, como cualesquiera de los otros sectarios de las diversas religiones. Esto por una parte; y por otra, solo ha conquistado los sarcasmos y las burlas de las escuelas po-

© Biblioteca Nacional de España

sitivista y materialista; pues sus hombres, convencidos de que la Teología y la Metafísica han hecho que la humanidad haya pasado su secular existencia persiguiendo las más ridículas quimeras divinas, no han podido darles valor positivo á unos libros que, como los kardecianos, sin dar una teoría racional ni del espíritu inmortal, ni de la Causa, y sí tan solo una definición dogmática, como la de cualquiera sistema metafísico, omitiendo establecer bases firmes y positivas, entran de lleno, como lo hace "El Libro de los Espíritus," diciendo: que Agustín (el furibundo teólogo) y otros espíritus se comunicaron con el *medium;* y esto es dar doctrinas con estilo bíblico, dogmático y sentencioso, ni más ni menos que si estuviéramos en los felices tiempos del judaismo, y sin más demostración ni más método científico, que el *artículo de fe.* Al ver esto el positivista ó el materialista, arrojan con desprecio lejos de sí el libro, dispuestos á no volverlo á tomar jamás.

Le aseguro á vd., ilustrado crítico, que si en el terreno práctico y con ánimo desposeido de toda preocupación, no hubiera yo obtenido comprobaciones evidentísimas de la comunicación con los seres desencarnados, jamás en el terreno teórico me hubieran convencido los pobrísimos y muy mal expuestos razonamientos que en confusión y sin orden lógico se encuentran en los libros de Allan Kardec.

Pero vd. sabe muy bien que los hechos no son constantes, ni mucho menos satisfactorios en todos los casos en que se producen, y que se necesita haber tenido la fortuna de obtener uno ó varios hechos de naturaleza evidentísima, para no desertar del terreno de

© Biblioteca Nacional de España

la observación y de la experimentación; por tanto, si al neófito no se le ha preparado en el campo de la racional teoría, en presencia del primer hecho, si éste no es satisfactorio, se desanimará y dirá que todas son lucubraciones sandias y ridículas; máxime cuando, ofreciéndosele los hechos bajo el punto de vista metafísico, que entraña por base lo *absoluto perfecto*, él quiere ver, no hechos imperfectos, y sí altamente perfectos; pues no concibe cómo, siendo la comunicación por *permisiones divinas*, ellas solo acusen la imperfección humana.

Ahora bien, si vd. atiende á que el hecho comprobado por mí, recogido por la razón, exenta de prejuicios divinos, que ya los había dejado, y auxiliada por los elementos de la ciencia positiva y de la filosofía natural, fué lo que me hizo meditar, estudiar y escribir mi sistema, entonces comprenderá que más les debo á los *hechos*, á la *ciencia positiva* y á *la filosofía natural*, que á las lucubraciones cándidas de la metafísica; no teniendo por lo tanto ningún valor el reproche que me arroja diciendo: que mi espiritualismo lo debo á las fuentes de la metafísica.

Mi sistema pretende llenar un vacío que desde la aparición de los hechos de comunicación se estaba haciendo necesario, y el cual consiste en armonizar los hechos y las teorías de nuestros días, con un nuevo hecho de tanta grandiosidad y trascendencia cual lo es el que nos ofrece la demostración práctica de nuestra inmortalidad. ¿Lo habré alcanzado? El tiempo lo dirá: ahí está mi "Perfeccionamiento Absoluto:" estúdiese con ánimo sereno y no con *arranques kardecianos* como los de mi doctísimo crítico.

© Biblioteca Nacional de España

¿Qué le diría vd. al sencillo y candoroso espiritista cuando le pidiera explicaciones de los hechos más trascendentales de los fenómenos suprasensibles?

O lo remitiría vd.—como á mí—á que satisficiera su curiosidad en los libros que se le antojase leer; ó le hablaría en esa *sublime jerga* de la que ya he dado una muestra á mis lectores.

¿Qué sucedería entonces? Lo que ya hemos visto: que los sencillos é ignorantes espiritistas se agruparían en torno de algún místico que con ínfulas doctorales, presumirá de maestro, que con pedantería asaz irritante los tratará, dándoles contestación á sus preguntas, con dogmas y misterios.

Y, en presencia de los hechos, ¿qué explicación racional le daríais vosotros, señores kardecistas místicos, á los materialistas y positivistas? Les saldríais con que eran misterios de vuestro *mito soberano* y del alma, vista como *soplo divino*, como abstracción maravillosa de prodigiosa mollera metafísica.

Entonces el neófito, no encontrándose seguro en vuestra presencia, con miradas inquietas buscará la puerta para escurrirse bonitamente, con intención formal de no volver más al manicomio místico-kardecista.

Voy ahora á contestar á lo que con relación á mi proposición del *Agente Cósmico*, vd. ha dicho. Afirmó —así como acostumbra lanzar sus impugnaciones, sin decir por qué niega ó afirma—que esa proposición era monstruosa; yo creo que la *fuerza de inteligencia* que vd. tiene para estudiar las cuestiones filosóficas, es la que le hace ver monstruoso todo lo que no se avenga

© Biblioteca Nacional de España

con su *monstruoso mito divino;* y, como si todo el mundo tuviera esa *fuerza intelectual* que vd. tiene, asegura que todos habrán de impugnar mi proposición.

En primer lugar, en el corto tiempo que lleva de ver la luz pública mi sistema, ya persona de notoria ilustración y distinguidos estudios profesionales, como lo es el Ingeniero D. Francisco Sosa y Avila, Director del Colegio "Rosales" de Culiacán, quien ha implantado allí la enseñanza positivista, y redactor en jefe del periódico "La Opinión," ha dicho lo siguiente en artículo que publicó, emitiendo su opinión con relación á mi sistema:

"Extraordinariamente grato me ha sido coincidir en mis insignificantes adelantos con tan notable pensador mexicano, quien ha contribuido con su luminoso acopio de verdades nuevas á esclarecer puntos oscuros para mis pobres facultades mentales, que alumbradas hoy con una luz nueva y vigorizadas con alimento tan sustancial, *acogen con verdadera avidez la esplendente y egítima hipótesis científica de la sustancia y agente cósmicos como causas generadoras del Universo evolutivo, marchando hacia la perfección.*"

En segundo lugar, reflexione mi magistral crítico que esa su opinión manifestada con carácter universal y categórico, constituye soberbia y monstruosa seguridad de sí mismo. ¿Qué, su criterio es el criterio universal y absoluto?

Vd. puede muy bien no admitir mis proposiciones; nadie lo puede obligar á ello, y hasta, si su caridad *metafísica-kardeciana* así se lo aconseja, puede fulminar procaces dicterios en mi contra, llamándome *insolente,*

© Biblioteca Nacional de España

odioso, loco; pero, ¿qué calificativos merecerá quien, sin fundar racionalmente por qué no admite una proposición, asegura rotundamente que nadie la podrá admitir?

Dejo que el público que es imparcial en esta polémica, decida y dé los calificativos que yo no puedo ni debo dar á quien de tal manera procede, porque habría que llamar al pan, pan, y al vino, vino.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CARTA SEXTA.

A D. JOAQUIN CALERO, Y A LOS ESPIRITAS MISTICOS Y ORTODOXOS EN GENERAL.

> El hombre es la ley, es el progreso, es la perfección, es la elevación por la materia, es la purificación por la luz, es el mejoramiento por el mérito, es la felicidad por el deber, *es la palabra de Dios que subsistirá con la eternidad.*
>
> (*"Roma y el Evangelio.—Comunicación de* JUAN).
>
> Los hombres necesitan de continuo que se les renueven las formas de la verdad, porque al cabo no comprenden ya lo que han estado oyendo mucho tiempo.
>
> DOUDAN.

Dice vd. que la idea de Dios ha ido en progreso y que de ninguna manera su último término podría ser la extinción de esa idea.

Entendámonos. ¿Toma vd. esa idea bajo el concepto de causa primera, de energía generadora del Universo? Entonces aparece que efectivamente la noción ha progresado, y dejando las sandias y cándidas lucubraciones de representación antropológica, alcanzamos el término verdaderamente exaltado y positivo, infiriendo esa causa en su último despojo de niñerías fantásticas; tal es la noción á que llegamos, bajo el con-

© Biblioteca Nacional de España

cepto de una energía natural, inmanente y progresiva, que en el estado de mayor simplicidad ya contenía en germen todas las propiedades y atributos de los seres que surgirían durante el desenvolvimiento evolutivo de sus elementos. Energía que para representárnosla en su unidad sintética, he denominado *Agente Cósmico.*

Ahora bien; si vd., bajo su pertinaz sentimiento místico, quiere siempre una derivación fantástica, una concepción que no rompa con el concepto candoroso de lo divino, entonces no habrá tal progreso en cuanto al fondo esencial de la noción, entonces sí solo habrá cambios de palabras, entonces si sería como vulgarmente se dice: *la misma jeringa con distinto palo.*

Tal es lo que han venido haciendo las religiones en sus diversas evoluciones, ya bajo la denominación de Brahma, ya de Júpiter, ya de Jehová: en esencia siempre ha sido la representación de un poder fantástico y sobrenatural, del cual se han esperado efectos maravillosos, jamás experimentados; concepción hija del desconocimiento de la Naturaleza, en que han estado y están aún las masas sociales. Entonces siempre será la causa *absoluta en divinas perfecciones* que solo se manifiesta *relativa* y *natural;* entonces será siempre la causa que á vd. le inspira *bendito miedo;* entonces será siempre la causa que embrutece al hombre, que abyecto y tímido será siempre el murciélago que anida en las tinieblas y jamás el águila arrogante que habita en la elevada cima de la montaña, viendo al sol frente á frente sin deslumbrarse; entonces será siempre el poder despótico que impide el triunfo del poder democrático de la adulta humanidad; entonces siempre será

© Biblioteca Nacional de España

el fantasma terrible que cortando el vuelo del único poder sensible, pensador y consciente, constituido por el elemento humano, le impedirá el estudio de la Naturaleza en toda su esencial existencia; entonces será siempre la causa que se ofrece como arcano eterno y que le hace decir al hombre abyecto: el ser creado, no puede comprender jamás al *creador*. Y yo digo: el átomo inteligente é *increado*, que imperfecto, y mucho, ya comprende la extensa esfera que estudia desde su planeta-habitación hasta las regiones siderales, ese átomo inteligente é *increado* que encierra en su cráneo un infinito, jamás llegará, es cierto, á comprender *lo que solo es un espantajo, lo que solo es un fantasma, lo que solo es un plumero ridículo para espantar cándidos, lo que solo es admisible como engendro del cerebro salvaje de los primitivos humanos que acababan de salir de la animalidad;* pero sí, ese átomo inteligente, en su don de ubicuidad, en su exaltación de potente intelecto, en su depuración sublime de tenue *esencia* que constituirá la forma de su elevado ser, llegará á reconocerse plenamente, *y la gota del océano infinito que se reconoce* ESENCIALMENTE, *reconoce también á la unidad absoluta de la cual es elemento constitutivo.*

Ya verá vd., señor crítico, la posibilidad práctica á que conduce mi sistema, para augurar un futuro en el cual se llegará al reconocimiento pleno de la causa primera; de esa causa á que yo denomino *Agente Cósmico*, y cuya proposición vd. no ha comprendido, ni bajo el punto de vista de su apoyo racional y científico, ni bajo el aspecto de su trascendental significación, motivo por el cual le llamó monstruosa y dijo, que negar

© Biblioteca Nacional de España

al Dios–mito era negar la causa. No; negar el mito, es derribar el edificio erigido por la imbecilidad, que fué nuestra herencia primitiva; afirmar un poder natural inmanente á la *esencia increada*, y del cual racionalmente inferimos su reconocimiento en lo futuro, bajo su esencial naturaleza, eso sí es progresar en la idea de la causa primera. Encontrar una noción que armonizara con la moderna ciencia, era lo que exigía el progreso; y no buscar otro mito que armonizara con el candoroso dogma de origen salvaje. Desgraciadamente la *lógica* de vds. proclama esto último.

Quien entienda la radical trascendencia que diferencia la vieja y sandia concepción del Dios–mito, con relación á mi proposición del *Agente Cósmico*, como representación de un poder natural, inmanente y progresivo, reconocerá también cuál es el muevo edificio que sustituye al viejo, que ruinoso y desplomándose solo alcanza dar albergue á los murciélagos que se deslumbran ante los fulgores de una luz que aún no pueden soportar.

Yo sé bien que vdes. los kardecistas místicos, dado el sentimiento beatífico que les ha excitado el lenguaje también mistico empleado por los espíritus en sus comunicaciones, encuentran un vacío horroroso al eliminar al Dios–mito, al destruir el símbolo primitivo. Deberían, pues, comprender que si el símbolo se elimina, queda en pie todo lo real, toda la sublime grandiosidad de lo SIMBOLIZADO; habrían de comprender también que los espíritus que se comunican, se sienten atraidos por afinidad hacia los encarnados, y si éstos son místicos, aquellos también lo serán. Fíjense en el

© Biblioteca Nacional de España

olor místico que tienen esas comunicaciones dadas en el círculo de Lérida y comprenderán al momento que los miembros de ese círculo fueron tratados con las reticencias y con la mesura de espíritus que comprendían se las habian con místicos que acababan de salir del abyecto y torpe catolicismo.

Si no obstante esa *santa unción divina* con que fueron dadas las comunicaciones que aparecen en el libro intitulado "Roma y el Evangelio," los católicos han dicho que eran comunicaciones de origen diabólico, calcúlese si la comunicación y las doctrinas kardecistas se hubieran podido implantar, si los espíritus verdaderamente elevados en el orden intelectual hubieran expuesto sus enseñanzas desnudas del simbolismo parabólico y divino.

Pero llamo muy particularmente la atención de los señores kardecistas sobre el siguiente hecho. En los círculos espíritas de todas las partes del mundo, lo mismo en Africa que en Asia, que en Europa y que en América, desde el año de 1861, en varias comunicaciones, dijeron los espíritus: *se acercan los tiempos en que oiréis* TODA LA VERDAD QUE HOY NO PODEIS LLEVAR AUN.

Ahora bien; ¿qué, estáis tan ciegos que no comprendéis cómo esa verdad, que aun no se podía comunicar en los momentos de conciliación con el mundo místico, no podía referirse á verdades de un orden místico también, puesto que si tales hubieran sido no había inconveniente para darlas en un medio beatífico que las hubiera recibido con avidez? ¿No reconocéis que todo está diciendo á gritos que esa verdad anunciada se refería á lo que hoy encuentra oposición por parte de los

© Biblioteca Nacional de España

místicos en todos sus múltiples y varios matices, los cuales se oponen al reconocimiento de la grandiosidad del Universo, bajo el aspecto de una causa natural despojada del candoroso simbolismo? ¿No comprendéis que esa verdad, cuya difícil implantación estaba prevista, tiene que ser la misma que al aparecer arrancó el anatema de los labios de los Fariseos del espiritismo cuyo orgullo los cegó impidiéndoles llevar esa verdad?

Vuestra pasión os ciega, y trocais los papeles, acusando de presuntuoso á quien solo está animado por el ardentísimo amor que la verdad le inspira, la cual juzgo ser la única redentora de la abyección torpe con que el hombre practica una moral de miedo, una moral de egoismo, una moral de adulación, una moral de mogigatería; mas no la que debe ser impulsada por el noble aliento que dan el amor y la sabiduría.

Y ved aquí cuál es la inmoralidad positiva que entraña la falsa creencia de un Dios fantástico, sobrenatural, personal y místico. Bajo el concepto de esta idea se tiene un amor de miedo que conduce á torpe y vana adulación: se ama al vacío, se ama á la nada, y como es natural, se obtiene como efecto consiguiente el vacío, la nada.

Ved ahora el beneficio grandioso que se alcanza amando á la causa creadora en espíritu y en verdad: el espíritu universal es la esencia increada; ella se concreta—á efecto de evoluciones perfeccionadoras—en individualidades humanas, en seres sensibles, pensantes y conscientes, que son la encarnación positiva del Verbo. La humanidad universal y eterna, en toda su infinita síntesis: he ahí el Verbo de la Teología, he ahí el

© Biblioteca Nacional de España

Dios que Jesús nos aconsejaba amásemos en espíritu y en verdad. Este es el Dios real al cual sí podemos amar con amor de verdad, con amor de sentimiento positivo, con amor tierno, generoso, profundo, conmovedor. Amor el cual se aplica: al doliente anciano; á la triste y desamparada viuda; al tierno, débil é inocente niño; á la cándida doncella; al ciego á quien no le alumbra la luz de la ciencia, y al infeliz indiferente cuyo corazón aterido no palpita aún con el ritmo sublime del sentimiento generoso y tierno.

Quien crea que este amor verdadero es secundario y tenga por primero á ese amor de miedo, absurdo, monstruoso y vano que se tributa á un ídolo abstracto, á un fantasma imposible, á una quimera ridícula y bastarda, de origen salvaje; ese, que tal crea, por más que su orgullo lo haga suponerse un espíritu superior, está aún lejos, muy lejos del reinado del espíritu y de la verdad.

Quien de su noble corazón haya proscrito el mentido amor de miedo tributado al Dios-mito, y ame ya hasta al leproso, del cuerpo ó del espíritu, por más que en su humildad se crea el último, será de los primeros que entren á la asamblea de la Humanidad-Dios que desde las regiones de suprema luz ejerce su acción de amor y de sabiduría impulsando la marcha de los mundos inferiores, como lo es sin duda el nuestro, donde el orgullo por una parte y la superstición por la otra, ofrecen dos fases de monstruosa imperfección, tales son: el *deismo mítico* y el *grosero materialismo:* el primero no explica la existencia del mal; el segundo no explica la existencia de la inteligencia y de todo lo relativo

© Biblioteca Nacional de España

perfecto que se ofrece ante nuestra vista. El *Perfeccionismo* explica una y otra cosa y pueden reconocerlo los que no tengan ofuscada su razón por los prejuicios de escuela y de secta; los que no tengan los ojos en el orgullo de su alma.

Voy á terminar esta carta transcribiendo un párrafo tomado de la preciosa y trascendental comunicación que Juan Evangelista dió al Círculo Espírita de Lérida, la cual se halla en la obra intitulada: "Roma y el Evangelio;" pues por dicho párrafo se verá cómo los místicos espíritas—que no de los progresistas hablo—apegándose á la letra que mata y no al espíritu que vivifica, han sido tan ciegos como los antiguos Fariseos para reconocer la esencia que en sí contienen las enseñanzas que por comunicación se han dado; y aunque á cada momento les han dicho: "no se os ha comunicado toda la verdad; estad atentos para recibir una nueva luz que aun no podeis llevar; *poneos de parte de la solidez, del progreso y de la lógica, si no quereis ser arrastrados al precipicio*," aunque esto han oído, no han procurado penetrar, en algo, la forma simbólica para conocer ó siquiera vislumbrar el fondo de aquello que *aún no podian llevar sus espíritus niños*. Testimonio irrefutable de este aserto es el siguiente párrafo, que si se estudia hasta alcanzar su fondo trascendental, se verá cómo está en perfecta armonía con mis proposiciones *perfeccionistas*.

Helo aquí:

"El hombre tiene dos cuerpos. Por el primero, que lo toma de la substancia etérea fluídica, comunica el espíritu su actividad y perfecciones al segundo."

© Biblioteca Nacional de España

"El primero es tanto más etéreo y celestial, cuanto mayor es la elevación del espíritu; y el segundo es menos carnal, á medida de la purificación del primero."

"El límite superior del cuerpo carnal es el cuerpo espiritual; el límite del cuerpo espiritual es el espíritu, y el LIMITE DEL ESPIRITU ES DIOS;"

"No lo dudeis, *aunque no lo comprendais*. El cuerpo terrenal se purifica gradualmente y se eleva hacia el cuerpo espiritual, el cuerpo espiritual hacia el espíritu y EL ESPIRITU HACIA DIOS."

"ESTA ES LA LEY. NO LA CONOCEIS HOY: ESPERAD A CONOCERLA MAÑANA." *(Roma y el Evangelio.") pág. 150, edic. mexicana.*

Esto que Juan dijo en su comunicación me parece suficiente para hablarles á *espíritus niños que aún no podian recibir una enseñanza exenta del simbolismo*, desnuda como la verdad, sostenida y demostrada por la razón y por la ciencia positiva, cosa que en una obra medianímica no se puede realizar ampliamente. Si Juan en su último término hubiera dicho: el espíritu depurado, acrisolado, perfecto, es elemento individual de la *esencia* y la *esencia absoluta* es la causa primera, es Dios; entonces hubiera tenido que llegar á estas conclusiones: Dios es el poder inmanente á la sustancia infinita; Dios es la energía generadora del Universo; Dios es el *Agente Cósmico;* mas no es el *ente personal*, no es el *mago sobrenatural*, no es el *fantasma* á quien se le erigen altares, incensándole y adulándole sandia y niñamente.

Hubiera tenido que aclarar Juan cómo el Padre Celestial de Jesús, *aquel que lo habia mandado*, AQUEL A

© Biblioteca Nacional de España

CUYO TIPO NOS HABIAMOS DE HACER PERFECTOS, no era el *Dios–Mago* ni el *Dios–Sobrenatural*, y sí *uno de los primeros representantes del tipo bajo el cual se habrá de realizar la* HUMANIDAD–DIOS.

En fin, hubiera tenido que decir Juan en su comunicación todo aquello que hace diez y nueve siglos no pudo decir Jesús, y que, cuando comenzó el espiritismo su existencia sobre los pañales que le preparara el mal entendido cristianismo,—que el espíritu *neroneano* gentilizó, corrompiéndolo y desvirtuándolo bajo la disciplina católica, bajo el siempre renovado tipo *farisaico*—cuando el espiritismo nacía, tampoco se podían comunicar en toda su esplendorosa verdad, todos aquellos hechos que la razón débil del aterrorizado beato, no podía admitir sin "*sentirse ofendido en lo más sagrado de sus creencias*," como dijo María en su comunicación de "*La Ley de Amor*," de la cual he tomado el párrafo con el cual encabezo otra carta.

Yo sé bien que para la agrupación humana que representa la síntesis del progreso intelectual, los argumentos que en mi sistema he expuesto para destruir al *mito tradicional de orígen salvaje*, son bastantes; pero para satisfacer al otro grupo, al que está representado en sus más sanos elementos por el espíritu de amor y de piedad, voy á ofrecerle como testimonio de mis asertos, que apoyan y sostienen mi proposición relativa á la HUMANIDAD–DIOS, una autoridad que no habrá de parecerles por cierto sospechosa, puesto que es la del maestro sublime de amor: la de Jesús, cuya autoridad está contenida en los siguientes versículos que tomo del Evangelio de Juan:

© Biblioteca Nacional de España

"Respondiéronle los judíos, diciendo: Por la buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; y porque tú, siendo hombre, te haces Dios."

"Respondióles Jesús: ¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije: Dioses sois?

"Si llamó Dioses á aquellos, á los cuales vino la palabra de Dios, y la Escritura no puede ser quebrantada,

"¿A mí que el Padre santificó, y envió al mundo, vosotros decís: Tú blasfemas; porque dije: Soy el Hijo de Dios?"

(*Cap. X*, v. 33, 34, 35, 36.)

"Mas no ruego solamente por ellos; sino también por los que han de creer en mí por la palabra de ellos.

"*Para que todos ellos sean uno: así como tú, oh Padre, eres en mí, y yo en tí;* QUE TAMBIEN ELLOS, EN NOSOTROS SEAN UNO.

(*Cap. XVII*, v. 20, 21.)

Después de la cita que he hecho de la comunicación de Juan Evangelista y de los versículos que he transcrito del Evangelio del mismo, deberían ver más claro los sectarios del espiritismo, máxime si al encontrar la armonía que existe entre el fondo de esas ideas y mis proposiciones, recuerdan que, á manera de estribillo, se les ha estado diciendo siempre y en todos los círculos de diversos países: "*No se os ha dado á conocer toda la verdad, estad preparados para recibirla.*" Pero no obstante esto, vuestro orgullo os ciega, y con presunción de secta os habeis tornado Fariseos, y como los de la edad antigua, no admitís las reformas porque no salen del seno de vuestros *doctores*. ¿Cómo salir de ellos si se pa-

© Biblioteca Nacional de España

vocan en el campo de la rutina? ¿Cómo salir de ellos si no aman el progreso de la humanidad y solo persiguen con necia y torpe vanidad la posición de oropel, queriendo no el salario de amor y de sabiduría y sí el salario que la turba estúpida paga con adulaciones á las hinchadas personalidades, que revientan de fatuidad y que solo aspiran á los más abigarrados títulos?

Vosotros kardecistas del *statu quo*, Fariseos modernos, niños amamantados con el dogma divino de origen salvaje, quereis que vuestro progreso se haga por vía de *aporte*, quereis que las nuevas verdades os las den los espíritus en comunicación para que vosotros perezosos, hinchados y presuntuosos, os pavoneis después con las nuevas conquistas que otros seres por medio del trabajo, del estudio y del sacrificio han realizado. Pero no espereis que los espíritus superiores satisfagan vuestros sandios deseos: ellos os dirán: Estudia, medita; pon en ejercicio tu razón; contrasta, armoniza y juzga. Ya los tiempos modernos no son los tiempos del *milagro* que habla á los sentidos y que fanatizando al espíritu salvaje por efecto de estúpido terror supersticioso, lo encadena y lo sofrena. La era que se prepara no es la repetición de esta era que termina y la cual deja escrita en los Anales de la Historia páginas sangrientísimas escritas con el dedo inmundo de la superstición odiosa. Las nuevas verdades que se ofrezcan, no habrán de implantarse con espíritu dogmático y si á efecto de la demostración racional y científica. Si los espíritus elevados sancionaran las proposiciones *perfeccionistas*, el grupo kardecista las admitiría por imposición dogmática, mas no por conquista de la razón; lo cual

© Biblioteca Nacional de España

implicaría efímero progreso no consolidado, que engendraría una reacción fanática y mística en cualquier problema difícil que en la vida práctica se les ofreciera á esos buenos espiritistas.

El kardecismo no ha progresado por la supina torpeza de sus directores místicos. Estos van á reclutar sus adeptos entre las gentes más ignorantes, ó bien entre hombres vanos, que con un barniz de cultura, se hinchan de vanidad manejando un grupo de cándidos.

Los estudios de comunicación con el mundo supra-sensible, requieren el concurso de los seres que ya tienen conciencia del inmenso valor positivo que esos estudios entrañan, tanto en el orden moral, como en el orden intelectual. De aquellos que buscan en dichos estudios elementos impulsivos para el adelantamiento de la humanidad, y no el culto sandio de mística contemplación, ni el espectáculo cómico y ridículo de sesiones recreativas.

Los adeptos para esta clase de trabajos, deberían ser estudiados en su modo de ser moral é intelectual, ya que tuvieran positivos grados de progreso afectivo, para que por amor se penetraran de la grandiosidad de los hechos que observaran, ya que por su elevación intelectual colaboraran al estudio científico de los fenómenos, para formular sus leyes.

Pero desgraciadamente, los afanes del fundador del espiritismo, no han sido secundados y da lástima contemplar cómo—salvo pocas y honrosas personalidades que viven aisladas de los círculos espíritas—las doctrinas kardecianas solo tienen asiento entre un grupo de ignorantes, de fanáticos, de supersticiosos ridículos que

© Biblioteca Nacional de España

son el ludibrio de esos *luminares* del materialismo que se llaman *espíritus fuertes*.

Causa verdadera angustia, que hechos de tanta trascendencia, sean desvirtuados, ya por las *comadres de la vecindad*, ya por sus presuntuosos guías que son los guías ciegos de las Escrituras, que tienen los ojos en el orgullo; que quieren el vano título de maestros, el brillo de oropel, y no el triunfo del amor y de la sabiduría.

Después de treinta años que el Espiritismo tiene de vida y cuando en su seno ya existen hombres distinguidos en el campo de la ciencia y de la filosofía, todo auguraba que del primer Congreso Internacional Espiritista que se efectuara en nuestros días, surgirían grandes proposiciones que ofrecieran magnífica síntesis filosófica.

Con gran entusiasmo recibí la noticia que los periódicos extranjeros nos trajeron del Gran Congreso Internacional Espiritista, que en la ciudad de Barcelona se congregó el 8 de Septiembre del año próximo pasado.

¡Cuántas esperanzas abrigaba en mi sed ardentísima de progreso!

Ya me esperaba ver surgir de aquel Congreso, proposiciones magnas llenas de luz para levantar muy alto las doctrinas de los espíritus, compiladas por Allan Kardec, dándoles poderoso impulso en el terreno filosófico y científico, para descartarlas de sus perniciosos dogmas místicos, hijos legítimos del momento conciliante en que naciera el espiritismo, pero de existencia anacrónica, ridícula é injustificable al presente.

Pero ¡qué decepción!

© Biblioteca Nacional de España

Salvo poquísimas excepciones de personas que habrán estado asfixiándose en un medio refractario á sus tendencias progresistas, el Congreso Internacional ofreció el aspecto de un Jubileo Papal ó de una asamblea de los antiguos *episcopis*.

Nada, absolutamente nada nuevo.

Discursos de bella forma, pero faltos de transcendental iniciativa; prácticas rutinarias de estampilla; declaraciones de la vieja doctrina kardeciana que toda *comadre espirita* se sabe de memoria; *credo místico* expuesto por el Presidente Vizconde de Torres-Solanot, donde aparece el *creo* en *Dios Todopoderoso, infinito en perfecciones etc., etc.;* el *creo en la responsabilidad de los actos humanos* y el *creo en los castigos y expiaciones.*

¡¡Horror!!

¿Y fué para esto para lo que se convocó el Congreso Internacional de Espiritistas?

No valía la pena, á fe mía.

Parece que el Sr. Vizconde de Torres-Solanot quiso condensar en ese credo toda su ortodoxia kardecista; parece que con ese proceder ha dado el paso más orgulloso y vano para sostener sus obras, que fueron de valor transitorio y relativo, pero que morirán *absolutamente*, si no se aplica el proverbio que dice: *es de sabios mudar de opiniones.*

Que no sea la lógica irresistible del progreso la que venga á corregir las obras—en parte meritorias—del Sr. Vizconde; que sea él mismo el que las impulse, las corrija y perfeccione, amoldándolas al espíritu científico y filosófico de la época presente, que ya tiene *irrevocablemente* juzgado y condenado al dogma candoroso

© Biblioteca Nacional de España

de lo *divino*, que solo se funda en la ignorante y terrorífica admiración de los primitivos *pensadores* de la selva, quienes nada sabían de ciencias naturales, ni de filosofía evolutiva, ni de Espiritismo experimental.

Dice el Sr. Vizconde en el Proemio que escribió para el folleto en que se da cuenta de los trabajos del Congreso—al cual le llama: "*monumento imperecedero que en forma de libro, conserve el recuerdo para transmitirlo á la posteridad. (Esto lo que recuerda es á Espronceda, cuando habla del Conde de Toreno)*—dice, en tal Proemio: "*La ignorancia, la mala fe y la soberbia: he ahí los enemigos del Espiritismo.*"

Sí, en efecto, esos son los enemigos del Espiritismo, Señor Vizconde; pero la presunción y el loco anhelo de prevalecer en primer grado como *doctor kardecista*, sin más elementos que los de recalcitrante ortodoxia, les impide á varios espíritas reconocerse como afiliados al grupo de la ignorancia (relativa), de la mala fe y de la soberbia (no relativas).

Después del lujo de erudición espírita, que muestra el Sr. Vizconde, causa verdadera pena verlo llegar á una *síntesis* mística, que no es, ni más ni menos, que la que se hubiera podido deducir de los estudios espíritas hace veinte años.

Y esto cuando el maestro Kardec ha dicho, por comunicación medianímica: "ES NECESARIO REFORMAR MIS LIBROS."

Estas reformas indudablemente que, tratándose de un criterio profundo, de ninguna manera deben referirse á cuestiones de forma, que siempre han sido despreciadas por todo espíritu elevado, y sí deben com-

© Biblioteca Nacional de España

prenderse en cuanto á reformas esenciales y de gran trascendencia. Así, por ejemplo: *No hay castigo divino.—La idea de albedrío tal como hasta hoy se ha tenido es falsa.—El origen del alma es natural.—La comunicación espírita es torpe, imperfecta y rudimentaria, por efecto de nuestra natural y general imperfección.—Todos los seres que son elementos del Universo, penden de una sola radical increada: la* ESENCIA ABSOLUTA, *á la cual en su faz sensible llamamos materia.—La ley del progreso nos induce á buscar la causa de la inteligencia, que solo se manifiesta consciente en el espíritu humano, viniendo, no del seno de una inteligencia perfecta en lo absoluto y sí del seno de una inteligencia rudimentaria, que siendo propiedad de la* ESENCIA INCREADA, *se halla contenida en* LO ABSOLUTO, *y cuya inteligencia evoluciona hacia un fin grandioso:* LA PERFECCION ABSOLUTA.

Todas estas proposiciones, demostradas por la razón y apoyadas con los elementos que da el estado actual de la ciencia, hubieran constituido una verdadera síntesis filosófica que, satisfaciendo á las exigencias del moderno espíritu positivo, hubieran cumplido con el deseo reformador, manifestado por el fundador del Espiritismo.

Cuando leí la *síntesis* espírita á que llegó el Sr. Vizconde, después de su lujoso Proemio, decepcionado y triste exclamé:

¡Lástima de tanta erudición espírita!

Entonces afirmé esta opinión que de los eruditos tengo formada:

El erudito es un buen servidor del genio; pero rara vez se sirve á sí mismo. Es un compendio de ajenos

© Biblioteca Nacional de España

trabajos: cuando lo vemos exponer lo que otros le han enseñado, nos parece que tiene talento; pero cuando asoma lo que es de su propio coleto, nos parece otra cosa muy distinta.

El culto idolátrico de secta, conduce á torpes fanatismos. Las enseñanzas de Jesús tuvieron un mérito extraordinario, con relación al remoto tiempo histórico en que se dieron, pero ya hoy solo les queda un valor relativo; relatividad imposible de ser reconocida como tal, desde el momento en que el espíritu fanático de secta, les supuso un mérito absoluto y *divino*. Pero, la ley de progreso, que es ineludible,—cuyos efectos tienen que ser vistos aun por los mismos que se empeñan en cerrar los ojos para no verlos — nos muestra hoy, ante la refulgente luz de la Ciencia y de la Filosofía, cómo las enseñanzas de Jesús, son anticientíficas é inmorales. El progreso, que es ley novísimamente conocida, nos ofrece este axioma: *La perfección del pasado, es imperfección para el presente*. La predicación de Jesús aconsejando la vida contemplativa y mística, y queriendo el desprecio hacia la vida práctica— que es escuela de enseñanzas múltiples, *sin la cual es imposible nuestro desarrollo intelectual* y *afectivo*—hoy que conocemos las leyes de reencarnación y de perfectibilidad humana, á efecto de nuestro propio y doloroso esfuerzo, comprendemos fácilmente cuál es la parte perniciosa que en su esencia encierran las doctrinas cristianas. Y cuantos argumentos en extremo lógicos é irrefutables se pueden exponer para demostrar lo contraria que es á la razón, al amor y á la justicia, la doctrina cristiana, que habla la voz del anatema, aterrorizando la concien-

© Biblioteca Nacional de España

cia con penas y castigos, para condenar con espíritu inclemente los errores que comete el hombre en los momentos de su ignorancia y de su falta de sensibilidad, que son la triste herencia que trae desde la animalidad, y que es la pobrísima dote, que alcanzara tan solo á darle, la inconsciencia de una Naturaleza que no tiene, ni puede tener por esposo á un Dios-Mago que la gobierne y la dirija, como *candorosamente* lo supusimos durante la secular existencia de nuestra niña humanidad.

Ahora bien; si los sectarios cristianos cayeron en el atroz fanatismo de suponer *inmutables, absolutas* y *divinas* las doctrinas del egregio moralista de Galilea, tuvieron una disculpa: desconocían la ley del progreso.

Pero vosotros, hermanos kardecistas, que llevais por norma el progreso y que os habéis nutrido con las doctrinas de los espíritus, en las cuales constantemente os han estimulado á marchar siempre adelante, ¿por qué especie de fenomenal conducta os habéis tornado fanáticos, rutinarios y ortodoxos?

El "*Libro de los Espíritus*," ya cumplió su misión conciliante con el mundo de los aterrorizados cristianos: ahora es preciso reformarlo, según el deseo del maestro Kardec. Respecto á este ilustre compilador de las doctrinas dadas por los espíritus, guardadle sí, el cariño fraternal que merecen preferentemente todos los apóstoles del progreso; pero no lo atormentéis con adulaciones necias, no le guardéis culto idolátrico con perjuicio de sus deseos progresistas. Estad seguro que cuando borréis de sus escritos un error fundamental, él se estremecerá de júbilo, irradiando luz de amor y de

© Biblioteca Nacional de España

sabiduría que llegará á incidir hasta la esencia de vuestro espíritu.

Esas reverencias aconsejadas por el fanatismo del sectario, y que hacen guardar *santamente* formas y esencias perniciosas, cuadran, sí, con el sentimiento torpe de vanidad y de adulación, que son nefandos hijos de la carne; mas no con el espíritu, al cual le dañan. Por causa de tan supina torpeza, por guardar vanos respetos que dañan al mismo á quien se pretende honrar, se han perpetuado grandes errores, persistiendo en ideas absurdas y palabras desnudas de lógicaen su significación, lo cual entraña el mal trascendentalísimo de extraviar el concepto positivo de las nociones que se quieren inculcar.

Aun la misma pálabra *Espiritismo* debéis ya proscribirla de vuestro vocabulario, porque es mezquina en su significado. La Filosofía sintética que aspira á ceñir el haz grandioso de las verdades positivas, no puede llevar un nombre que solo da idea de una faz aislada del humano conocimiento. Llamadle *Filosofía Perfeccionista*, puesto que con este título abarcaréis la sublime síntesis del perfeccionamiento universal: la perfección en la nebulosa, la perfección en la estrella, la perfección en el mineral, la perfección en el vegetal, la perfección en el animal, la perfección en el hombre, y la perfección en el amor y en la sabiduría del espíritu del hombre.

Por otra parte, vosotros, espíritus ilustrados, hombres progresistas que en vuestro amor por la ciencia despreciais los ridículos cultos idolátricos, no desconocereis, no podeis desconocer que, la torpeza supina, la

© Biblioteca Nacional de España

ignorancia y el fanatismo de muchos espiritistas, han dado origen á que la palabra *Espiritismo*, sea objeto de ludibrio y de sarcasmos crueles, causa por la cual á sus adeptos se les lanzan los epítetos de *cándidos*, de locos y de imbéciles.

Así pues, las doctrinas kardecistas, corregidas y aumentadas, según lo exigen las necesidades del espíritu moderno—que camina incesantemente hacia su grandioso fin de perfección— nada perderán, y sí ganarán muchísimo, despojándolas de un nombre que ya se ha constituido en objeto de burlas.

La gravedad científica y la altísima trascendencia filosófica que en sí contienen las doctrinas de los espíritus, no cuadran bien con un nombre que se ha hecho ya risible: demos, pues, á esa sublime síntesis filosófica que en armonía simpática enlaza los hechos de la ciencia empírica, con los hechos grandiosos de comunicación y de reencarnación, un nombre que esté en relación con las tendencias de la nueva escuela que aspira, con justos títulos, al implantamiento de la única religión que llegará á ser universal: la de la Ciencia y la Filosofía.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CARTA SEPTIMA.

TEORIA DE LO ABSOLUTO.

A D. JOAQUIN CALERO.

Observar relaciones, confirmar juicios por nuevas observaciones, ó corregirlos observando nuevamente: he aquí, pues, lo que la naturaleza nos obliga á verificar; y nosotros no hacemos más que efectuarlo y repetirlo á cada nuevo conocimiento que adquirimos. Tal es el arte de razonar, tan sencillo como la naturaleza que nos lo enseña.

.....

Hemos, pues, olvidado estas lecciones en razón á que, en lugar de observar las cosas que pretendíamos conocer, hemos querido imaginarlas.

.....

Nada observamos; no sabemos cuanto precisa observar; juzgamos á la casualidad, sin darnos cuenta de los juicios que hacemos, y creemos adquirir conocimientos, aprendiendo palabras que no son más que palabras. Porque, en nuestra infancia, pensamos por los otros, adoptamos todos sus errores; y cuando llegamos á una edad en que creemos pensar por nosotros mismos, continuamos pensando todavía por los demas, porque pensamos por los errores que ellos nos han transmitido. Entonces, cuanto más parece progresar el espíritu, más se extravía, y los errores se acumulan de generación en generación. Cuando las cosas llegan á este punto, no hay más que un medio para establecer el orden en la facultad de pensar: consiste en olvidar todo lo que hemos aprendido, volver á tomar nuestras ideas en su origen, seguir su generación, y rehacer, como Bacón dice, el entendimiento humano.

(CONDILLAC.—*Lógica.*)

Yo sé bien que para vd., como metafísico que es, mientras no vea en los escritos filosóficos ni simbolismos ni tecnicismos escolásticos, solo ha de encontrar sencillos relatos y declamaciones. Para vd. ha de tener más valor el guarismo 3, que represente tres cargas de trigo, que el trigo mismo, en cuanto á que, siendo el

© Biblioteca Nacional de España

guarismo 3 un símbolo abstracto, le ha de seducir y le ha de encantar, pues lo ha de hallar más afin con la naturaleza abstracta de la *chispa divina* de que cree está constituido su espíritu; así como á las cargas de trigo las ha de tachar de *sustancia vil*, más digna de armonizarse con el realismo de los filósofos naturalistas.

Digo esto, porque ¡admírese vd! voy á hablar de lo absoluto.

Cuando después de estudiar la noción de lo absoluto me encontré con que me aturdían y me embrollaban tantas palabras huecas y tantas sutilezas, con las cuales los divinos *doctores* procuraban afectar que definían; pero advirtiendo que con sus embrollos manifestaban que no comprendían lo que querían definir, tomé el partido que en muchos casos he seguido, y que me ha dado buenos resultados, esto es, pasarme sin ellos y atenerme orgullosa y soberbiamente á mis propias fuerzas. Entonces me dije: ¿Qué, los disciplinadores del lenguaje, acaso lo han formado? ¿No el sentido común es el que manifiesta siempre, sin previa definición, lo que quiere decir tal ó cual palabra? ¿No el discurso diario y constante, ya oral, ya escrito, me ofrece la escuela práctica de las acepciones? ¿No es acaso esta escuela práctica la sola y única fuente en la cual bebe el que define las voces? Pues, entonces, aténgome á esa escuela y busco las causas que engendran tantos y tantísimos embrollos cuantos ofrecen las definiciones que se han dado de la palabra absoluto.

Hallo, pues, que la causa fundamental de tanto embrollo radica —¡cuándo no!—en las lucubraciones de los señores *asbtractos*, quiere decir, en los señores que per-

© Biblioteca Nacional de España

siguiendo mitos y fantasmas se han empeñado en definir atributos divinos que solo tienen existencia en su fantasía, y se afanan en querer que haya un ENTE ABSOLUTO Y MARAVILLOSO, QUE NINGUN HUMANO LO CONOCE, QUE NADIE HA DESCORRIDO EL VELO QUE LO OCULTA Y QUE NADIE LO PODRÁ CONOCER.

¡Qué tal!.... ¿eh?

Y luego exíjasele á vd. que se esté quieto, y que no declame. ¡Cómo no se han de sublevar los fueros de la razón para protestar de semejantes barbaridades!

Si pues ningún humano lo conoce, ni lo conocerá jamás, entonces, ¿sobre qué datos descansa la afirmación de su existencia? O los que la afirman no son hombres, y sí seres celestiales, embajadores incógnitos que vienen de tapadilla para dar á conocer la existencia de su Monarca, por medio de sandios acertijos, ó, si no son tales embajadores y sí humanos con igual origen que el hotentote, entonces la tal afirmación tiene que ser despreciada como un insulto que la culta razón rechaza indignada.

Pero volvamos á la definición y al embrollo de la definición, antes de que me vaya yo á embrollar con esos señores embrolladores.

Del estudio detenido que de la palabra absoluto hice en la escuela práctica de las acepciones, vine á obtener las siguientes nociones:

Primera: Absoluto, en cuanto á idea de unidad íntegra é infinita.

Segunda: Absoluto, en cuanto á idea de propiedades ó atributos *íntegros é ilimitados.*

Dato positivo, único para llegar al concepto de estas

© Biblioteca Nacional de España

nociones: la comparación del más y del menos de los elementos relativos que son el patrimonio de la humanidad terrestre.

Con estas nociones fundamentales, entré al estudio de los tres términos capitales que interesan á la filosofía sintética, y son: origen, estado presente y destino futuro de los elementos cósmicos.

Primer término ú origen: La ESENCIA INCREADA, *absoluta en cuanto á unidad íntegra é infinita*, y *absoluta* en cuanto á *integridad ilimitada del atributo simplicidad*.

Segundo término ó estado actual: La ESENCIA INCREADA, *absoluta* en cuanto á *unidad íntegra é infinita*, y *relativa* en cuanto á las *propiedades* y *atributos limitados* de sus elementos múltiples, varios y en vía de perfección.

Tercer término ó destino futuro: La ESENCIA INCREADA, *absoluta* en cuanto á *unidad íntegra é infinita* y *absoluta* también, en cuanto á los *elementos múltiples y varios* que la constituyen, los cuales elementos, *en cada uno de sus estados*, serán perfectos, por lo *ilimitado* de sus propiedades y atributos, *peculiares á cada estado y naturaleza*.

Fundamento para distinguir esos tres grandes términos del elemento cósmico: *La ley del progreso*, observada y experimentada en el medio positivo, real y verdadero del mundo objetivo que nos rodea.

Estamos colocados en el medio de presente relatividad, y por el conocimiento de esta ley de progreso inferimos dos estados absolutos. ¿Descendemos? Llegamos á la noción de lo *absoluto simple*. ¿Ascendemos?

© Biblioteca Nacional de España

Llegamos á la noción de lo *absoluto complexo, armónico y perfecto.*

Ninguno de estos dos absolutos existe; de ahí nuestra confusión y nuestra imperfecta noción para inferirlos; pero la base sólida, positiva y conocida del término existente, constituido por el mundo que nos rodea, nos ofrece premisas de poderoso valor inductivo para llegar á estas afirmaciones:

Primera. Existió la simplicidad absoluta.

Segunda. Existirá la perfección absoluta.

Por más que con cándidas lucubraciones los metafísicos se empeñen en hallar otras fuentes de conocimiento, los hechos se encargarán de mostrarles siempre, que no hay otro manantial que el ofrecido por el mundo objetivo, el cual suministra elementos que la razón compara, contrasta y combina para sacar sus inferencias.

Si tenemos, pues, nuestras imperfectas nociones de lo *eterno*, de lo *infinito* y de lo *absoluto*, es tan solo debido á que conocemos en el orden respectivo de cada una de estas nociones, el elemento limitado que comparamos en la escala de lo menos á lo más. Con respecto á lo *eterno*, llegamos á su inferencia por los períodos de un tiempo pasado, que conocemos, que se enlazan con un presente dado, el cual á su vez se torna en pasado, trayendo al presente un futuro esperado. Así sucesivamente, encadenando estos términos limitados y conocidos, llegamos á la noción del tiempo ilimitado, que es lo que constituye la idea abstracta de lo *eterno.*

Con respecto á lo *infinito*, sucede lo propio, esto es,

© Biblioteca Nacional de España

que lo inferimos por los términos limitados y conocidos que se extienden en la escala de lo menos á lo más. Si imaginamos una esfera microscópica, tal como el glóbulo sanguíneo; si á esa esfera microscópica le vamos dando en nuestra mente un aumento de capas superpuestas, que en progresión ascendente le hagan llegar hasta las dimensiones de nuestro globo terrestre, tenemos con esto una serie de términos aumentativos que nos sirven de conceptos conocidos, de dimensiones limitadas que se encadenan en un orden progresivo, bastante para que de estos elementos conocidos caminemos sobre su firme apoyo, en el terreno abstracto, para seguir imaginando que en cualquier término de crecimiento á que pudiéramos hacer llegar esa esfera, siempre habría una envolvente más que aumentar en nuestra mente, sin que nuestra razón se detuviera ante el imposible de poder imaginar siempre una envolvente más.

Por tales medios llegamos á la noción de la dimensión ilimitada, que es lo que constituye la idea abstracta de lo *infinito*.

Con respecto á lo *absoluto*, también es una noción que inferimos, por los términos que nos son conocidos, sirviéndonos en esta vez la noción de lo *infinito*. Si pues conocemos el mundo objetivo y limitado que nos rodea, y con auxilio de la noción que tenemos de lo infinito, inferimos un todo ilimitado que se extiende en ese infinito, obtenemos la idea abstracta de lo *absoluto*.

Ahora bien; así como para adquirir estas nociones hemos visto que la existencia de los términos limitados que conocemos nos las demuestran y aseguran, así por

© Biblioteca Nacional de España

el contrario, vamos á ver cómo del análisis que hagamos de esos términos limitados y conocidos, nos resulta la negación de los atributos de perfección *divina* y *absoluta* que místicos y metafísicos han supuesto sin más elementos que las lucubraciones cándidas que por tradición nos legaran los primitivos *pensadores* de la naciente humanidad terrestre.

Atributo amor. Tomemos este atributo que en el orden afectivo representa la síntesis de todos los generosos afectos del espíritu; pues si bien se examina, de él se derivan: caridad, compasión, ternura, etc. ¿Cómo nos es conocido el atributo amor? Por el término limitado que lo posee: el hombre.

Pues bien; sigamos el mismo camino que emprendimos para llegar á las nociones antes adquiridas. ¿Qué sucederá, pues?

Sucederá que en el terreno abstracto llegaremos á la noción de un amor ilimitado, absoluto; pero que nos ofrece un imposible, un absurdo según voy á demostrar.

Hemos visto que tratándose de lo *eterno*, los elementos limitados no excluyen su noción, y por el contrario la sostienen y la afirman; hemos visto lo propio tratándose de lo *infinito;* y con relación á lo *absoluto,—como unidad íntegra é ilimitada*,—hemos examinado lo propio; pero he aquí que tratándose de atributos llevados por concepción abstracta hasta lo ilimitado, nos ofrece la causa de los embrollos metafísicos; pues al advertir que en el elemento limitado y conocido existe la imperfección del atributo amor, decimos: el elemento imperfecto al cual no le alcanza la acción absoluta del *supues-*

© Biblioteca Nacional de España

to amor ilimitado excluye á éste y hay que decir en buena lógica: tratándose del atributo amor solo se encuentra y solo se puede encontrar, en estado de perfección relativa; puesto que, la naturaleza del elemento conocido, único que puede servir de dato para alcanzar la noción que buscamos, al ser imperfecto, trae la consecuencia evidentísima de que en el absoluto total no está el *absoluto amor;* porque la parte conocida, que es imperfecta, lo niega en sí misma y en cuanto á que los elementos ultra-observables tampoco lo podrían ser desde el momento que su cualidad *absoluta* es negada por su impotente acción sobre el elemento imperfecto que en tal situación existe.

Esto que hemos dicho tratándose del *amor*, que es síntesis afectiva, podemos decir de la *sabiduría*, como síntesis de conocimiento, y del *poder* como síntesis de voluntad, cuyos tres atributos, en el hombre, constituyen la síntesis de *conciencia*.

Como el fundamento mayúsculo de mis críticos radica en su persistente afán de querer una *conciencia divina*, trataremos detenidamente este punto; pues aunque los atributos, *amor* como síntesis afectiva, *sabiduría* como síntesis de conocimiento, y *poder* como síntesis de voluntad, integran el todo *conciencia*, y lo que se ha dicho de las partes puede decirse del todo, quiero tratar especialmente este punto.

Si ascendemos, partiendo del dato único que tenemos con relación á la *conciencia*, esto es, la limitada conciencia humana, encontramos el propio absurdo que cuando queriamos hallar un *amor absoluto*, esto es, que la *conciencia absoluta* la niega en sí mismo lo imperfec-

© Biblioteca Nacional de España

to del elemento conocido, y la excluye, la manifestación impotente de una acción que no se manifiesta *absoluta* obrando sobre el elemento imperfecto.

Lejos de observarse manifestaciones de una *conciencia* superior á la del hombre, la cual regulara y corrigiera sus *inconciencias*, encontramos que la conciencia humana es la única que se afana por corregir sus imperfecciones, y las imperfecciones de la *inconciencia* de los elementos sub-humanos.

¿No le parece á vd. que ahí, donde la *inconciencia* de un pequeño niño le hace tirar de las mantillas de su hermanito que está en la cuna, haciéndole caer y causándole la muerte, debería proveer la conciencia absoluta para evitar semejante monstruosidad? ¿No le parece á vd. que ahí donde la *inconciencia*, también de un pequeñuelo, le hace prender las cortinas de un lecho, determinando el incendio de una finca y la ruina y desgracia de una ó varias familias, no le parece á vd., que en semejante hecho habría forzosamente de manifestarse, para evitarlo, la *conciencia absoluta?*

¿No le parece á vd. que ahí, donde la imperfecta conciencia humana arma miles de brazos asesinos para perpetrar fiera matanza, como las clásicas y espeluznantes hecatombes de la San Bartolomé y de Bizancio, debería intervenir la *conciencia absoluta* para evitar tales monstruosidades?

¿No le parece á vd. que ahí donde la *inconciencia* de los elementos sub-humanos producen un estado patológico *preciosísimo*, cual lo es el de la viruela negra,—el cual, entre paréntesis, se lo ofrezco á vd. como modelo de palpitante elocuencia para que lo recojan los

© Biblioteca Nacional de España

metafísicos y lo puedan exponer como *dato positivo* que afirma *lo absoluto perfecto*—no le parece á vd., digo, que ahí cuando la *inconciencia* de los elementos sub-humanos produce esas monstruosidades, la conciencia humana descubre la vacuna para prevenirlas? ¿No le parece á vd. que cuando la *inconciencia* de esos mismos elementos sub-humanos no amparan las condiciones fecundadoras de la tierra, viene la ciencia agrícola del hombre, abona el estéril suelo y lo hace productor?

¿No le parece á vd. que ahí donde la *inconciencia* de los elementos sub-humanos lanzan el traidor y mortífero rayo, la conciencia humana lo refrena y sujeta? ¿No le parece á vd. que ahí cuando los elementos sub-humanos arrastran impetuosas y devastadoras corrientes neptunianas, la conciencia humana inventa diques que detengan sus desastrosos efectos?

¿No le parece á vd. que ahí donde la *inconciencia* de los propios elementos sub-humanos han colocado los oceanos, que separando los continentes, separan á los miembros de la gran familia humana, el hombre ha corregido la aberración de la *inconciencia*, cruzando los hondos abismos en alas del vapor y tendiendo el hilo conductor que transmite sus ideas diariamente del uno al otro continente?

Pero cese la exposición de los hechos que podrían parecerle á vd. testimonio irrecusable de que no hay más conciencia, propiamente tal, que la conciencia humana, pero que no le parecerán á vd. jamás suficientes, en tanto que avasalle su razón á efecto de su *bendito miedo* por lo *divino*.

Ahora bien, si no se registra un solo hecho positivo

© Biblioteca Nacional de España

que acuse la existencia de esa fantástica conciencia divina; si por el contrario, todo á gritos está diciendo: ¡tontería! ¡quimera! ¡niñería! ¿á qué ese tenaz empeño de sostener lo que ya es un insulto vergonzoso á la sana razón?

Cuando la noción de lo absoluto la analizamos bajo el concepto de unidad íntegra é ilimitada, ningún conflicto se presenta ante la razón y antes bien nos afirma y nos ilustra en nuestra convicción; pero cuando esa noción se analiza bajo el concepto de *absolutos* y *divinos atributos*, el absurdo resalta, rompemos con la armonía lógica, y tornamos á la imbecilidad del candoroso dogma.

Analícese la acción de una *conciencia absoluta*, en cuanto la admite mi sistema, y entonces las perfecciones é imperfecciones existentes quedan explicadas. Esto es, una *conciencia absoluta* únicamente en cuanto á *unidad íntegra é ilimitada*, es decir, el *absoluto total*, que contiene, desde la conciencia colectiva en sus múltiples estados de desarrollo, hasta la *conciencia propiamente tal*, que se realiza y se concreta en la individualidad humana, y tal conciencia, considerada en su más lata universalidad, reaccionando y obrando en el *absoluto total*. Entonces nos explicamos qué clase de *semiconciencia* es la que engendra las agrupaciones moleculares, y más tarde la sencilla ley de gravedad que realiza LA GRANDE pero SENCILLA masa de la estrella,—que es motivo de *argumento* poético para exaltar las lucubraciones divinas, de los divinos metafísicos.—Entonces nos explicamos también cuál es la *semi-conciencia* que engendra la termo-dinámica que habrá de pro-

© Biblioteca Nacional de España

ducir las variedades del mineral; y la *sub-conciencia* que más tarde constituye la vida vegetal y animal, en cuyos términos comienza á ensayarse con el carácter individual, que se completa y se determina en el hombre, que es quien llega al conocimiento consciente de su existencia y del mundo que le rodea.

Quien exento de *ceguera deista* examine el atributo conciencia bajo este punto de vista, que dejo expuesto, cesará en la candorosidad de pedir una *conciencia mágica.*

Encontrará que, *el absoluto total*, no es un monarca caprichoso, no es un padre — que parecería padrastro —ni es un gigante que con tremendas manazas impulsa los soles y los sistemas, y sí es la ESENCIA INCREADA, cuyos múltiples y varios elementos, en vía de perfección, por energía *inteligente é inmanente* que es atributo de su naturaleza, caminan hacia la perfección ilimitada de sus peculiares atributos. Los que esto admitan, se unirán con los libertos que la manumisora *filosofía natural* redime de la *abyecta esclavitud deista*, hija de los *pensadores* de la selva.

La razón adulta protesta enérgicamente en contra de tantos ultrajes hechos al buen sentido y pide que solo quede en pie la tradición *divina* entre las tribus salvajes del Africa Central, y entre una que otra viejecilla beata que armada de rosario y de agua bendita, ignorando la muerte de los *mitos diabólicos* y *divinos*, se desate en furibundos rezos, achacándole al difunto Diablo sus pecadillos lúbricos de sus mocedades, y pidiéndole al también difunto Dios–mito que le reserve un rinconcito holgado en su Celestial Imperio.

© Biblioteca Nacional de España

Ahora bien, de lo expuesto vengo en conclusión á las siguientes afirmaciones:

En cuanto á duración, afirmo lo *eterno.*

En cuanto á dimensión, afirmo lo *infinito.*

En cuanto á integridad ilimitada de la unidad cósmica, afirmo lo *absoluto.*

En cuanto á los atributos de los elementos que constituyen la unidad absoluta, afirmo la perfección relativa que han adquirido por evolución ascendente, viniendo desde el seno de la simplicidad absoluta, y caminando hasta la perfección ilimitada ó absoluta.

Si mi ilustrado crítico hubiera estudiado mi sistema *con la fuerza de inteligencia* que él aconseja para emprender los estudios filosóficos, hubiera entendido todo esto y no hubiera dicho que mi sistema era un *pantecomtismo;* mas si como es probable, tampoco entiende vd. esta explicación, y sigue viendo tan solo en mis escritos simples relatos y declamaciones, entonces no hay más que esperar á que sane de su enfermedad de *furor metafísico,* con grave complicación de *amor propio.*

Quizás para vd., señor crítico, todo esto que he dicho se le ofrecería con signos de algún valor si para exponerlo hubiera empleado algunos millares de palabras cabalísticas que hubieran formado grandes volúmenes. Pero en cambio, aquellos de mis lectores que estén animados del espíritu moderno, que desprecia las grandes bolas de paja, se alegrarán de ver condensadas mis ideas con relación á lo absoluto, en unas cuantas páginas.

¿Son admisibles? ¿Están racionalmente fundadas?

Tanto mejor.

¿No lo están?

© Biblioteca Nacional de España

Tambien mejor; pues, en primer lugar, no he torturado la atención del lector con largas páginas de palabras cabalísticas, y por otra parte, no encubro mi torpeza afectando profundidad de ideas, con profundidades y abismos horrorosos de frases incomprensibles, como sucede en los grandes escritos metafísicos.

Dirá vd. que las explicaciones que ahora hago no las hice en mi sistema; pero debe comprender mi ilustradísimo crítico, que debía yo ser consecuente con la máxima de Diderot que puse como epígrafe á la cabeza de mi sistema, y la cual aconseja hacer llegar la filosofía hasta el pueblo. Por eso es que me guardé muy bien de hablar en esa sublime jerga á que ustedes los metafísicos llaman lenguaje *científico:* procuré, hasta donde es posible, tratándose de los más trascendentales problemas de la filosofía evolutiva y sintética, darlos á conocer con ese lenguaje á que vd. llama declamatorio.

Y, si viera vd. qué buenos resultados me ha dado en la práctica ese estilo que á vd. le espeluzna. Si viera vd. cómo ante la razón sencilla de muchos de mis adeptos ha caido rodando al cieno del pantano el *mito soberano.* Si viera vd,, cómo han llegado á ver en toda su escuálida desnudez á vdes., á los que tan hinchados y tan grandes veían antes, creyendo que sus vanas palabras cabalísticas envolvían sabiduría: hoy saben que solo envuelven candorosidades y sandeces. Si viera vd. cómo un septuagenario anciano que toda su vida la había pasado en el culto católico y que á su familia la había educado con el rigor de la disciplina romana, se tornó naturalista consumado después de que leyó mi

© Biblioteca Nacional de España

obra; si todo esto viera vd., comprendería por qué estoy amarteladísimo con mi estilo *declamatorio, odioso, insolente y petulante,* como vd. le llama, en momentos de noble y caritativo amor seráfico, y en los momentos sublimes de arranques kardecianos. Aseguro á vd. que en cuantas obras siga yo escribiendo, me prometo no dejar mi estilo, mal que le cuadre á cualquier *magistral* y furibundo crítico, como vd.

Por otra parte, me dije al escribir mi sistema: los señores metafísicos, que son unos *maravillosos pensadores,* sabrán sacar de la exposición sencilla el fondo trascendental de mis proposiciones. Pero, he aquí que la ciencia de esos señores salió *huera,* y que cuando no leen en el *libro de su casa,* ó no saben leer, ó creen encontrar puras frases declamatorias que *divierten*—sí y de lo lindo—mas no convencen, y no saben otra cosa que concertar sutilezas y sofismas fulleros para ganarse *partidas de amor propio.* Aquí se me permitirá en honor á la justicia, recordar que en todo asiste la excepción, que afirma y que justifica la regla general, con la cual mido á mi doctísimo crítico.

Queda vd., pues, obsequiado en el deseo que manifestó de que le diera á conocer cuál es la noción que tengo adquirida con relación á lo absoluto. Lo repito, en mi sistema podía vd. haberlo conocido, si su *ausente amor propio* no le hiciera ver en mis escritos otra cosa que declamaciones. No tengo la esperanza de que aquí deje de ver lo mismo,—máxime cuando lo he divertido tanto en estas cartas—pues sobradamente conozco cuál es la clase de amaurosis que le ha venido en esta vez; pero abrigo la esperanza de que haya quie-

© Biblioteca Nacional de España

nes no sufran esa enfermedad de que vd. adolece y de la cual deseo sinceramente sane pronto.

¡Ojalá y su espíritu protector se apiade de vd. y triunfe sobre el espíritu de obcesión!

Puede vd. creer que todas aquellas impugnaciones que reconozco plenamente no entrañan fondo trascendental que pudiera dañar el ideal de verdad que persigo, me enoja y me fastidia el tenerlas que contestar; pero, aunque todo espíritu sensato é imparcial dará á esas impugnaciones el valor que en sí tienen, no quiero que se extravíe el criterio de aquellos espíritus, que ignorantes de las dos fases que ofrece la crítica—la que está guiada por la sabiduría y por el noble afán de velar por los fueros de la verdad y de la justicia, y la que traidora y aleve, armándose con el dicterio, con la sutileza y el sofisma, cumple á los designios de odiosa y bastarda pasión—creen que la crítica, con solo serlo, ya es fundada y legítima. El vulgo, que en cuestiones trascendentales no puede reconocer dónde está el sofisma y la sutileza, sí comprende dónde está la perfidia á la vez que ciertas pasiones, cuando se le señalan prolijamente; máxime si al hacerlo se emplea estilo un tanto humorístico, que es el único que le puede hacer dedicar su atención hacia los estudios trascendentales. Por tal medio irán de lo conocido á lo desconocido, pues al advertir que el crítico deja ver su torpeza y su perfidia, no le merecerá confianza.

Yo comprendo bien que mi voz deja asomar á través del festivo humorismo, la amargura de mi alma; pero, ¡cuán diferente es esta amargura á la que vd. desborda en su crítica!

© Biblioteca Nacional de España

Mi sufrimiento no es el que engendra la vanidad ulrajada. ¡No! mil veces no!

Quien se halle ávido de respirar un instante las puras y apacibles auras de dulce paz y de fraternal amor; quien anhele la redención del hombre por el hombre mismo; quien muera de angustia al volver en torno de sí la vista, y contemple por todas partes la ebullición odiosa de nefandas pasiones, envueltas con el sarcástico y sandio manto de hipócrita piedad divina; quien con alma conmovida mire la estúpida faz de la ignorancia; quien contemple apenado que el hombre busca su redención, murmurando vanas plegarias de estampilla, lanzadas á los vientos; quien escuche con ánimo doliente la estridente carcajada del Sátiro en presencia misma del grito ahogado por el llanto de amarguísimos dolores; quien contemple á la humanidad detenida en su camino, frente al altar de un mito; quien vea á la pasión refrenada por un espantajo, digno sí de las tribus bárbaras, mas no de un pueblo racional, que alumbrado por la ciencia, habría de amar el bien por amor á las bellezas que en sí engendran los hechos de la virtud sublime; quien todo esto juzgue, con honda pena y torturador martirio, comprenderá la intención que guía mis esfuerzos: ya que estos se manifiesten con la voz de la razón auxiliada por mi pobre ciencia; ya que se traduzcan con la vehemencia y la energía que arranca la presencia de lo monstruoso; ya con la sátira y la ironía que desea tornar serio al *clown* ridículo, ó bien fustigar la presunción de vano, hinchado y risible magisterio.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CARTAS FILOSÓFICAS.

TERCERA SERIE.

CARTA PRIMERIA.

A LOS HOMBRES PUBLICOS, DE ESPIRITU PROGRESISTA.

¿Por qué corréis tras vanas sombras?
¿Por qué olvidáis vuestro verdadero fin?
Falsos aduladores, palabras mentirosas os atraen á lugares desolados y estériles, en que la esperanza misma se extingue en una noche eterna.
Las necesidades corporales deben ¿quién lo duda? ser satisfechas; es esta condición de la existencia. ¿Pero lo son todas las necesidades y todos los apetitos?
¿No tenéis sino cuerpo, para buscar en él el bien sin límite, inmenso, á que aspiráis?
Mañana, ¿qué será de ese cuerpo? Un poco de ceniza. Camina sin cesar hacia la fosa. ¿Es este el término de vuestros deseos?

.....

El cuerpo no es el hombre, sino la envoltura de hombre. La vida no es el comer y el beber, sino la inteligencia y el amor.
(LAMENNAIS.—*El Libro del Pueblo*).

En el momento presente la conciencia pública aún no se ha penetrado de la fundamental trascendencia que los estudios filosóficos en sí encierran. La generalidad de los hombres busca su felicidad en los hechos de la vida práctica y desdeña la parte teórica.

© Biblioteca Nacional de España

Quienes hoy disfrutan de las grandes libertades que ofrecen las nacientes democracias modernas, contrastando estos bienes con el odioso régimen de antiguas instituciones, en las cuales el producto del trabajo realizado por la agricultura, por el comercio, por la industria, etc., era objeto de monopolio que enriquecia al holgazán priviligiado del clero y de la nobleza, y ponía en la miseria al que trabajaba; quienes al presente disfrutan el bien absoluto de emitir sus ideas filosóficas, sin previa censura y sin temor de persecuciones, contrastando este bien con los horrores de nefandos hechos perpetrados por los tiranos del pensamiento, en los pasados tiempos; quienes, en suma, disfrután todos los bienes que en el orden físico y moral se han alcanzado hasta el momento presente de nuestro desarrollo, habrían de comprender que esos bienes son la derivación natural de las conquistas que el pensamiento humano ha hecho en el terreno teórico de la Ciencia y de la Filosofía, que son resortes poderosos que constituyen palanca de gran potencia que mueve é impulsa á las masas sociales para que lleven al terreno práctico sus fórmulas teóricas.

Pero desgraciadamente esto no se reconoce, y no digo por las clases ínfimas del pueblo, que solo saben que no comen cuando falta el trabajo, y que lo hacen cuando le hay; refiérome, pues, á los que afectando ilustración y recto criterio en cuestiones trascendentales, manifiestan lo contrario en sus torpes hechos. Entregados por completo al aprovechamiento de los bienes conquistados á costo del esfuerzo y del martirio de nuestros antepasados, entréganse á la molicie, á la sa-

© Biblioteca Nacional de España

tisfacción del propio interés, y cuando más, afectan colaborar en bien del progreso en todo aquello del orden inmediato, de aquellos bienes materiales que por su naturaleza pueden ser aprovechados por ellos mismos. En sus menguadas miras y en su egoismo, no dan impulsos de mayor aliento, de aquellos cuyo bien se comprende ser altamente beneficioso, pero en un tiempo futuro no alcanzado por el impulsador del presente.

¡Horrible y monstruoso egoismo!

Si todos los grandes genios del pasado hubieran pensado así, ¿habríamos disfrutado los sublimes bienes que su noble impulso conquistó para legárnosle como herencia?

Esos espíritus egoistas son cual hijos malos que derrochan el capital que á costo de trabajo y sacrificio les legara en herencia el padre: agotado el capital y convertidos á su vez en padres, legan á sus hijos la miseria.

Achaque es este de las bases deleznables sobre las cuales se asientan las creencias de la sociedad presente. Por una parte, el materialismo, triste y desconsolador, con sus hipótesis y sus negaciones que nada explican, con relacion al origen, naturaleza y destino de la individualidad sensible y pensadora; doctrinas que encaminan al esceptisismo, á la desesperación, al suicidio, doctrinas incensatas que matan el ideal, que asfixian el alma, que arrancan del corazón el sentimiento sublime de la bella poesía, que extirpan el perfume de la vida y que extienden la pestilencia nauseabunda del cadáver. El materialismo tiene que ser forzosamente egoista, pues al no ver la inmortalidad del ser huma-

© Biblioteca Nacional de España

no, al desconocer que este ser con sus propiedades pensantes y sensibles es increado, y como tal eterno é indestructible, no abriga, no puede abrigar el amor ardentísimo que inspira el deseo de perfeccionar á la familia humana, y si lo hace es con limitaciones que se derivan de sus limitadas miras; jamás llegará en este respecto un materialista á la talla sublime del héroe y del apóstol. El materialismo, aunque diga lo contrario, hace del héroe y del apóstol un ser visionario y cándido, que emplea su actividad, sus titánicos impulsos y sus cruentos martirios, para regalar á ingratos y para conquistar la inconsciente vanidad de un nombre inmortal. Exalta, es cierto, el sacrificio del héroe y del apóstol que fueron—¿cómo no hacerlo si su mérito está en la conciencia pública?—pero con sus teorías y con sus mezquinos puntos de mira, burlará y escarnecerá al que intente imitar el tipo de los sublimes maestros del pasado. Menguado elemento es por cierto para la emulación de la marcha del progreso humano. Sería necesario que cada materialista fuera un espíritu prepotente, para que, sin esperar una vida inmortal, colaborara hasta el heroismo en bien del progreso de las generaciones venideras. Pero como esto no es así, resulta que los soldados de ese grupo son gladiadores que más bien combaten para adquirir nombre y reputación de oropel, para crearse una posición que les dé todo género de comodidades sibarticas, que no trabajar con el aliento poderoso que da la convicción de una inmortalidad positiva.

Por otra parte está el grupo del deismo: beatos de todas jerarquías, que con *amor de miedo* adulan á un

© Biblioteca Nacional de España

fantasma imposible, de sandia, niña, salvaje y ridícula concepción: grupo monstruoso que enerva y que detiene la marcha del progreso; que aspira á su mejoramiento por medio de prácticas estúpidas, de mogigaterías hipócritas á que llama moral; enorme masa en la cual anidan los más asquerosos vicios, y de la cual, los prepotentes guías, con torcidísimo criterio, imaginan regiones divinas, desprecian la vida práctica que ofrece nuestro planeta, declaman contra la materia, á que llaman vil, y con insensatas quimeras, enloquecidos por sueños de abstracciones ridículas, desatienden la vida práctica que ofrece nuestro mundo, como escuela de enseñanza primaria, que no por serlo así carece de importancia, puesto que entraña la base del desarrollo de nuestro espíritu, sin la cual no podemos adquirir títulos legítimos para entrar á las enseñanzas del orden inmediato superior.

He aquí cómo al analizar los perniciosos errores de estos dos grupos, el materialismo y el deismo, me alienta la esperanza de que mis doctrinas puedan alcanzar efectos beneficiosos en lo futuro, cuando los materialistas y los deistas de la generación presente se hayan marchado al medio *transitivo*, en el cual quizás se irán á librar de sus prejuicios y de su vano orgullo; pues éste, sublevado ahora profundamente, los ciega de tal manera, que es imposible vean dónde están los fundamentos de mis raciocinios y solo habrán de sulfurarse con mis amarguísimas impugnaciones; pero la juventud pensadora del porvenir, que no se sentirá violada en sus títulos de oropel, ni como materialista ni como metafísica, se erigirá juez imparcial de mi sistema, y qui-

© Biblioteca Nacional de España

zás le digan algo unas proposiciones que infunden el aliento titánico que engendra la conciencia de la inmortalidad y que rompen con el opresor fantasma del Dios–mito, que inventara sandiamente el salvaje primitivo, en la noche de la selva.

Como consecuencia natural de los errores que encarnan esos dos grupos, tanto el materialista, como el deista, solo aspiran á los bienes del momento: los unos, porque no admitiendo la inmortalidad, quieren hacerse lo más placentera posible su breve existencia; los otros, porque todo su progreso y felicidad futura, lo esperan alcanzar refinando sus adulaciones hacia su *divino mito*, y aunque tratan de vil á la materia, ésta no les parece tanto, si se halla bajo la forma de carruajes, de soberbios *frisones*, de suntuosos edificios, de reluciente oro y pedrería, ó bien bajo la forma voluptuosa de blandas carnes que modelan el hermoso cuerpo de liviana mujer.

Yo no desconozco que es en los hechos de la vida práctica donde habremos de realizar nuestra perfección, unida á la cual estará nuestra felicidad positiva y permanente; pero no por ello nos detengamos ante los bienes alcanzados hasta el momento presente; no cuando el hastío invada el alma tras los placeres del sibaritismo, vengan después, ó los sacudimientos desesperados del escepticismo que conduce al suicidio, el cual abre al espíritu una larga noche de duelo en el medio *transitivo*, ó bien las plañideras geremiadas del beato que con sandias súplicas quiere mejorar la imperfección de su alma, que pasa también al medio *transitivo* pidiendo una luz que no le llegará, porque la opacidad de su ser lo impedirá.

© Biblioteca Nacional de España

La ley del progreso nos dice incesantemente: ¡adelante!

Aprovechemos, pues, nuestra etapa presente, progresando y haciendo progresar; penetrémonos de la solidaridad rigurosa que existe entre los hechos de las generaciones que en cadena no interrumpida se suceden; adquiramos la conciencia de nuestra pluralidad de existencias, desechando el argumento ilógico que se opone en contra y el cual se hace consistir en nuestra falta de memoria con relación á nuestras anteriores existencias. ¿Cómo queremos recordar lo que nunca hemos sabido, y lo que ahora con hinchada presunción no queremos aprender? ¿Cómo queremos, en nuestro naciente desarrollo que tan imperfecto se muestra aún, en que nos hallamos nutridos con candorosos absurdos, tener una tan exaltada memoria que recuerde hechos realizados con un vehículo sólido que no fué el mismo que al presente nos sirve para las manifestaciones peculiares al mundo práctico, cuando nuestra facultad de memoria es tan miserable aún, que hoy olvidamos lo que ayer hicimos? ¿Por qué admirarse de que este hecho sublime que hoy comenzamos á vislumbrar, haya sido desconocido por la humanidad terrestre durante su secular existencia? ¿No vemos que lo propio ha sucedido con las grandes verdades que hasta nuestros tiempos modernos se han venido á descubrir, después de largas centurias durante las cuales existieron veladas por la ignorancia del hombre? La tierra que habitamos se ha movido durante su secular existencia y nosotros lo venimos á conocer hace un *instante*.

Cese, pues, nuestro egoísmo, el cual nos impide co-

© Biblioteca Nacional de España

laborar asíduamente en el mejoramiento de la colectividad; reflexionemos que el bien que resulte de la perfección de los otros, reacciona y vuelve á nosotros mismos.

¿Anhelais vivir en un medio de amor y de sabiduría?

Pues preparad el terreno; extirpad el error y combatid la pasión. En el momento en que se rompe la tierra con férreo arado, el trabajo es rudo y monótono; pero cuán risueño es el tiempo de la recolección, en el cual alegra los campos la dorada espiga.

Yo no aconsejo que el que tenga bienes los dé y se quede desnudo; yo no aconsejo que el que tiene familia la abandone y se entregue fanático y místico á la vida contemplativa, no; pero sí que en cualquier estado social en que nos hallemos, sepamos aprovechar las enseñanzas que nos ofrezca la vida práctica, tanto para nuestro propio mejoramiento, como para impulsar el perfeccionamiento de nuestros hermanos. Si estamos en el medio que ofrece el poder y la riqueza ¡que no nos embriaguen los bienes transitorios para despreciar los bienes permanentes! pues éstos, siendo caudal intelectual y afectivo, nos han de acompañar por el infinito y en la eternidad. Si estamos en el medio de la humildad y de la pobreza, ¡que nuestro espíritu se haga soberano en poder y en riqueza del orden intelectual y afectivo! Y siempre, en todos los medios y en todas las situaciones ofrecidos por esta nuestra escuela práctica, que nuestro lema sea: *¡Adelante, siempre adelante, en pos de amor y de sabiduría!*

© Biblioteca Nacional de España

CARTA SEGUNDA

A LOS HOMBRES PUBLICOS DE ESPIRITU PROGRESISTA.

> Trabajan la piedra, y la madera y el hierro; porque su orgullo necesita torres, y su sensualidad moradas de placer, y la perversidad de sus sentimientos, instrumentos de opresión y de muerte.
>
> Han venido á la tierra como peregrinos, y habitarán de asiento en ella; porque han edificado moradas á su corazón y palacios á su soberbia.
>
> Irán, y volverán; porque, al partir, su alma no abandona las llaves de las moradas que edificó en la tierra.
>
> (*"Roma y el Evangelio.—Comunicación de* JUAN).

He dicho que es en los hechos de la vida práctica donde habremos de labrar nuestra perfección á la par que nuestra felicidad. Efectivamente, en las múltiples y varias relaciones y combinaciones que ofrece la complexidad de la vida terrestre, el espíritu alcanza la perfección de sus también múltiples y varios elementos, que constituyen su síntesis armónica en el orden intelectual y afectivo.

Pero esos hechos de la vida práctica ¿son permanentes é inmutables? Los grandes bienes que las sociedades disfrutan en el siglo actual ¿son acaso los mismos

© Biblioteca Nacional de España

que disfrutaran las sociedades en los pasados siglos? ¡Siglos de horror en los cuales existía el Paria de la antigua India. segregado de la comunión social, anatematizado y fuera de la ley, tratado con mayor desprecio y crueldad que la bestia misma: siglos en los cuales existía el esclavo, que dormía en la *ergástula*, cual cerdo en el chiquero, que comía en artesa, cual bestia en el pesebre: y que llevaba en sus carnes las huellas infamantes del látigo odioso con el cual le fustigara el cruel cómitre; siglos de abyección en los cuales existía el siervo que regaba las tierras feudales con el sudor de su rostro, para sostener el fausto señorial y que solo hallaba como recompensa la horca y la picota, que cual amenaza constante se alzaban al lado del castillo de su señor: siglos de oscurantismo y de embrutecimiento en los cuales existía el esclavo del terror supersticioso que en su paroxismo de imbécil miedo divino entregaba á su propio hijo á su esposa ó á su madre, á las hienas hambrientas del Santo Oficio, para que saciaran su apetito voraz por los cadáveres!

Esos bienes que se conquistan de una á otra era, siempre en ascensión perfeccionadora, y los cuales van determinando mayor suma de bienestar para el hombre que se redime de la esclavitud odiosa en que lo aherroja la ignorancia, es la magna obra de la Filosofía, en armonía y reciprocidad con la Ciencia.

¿Conquista la experiencia una verdad, ya del orden moral, ya del orden físico? La Ciencia la recoge, la observa, la estudia, la formula y la entrega á la Filosofía. Esta entonces se encarga de estudiar aquella nueva verdad bajo su aspecto de relaciones y armonía con to-

© Biblioteca Nacional de España

das las demás verdades que constituyen la síntesis filosófica. Y como la aparición de esa verdad puede conmover hondamente la base sobre la cual descansara la antigua síntesis, de ahí la necesidad de la reforma, de ahí la necesidad del nuevo sistema para constituir en trabazón, orden y armonía, las verdades del pasado con las del presente. Entonces la Filosofía saca de aquella nueva combinación de sus elementos, nuevas inferencias, las formula en el orden teórico y las ofrece á la Ciencia para que le alumbren en el terreno de la observación y de la experimentación positiva.

Estas naturales evoluciones del progreso no son reconocidas ni mucho menos apreciadas por las muchedumbres; no entienden que la Ciencia y la Filosofía constituyen el resorte fundamental que mueve y que regula la vida inteligente; en su ceguera no distinguen cómo los elementos de las artes, de la industria, de la legislación, del gobierno y de la familia, están movidos por ese poderoso resorte; de ahí su desprecio á las cuestiones filosóficas, de su odio y su rencor para con los reformadores que intentan sacar á las masas de su perezoso *statu quo*.

Todos los elementos del cuerpo social, caminando incesantemente hacia su perfectibilidad, llegan á un punto en el cual se resienten, por antagónicos y desafines, los elementos imperfectos del pasado, con los elementos perfeccionados de un presente dado. Entonces se experimenta un malestar general; todas las clases sociales andan en pos de una necesidad inconsciente cuya clave no aciertan á encontrar; surgen las más desacertadas utopías socialistas y se cree resolver el problema

© Biblioteca Nacional de España

por medios violentos, con los sacudimientos monstruosos de la desesperación. Los enemigos de las instituciones políticas reinantes ó los enemigos personales de los hombres del poder, claman con acres y destempladas vociferaciones en contra del Gobierno y creen encontrar en éste la sola causa del malestar y desequilibrio generales. Y todo á efecto del desprecio y de la aversión que se tiene á los estudios teóricos de la Filosofía; pues si á ellos se les consagrara toda la atención que reclama lo que constituye la base fundamental de la vida social, según voy demostrando, se advertirían con tiempo las verdaderas causas de los males, y por lo tanto, conociéndolas, se proveería al remedio, armonizando los elementos de permanente verdad adquiridos en el pasado, con los del presente, y eliminando al mismo tiempo las añejas imperfecciones. Pero desgraciadamente no se obra así, no se explica la causa del malestar, no se establece la disciplina que depure los viejos elementos, para armonizarlos con los nuevos, se le tiene miedo á la aparición de una nueva luz; y lejos de favorecer la difusión de sus rayos, se le oponen nubes. Pero la luz protesta, hace ver que ella siempre y en todo caso habrá de triunfar de las tinieblas; entonces surge la tempestad, rásganse las nubes con estruendo pavoroso: el rayo y las tinieblas se disputan el dominio del espacio, y, tras titánica lucha, se disipan las tinieblas y la luz se extiende: aparece un tiempo bonancible, la humanidad se recrea contemplando aquella luz que le causara espanto; se establece una nueva era, en ella las artes, las ciencias y la industria, reciben vigoroso impulso: la humanidad progresa á los vívidos fulgores de

© Biblioteca Nacional de España

la nueva luz. Pero he aquí que el progreso nunca se detiene; llega, pues, la humanidad á un punto en que su antigua luz ya no irradia con sus intensísimos fulgores: tiende á eclipsarla otra luz más intensa que asoma por el Oriente de su perfectibilidad. Entonces tornan los mismos temores, se condensan las nubes, vuelve la tempestad, vuelve la lucha. ¡Y de estas tempestades tenemos ya la experiencia, y ella nos muestra sus estragos horrorosos!

¿Por qué no aprovechar tal experiencia? ¿Por qué no prevenir la catástrofe? ¿Por qué no avesar la retina para que la nueva luz no le ciegue?

Nada más elocuente para ofrecerse como demostración práctica de mis asertos qué los aún palpitantes hechos de la revolución francesa, que abrió la era de los supremos bienes que disfrutan al presente los perezosos indolentes que no se preocupan de analizar cómo y por qué existen esos bienes. En el orden político, existe la representación nacional, las garantías individuales, la igualdad ante la ley, los derechos inviolables del ciudadano, la libertad de conciencia, la libre emisión del pensamiento, la no prisión por deudas, el jurado popular y otras mil conquistas por el estilo, que su simple enunciado, antes de esa magna revolución, hubieran sido calificadas de utopías hijas de un visionario, é imposibles de llevarse al terreno práctico. Cierto que todas esas conquistas no llegan al grado de perfección apetecido, puesto que son nacientes y nada nace perfecto en la Naturaleza: todo tiene que perfeccionarse.

Y si en nuestro país no pueden llegar aún al término grandioso á que están llamadas nuestras institucio-

© Biblioteca Nacional de España

nes, es debido á que nadie se fija en los puntos esenciales que entrañan la rémora.

Nuestra prensa periódica, se consagra á las labores más fútiles: todo el que funda un periódico le anima la mira menguada del lucro, nadie persigue el ideal sublime de la perfección. Unos con barniz de ideas progresistas, adulan el sentimiento de la época, ofreciendo los hechos que se conquistan en el orden material; atacan al clero católico con argumentos de estampilla, y descuidan atacarlo en el fondo trascendental de sus dogmas: es que en este punto los que combaten al *monigote* son tan estúpidamente beatos como los *monigotes* mismos.

Otros, persiguiendo rastreros, menguados y particulares fines, emplean su actividad en hacer oposición destemplada y también de estampilla al Gobierno. Estos se dividen en dos grupos: los unos son hombres de espíritu torpe y miserable, que lo mismo los veréis adular desvergonzadamente á los hombres del poder, que escarnecerlos y vilipendiarlos, según que éstos les compren ó no sus inmundas plumas: los otros, que no pertenecen á este gremio miserable, son pesimistas de escasísima vista en cuestiones trascendentales, quieren que la perfección en el orden político se haga maravillosamente, y pierden su tiempo en vanas declamaciones, sin cuidarse de examinar dónde radican los males positivos. Estos están constituidos, precisamente, en el mal de que ellos mismos adolecen, es decir, en el desprecio que á los estudios filosóficos se les tiene; pues, si á ellos consagraran sus tareas, se ocuparían en el establecimiento de los cimientos sobre los cuales se ha de

© Biblioteca Nacional de España

levantar el moderno edificio social. Nuestro país ofrece los elementos más desafines y antagónicos para el implantamiento de las modernas teorías conquistadas por las ciencias políticas y sociales. Por una parte están las clases ilustradas que se hallan á la altura de los más culminantes tipos del mundo civilizado, y por la otra están nuestros indios, representación fiel de la abyección y del más supino atraso. Este hecho debería hablar elocuentemente á los pesimistas, para que cesaran en sus destemplados chirridos y en sus vanas declamaciones, abandonando la insensata tarea de querer colocar la ostentosa cúpula de mármol sobre bases deleznables de arcilla. Que empleen, pues, su actividad, no desahogando sus odios y sus rencores personales, y sí estudiando las ciencias sociales y políticas para ofrecerlas en fórmulas sencillas al público, colaborando así noblemente en el grandioso fin de ilustrar á las masas para armonizar el conjunto.



Aprovechemos las eras de paz no sembrando rencores que solo traen la anarquía, y sí luchando infatigables en extirpar el error, combatiéndolo, no en sus formas, y sí en esencia, en su fondo mismo.

Si toda esa pléyade de filósofos que precedió á la revolución francesa hubiera sido escuchada y atendida; si sus enseñanzas se hubieran difundido con tiempo entre las masas sociales, éstas se hubieran armonizado en su acción revolucionaria, con la conciencia de lo que necesitaban, con la conciencia del bien que perseguían. Pero no fué así, y por eso en antagónicas disensiones se entregaron á las convulsiones horribles de anárquicas ideas; las necesidades inconscientes, no disciplinadas

© Biblioteca Nacional de España

por la Filosofía, produjeron fermentaciones odiosas que engendraron el reinado del terror. El pueblo ignorante, no entendiendo los fines generosos de los prominentes hombres de la revolución, los confundía con sus antiguos tiranos, y los sacrificaba en aras de su estupidez.

Aprovechemos, pues, esas enseñanzas; que la Historia no sea vista como un elemento de recreación y sí como poderosa fuente de experiencia.

"Que la luz del nuevo día no nos encuentre de espaldas, contemplando la puesta del sol."

© Biblioteca Nacional de España

CARTA TERCERA.

A LOS HOMBRES PUBLICOS DE ESPIRITU PROGRESISTA.

Aquella Asamblea, al mismo tiempo que creaba la revolución, producía la civilización. Horno, pero fragua. En aquella cuba en donde hervía el terror, el progreso fermentaba. De aquel caos de sombra y de aquella fuga tumultuosa de nubes, salían inmensos rayos de luz, paralelos de las leyes eternas. Rayos que quedaron en el horizonte, visibles eternamente en el cielo de los pueblos, y que son: uno la justicia, otro la tolerancia, otro la bondad, otro la razón, otro la verdad, otro el amor. La Convención promulgaba este gran axioma: *La libertad del ciudadano acaba donde la libertad de otro ciudadano comienza*, lo que resume en dos renglones toda la sociabilidad humana.

(VICTOR HUGO.—*"Noventa y Tres."*)

La revolución francesa es una de esas grandes inundaciones de ideas que devastan la tierra con sus corrientes, pero que también la fecundan con su humedad. Los que sufrieron su primer impulso, se ahogaron en las corrientes; pero luego, los que heredaron aquella edad creadora, tendrán que bendecirla eternamente.

(CASTELAR.—*Prólogo á la Historia de la Revolución Francesa, por* THIERS).

¿Por qué esos vanos temores que nos impiden contemplar la luz de lleno? ¿Por qué ese extravío de la razón, suponiendo que la luz es la que engendra la catástrofe, cuando ésta solo es achaque de las tinieblas?

La verdad es luz, es perfección: jamás la perfección y la luz pueden engendrar males. El murciélago y la lechuza, hijos de las tinieblas, huyen de la luz; les des-

© Biblioteca Nacional de España

lumbra, y por eso con relación á su aparato visual buscan el medio apropiado á su naturaleza. De ahí que encuentran albergue en las concavidades oscuras del vetusto templo y del ruinoso edificio.

En cambio el águila, símbolo de poder y de enérgica virilidad, eleva su vuelo hasta la región etérea, mira al sol sin deslumbrarse y busca la enhiesta roca para hacer allí su nido.

Así igualmente el hombre, en sus diferentes grados de progreso adquirido, ó es murciélago á quien la luz deslumbra y aterrorizado huye á ocultarse en sombrío monasterio, ó es águila que arrogante se lanza á las regiones de la luz.

¿Será lógico que ésta deje de irradiar y que las tinieblas se hagan, para que el águila muera y el murciélago viva?

¡No; mil veces no!

En tanto que el espíritn libre se lance á las regiones de la luz, que el espíritu esclavo avece su vista á la contemplación del radiante sol de verdad. Si en el momento de transición da traspies y caídas dolorosas ¡qué importa! así es como el niño conquista la propiedad de mantenerse firme en posición vertical y comienza á afirmar sus pasos.

¿Qué transición de aquellas que marcan cada uno de los avances de la humanidad, en la vía del progreso, no ha arrancado dolores y martirios cruentos? ¿En qué revolución transformadora de las ideas no se ha aclamado ¡anatema! y no se ha creído que al desplomarse el vetusto edificio de una sociedad antigua, todos sucumbirían en universal catástrofe?

© Biblioteca Nacional de España

El número de los espíritus prepotentes que anhelan la mudanza, que se asfixian en un medio refractario á su naturaleza y que siempre miran adelante, es muy reducido. En cambio, los que egoístas y perezosos viven tranquilos en el fango del error, los cuales representan la mayoría, en su supino atraso no sienten ni comprenden la necesidad del progreso, y por lo mismo, en su lánguida y estúpida pereza se irritan contra los innovadores que los obligan á dejar su enervante letargo. No los comprenden y los tachan de impíos, de locos y de visionarios; no los aman, no los pueden amar y por eso los persiguen, los maldicen y los escarnecen. De ahí que se establece una lucha descomunal y terrible: por una parte está el monstruo de la imperfección, bestia gigantesca, encarnación formidable de la fuerza bruta; por otra está el espíritu al lado de la nueva idea, endeble en su encarnación, pero titán por sus energías intelectuales y afectivas; éste no tiene la fuerza bestial del monstruo que con su pesada masa aplasta lo que toca, estremeciendo la tierra á su paso; pero en cambio lleva una energía invisible, y cual la electricidad penetra á la inmensa masa metálica y la funde y hace dúctil, así el espíritu de la nueva idea induce corrientes invisibles de energía intelectual y afectiva en el cuerpo del monstruo; lo galvaniza, lo hace retorcer con sacudimientos terribles, pero al fin lo sugestiona y lo domeña, instruyéndolo y perfeccionándolo.

Luego que una nueva idea va tomando asiento en la conciencia pública, se va proveyendo á la satisfacción de las nuevas necesidades que consigo trae la reforma intelectual y moral de la humana sociedad.

© Biblioteca Nacional de España

En los momentos de iniciativa, cuando las ideas innovadoras no han entrado aún al dominio de la generalidad, los amantes del *statu quo*, los egoístas que quisieran se hiciera el progreso sin sacrificar nada, sin despertar de su pereza y sin dejar sus bienes y comodidades de transitoria y efímera existencia, claman diciendo: ¡Cómo se proveerá á las exigencias de la legislación, cuando á la legislación actual se le conmueve? ¿Cómo se satisfarán las exigencias del ideal cuando á éste también se le conmueve? ¿Cómo se satisfarán las exigencias de la emulación para la práctica del bien, si á la emulación actual se le destruye? ¿Cómo se refrenará la pasión, si se rompe el freno del terror? ¿Cómo, en fin, se proveerá á todas las exigencias demandadas por el espíritu individual y colectivo, las cuales ya están provistas por el régimen actual?

En oposición á estas declamaciones, yo diré: Esas provisiones de un régimen actual, ¿han existido acaso desde la aparición de la familia humana, ó al menos han surgido de improviso ya consolidadas y ya formando un código complexo y armónico de régimen social, en cada nueva era? ¿Verdad que no? ¿Verdad que toda la complexidad armónica de un régimen social, en cada una de las grandes eras del perfeccionamiento humano ha sido efecto de la labor lenta y progresiva de la experiencia adquirida en la vía práctica, la cual va aconsejando la manera de proveer cada una de las nuevas necesidades sentidas?

A su caída el antiguo paganismo, protestaba contra el cristianismo, y todo porque aquellos últimos representantes de las creencias politeistas, no comprendien-

© Biblioteca Nacional de España

do la esencia perfeccionadora que el cristianismo condensaba, con relación al momento histórico en el cual aparecía, mucho menos podían comprender cuál sería la complexidad de los elementos que surgirían para proveer á las nuevas necesidades, engendradas por la fundamental reforma.

Sin embargo, el cristianismo se implantó, con sus perfecciones é imperfecciones relativas á los grados de desarrollo que hasta aquel momento había adquirido la humanidad terrestre. Con sus nobles tendencias hacía realizar la unidad humana á efecto de la confraternidad, que hace iguales á todos los hombres; y con sus perniciosos principios de mística contemplación celestial, que aconsejaban el desprecio hacia la vida terrenal. Descomunal absurdo, pero natural consecuencia, hija del desconocimiento en que los moralistas cristianos se hallaban, al fundar sus doctrinas, de los preciosísimos elementos que la ciencia había de acumular en el período de diez y nueve siglos. No pudieron advertir la evolución perfeccionadora que se efectuaba en el Universo, y por lo tanto, sumergidos en las contemplaciones de fantasmagorías divinas, desatendiendo sus positivos intereses, cuales son los que atañen á nuestro propio desarrollo intelectual y afectivo, no pudieron comprender cuál es el valor inmenso que la vida práctica ofrece para desarrollar, perfeccionar y consolidar nuestra humanización; conquistando en nuestra lucha grados poderosos de adelantamiento para salir de la animalidad y erigirnos con toda integridad seres humanos, elementos de amor y de sabiduría que habrán de conquistar la perfección absoluta de sus atributos, tipos acaba-

© Biblioteca Nacional de España

dos que, al realizar *integra constitución espiritual*, serán miembros de la universal familia humana, que tendrán por dominio el infinito.

Pues bien, como decía, el cristianismo se implantó sobre la dualidad de esas bases de perfección y de imperfección.

Cuanto el sentimiento generoso del moralista había realizado en aquella época, tanto así se condensó en las doctrinas cristianas, bajo el simbolismo de Dios; quiere decir: la síntesis abstracta de la perfección adquirida. Y cuanto de imperfecto y primitivo se encontraba, se simbolizó con el Diablo; es decir: la síntesis abstracta de la imperfección existente. Mas estos simbolismos indudablemente no fueron concebidos como tales, pues esto hubiera presupuesto una conciencia altamente ilustrada, un conocimiento avanzadísimo de las evoluciones naturales, un perfecto conocimiento de la ley del progreso; por lo tanto, en esas concepciones de mitos simbólicos, Dios y el Diablo, hay que ver cómo la vaga y confusa intuición de los moralistas cristianos, fluctuaba entre la realidad de lo *simbolizado*, y el sentimiento de espanto, de admiración y de beatitud que en ellos engendrara la contemplación de un mundo que la mente veía azorada y confusa: no tenían la clave de la evolución,—pero qué digo, si ni aún el sistema verdadero de nuestro mundo planetario conocían — por lo tanto, supusieron una creación instantánea, y como esto implicaba un hecho maravilloso, había que suponer una causa de igual naturaleza; de ahí que, lo que únicamente se puede admitir como un símbolo, los pensadores cristianos lo creyeron real, siguiendo en ello

© Biblioteca Nacional de España

la tradicional tendencia mística de origen salvaje.

Sobre las bases, pues, de esos dos mitos: Dios y el Diablo, y en esencia: perfección é imperfección, se abrió la era que alcanza hasta nuestros días. Dualidad de principios resultante naturalísima de una creación que no viene del seno de la perfección absoluta,—lo cual excluiría todo signo de imperfección— y sí del seno de la absoluta simplicidad; de esta dualidad de principios, perfección é imperfección, se derivan las nefandas luchas que en todos tiempos y en diversas eras el espíritu humano viene sosteniendo para conquistar su perfeccionamiento. Las religiones han sido á manera de retortas incandescentes en las cuales los elementos del bien y del mal producen en ebullición constante, reacciones en las que el elemento *bien* tiende á sublimar, para asimilársele, al elemento *mal*, que indúctil y rebelde produce fermentaciones pútridas, fenomenales y terribles resistencias. Estas reacciones y fermentaciones de antagónicos elementos, que ofrecen los diversos grados de progreso intelectual y afectivo alcanzados por el espíritu humano,—según que éste se halle más ó menos distante de la época en que saliendo de la animalidad entrara á la jerarquía humana, comenzando su humanización por las más primitivas razas,—esas reacciones y fermentaciones, digo, son las que en el mundo pagano produjeron los odios y rencores en contra de tantos generosos griegos que con noble afán deseaban el reinado del amor y de la sabiduría; son las que al aparecer el cristianismo, impulsaban el odio hacia los que propalaban una doctrina de amor, llevándolos á ser pasto de las voraces fieras del Circo; son las

© Biblioteca Nacional de España

que en la Edad Media impulsaban á torpes Calígulas, Cómodos y Nerones,(*)—que á efecto de la reencarnación se habían tornado *católicos*, mas no cristianos, —á perpetrar fieras y sangrientas *matanzas de herejes por mayor* y más tarde atizar las hogueras del *Santo Oficio.*

En la actualidad esas nefandas ebulliciones son las que engendran el odio de los sectarios de las diversas religiones, en contra de la Filosofía que infatigable lucha para establecer las bases de las creencias, que apoyadas en la razón y la ciencia, puedan llegar al establecimiento de doctrinas fundamentales cuyo carácter universal se ofrezca favorable para reunir en comunión grandiosa á toda la familia humana.

Y cuando vemos que la labor filosófica día á día realiza en el terreno práctico grandes bienes en toda la complexidad de la humana vida, y cuando nos advertimos que día á día, no obstante las efímeras reacciones que la religión alcanza, ésta es atacada en su fondo, en la esencia de sus dogmas principales, los cuales quedan destruidos, aniquilados, ante la ciencia moderna; cuando todo esto vemos, se puede augurar el no lejano imperio de la Filosofía sobre las cándidas y niñas religiones; al menos, aquella tomará asiento entre el grupo

(*) Por un *agente de comunicación*, que tiene bien comprobada su facultad, hemos sabido que el espíritu que encarnó como Catalina de Médicis, fué el mismo Nerón.

En esas comunicaciones hemos estudiado riquísimos detalles, que hacen resaltar la lógica irresistible de la reencarnación, y, cosa singular que manifiesta claramente cómo el sentimiento de lo divino está en razón directa con la torpeza y depravación del espíritu. En la actualidad ese ser que en sus dos existencias referidas, se ofreció ante la humanidad como un monstruo, no puede dejar aún sus creencias sobrenaturales; á diferencia de otros espíritus preprotentes que, como Darwin, Ocampo, Morelos, Juana Inés y otros varios por el estilo, nos han dado sus felicitaciones por las doctrinas del Perfeccionismo.

© Biblioteca Nacional de España

de la humanidad adulta, llegada al grado de progreso necesario para sentir y obrar el bien por amor á las bellezas que en sí producen las virtudes, y no á efecto de *divinos espantajos*, para reprimir los impulsos de animalidad primera.

Cuando este término llegue, ¿cuáles serán las bases de la legislación, cuáles las de la familia, cuáles las del ideal?

Serán las que las nuevas necesidades demanden y á las cuales proveerá la experiencia; antes de que se tenga adquirida ésta, no se pueden circunscribir detalladamente, pero en lo general, atendiendo á la ley del progreso, que nos guía siempre hacia la perfección, diremos, que esas bases, no serán las de la mogigatería, no serán las de la abyección terrorífica, no serán las del monstruoso absurdo, ni las de las quimeras divinas, y sí serán las de la realidad, las de la verdad, las del amor y las de la sabiduría.

¡Hágase, pues, la luz sin dudas y sin vacilaciones: que no quede una sola concavidad donde pueda anidar el murciélago de sotana, esa "*bestia negra*" de siniestra y tétrica catadura, encarnación pavorosa de las tinieblas hijas del caos primitivo!

Si al demoler el vetusto edificio la luz invade desalojando las tinieblas y causando la muerte de los azorados murciélagos, que deslumbrados y ciegos caen sepultados en el cieno del pantano, ¡no importa! Sus convulsiones de ira, de impotencia y de muerte, les hará mirar la luz cara á cara, y, de las cenizas del murciélago, renacerán águilas audaces, que se lanzarán con noble arrogancia hasta las regiones de la luz.

© Biblioteca Nacional de España

Cuando el dogma del infierno tenía asiento en la tímida y aterrorizada conciencia, cabían temores y vacilación, porque todo se veía bajo el prisma de un mal irremediable, fatalmente perenne en el abismo eterno; pero hoy que ese cándido dogma solo tiene asiento entre los malvados de espíritu niño; hoy que la ley del progreso, solo oculta para los que están ciegos del alma, augura un porvenir grandioso para todas las criaturas; hoy que la ley de reencarnación nos ofrece la lógica irresistible de nuestras titánicas y dolorosas luchas para adquirir amor y sabiduría — preciosos hilos de luz que nos habrán de conducir á las regiones de soberana perfección — hoy que todo esto vemos, la muerte no debe infundir temor; quien perezca en la noble lucha por la perfección, ó bien víctima de su torpe error, renacerá con nuevos y mayores grados de viril energía intelectual y afectiva, hasta llegar á ser atleta infatigable del progreso, águila arrogante que mirará el foco radiante de verdad sublime, sin ofuscarse.

© Biblioteca Nacional de España

CARTA CUARTA

A LOS HOMBRES PUBLICOS DE ESPIRITU PROGRESISTA.

¿Hice algún beneficio á la sociedad? pues ya con eso estoy premiado. Procura siempre tener á mano esta consideración, y no dejes jamás de ejercitarte en ella.

(MARCO AURELIO. "*Los Doce Libros.*")

El Estado que escoge al acaso sus guías, es como el barco cuyo timón se entrega á aquel de los pasajeros que designa la suerte, cuya pérdida no se hace esperar .....

.....

Cuando, merced á este error del vulgo, el poderío ha usurpado en el Estado las preeminencias de la virtud, esta falsa aristocracia procura sostenerse en el poder, tanto más cuanto es de él menos digna; porque las riquezas, la autoridad, el nombre ilustre, sin la sabiduría y prudente conducta para mandar á los demás, ofrecen solo la imagen de un insolente y vergonzoso despotismo; nada hay más repugnante que el aspecto de una ciudad gobernada por aquellos que, por ser opulentos, se juzgan los mejores. Por el contrario, qué puede haber más hermoso y preclaro que la virtud gobernando á la República?

(CICERON. "*La República.*")

Confusa y azorada la razón de los hombres del pasado, careciendo de los elementos necesarios para analizar los hechos del mundo que les rodeaba, con el ánimo ilustrado y sereno de quien hoy puede examinarlos bajo su natural aspecto, referíanlos á causas misteriosas, sobrenaturales y divinas. Achaque de esa confusión de ideas y de ese prejuicio fundamental relativo al

© Biblioteca Nacional de España

origen sobrenatural, fué el de que la ciencia surgiera envuelta y confundida con los dogmas religiosos. Así es como vemos que desde los más remotos tiempos, todas las ciencias, sin excluir las ciencias políticas y sociales, estaban íntimamente ligadas con la religión, es decir: *con la síntesis abstracta de todo lo desconocido*, que es motivo de las más primitivas inferencias, impuestas á título de dogmas de fe, que han de creerse aun haciendo abstracción del análisis severo de la razón. Y todo porque se tenían esos dogmas que la tradición guardaba reverente, como el producto de una revelación divina; por eso cuando algún hombre se atrevía á combatirlos, se creía refutarle en buena lógica diciéndole: ¡Cómo tú, átomo despreciable, ser finito, audaz y soberbio, te atreves á combatir lo que está en la conciencia pública, lo que la tradición no ha perdido durante largas centurias, lo que con santa veneración se guarda como un inestimable legado divino que traen nuestros padres de generación en generación? Pero estas declamaciones que parecen condensar todo el peso de la colectiva razón, y que por lo tanto parecen constituir argumentos indestructibles, son aniquiladas por los hechos, los cuales demuestran, cómo esos argumentos no han sido otra cosa que palabras, humo, viento, nada. Con Galileo comienza la obra que va á demostrar de la manera más elocuente cómo el *átomo inteligente* domina á la inmensa colectividad, ofuscada por el dogma, ciega por el prejuicio divino. El *átomo inteligente* habla, da á conocer el sistema del mundo, concebido también por otro *átomo*, por Copérnico; sistema que había dormido oculto largos años, temeroso del gigante mons-

© Biblioteca Nacional de España

truo sacerdotal, que en aquel momento es bestia formidable, amalgama de estancadas verdades, oprimidas por descomunales dogmas, encarnación de síntesis anacrónica, enorme masa que oculta filones de rico oro, confundidos con esa grosera granza despreciable de lo divino, que es producto informe de ignorancia y miedo. Entonces, ese monstruo de antagónicos elementos que se llama sociedad humana, y cuya cabeza estaba constituida en aquel momento por la fanática, orgullosa y malvada secta sacerdotal, oyó estremeciéndose con santa y beatífica ira la afirmación del *átomo* que decía: "*la tierra se mueve.*". Protéstase, pues, en contra de la afirmación, se fulmina terrible anatema, que se lanza sobre el mísero *ser finito* que arrogante da una afirmación que entraña descrédito para el dogma. ¡Cómo la *palabra divina*, contenida en el sagrado texto mosaico, había de ser corregida por un mísero humano, que ni siquiera se presentaba con títulos divinos, como embajador extraordinario del *Padre Celestial*?

¡Cómo la voz de un vejete caduco, vil mortal como todos, había de destruir la *conciencia pública*? ¡Cómo un solo hombre había de decir lo que no habían dicho los *polillones* de hombres que habían existido desde que el mundo es mundo?

No; todos estos eran absurdos que la *conciencia pública* rechazaba, que la *conciencia pública* no podía permitir, que la *conciencia pública* anatematizaba y que la *conciencia pública* condenaba, ahogando en la garganta del venerable anciano la voz de la verdad y oponiendo á la luz de la ciencia las brumas negrísimas de la más condensada ignorancia y de la más estúpida supersti-

© Biblioteca Nacional de España

ción *divina*. Pero la verdad es luz que jamás se extingue, que rasga y que disipa las más espesas brumas. Es corriente eléctrica que no admite aisladores; que compenetra los más indómitos cuerpos; que los sugestiona y los domeña, tornándolos de negros y opacos, en diáfanos y cristalinos. Así fué que aquella luz, lejos de extinguirse, día á día fué triunfando sobre las tinieblas. Pronto surgieron otros *átomos* arrogantes que la vivificaron, aportando nuevos elementos: Kepler, Newton, Laplace, Herchel, Leverrie, Flammarión, he aquí los genios, no divinos, y sí humanos, que vienen sustentando aquella luz que, legada por Copérnico, irradió en la augusta frente de Galileo. Y he aquí también el hecho que entraña palpitante elocuencia para demostrar lo pernicioso de los dogmas divinos, que oponen gigante dique al pensamiento humano. La razón se detiene á contemplar esta derrota, este descrédito completo del dogma, y se pregunta: ¿Cómo es que el dogma subsiste? ¿Cómo es que los descendientes de aquellos *nefandos guardianes de la mentira divina*, derrotados por la verdad humana, aún son creidos y respetados?

La respuesta no se hace esperar, es la siguiente:

Porque la ignorancia domina entre las masas, porque hay hombres que conociendo la verdad, *son cobardes para exponerla*, porque FALTA UN ELEMENTO QUE DISCIPLINE, QUE REGULE Y QUE ARMONICE EL CONJUNTO SOCIAL.

Llego á la conclusión que me propuse al escribir esta serie de cartas que se dirigen á los hombres que están encargados del gobierno de las masas sociales.

En los tiempos en que la confusa síntesis de los co-

© Biblioteca Nacional de España

nocimientos humanos, radicaba en la religión, existía una energía unitiva y disciplinante que tenía por elementos íntimamente relacionados, el Estado y la Iglesia. La Iglesia constituía el poder moral, era la cabeza que pensaba, era la voluntad que quería. El Estado constituía el poder físico, era el brazo que ejecutaba, era el instrumento que obedecía. Estos dos elementos se compensaban y se retribuían: la Iglesia lanzaba el anatema para el rebelde contra el Estado, y éste aprontaba sus ejércitos contra el enemigo de la Iglesia; se devolvían conveniencias, halagos, títulos y prerrogativas. De este maridaje surgía una potestad disciplinante que ejercía su acción sobre todo el cuerpo social, uniformaba dogmáticamente la conciencia pública y castigaba severamente á todo hombre en el cual se manifestaba signo de individual razón, que tendiera á apartarse de la comunión dogmática. Cuando estas insurrecciones del pensamiento aumentaban, aumentó también el rigor de la disciplina: se estableció el *Santo Oficio*, y quemando insurrectos del pensamiento por millares, se infundió el terror de tal manera, que la humanidad se tornó imbécil: le causaba pánico pensar. Pero como es ley inviolable el progreso, la institución *inquisitorial* no hizo otra cosa que excitar la insurrección del pensamiento. Tras del letargo de terror en que durmiera el espíritu herético, éste despertó con nuevo aliento, con mayores energías. Comenzó á manifestarse con la reforma luterana, siguió con la aparición de los enciclopedistas y terminó con la revolución francesa; con esa fuente bienhechora que para abrirle sus ricos manantiales, hubo que manchar sus primeras cris-

© Biblioteca Nacional de España

talinas aguas, con la sangre redentora de innumerables mártires del pensamiento libre.

En los momentos de lucha, cuando los elementos del pasado en desafinidad con los nuevos, producían gigante ebullición, los egoistas, los que veían perderse sus añejos privilegios, los que veían amenguarse su imperio sobre las conciencias, los que perezosos eran despertados de su estúpido letargo, sintiéndose arrastrados por una corriente desconocida, todos estos, clamaban, anatematizaban y decían: ¡El cuerpo social camina á su ruina! ¡El cuerpo social se hunde! ¡El cuerpo social se aniquila!

Pero en tanto el hombre pensador, advertía cómo de aquella magna ebullición salían sublimados los elementos que iban á establecer las bases de una nueva era para la humanidad.

En efecto, pasada la tormenta, asomó el sol que alumbrara el siglo XIX, con luz de mayor intensidad, con irradiaciones de soberana fulguración.

Emancipada la ciencia de la tutela religiosa, ha hecho más conquistas en los años que del presente siglo han transcurrido, que las que hiciera en los pasados siglos de tutela odiosa impuesta por los sectarios del poder divino. Este hecho habla con elocuencia poderosa para contrastar cuáles han sido los efectos del pensamiento avasallado por el dogma y cuáles los del pensamiento libre impulsado por la Ciencia y por la Filosofía.

Hoy que esto conocemos, hoy que está evidentemente juzgada la cuestión, con la comprobación irrefutable de los hechos, resultando pernicioso el dogma religioso y altamente beneficiosa la Ciencia y la Filoso-

© Biblioteca Nacional de España

fía; hoy que esto pueden ver quienes no estén ciegos del espíritu, advertirán, también, cómo la religión dogmática muere y la sustituye la religión de la Ciencia y de la Filosofía. ¿Por qué entonces no favorecer la evolución perfeccionadora de las masas sociales, disciplinando y armonizando el conjunto?

Toca á los Gobiernos ejercer esa acción unitiva. En los antiguos tiempos se uniformaba la conciencia pública imponiendo dogmas, martirizando en el potro del tormento y quemando en las hogueras del *Santo Oficio:* era la disciplina que engendraba el egoismo, la crueldad, la ignorancia y la superstición; la que quería, no el bien de la comunidad social—cual hoy lo desean las modernas democracias,—y sí la satisfacción de torpes bienes que insaciable ambicionaba el grupo privilegiado del clero y de la nobleza, el cual no omitía medios para el logro de sus bastardos fines, que siempre eran á costo del martirio de un grupo inmenso de seres desheredados, de abyectos esclavos. Aquella disciplina tendía al embrutecimiento, para que las masas no despertaran de su abyección y pudieran con sus escuálidos brazos sostener el fastuoso edificio del abominable grupo privilegiado.

Que en los tiempos modernos se uniforme la conciencia pública, por medio de la unidad de enseñanza, con el noble fin de hacer de cada hombre un soberano en poder y riqueza del orden intelectual y afectivo: que el Gobierno, poder regulante en quien la sociedad deposita su confianza para que dirija y armonice sus múltiples elementos, asuma la obligación de dar enseñanza, con exclusión absoluta de toda secta religiosa, é

© Biblioteca Nacional de España

inspeccionando á los establecimientos de instrucción particulares, para que en ellos se siga el mismo plan de estudios que en los establecimientos del Gobierno, eliminando todo texto que se eslabone con las sandias y cándidas niñerías del dogma divino, cuyo pernicioso efecto ya está *irrevocablemente* juzgado por el espíritu ilustrado de este magno siglo en que vivimos. El Gobierno debe sintetizar el elemento más perfecto de la sociedad, el tipo del espíritu adulto; y éste no debe enseñar las mogigaterías peculiares del espíritu niño. Dejemos que las *abuelitas* se tomen el cándido trabajo de alimentar la moribunda lámpara de los dogmas, que traen su origen desde la selva primitiva donde los inventó la naciente, azorada, confusa y no ilustrada razón del sacerdote salvaje.

Aquí todos los sectarios del dogmatismo divino, todos los beatos deistas, toda la inmensa masa de *los esclavos del Dios-mito*, en sus múltiples y varios matices, desde el salteador de caminos que lleva al pecho el talismán *sagrado* de las reliquias, hasta el *sublime* metafísico que con *bendito miedo adula* á un *ente fantástico*, todos á una, protestarán en contra de mi proposición; y aquellos que quisieran volver á los tiempos de nefanda Inquisición, dirán que es un atentado contra las libertades públicas lo que propongo; pero voy á demostrarles que no habría ningún atentado en ello.

El Gobierno es representante de la unidad social; si este representante legisla en el sentido indicado, la sociedad no es violada en sus derechos, pues sabe que la ley asegura la libertad, oponiendo dique al libertinaje. Ahora bien, no es libertad y sí libertinaje el que resul-

© Biblioteca Nacional de España

ta permitiendo y tolerando que se formen á la sombra del Poder Público elementos antagónicos, elementos anárquicos que enervan la marcha del progreso y que conducen más tarde, según lo he demostrado, á la catástrofe que producen el choque y la agitación de las necesidades inconscientes de chusmas no ilustradas, no armonizadas, no disciplinadas por las bases elementales de la Ciencia y de la Filosofía.

Tampoco es libertad impedir que la parte ilustrada en los más elevados principios de la Ciencia y de la Filosofía, discipline, dirija y armonice el conjunto social; ejerciendo noble y desinteresada paternidad entre las masas incultas; en oposición al poder clerical que ya está *irrevocablemente* juzgado como poder hipócrita, como poder que avasalla el vuelo del libre pensamiento, como poder anárquico, como poder que anatematiza todo progreso, como poder que mina y que divide los sagrados vínculos de la familia y de la sociedad, como poder inmoral, como barrera inmunda de cieno que se levanta oponiendo límite á la marcha de la humanidad, que estúpida y abyecta ha pasado su secular existencia frente al altar de un *mito*, ridículamente concebido en la noche de abominable ignorancia; altar que se ha venido cambiando de forma, pero que eternamente subsistirá, mientras no se borre de la cándida, niña y aterrorizada conciencia, el *fantasma* á quien se le erige.

Las ciencias morales apoyadas en hechos prácticos, demuestran su excelencia indiscutible sobre la *moral* de mogigatería, fundada en monstruosos absurdos y candorosos dogmas. El Diablo, espantajo ridículo que servía para aterrorizar á la humanidad niña, ha perdido

© Biblioteca Nacional de España

completamente su prestigio, ahora que hemos llegado á nuestra edad viril. El simbolismo antropológico del Bien: el Dios-mito, ya también vacila sobre el pedestal que le erigiera el terror y la ignorancia.

La razón libre comienza ya á contrastar los hechos monstruosos que surgen en oposición entre el poder maravilloso de causa fantástica y el poder inconsciente de los elementos sub-humanos que engendran las inconsciencias de lo monstruoso, de lo imprevisto, de lo fortuito, y en suma, de todo lo imperfecto, lo cual solo puede conciliarse con una causa divina, á efecto de abyecta, estúpida, salvaje..... y faltan palabras bastante enérgicas para calificar á la *razón* menguada que aún persiste en las quimeras del *dogma divino*.

Todo augura la inevitable revolución que ya asoma para reformar el mundo de la idea. Favorezcamos, pues, el movimiento ilustrando y armonizando el conjunto: la lógica de los hechos demuestra que no es poniendo velo á la luz de la verdad como se evita el deslumbramiento de los que tienen débil la vista y sí acostumbrándolos á mirar el foco de lleno; pues la luz al fin rasgará el velo y entonces los débiles de vista cegarán.

Esos espíritus egoistas á quienes la sabiduría popular llama *aguas tibias*, aquellos que reconociendo la verdad la callan, so capa de tolerancia, para sacar jugos al error, disfrutando personales bienes, son los más abominables y odiosos elementos que sirven de rémora para que la verdad redentora se difunda; pero ¡ay de ellos! el día que la luz con estrépito formidable rasgue las tinieblas.

© Biblioteca Nacional de España

Dejemos, pues, torpes conveniencias de mezquinos bienes; hagámonos dignos hijos de nuestros libérrimos padres; paguemos los bienes que nos legaran, imitando sus grandes hechos.

¿Queréis vosotros, los hombres del poder, legar á la posteridad un nombre ilustre, respetado y amado, como lo son ahora los nombres augustos de Hidalgo, de Morelos, de Juarez y de Ocampo? Pues imitad sus grandes virtudes; poned de vuestra parte el sacrificio, poned en práctica reformas que impulsen á la humanidad hacia su perfeccionamiento.

¿Hay dificultad para ello? ¿Se tiene que escuchar el grito emponzoñado de la pasión y que palpar los estremecimientos convulsivos de la ira que hace lunzar furioso anatema?

¡Tanto mejor!

Esto evidenciará la bondad de vuestras reformas.

Si no hubiera dificultad y luchas, entónces ¿donde estaria el mérito? ¿por qué se habría de merecer el aplauso de la posteridad?

Si los nombres venerados que he citado, merecieron quedar grabados con recuerdo de amor en la mente de sus hermanos, fué por su denodado esfuerzo, aun á costo del martirio, para dominar las brumas de un pasado odioso, implantando en nuestro país los gérmenes fecundos de la Ciencia y de la Filosofía.

Si nuestros grandes hombres hubieran retrocedido ante la palabra: dificultad, no hubieran llegado á la talla sublime del héroe y del apóstol.

Sigamos, pues, el camino trazado por ellos. La tolerancia que cobija absurdos descomunales, que ultraja

© Biblioteca Nacional de España

los fueros de la razón y que extravía las bases positivas de la moral, es un crimen.

La intolerancia que se ejerce contra los descendientes de Loyola y de Torquemada—*que ya están irrevocablemente juzgados como reos de leso atentado contra el progreso de la humanidad*—es una virtud. El hombre honrado no puede tolerar al ladrón, al crapuloso, al envenenador, al asesino, al sodomita, aunque lo vea cubierto con las hipócritas lanas del cordero. Podrá, sí, compadecerlo y disculpar su atraso, pero nunca tolerarlo.

Estamos colocados en la corriente del progreso, ¡demos, pues, un paso adelante! La luz de la Reforma ya tiene sombras ahora. ¡Caminemos en pos de la nueva luz!

En el mundo invisible—para los seres *bicorpóreos* ó encarnados—según el estudio que he hecho, valiéndome de *agentes de comunicación*, bien comprobados en su facultad, existe un grupo inmenso de espíritus desencarnados, que forman, por decirlo así, la bohemia del mundo supra-sensible. Allí, cual hierven en el pantano asquerosas sabandijas, así aquellos espíritus, cercanos á la animalidad, se agitan en la noche pavorosa de horrible ignorancia y de tempestuosas, bajas y viles pasiones, sin vislumbrar una débil luz, que iluminando su razón, les diera la clave para que, encarrilando en sucesión y orden lógico sus ideas, llegaran á conocer la razón positiva de su presente existencia.—En este hecho yo advierto las premisas empíricas que dieron motivo al simbolismo del Infierno.—

Allí, en la más crasá torpeza, se hallan aherrojados

© Biblioteca Nacional de España

á las capas más densas de nuestra envolvente atmosférica, todos aquellos espíritus que no han llegado á conquistar las alas poderosas que dan el amor y la sabiduría; allí están los que creyéndose los primeros porque ocupaban posición rumbosa en el mundo, se encuentran ser los últimos; contemplando angustiados á los seres que sobre ellos se ciernen radiantes de luz y que con actividad de amor, infatigables, trabajan sirviendo de providencia á sus hermanos para redimirlos de su abyecta ignorancia y de sus torpes pasiones.

Si hoy sobre la tierra ocupáis un lugar distinguido, no os engolféis con los vanos bienes, y sí aprovechad los riquísimos elementos que da el poder para impulsar á vuestros hermanos hacia su perfección; procurad adquirir los positivos bienes que atesora el espíritu, para que al ir al medio *transitivo*, no vayáis á ser bohemios y sí seres alados, mensajeros sublimes de la nueva idea.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

GOBIERNO PROVIDENCIAL EN LA NATURALEZA.

A MI DISTINGUIDO AMIGO Y HERMANO EN IDEAS
EL SR. INGENIERO
D. FRANCISCO SOSA Y AVILA.

A la invasión de las pasiones en el corazón del hombre corresponde en la tierra la invasión de las aguas. El hombre vomita de sus entrañas el fuego que encienden la lascivia y la iniquidad; y la tierra arroja de las suyas, por sus formidables bocas, torbellinos inmensos de humo y materias derretidas, que asolan fertilísimos países.
("*Roma y el Evangelio. Comunicación de Juan.*")

En medio del bosque siempre hay un árbol distinguido, alguno que majestuoso se eleva sobre todos, que tiene más enhiesto su tronco y más hermoso y espeso su follaje: parece que todos los demás lo veneran y lo sustentan á costo de su savia; su gran potencia roba mayor suma de jugos á la tierra y al medio ambiente.

En medio de la manada siempre se distingue entre las bestias que la constituye un individuo más hermoso, que arrogante se destaca entre todos.

Entre los animales domésticos siempre habrá alguno que se distinga por su grande instinto, que tocará á los linderos donde comienza la inteligencia.

© Biblioteca Nacional de España

Finalmente; entre los hombres, en cada una de las grandes épocas del desarrollo humano, se alza un hombre entre todos que, cual un Sócrates, un Jesús, un Platón, un Aristóteles, un Copérnico, un Kepler, un Galileo, un Cuvier, un Laplace, se distinguen majestuosos, por su prepotente humanización.

Parece que en todo esto hay una aristocracia de la Naturaleza, una distinción punible análoga á la que se atribuye al dogma místico de la *gracia divina;* pero voy á demostrar lo contrario; voy á defender los fueros de la Naturaleza ante el tribunal de la más completa y satisfactoria justicia; voy á demostrar cómo esa exuberancia prepotente que los individuos organizados manifiestan en ocasiones, y que los hace aparecer, ó seres privilegiados, ó ladrones ambiciosos que roban mayores elementos de vida á la Naturaleza, para su egoista y vanidosa satisfacción, no son otra cosa que condensadores de potencia inteligente, que en razón directa *de un primitivo grado superior*, se atraen á sí poderosa acumulación de energía intelectual, que la absorben con avidez, para devolverla en radiaciones infinitas á los seres, que, creyéndose víctimas despojadas de su capital, se les devuelve éste con réditos acumulados, que constituyen capital igual al que queda en poder del condensador primitivo.

Cuando el apóstol de amor y de sabiduría, con esforzado y titánico impulso, en gigante lucha, pugna por difundir sus enseñanzas, el monstruo de la ignorancia, rebelde y cruel, paga con ingratitud, con envidia y con tormentos, los beneficios que se le quieren tributar: odia al manumisor que le quiere libertar de sus cade-

© Biblioteca Nacional de España

nas; odia al guía que le quiere sacar de intrincada selva, y envidia la luz que irradia en la frente del apóstol, —¡cuando éste no la quiere para sí, y antes bien anhela hacerla brillar en la frente de su hermano!—

La acumulación de vida intelectual que en su ser lleva el espíritu elevado, es una carga eléctrica que le abrasa, que amenaza estallar en su cráneo. Reconoce que hay un desequilibrio de fuerzas, que él lleva el caudal de sus hermanos y que es forzoso repartírselos; pero ellos, ciegos de envidia y de orgullo, no lo quieren recibir: contrastan la pavura de su ser, con la aureola radiante del genio, y al hacer tal contraste, se entristecen del bien ajeno, que insensatos no quieren hacerlo bien propio: envidian la aureola del apóstol y no quieren hacerla surgir de sus caóticos cráneos.

Pero en tanto, el apóstol no ceja en su noble propósito, y les dice: ¿Es necesario mi martirio para que vuestra perfección se haga? ¡Bien! Pues que el martirio se cumpla: inmoladme; soy vuestra víctima!

La víctima es, pues, inmolada en aras de la imperfección. Desaparece el objeto de la vil envidia, pero entonces sus verdugos advierten que con la extinción del carnal cuerpo, no se ha podido aniquilar la radiante luz del espíritu que le animara: es que éste, después de la muerte, persiste en su noble tarea; no abandona el campo de la lucha, tiene un caudal que habrá de repartir, y pugna por hacérselos recibir á quienes ignorantes y orgullosos lo desprecian.

Trabaja en lo invisible: astro esplendoroso cuya luz propia irradia y al incidir en el cerebro de sus hermanos, los conmueve y les arranca vibraciones del subli-

© Biblioteca Nacional de España

me verbo; cual rayo luminoso que, siendo interceptado por cuerpo tallado en lámina, convierte su energía vibratoria en ritmo sonoro.

Durante su vida *bicorpórea*, el apóstol prepara al elemento humano; pudiera decirse que ejerce sobre él la acción plutoniana que funde al selenio para que más tarde pueda ser conductor de las inducciones eléctricas que en el medio luminoso se le comuniquen.

Por fin; el genio, tenaz en su noble empeño, realiza su propósito, la victoria teje sus coronas, el triunfo es alcanzado, la humanidad llega á recibir la generosa oferta: la verdad galiléica toma asiento en la conciencia pública, es ya patrimonio de todos, aun del mismo *monigote* que en el jurado de estúpida superstición, hambriento de sangre, con mirada torva, codiciaba la presa del ilustre, venerable astrónomo.

El óbolo que cada generación dió al apóstol, éste lo convirtió en capital magnífico, y por cada elemento aislado que recibiera, devuelve á todos rico caudal sintético.

En todo asiste la ley de compensación: las muchedumbres no alcanzan, es cierto, la gloria que conquista el egregio maestro; pero en cambio llegan al reconocimiento de la verdad, sin sentir el punzante aguijón del odio; sin experimentar los efectos de negra, odiosa ingratitud, y sin ser torturados por los horrendos martirios que en su noble afán concítase el descubridor primero.

Queda, pues, demostrado cómo no hay aristocrática injusticia en las evoluciones naturales; evoluciones que en virtud de la ley de progreso—*derivada de un poder*

© Biblioteca Nacional de España

inmamente que en sí lleva el germen de la inteligencia en toda su absoluta síntesis—no emprenden su acción sin tener por fin engendrar estados siempre más perfectos en el conjunto universal. Estados hay que, en momento transitivo, aparecen, y son de hecho monstruosos; pero esta monstruosidad solo es el preludio de una belleza sublime: desde el bestial y feroz antropomorfo—tras inmensa evolución jerárgica—hasta la bellísima, casta y pudibunda doncella, que posee un espíritu radiante en luz, de amor y de ternura, el cual tiene por vestidura carnal, cuerpo blanquísimo de grata morbidez, de formas maravillosamente torneadas; con semblante seductor, en cuyos ojos, de pupila celestial, destellan fulgores de amor y de sabiduría; con cabeza escultural, envuelta por blonda y delicada cabellera, cual nimbo de dorada luz.

Todo, todo en la Naturaleza sublime muestra el esfuerzo denodado de los elementos que, saliendo del caos, huyen para siempre jamás de las tinieblas, sumergiéndose en cascadas de luz esplendorosa, tendiendo siempre á la compensación, al justo equilibrio, á la integración, á la perfectibilidad. Cada ser, según el momento presente de su desarrollo, cumple un fin con precisión matemática; *lleva el germen de una inteligencia increada, que adivina su destino grandioso y que le hace elevarse, persiguiendo incesante una necesidad, ora inconsciente, ora instintiva, ora inferida racionalmente.*

Estos hechos naturales que hemos estudiado con relación á la exuberancia de vida intelectual que acusan algunos seres prepotentes, nos servirán de premisas conocidas, de datos positivos, para inferir un concepto

© Biblioteca Nacional de España

importantísimo, que entraña fondo trascendental. Tal es el del *gobierno providencial* del mundo.

En el orden físico, las ciencias naturales han llegado ya á plausibles resultados para estudiar y comprender las leyes que rigen los fenómenos; pero no sucede así tratándose del orden moral. Respecto á este punto podría decirse que, en cuanto á la síntesis orgánica del mundo, se ofrece el propio conflicto que á la medicina presenta el organismo humano. Los médicos organicistas, todo desequilibrio que engendre un estado patológico, lo refieren á fuerzas puramente físicas, á combinaciones químicas; desdeñando estudiar el factor importantísimo de los movimientos psíquicos que, viniendo de lo interno, se reflejan al exterior, engendrando á veces lesiones orgánicas. Los médicos vitalistas, estudian los movimientos físicos, y sin estudiar los psíquicos, admiten la influencia determinante que engendra la acción interna de un principio que, erróneamente, juzgan ser *esencialmente* distinto del medio físico. Este concepto—que para llamarle erróneo tengo en justificación todo lo que he demostrado en mi sistema—es pernicioso en cuanto á que se presta al abrigo de prejuicios místicos: médicos vitalistas hay, á quienes debilita su fe científica la cándida fe dogmática; esperando que por sentencia divina se resuelva, lo que la ciencia debería hacer.

El justo medio aquí lo viene á ofrecer el concepto verdaderamente grandioso de la unidad *esencial* del elemento cósmico; de cuya radical penden estricta y rigurosamente todos los seres, en sus múltiples y varios estados de desarrollo. El *espíritu sustancial*, el ser á que

© Biblioteca Nacional de España

he llamado *monocorpóreo*, no es extraño á la unidad, como no lo es su cuerpo carnal: uno y otro cuerpo, son elementos que penden de la misma radical, tienen sus afinidades y sus relaciones íntimas, y por tanto, durante la vida práctica, constituyen, en maridaje armónico, al ser *bicorpóreo*. Entonces ya comprendemos por qué ese doble aspecto de los casos patológicos: de la bacteria que viniendo del exterior, inficiona el organismo, alterando sus funciones, lo cual determina sufrimientos para el espíritu, al opuesto caso, en el cual una afección moral, tenaz y concentrada, determina la lesión cardiaca.

Quien con recto criterio, exento de prejuicios, juzgue estas proposiciones conciliantes entre opuestas escuelas, comprenderá cómo el magnetismo y el hipnotismo, constituyen terapéutica especial para los casos patológicos, cuyas causas provienen del espíritu.

Ahora bien, lo que he dicho de médicos, tratándose del organismo humano, se puede decir, por analogía, tratándose de filósofos, con respecto al organismo del mundo.

Los filósofos materialistas—que así llamándose, no saben lo que es materia— estudiando las evoluciones físicas, creen que el Universo es una paradoja, una retorta donde se producen las más chuscas, casuales y extravagantes combinaciones; que la síntesis armónica de amor, poder y sabiduría, que engendran la conciencia en el hombre, es una acumulación de energía que no explican racionalmente, cómo, cuándo y en qué circunstancias se constituye; energía la cual afirman que al romperse el vaso que la contiene torna por retrogra-

© Biblioteca Nacional de España

dación—tan injustificable como la de supuesta *maravillosa y sobrenatural* aparición—á ser fuerza bruta, inconcreta, simple y primitiva. ¿Y la clave del progreso, dónde está entonces para vosotros, señores materialistas, señores respetuosísimos para reverenciar los fueros de la razón, señores de *espíritu fuerte*, que no es espíritu, ni es fuerte, sino que es la nada según vosotros afirmáis?

Pues bien, estos *eminentes* materialistas, que parece han petrificado su masa encefálica, por más que la existencia de la fuerza pensante y consciente, perfectamente individual y concreta en el hombre, se les manifieste como el producto indiscutiblemente derivado de una elaboración lenta, persistente y progresiva, creen *dogmáticamente*, con sandia tenacidad, que la fuerza espiritual es ni más ni menos que cualquiera otra de las múltiples fuerzas que actúan en los elementos subalternos al hombre; sin admitir jerarquías *persistentes* de la unidad, que justifiquen cada una de las del orden superior; y solo admiten tales jerarquías, como accidentes *transitorios y retrogradables;* para ellos, la fuerza intelectual y afectiva que anima al hombre, después del fenómeno de muerte, se torna en fuerza subalterna, que anima á la primitiva larva. Desconociendo por tanto la *radical increada y persistente* sobre la cual se funda el desenvolvimiento del espíritu y con él la realidad del mundo moral, no admiten más leyes que las físicas, haciéndose ciegos para no mirar los efectos que producen en la armonía del conjunto, los factores importantes del mundo moral, que niegan en su *real y esencial* existencia.

Los filósofos metafísicos estudian también las leyes

© Biblioteca Nacional de España

físicas, y aunque los elementos de la ciencia recogidos por la razón los conduce con el P. Secchi á proclamar la correlación, solidaridad, armonía y unidad de las fuerzas universales, también con el P. Secchi se detienen ante el candoroso dogma de *lo divino*, para sacar de su revuelta fantasía un *ente* maravilloso *extraño* á la Naturaleza. Creen que el mundo físico y el moral están regidos por un poder sobrenatural y divino.

Esta creencia es fuente inagotable de supersticiones ridículas, de fanatismos odiosos, de absurdos descomunales que avasallan la mente y que ultrajan los fueros de la razón. Dogmáticamente creen que existe una providencia *divina*, derivada del poder caprichoso que ejerce en el Universo un Emperador Mago.

Si estas creencias de materialistas y de místicos, se examinan á la clara luz de la razón, no ofuscada por hinchada vanidad y orgullo, se encontrará que ni los unos ni los otros se hallan colocados en el justo medio.

Los materialistas, que solo admiten en el Universo fuerzas brutas, niegan en lo absoluto toda intervención providente para la regularización de la vida moral y torturan la lógica para explicar sofísticamente todas aquellas manifestaciones providenciales que tanto en los tiempos históricos, como en los presentes, se reflejan en los actos de la vida humana.

Los metafísicos místicos, torturan también la lógica con opuestos prejuicios y nos hablan de las *iras divinas*, que fulmina *un ser de paz;* de los *castigos terribles, crueles y bárbaros*, que impone *un padre amoroso y tierno;* de las *perfecciones infinitas*, que posee *un constructor de imperfecciones*, quien se sulfura y se irrita hasta

© Biblioteca Nacional de España

el salvajismo, cuando contempla su torpeza que le hizo engendrar monstruosidades sin cuento, tornándose impaciente y desesperado, cuando palpa su impotencia para enmendar tantas imperfecciones cuantas surgen de su *absoluto amor*, de su *absoluta sabiduría* y de su *absoluto poder*.

Ahora bien, coloquémonos en el justo medio y entonces se verá cuáles son los prejuicios y los monstruosos errores que entrañan las proposiciones de místicos y de materialistas.

Admitiendo, como los fueros de la razón lo exigen, que *la inteligencia humana es el producto acumulado de energía adquirida por una radical increada, núcleo indestructible de cada individualidad persistente;* admitiendo, también, como la ciencia y la razón lo exigen, que esa radical, núcleo increado del espíritu, proviene de la *unidad esencial absoluta;* admitiendo, igualmente, que esa radical, á efecto de evolución perfeccionadora, se humaniza, pasando: de la nebulosa á la estrella, de ésta, al planeta, de aquí, al mineral, de éste, al vegetal, después al animal, y, finalmente, al hombre.

Admitiendo todo esto, que de una manera racional y científica, se sistematiza y se demuestra en mis proposiciones perfeccionistas, tenemos que venir á estas conclusiones;

La gran síntesis de la inteligencia humana, considerada en toda su *universal existencia*, es y ha sido, en todas las épocas de su desarrollo, energía magna, energía principalísima, no extraña al Universo, y antes bien por el contrario, parte integrante de él mismo, culminante término de la energía cósmica, que en matiz no

© Biblioteca Nacional de España

interrumpido se comunica con todas las energías que le son subalternas y actúa ejerciendo dinámica poderosa en el conjunto armónico del Universo.

Partiendo, pues, de este concepto, ya no parecerá, ni absurdo, ni maravillosamente sobrenatural, el que algunas veces coincidan los grandes cataclismos, las inundaciones, los terremotos y las epidemias, con las grandes conmociones morales de la humanidad.

Cuando el elemento humano se agita en conmoción titánica para conquistar su progreso; cuando pugna en denonada lucha por romper sus cadenas y por extinguir las tinieblas de odiosa superstición, en lo invisible se efectúa una dinámica gigantesca que, en vibraciones impetuosas, se propaga hasta las energías subalternas, las cuales se conmueven manifestando su agitación en el mundo tangible, tornándose la energía vibratoria, en energia sensible, que se muestra en el huracán, en el terremoto, en la epidemia.

El organismo humano refleja las conmociones del espíritu por su lívido semblante, por sus apoplegías y por sus convulsiones epilépticas: los elementos subhumanos también tienen su lividez, sus apoplegías y sus convulsiones epileptiformes.

Habiendo llegado á este término en el desarrollo de mi análisis, podemos volver al punto de partida en que hablé de los seres que manifiestan exuberante energía intelectual, destacándose enhiestos sobre los demás tipos de su especie, pues así podremos llegar á la conclusión fundamental del punto que aquí me propongo tratar y es el relativo al *gobierno providencial del mundo.*

Cual primero fué Copérnico descubriendo el movi-

© Biblioteca Nacional de España

miento de la tierra; cual primero fué Galileo proclamando esta verdad; cual primeros fueron Kepler y Newton descubriendo las leyes que llevan sus nombres; cual primero fué Colón descubriendo nuestro continente; cual primeros, en suma, han sido todos aquellos espíritus que han inventado y que han descubierto lo que ningún otro había inventado ó descubierto, así primero en la consolidación del humano espíritu, destacándose elevado sobre todos los primogénitos humanos, tiene que haberse presentado indudablemente alguno de los seres sensibles, pensantes y conscientes que surgieron en la evolución ascensional de los tipos constituyentes del más *viejo sistema planetario*. Este espíritu *proto-humano* ha sido, evidentemente, el Brahma indio, el Fta egipcio, el Júpiter Olímpico de griegos y romanos, el Jehová de los hebreos, y el Padre Celestial de Jesús. Este ser, pasando por los diferentes grados de su propio progreso, ha tenido inconcusamente que ofrecer variadas fases. Con sabiduría orgullosa, se dejó incensar, se creyó de naturaleza divina, como de naturaleza divina se han creido algunos monarcas terrestres —Rómulo, entre otros varios—y en tal momento, el Emperador Celestial se indignaba, lleno de soberbia contra sus súbditos que no querían ser abyectos en lo absoluto. Intolerante, anatematizaba y castigaba; amoroso, prodigaba el amor orgulloso del señor para el siervo. Por último, verdadero sabio y verdadero moralista, pero todavía con ínfulas de *paternidad divina*, envió á nuestro planeta á su hijo predilecto, al sublime Jesús, y éste, aunque con reticencias, preparó el terreno para el implantamiento de la verdad, dejando vis-

© Biblioteca Nacional de España

lumbrar el hecho positivo de nuestro común origen, de nuestra solidaridad y de nuestra comunión grandiosa en el seno de la perfección, anunciándonos en su Evangelio que, ASI COMO EL ERA UNO CON SU PADRE, ASI NOSOTROS SERIAMOS UNO CON ELLOS.

Más aún, es de creerse que á la venida de Jesús, los espíritus supra–terrestres, primeros en el desarrollo de su humanización, ya tenían la conciencia de su común y natural origen, como elementos increados, desarrollados y perfeccionados que salieran de la madre común: *la esencia absoluta;* pero impedía la proclamación de esta verdad, la monstruosa imperfección de la tribu terrenal, asida tenazmente á la idea candorosa y primitiva de lo divino.

¿Cómo aquellos ignorantes y orgullosos doctores judíos habrían podido llevar una verdad que hoy encuentra tantas y tan tenaces resistencias, no obstante el concurso poderoso de las ciencias naturales y de la filosofía evolutiva, elementos ni siquiera soñados por los doctores de Israel? ¿Ni cómo la humanidad, hace diez y nueve siglos, habría admitido unas doctrinas que identificaran el origen de todos los hombres con el origen del Padre Celestial, cuando la abyección de la ignorancia y del miedo no pudo llevar las doctrinas de amor contenidas en las enseñanzas de Jesús, y las tornó en doctrinas de iniquidad, de terror y de odioso fanatismo, bajo el dominio nefando de abominable catolicismo?

En los tiempos presentes, la vieja monarquía divina se desploma y habrá de ceder el puesto, quiérase que no, al poder democrático de la humanidad adulta que protesta de seculares aristocráticos privilegios, procla-

© Biblioteca Nacional de España

mando la igualdad ante el común origen de la universal familia humana; mas en este punto sucede que, así como en la tierra los más recalcitrantes cortesanos, bajos, viles, abyectos, rastreros y miserables para con su monarca, pero soberbios y altaneros con los humildes, constituyen el más tenaz apoyo del absolutismo y rémora odiosa para el triunfo democrático, así, igualmente, los cortesanos *celestiales*, encarnados y desencarnados, con tenaz empeño, violando los fueros de la razón, de la justicia y del amor, siguen con torpe adulación sosteniendo la *monarquía divina.*

Los místicos metafísicos que ahora más recalcitrantes se muestran para sostener con *bendito miedo* el candoroso dogma del origen divino, han de haber sido en anterieres existencias los abyectos cortesanos que odiosos y repugnantes se ofrecen en la Historia.

Habrán sido los cortesanos de Cambises, entre los cuales se distinguió Presaspes su favorito, quien una vez se permitió decir al monarca: "*Admiran las grandes cualidades que posees, mas al mismo tiempo te censuran por abandonarte al vino.*"—El tirano entonces, después de haberse embriagado, hizo que le llevasen á un hijo de su favorito, lo colocó á distancia, tomó el arco, disparó la flecha y atravesó con la saeta el corazón del niño. Enseñándoselo al padre le dijo: *¿Acaso me tiembla el pulso?*

El monstruoso cortesano, acallando en su alma los sentimientos más puros y sublimes de la paternidad, contestó:

Ni el mismo Apolo lo hubiera hecho mejor.

Habrán sido los cortesanos de Calígula, humillados

© Biblioteca Nacional de España

vilmente por él hasta hacerlos comer en compañía de su caballo *incitatus*.

Habrán sido los cortesanos de Luís XIV á quien le sacrificaban honor, mujer é hijas.

En suma, habrán sido los cortesanos de todas las épocas; grupo odioso que engendra á los tiranos y que á veces hace de un humilde republicano un soberbio César.

Sí, yo advierto afinidades entre los cortesanos terrenales y los cortesanos *divinos*. Difícilmente encontraréis un cortesano abyecto que no sea un beato deista:(*) quienes tan miserables se muestran para con los déspotas, no es raro que extravíen los fueros de la razón, del amor y de la justicia, conciliando un poder absoluto y divino, con el cúmulo de crueldades que se derivan de la inconciencia con que obran las fuerzas primitivas é imperfectas de la Naturaleza.

Como el sentimiento místico está constituido por elementos afinísimos, de ignorancia, de miedo, de abyección, de vanidad y de orgullo, aquí veo cómo esta última pasión habrá de sublevarse en el ánimo de los deistas y me lanzarán furibundos anatemas y las más severas reconvenciones diciéndome que, con *odiosa insolencia*, combato sus creencias, para las cuales debería yo tener respeto.

¡Respeto!..... ¿Y á quién?

¿Al monstruo odioso del error?

¡No; mil veces no!

La verdad, vilipendiada, escarnecida, abatida, perse-

(*) Esto, sin afirmar lo contrario, quiere decir: todo cortesano abyecto es generalmente deista, pero no todo deista es un cortesano abyecto.

© Biblioteca Nacional de España

guida, amordazada durante la secular monarquía del terror supersticioso, ya se siente estremecer en su noble afán, ya quiere protestar ¡y protesta! en defensa de sus fueros; ya no quiere disimular, ya no quiere ocultar su faz, ya no le satisface el lenguaje tímido: el verbo tiene sus palabras verdaderas, que expresan clara y concisamente las ideas; necesita llamar imbécil al imbécil, abyecto al abyecto, fanático al fanático, orgulloso al orgulloso, é hipócrita al hipócrita.

¿Respetos para el absurdo que ha engendrado ídolos, que ha erigido altares para el sangriento culto, que ha perpetrado fieras hecatombes, que ha construido cárceles, que ha inventado instrumentos de tormento, que ha alzado patíbulos y que ha encendido hogueras?

¿Respetos al candoroso dogma que ultraja los fueros de la razón, del amor y de la justicia?

¡¡No; infinitamente no!!

La verdad está ya harta de monstruosos absurdos y de hipócritas mogigaterías; tiene que levantar su voz pese á quien pesare ¡y levantarla alto, muy alto! para que la escuchen hasta los mismos sordos.

La verdad, ahogada por el negro humo de la hoguera *inquisitorial*, hoy se huelga gozosa, respirando con delicia el ambiente purísimo de libertad que se respira en nuestro virgen suelo de América, do la democracia extiende sus dominios.

La verdad ya no quiere más respetos para la imbecilidad, para la maldad y para la hipocresía.

¡No más respetos criminales que amamanten el *statu quo!*

Hay que galvanizar al secular monstruo del absur-

© Biblioteca Nacional de España

do mítico. Hay que ductilizar el rebelde monolito del fanatismo *divino*, y esto no se alcanza derramando el agua tíbia de hipócrita moderación, aconsejada por el miedo y por los torpes convencionalismos sociales. Es necesario, pues, emplear inducciones eléctricas de gran potencia; hay que pedirle al idioma sus más enérgicas dicciones; es necesario lanzar frases que obren cual catapultas; afirmaciones expansivas, cual dinamita, é impugnaciones tempestuosas, como el rayo!

¡Que todo aquel en cuyo cerebro alumbre ya la luz de la verdad, exenta de las viejas sombras del deismo mítico, y no anhele con torpe y vanidoso empeño colgarse los oropeles y los chillones cascabeles que dan los convencionalismos sociales, que eleve su voz para derribar el vacilante edificio del mundo antiguo, para demoler sus muros, aniquilar sus restos, borrar sus huellas, limpiar el terreno y colocar los cimientos sobre los cuales se levante enhiesto, magnífico é imponente el edificio del progreso, que habrá de recibir en su recinto á las generaciones nuevas del siglo veinte!

¡Que nuestros hijos vivan al calor benéfico del amor sublime, exento de terrores y de mogigaterías, y que nutran su cerebro con las irradiaciones soberanas de la sabiduría, eliminada del candoroso dogma divino!

Felizmente la verdad, con sus poderosísimas energías múltiples, siempre fulgura en más extensas zonas. ¡Ay de aquellos que incautos, soberbios é insensatos oponen aisladores! la energía se acumulará, y cuando no alcancen á contenerla los condensadores, éstos estallarán pulverizando á quienes opongan resistencias.

En resúmen diré, que las poderosas inducciones ló-

© Biblioteca Nacional de España

gicas, que apoyadas en datos positivos he venido estudiando, nos conducen á esta conclusión: *Desde que la humanidad existe, con ella ha existido también una providencia inteligente, cuya acción ha sido relativa y progresivamente perfecta; relatividad que se deriva del adelantamiento que han ido alcanzando los seres que primero entraron á la jerarquía humana.*

Esta proposición la afirma y robustece la siguiente consideración: La humanidad en su infancia no podía haber creado símbolos que entrañaran fondo de trascendental verdad con relación á lo simbolizado, y cuya verdad comienza ahora á manifestarse evidente; por tanto, es inconcuso que existieron los datos empíricos y positivos que engendraron la confusa y mal comprendida síntesis que en forma intuitiva aparecía ante la imaginación de los primitivos pensadores.

Además, para los adeptos del espiritismo ante quienes la autoridad de las comunicaciones no es un mito —como les parecerá sin duda á los materialistas de *espíritu fuerte* (!)—les expondré, pues, á aquellos, como hecho que confirma mis proposiciones, la afirmación de un espíritu que está reconocido como uno de los que más poderoso impulso dió á los trabajos de Allan Kardec, y el cual se dió á conocer con el nombre de Erasto: recuerdo, pues, que en una de sus más notables comunicaciones, manifiesta que el reconocimiento de la ley de solidaridad es relativamente nuevo, no solamente en nuestro planeta, sino que también en el Universo; pues dice, que esa gran ley de la solidaridad de la gran familia humana, la cual constituye esta máxima sublime: "*Todos para uno y uno para todos*" *ya se hacia*

© Biblioteca Nacional de España

extensivo su reconocimiento á todos los mundos de nuestro sistema solar, para de ahí difundirse á todos los mundos de la inmensidad.

(El Espiritismo en la Biblia.)

Pero he aquí que el implantamiento de esta magna verdad encuentra ahora resistencia tenaz por parte de la tribu terrenal, que aferrada á las oscuras y cándidas lucubraciones de la Teología y de la Metafísica, no quiere asimilarse la esplendorosa luz de la ciencia, que todo lo alumbra con fulguraciones sublimes de verdad.

Las irradiaciones que el foco soberano de amor y de sabiduría—constituido por la humanidad perfecta—llegan á incidir al cerebro del místico, no compenetran su caótico cráneo, do se albergan las tinieblas de abyecta superstición.

Quizás el Ser Proto–Humano, primer representante de la Humanidad–Dios; condensador prepotente de acumulada energía intelectual y afectiva; *Padre natural*, y no *divino*, de la familia humana, pugna ahora por repartir un capital que el espíritu niño rehusa admitir.

Ese Ser Proto–Humano, núcleo de amor y de sabiduría, en ondas infinitas irradia su luz envolviendo el absoluto total, y cada ser, según el momento presente de su desarrollo, así recibe sus induccciones, alimentándose de aquella luz para favorecer el desarrollo de su propia *radical increada*, para alcanzar, más tarde, *ser también* espíritu de luz propia, representante de la Humanidad–Dios, cual lo es, sin duda, el *Padre Celestial* de Jesús *que quiere seamos perfectos como lo es* YA *él.*

Ahora bien, yo pregunto: ¿Quién es el *ateo?* ¿quien

© Biblioteca Nacional de España

racionalmente cree en una causa primera, radical increada de la inteligeecia, del amor y de la conciencia, que se desenvuelve en progresión perfeccionadora, creando individualidades persistentes, que en culminante jerarquía llegan á ser condensadores de energía intelectual y afectiva, la cual irradia en ondas infinitas envolviendo el absoluto total y sirviendo de providencia á sus hermanos inferiores en el desarrollo de su humanización; quien de tal manera tiene constituida su creencia, pregunto, es el ateo, ó bien el que cree en un *fantasma sobrenatural*, extraño al Universo y con atributos divinos, caprichosos y antojadizos.....?

© Biblioteca Nacional de España

CONCLUSION.

LA INTOLERANCIA QUE SIRVE AL PROGRESO, ES BENEFICIOSA.

Sed arrogante é impetuoso para con los lobos, pues de lo contrario os devorarán.
Caed de hinojos, derramando llanto generoso y tierno, para besar con labio trémulo la orla del manto que lleva la virtud.
(*De mis "Pensamientos Filosóficos," inéditos*).

Cosa singular es en verdad, contemplar cómo aquellos que más intolerantes se muestran para con las proposiciones de la Filosofía moderna, son los que aconsejan á toda hora la tolerancia.

Podría decirse que su principio es el siguiente:

"Déjame ser intolerante para con las proposiciones modernas que amenazan destruir mis tradicionales creencias, y en cambio, tú sé tolerantísimo para conmigo, respetando profundamente mis dogmas y mis su persticiones."

Tristísimo porvenir se le esperaría al progreso de la humanidad, si, ya en el órden social, ya en el político, ya en el filosófico, ya en el científico, no se tuviera á la

© Biblioteca Nacional de España

intolerancia como poderosa palanca para remover, desentrañar y destruir el error.

El progreso reclama enérgicamente este elemento como indispensable para extirpar añejos errores. La intolerancia, en su polo noble, es progresista por excelencia, es decir, cuando sirve á la causa del perfeccionamiento humano. Mas la intolerancia ofrece otro polo opuesto, bastardo y vil: es aquel en el cual presta sus servicios á las malas pasiones, al fanatismo, á la superstición y la ignorancia, que quieren el perezoso y enerbante *statu quo*.

La intolerancia en esta faz sí es digna de amarguísima censura: ella es la que impulsó á perpetrar en la Edad Media las matanzas de herejes por mayor, y la que más tarde impulsó á las hienas del *Santo Oficio* á la realización de hechos cuyo relato angustia y contrista al espíritu moderno. Esta intolerancia, es la intolerancia que engendra el odio y la venganza, es el impulso de torpe animalidad anatematizando y condenando su propio bien; bien que el espíritu primitivo en su ignorancia supina no lo puede reconocer como tal, y por eso, en su ceguedad lo califica de mal.

La intolerancia que sirve al progreso, la que tiende á extirpar los errores, la que con noble y titánico impulso sacude y conmueve á las masas sociales para despertarlas de su perezoso letargo, es la intolerancia beneficiosa, es el elemento indispensable sin el cual el hombre aún estaría, en cuanto á religión, ofreciendo en holocausto las entrañas de su hermano; en cuanto á sociología, habitando el gineceo, cual garañón en la manada; y, en cuanto á política, lamiendo la planta de un

© Biblioteca Nacional de España

tirano cruel y bárbaro, de un Cambises, de un Nerón ó de un Atila.

La intolerancia engendrada por torpe animalidad y que llega á producir la horrible hecatombe, ¿qué deja en último término como fruto de su acción?

La satisfacción odiosa de cruel y bárbara venganza.

La intolerancia que ejerce el espíritu de progreso, y que también puede llegar hasta la sangrienta hecatombe, ¿qué frutos deja como resultado de su acción?

Deja extirpados añejos errores, deja rotas las cadenas del esclavo y enciende la antorcha de la verdad, cuyos vívidos resplandores alumbran la antes pavorosa y angustiada conciencia.

La acción de la intolerancia engendrada por los sectarios del oscurantismo, es la acción del arma que con fin siniestro empuña el asesino.

La acción de la intolerancia engendrada por el espíritu de progreso, es la acción del instrumento quirúrgico que corta las carnes podridas, el miembro gangrenado.

He aquí dos polos opuestos que la intolerancia nos ofrece, y cuyas radicales diferencias no se han reconocido, motivo por el cual encarecen la tolerancia aun aquellos mismos que, animándoles ya el espíritu de progreso, sienten la necesidad ingente de ejercer la intolerancia para extinguir el error, y de hecho la ejercen, pues los elementos del progreso se producen espontáneamente.

El mismo Jesús, aquel maestro sublime de amor, se vió en la necesidad de ser intolerante, y así es como lo

© Biblioteca Nacional de España

vemos en el Evangelio condenando las imperfecciones humanas de su época, diciendo:

"*¡Oh generación infiel y perversa! ¿hasta cuándo tengo de estar con vosotros?*

"*¡Ay de vosotros, escribas y Fariseos, hipócritas!*"

"*¡Serpientes, generación de víboras!*"

"*Sepulcros blanqueados que por dentro están llenos de podredumbre.*"

"*Lo que está dentro de vosotros está lleno de rapiña y de maldad.*"

Vese, pues, que no es posible dejar de ser intolerante para con los errores y las imperfecciones humanas, y que sería nocivo al progreso ejercer una tolerancia que eternizaría los errores.

Ahora bien; una cosa es no tolerar los errores y otra cosa muy distinta es el anatematizarlos y condenarlos con espíritu de odio. Las imperfecciones humanas, en cualquier matiz que ellas se ofrezcan, son disculpables: esto lo he demostrado hasta la evidencia en el capítulo V de mi Sistema Perfeccionista. Hoy que estudiamos la ley de reencarnación y de rigurosa solidaridad, no solo entre los seres humanos, sino que también entre todos los seres subalternos al hombre, el espíritu de benevolencia, de piedad y de amor, se asocia al espíritu de intolerancia: éste condena al error en cuanto á que ama el bien, ama lo bello, ama lo perfecto, lo armónico, lo grandioso, lo sublime; por tanto, el espíritu de progreso, al condenar el error, no se divorcia del sentimiento compasivo y tierno que justifica la imperfección del espíritu primitivo, relevándolo de toda responsabilidad al reconocer que el patrimonio de todo es-

© Biblioteca Nacional de España

píritu cuando germina á la vida humana, es el patrimonio que dan: la ignorancia, la falta de sensibilidad moral y la inconsciencia.

Quien se ha penetrado del desenvolvimiento natural de los elementos universales, reconoce que todos los hombres, sin excepción de ningún género, han sido solidarios en los más crasos y monstruosos absurdos: Sócrates, Platón, Aristóteles, Jesús, y *el Padre Celestial* de Jesús, fueron también, en remotísimos tiempos, salvajes feroces, que saliendo de la animalidad, comenzaron á desarrollar los gérmenes increados de su intelecto y de su sensibilidad, y al desarrollarlos, lo hicieron cometiendo monstruosos errores.

En conclusión, quien reconoce que todos los espíritus son y han sido solidarios en las monstruosas imperfecciones que engendra la ignorancia y la falta de sensibilidad generosa, amante y tierna, no puede condenar con *odio* los errores, *sin condenarse á sí mismo;* pero sí puede, guiado por su sed ardentísima de progreso, extirpar esos errores. Y aunque para ello se tenga que emplear el reactivo fuerte de la sátira y del lenguaje enérgico y tempestuoso, todo quedará justificado, si al través de los medios, se advierte la nobleza del fin que se persigue.

El sátiro burlón, y el orgulloso, pedante y vano *sabio de estampilla*, se reirían de quien intentara extirpar los errores empleando solamente el lenguaje dulce y benévolo que es entendido y apreciado únicamente por los espíritus elevados en amor y en sabiduría; pero, como desgraciadamente, éstos son muy pocos y aquellos muchos, fuerza es escribir para los más y no para los me-

© Biblioteca Nacional de España

nos, para los que adolecen de los males que engendra el error y no para los que ya están salvos de ellos.

He aquí por qué en las cartas que se han leído se encuentra con frecuencia la acción del hierro candente que intenta: no el martirio inútil de odiosa y nefanda *Inquisición*, y sí la cauterización saludable de las perniciosas úlceras del *deismo mítico* y del insensato y grosero materialismo.

Cuando combato á metafísicos y á materialistas, combato en ellos el error que encarnan, y justifico sus prejuicios que son hijos naturales del momento presente de su desarrollo. Sé bien que el más recalcitrante fanático y el más ciego y soberbio materialista, en virtud de las leyes de reencarnación y de perfectibilidad, tarde ó temprano llegarán á ser espíritus soberanos, núcleos de amor y de sabiduría, astros radiantes cuya luz propia y refulgente irradiará con vibraciones poderosas, hasta envolver el infinito.

Felices quienes en el terreno de la experimentación espírita, reconozcan ya cómo este hecho de la luz propia que irradia el espíritu elevado, no es una metáfora y sí una realidad positiva; pues, quien tal verdad conoce, comprenderá la posibilidad práctica de que, el espíritu perfecto, en virtud de las leyes de la luz, propague sus radiaciones en vibraciones infinitas, envolviendo el absoluto total.

Esa luz que el espíritu en su elevación conquista, es la representación objetiva de su amor y de su sabiduría; así, pues, donde está un rayo de esa luz, está también la inteligencia que la emite, que explora la región que invade y que comunica al núcleo la conciencia del

© Biblioteca Nacional de España

medio ubicuado por ella. Cuando el núcleo de esa luz sea un espíritu de *primera magnitud*, sus fulguraciones, irradiando en el infinito, le llevarán el conocimento del absoluto total.

Plegue á la razón y al sentimiento que la tribu terrenal encamine sus tendencias y sus aspiraciones á conquistar su puesto algún día entre los espíritus esplendorosos de *primera magnitud*.

FIN DE LA OBRA.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

APENDICE

CARTAS AMERICANAS DE D. JUAN VALERA

ARTICULOS CRITICOS DE D. JOAQUIN CALERO.

© Biblioteca Nacional de España

© Biblioteca Nacional de España

CARTAS AMERICANAS.

EL PERFECCIONISMO ABSOLUTO.

I

A D. JESUS CEBALLOS DOSAMANTES.

Muy estimado señor mío: Con grande contento y satisfacción de amor propio he recibido la carta de vd. y el ejemplar que la acompañaba, del interesante libro que vd. acaba de publicar en esa ciudad de México, y cuyo título es: *El perfeccionismo absoluto. Bases fundamentales de un nuevo sistema filosófico.*

Harto bien comprendo el enorme disgusto de vd., después de haber condenado todas las creencias de sus mayores, renegado de ellas y quedádose sin fe en nada, sin religión y sin filosofía. Pero, si lo que vd. piensa ahora no es ilusión, nunca el refrán *no hay mal que por bien no venga*, pudo ser traído más á cuento. Lícito es afirmar entonces que la tristísima situación de ánimo en que vd. se puso, sus dudas y negaciones ultra-cartesianas y el vago y vacilante punto de apoyo que

© Biblioteca Nacional de España

solo sostenía, al borde de un abismo, el inseguro ingenio de vd., fueron á modo de trampolín, que dió empuje á dicho ingenio para brincar y encaramarse á una altura á donde en balde han aspirado á subir los sabios, desde Pitágoras, ó desde mucho antes, hasta nuestros días.

El triunfo de que vd. se jacta es tan estupendo, es tan soberbio el *eureka* de vd., y es tan precioso el hallazgo, que no ha de extrañar vd. ni tomar á mal que yo dude de todo y no acepte nada sin examen. Usted me honra y me lisonjea mucho consultándome; pero me consulta á título de escéptico, y yo desempeñaría pérfidamente mi papel si no mostrase mi escepticismo, en lo esencial al menos.

En lo restante, para no pecar de prolijo, voy á convenir con vd., y aunque voy á ir más allá, voy á dar por demostrado é innegable, así lo que vd. supone descubierto ya por la ciencia experimental, como las hipótesis plausibles que vd. aventura.

De esta suerte, vd. y yo coincidirémos en la idea que de todo el universo formamos, y en la marcha que siguen cuantas cosas hay en él, y principalmente el humano linaje, aproximándose cada vez más á la perfección.

Yo sé poquísimo de ciencias naturales y exactas; pero el saber de los otros suplirá mi saber, y yo me fiaré de lo que vd y otros aseguren, y lo tomaré por cierto.

No es del caso entrar en pormenores. Voy á decir, en resumen, lo que tenemos averiguado.

En el espacio infinito hay innumerable muchedumbre de soles. Poco nos importa determinar aquí si es-

© Biblioteca Nacional de España

tos soles giran en torno de otros soles centrales, se están quietos, ó qué es lo que hacen. Nuestro sol, que es medianejo, no ha de ser privilegiado, ni el único que gastaba el lujo de tener planetas y cometas. Luego habrá de fijo planetas y cometas en otros soles, y cada uno de ellos formará un sistema solar. Como el globo en que vivimos, con ser bastante ruín, tiene plantas, animales y hombres, no podemos negar, sin justicia y sin soberbia, plantas, animales y hombres á los otros planetas de nuestro sol, y á los planetas de otros soles, y á los soles mismos. El modo de vivir, los usos y costumbres y el ser orgánico de los vivientes serán muy diversos en cada astro, porque el clima debe serlo también; pero en cuanto á entender y á discurrir, por todas partes habrá identidad. En todas partes, tres y dos serán cinco; dos cosas iguales á una tercera, serán iguales entre sí; nada podrá ser y no ser al mismo tiempo, etc.

En lo que nos diferenciarémos será en la cantidad y no en la calidad del entendimiento. Podemos presumir que en tal planeta están más atrasados que en éste, y en tal otro están más adelantados. Y podemos presumir también que hay castas de animales racionales, en otros planetas, superiores por naturaleza á los que aquí hay; ya que, aún aquí mismo, en la tierra, hay castas de hombres más listos y capaces que otros, pues no hemos de negar que los ingleses, por ejemplo, son, hasta por naturaleza, y no solo por educación, superiores á los zulúes.

Dadas ya esta variedad y abundancia de seres que vemos, columbramos ó suponemos, y con asiento noso-

© Biblioteca Nacional de España

tros en este teatro, donde asistimos á un espectáculo que no tiene fin, ni en el espacio ni en el tiempo, ó si le tiene, va más allá ese fin de la más audaz imaginación y no solo de los ojos, tratemos de explicar el origen del espectáculo mismo, si origen tuvo, y cuál podrá ser su término ó su desenlace, si alguna vez le tiene. Si hacemos bien esto, construiremos, sin duda, una filosofía verdadera, y por lo tanto perenne, lo cual no será solo para mera curiosidad, sino será asunto de inmenso interés para todos los hombres, ya que nos hará ver claro cuál es nuestro destino futuro y las causas y propósito de cuanto existe.

Yo creo que, á pesar del telescopio y del espectroscopio, no estamos aún muy al corriente de lo que pasa en el universo, y que por arte experimental ó de observación, solo conocemos del universo un mezquino rinconcillo, y éste mal y de modo somero. Me allano, no obstante, á aceptar con vd. lo que vd., no por experiencia, sino por analogía infiere, y doy por verdad el progreso como ley cósmica.

Dice vd. que nada sale de la nada, y que la substancia, la materia prima, lo que es, llámese como se llame, existe *ab æterno*. Sea así. Aunque se me ocurre una grave dificultad, no quiero reparar en ella. Toda la sustancia ha estado en el caos hasta que el universo empezó á formarse. Salió del caos el calor, salió la luz y empezó el progreso. Si supusiésemos ó imaginásemos que antes de este universo progresivo y antes del caos, hubo algún otro universo que volvió á dicho caos, todo nuestro sistema se hundiría. Adios, progreso seguro, infalible y sin fin. Así como pudo destruirse otro

© Biblioteca Nacional de España

universo anterior, podría éste destruirse también, y entonces todas nuestras esperanzas de inmortalidad saldrían hueras. Volveríamos al caos todos. Decidamos, pues, que no ha habido ni podido haber otro universo sino el presente, y que antes de él solo hubo caos eterno, hasta que, hará un millón, un billón ó más de años, se le antojó al caos organizarse, convertirse en universo y ser progresista.

Aquí tropiezo con otra dificultad; pero voy á dar un rodeo para pasar adelante y no quedarme atascado en medio del camino.

En el caos estaban, en potencia, en germen, el calor, la luz, la vida, la inteligencia, la conciencia, etc.; pero desde el germen al desarrollo, desde la potencia al acto, hay una distancia, hay un abismo que no se rellena con el tiempo solo. Por muchísimos siglos que pongamos entre un ser que casi es no ser, entre el caos ó la materia prima y el universo de ahora, no pondremos puente, y será menester dar un salto audaz é inexplicable.

En el caos estaba el germen de todo, como en la bellota está el germen de la encina; pero, así como la bellota se quedará bellota y no llegará á ser encina nunca si no le dan jugos la tierra, el agua y el aire, y luz y calor el sol, así también el caos se hubiera quedado caos, sin algo extraño que moviese sus gérmenes. Ponga vd. el caos como quien pone un huevo; pero, si álguien no lo empolla, huevo se quedará y no saldrá de él pajarillo. Repito, con todo, que yo soy de buen componer, y hago la vista gorda, y paso porque el caos, por sí y ante sí, sin nada de fuera que lo sacu-

© Biblioteca Nacional de España

da, tiene en un momento memorable el capricho de organizarse y dejar de ser caos.

Lo primero que el caos saca entonces de sí mismo es una cosa que vd. llama *agente cósmico* ó *causa creadora*, como si dijéramos un *demiurgo*.

Raro é inexplicable ser es este *demiurgo*. Tiene poder é inteligencia y no es persona. Desde que aparece hasta hoy, su inteligencia y su poder van creciendo; pero sin llegar nunca á la personalidad y á la personalidad y á la conciencia. La conciencia y la personalidad solo aparecen en nosotros y solo están en nosotros: los hombres.

Mucho queda que andar al caos y al *demiurgo* ó agente cósmico, que en él reside, para llegar á producirnos, á nosotros, seres humanos. Dejo de señalar aquí los pasos que dan caos y *demiurgo*, y si álguien quiere saberlos, le remito á la *Historia de la creación de los seres organizados*, donde Ernesto Haeckel lo explica todo con tanta puntualidad y exactitud como si hubiera seguido la pista al *demiurgo* y hubiera presenciado sus hábiles é inteligentes, aunque inconscientes operaciones.

Baste saber en compendio que, allá en la edad primordial, nuestro padre común fué el *protoplasma*, organismo sin órganos: un moco, con perdón sea dicho. Este moco, que no era moco de pavo, va progresando á través de las edades, y llega á ser gusano con forma de saco. A fuerza de trabajar y luchar por la vida, consigue luego el gusano tener vértebras; pero sin cráneo ni sesos aún. Luego se proporciona cráneo y sesos. Más tarde adquiere mamas ó tetas. En seguida

© Biblioteca Nacional de España

vienen los marsupiales, transición entre el oviparo y vivíparo. Síguese el animal que ya pare de veras, y de aquí el mono, y luego el mono catarrinio y con cola, durante el período eoceno; el catarrinio pierde, en el mioceno, la cola, y por último, en el período plioceno, surge el hombre pitecoide, *alalo* ó sin palabra. De este hombre pitecoide nacen luego, siguiendo el progreso, los *ulotrixos*, ó gente de pelo crespo, y los *lisotrixos*, ó gente de pelo liso, y de éstos, todas las razas humanas, de las cuales las más bien dotadas, hasta hoy, parecen ser las *euplocámas*, ó de cabello suave y con bucles; y de estas gentes *euplocamas*, las más nobles son las que vinieron á establecerse á orillas del Mar Mediterráneo, á saber: semitas, vascos, indo-europeos y caucásicos.

Yo acepto todo esto como si no hubiese la menor objeción que hacer.

Tenemos, pues, los datos para nuestra filosofía. Filosofemos.

El progreso es evidente y constante.

Desde la monera, desde el protoplasma, desde el moco, hemos llegado á un organismo tan complicado como el de nuestro cuerpo, y en él, por vez primera, ha aparecido la persona, la conciencia y la reflexión, por cuya virtud nos entendemos.

Si vd. da al alma humana todos los caractéres y atributos que al espíritu dábamos antes; si vd. reconoce que es una, indivisible, sutilísima é inmortal, nada importa el nombre. Llamémosla, pues, cuerpo fluído, ya que este cuerpo ha de correr con más que eléctrica velocidad, por donde venga á ser como ubícuo, y ha de

© Biblioteca Nacional de España

sustraerse á la corrupción y á la muerte, y ha de cruzar el éter y toda la amplitud de los cielos, y ha de conocer y ha de amar cuanto en ellos se contiene de bueno, verdadero y hermoso.

Muy bien me parece, además, que estas almas, para ir ascendiendo á la perfección, necesiten de más de una vida, y hasta considero razonable la sospecha que tiene usted de que el Flammarion de ahora sea Giordano Bruno redivivo y de que el benemérito republicano Benito Juárez, á quien tanto deben la democracia y autonomía mexicanas, no haya sido otro más que el rey ó emperador Cuauhtemoc, de gloriosa memoria.

Lo que se me resiste bastante es eso de que nuestra alma sea neutra, y ora se encarne en cuerpo de mujer, ora en cuerpo de hombre. Alguna fuerza tiene el raciocinio que vd. hace de que, si fuéramos hombres ó mujeres siempre, no sabríamos por experiencia sino la mitad de lo que hay que saber; pero ¿qué quiere usted?..... á pesar de todo, me repugnan estos cambalaches.

Usted quiere que dicha ley se cumpla en todo, y para ello afirma que, una vez que tenemos persona y conciencia, y aún antes, en la sustancia donde la conciencia y la persona están en preparación, hay inmortalidad. Según vd., de la materia más sutil y etérea se forman concreciones y organismos sutilísimos, y éstas son las almas de todo: las cuales almas van progresando, educándose y pasando de unos cuerpos en otros, desde el helecho, por ejemplo, hasta el cuerpo de Darwin. Así este ser sutil logra aprenderlo todo por experiencia y desenvuelve sus facultades.

© Biblioteca Nacional de España

Si estos cuerpos, fluídos y etéreos son indestructibles, equivalen á lo que antes llamábamos almas. Así se destruye el dualismo que se ponía entre espíritu y materia. Y á la verdad, como ni de la materia ni del espíritu conocemos la esencia, y solo sabemos de ellos por los atributos y efectos, yo no quiero, ni debo por lo pronto, suscitar disputa.

¿Acabará aquí el progreso ó seguirá adelante? Seguirá adelante. La historia de la humanidad lo demuestra. Ahí están todos los primores, lindezas, galas y artefactos, leyes, vestimentas, casas y música, que hemos inventado. desde que dejamos de ser *alalos* y rompimos á hablar, hasta hoy que tenemos telégrafo, teléfono, fotografía, torpedos y dinamita.

Lo extraño es, y vuelvo á uno de mis temas, que el *agente cósmico*, la *causa creadora*, como vd. la llama también, haga todo esto, con sabiduría estúpida, y sin saber lo que hace, pues si lo supiera, diría con más razón que Virgilio: *Sic vos non vobis*. Da inteligencia, da personalidad, da mil cosas más, y se queda sin nada. La antigua sentencia que reza, *nemo dat quod in se non habet*, pierde aquí todo su valor.

Pero si la conciencia y la personalidad no están en el *agente cósmico* y están solo en cada uno de nosotros seres humanos, como quiera que nosotros vivimos unos cuantos años y nos morimos luego, la ley del progreso se realizará en todo, menos en la conciencia y en la personalidad individuales.

Noto ahora que mi carta va siendo demasiado larga, y como tengo muchísimo que decir aún sobre su libro de vd., lo dejo para otras y termino ésta asegurando

© Biblioteca Nacional de España

do á vd. que ha de quedar vd. menos disgustado de lo que me queda por decir, que de lo que he dicho hasta ahora. De todos modos es su atento y seguro servidor y desea ser su amigo.

JUAN VALERA.

II

A D. JESUS CEBALLOS DOSAMANTES.

Muy estimado señor mío: A pesar de todo mi escepticismo, es tanto lo que me agrada y consuela eso que vd. asegura de que tenemos un cuerpo fluido inmortal, que me inclino muchísimo á darlo por probado.

No se contenta vd. con aducir argumentos teóricos en favor de tal aserto; sino que sostiene que la existencia de dichos cuerpos fluídos, sutiles é indivisibles (que si vd. me permite seguiremos llamando almas, por ser más breve), se sabe por experiencia: esto es, que desde muy antiguo estamos en comunicación con las almas, y que no es delirio sino realidad la *psicogogía* ó nigromancia: el arte de evocar á los muertos y de traerlos á que hablen con los vivos. Las historias profanas y sagradas están llenas de casos semejantes. Saul evoca por medio de la Pitonisa de Endor, la sombra ó alma de Samuel; Pausanias de Bizancio, la de su querida Cleonice; y Periandro la de su esposa Melisa. Con el andar del tiempo, parece que este arte ha adelantado mucho, y hoy se llama *espiritismo*.

© Biblioteca Nacional de España

Yo no he de negar aquí el *espiritismo;* pero he de apuntar ciertas dudas que me asaltan.

Esos espíritus ó cuerpos ténues, imperceptibles á nuestros sentidos en el estado normal de éstos, ¿por qué han de ser precisamente almas humanas, separadas de sus cuerpos? ¿No podrán ser otro linaje de seres? Como vd. desecha toda religión positiva, yo me guardaré bien el suponer, ni por medio minuto, que puedan ser diablos ó ángeles; pero ¿por qué no serán duendes, ondinas, sílfides, driadas, gnomos ó algo así? Ya que vd. da por segura la existencia de esos cuerpos orgánicos, ténues y etéreos, debe vd. ser consecuente y no creer que los tales cuerpos solo se crían para envainarse en cuerpos sólidos humanos y animarlos. ¿Por qué no los ha de haber que bailen por el aire ó penetren en las entrañas de la tierra, ó vivan en el seno de los mares, y hasta en la luz y en el fuego, y desdeñen de encerrarse en ese forro ó guarda-polvo de nuestros cuerpos sólidos visibles? Ello es que las historias están llenas también de amores, amistades y tratos de estos seres con personas de nuestra especie, que han tenido bastante perspicacia y agudeza en los ojos ó en los oídos para verlos ó para hablar con ellos.

El padre Fuente de la Peña ha escrito con buen tino sobre estas relaciones de hombres y de mujeres con entes racionales, no humanos, y por lo común invisibles, que viven en nuestro planeta. Y más singular y luminosamente ha tratado el asunto, en una obra eruditísima, el reverendo padre Sinistrari del Ameno. Aseguro á vd. que son divertidísimos los verídicos amoríos

© Biblioteca Nacional de España

que refiere este último padre, de mujeres con duendes y de hombres con sílfides y salamandras. ¿Quién sabe si el precioso cuento de Cárlos Nodier, del duende escocés enamorado de la joven casada, será un sucedido?

Pero, en fin, para facilitar nuestra filosofía, demos por de ningún valer las objeciones anteriores y declaremos que los tales cuerpos fluídos, inteligentes y con conciencia, solo se crian para informar nuestros cuerpos sólidos; y que dichos cuerpos fluídos, que son inmortales, ó están cesantes y de bureo y huelga hasta colocarse en un cuerpo nuevo, ó están empaquetados, *incorporados* y en activo servicio.

Da vd. tales señas y tales pruebas sobre dichos cuerpos fluídos, que es menester creer ó reventar, como vulgarmente se dice.

El gran sabio inglés Guillermo Crookes, de la Sociedad Real de Londres, acude muy á tiempo en auxilio de vd. con su *radiómetro*. La sustancia contenida en el tubo de vidrio del aparato llega al más asombroso estado de rarefacción, y despliega entonces sus propiedades y su energía. Esto es lo que llaman *materia radiante*, pero inorgánica. Y vd. raciocina con excelente lógica al suponer que hay otra *materia radiante* orgánica, y que de ella están confeccionadas nuestras almas. Esta *materia radiante* orgánica ha de ser más difícil de estudiar, á causa de su extrema sutileza; pero á lo que vd. asegura, el citado sabio Guillermo Crookes, que rarifica la materia, acertó á condensar un espíritu que iba de tapadillo, á oir sus lecciones, y logró hacerle patente á los ojos de todos sus discípulos. Siete

© Biblioteca Nacional de España

fotógrafos que estaban allí, con sendas máquinas ó cámaras oscuras, sacaron retratos del espíritu desde diversos puntos de vista.

Ya, pues, no cabe duda. Hay seres *monocorpóreos*, como vd. los llama, organismos sutiles, inteligentes, cuerpos fluídos vivos, que se han visto y que hasta se han fotografiado.

Con estos cuerpos se explica todo, y el progreso individual no es una quimera. Hasta se me pasa el susto, que ya había tenido á veces, de que todo este trabajo que estamos dando los hombres, fuese inútil para nosotros, porque pudiese sobrevenir otra raza que fuera con relación á nosotros, lo que nosotros somos con relación al gorila, y que nos mandase á paseo ó tal vez nos destruyese. Ahora ya importa poco esto. Nuestros cuerpos fluídos, inmortales, saldrán ganando siempre, y tendrán por estuche ó envoltura, si nueva raza aparece, cuerpos sólidos más gallardos y primorosos.

En el movimiento ascensional y en la transformación de las especies, lo que hay en nosotros de individual (el cuerpo fluído) saldrá siempre mejorado.

Me parece que vd. sabrá, como yo, que no fué Darwin el primero á quien se le ocurrió el transformismo. Ya desde muy antiguo le habían imaginado otros sabios. Algo indica de ello el ilustre Juan Bautista Porta en su *Magia natural;* y todavía es más explícito, aunque vivió mucho antes, en tiempo de León X, el elegante y docto poeta Fracastoro, el cual expresamente predice que aunque han de aparecer en su día y sazón nuevos seres

© Biblioteca Nacional de España

Certa dies animalia terris
Mostravit nova: nascentur pecudesque feræque,
Sponte sua, primaque animas ab origine sument.

Y para salvar la dificultad y quitarnos el recelo de que si los seres nuevos son de naturaleza superior y titánica, nos dejen vencidos, acoquinados y humillados, Fracastoro tiene cuidado de advertir que las almas de estos titanes serán las mismas que ya informaron ó que informan hoy seres de orden inferior, pues no es otra la interpretación que debemos dar al *primaque animas ab origine sument.*

Vengan en hora buena nuevas castas más briosas y adelantadas. Nuestros cuerpos fluídos las animarán y cada día haciéndose más listos y aprendiendo más habilidades. Lo que hasta hoy no ha logrado hacer sino tal cual sugeto muy aventajado, lo hará en las venideras edades cualquier niño de la doctrina.

Hasta hoy, y va de ejemplo, solo sabios de primera magnitud, como Pitágoras, Apolonio de Tyana, Hermotino de Clasomene, Miss Wilkinson, profetiza *yankee*, y ciertos anacoretas del Tibet, aciertan á desprenderse de sus cuerpos sólidos cuando se les antoja, y van á millares de leguas de distancia para saber lo que sucede allí, ó para hacer una visita á un amigo, ó para acudir á algún negocio urgente y volverse al cuerpo sólido. En lo futuro hasta las personas menos distinguidas y más ignorantes harán esto con la misma facilidad con que se beben ahora un vaso de agua. Así es que, á primera vista, como todo se hará con maravillosa rapidez, parecerá que habremos adquirido el don de la ubicuidad.

© Biblioteca Nacional de España

Otra de las gracias que luciremos, una vez desprendidos del cuerpo sólido, será la de la compenetrabilidad. Nos meteremos por el ojo de una aguja; nos filtraremos al través de un muro; podremos celebrar un *meeting* de miles de personas en el hueco de una cáscara de avellana.

Nuestras conversaciones ó conferencias con los cuerpos fluídos cesantes, ó dígase con lo que vulgarmente se ha llamado hasta hoy almas de los muertos, sombras ó manes, serán más frecuentes, fáciles y luminosas. Nos instruirémos más de este modo; no nos costará fatiga ninguna la evocación, y no nos aterrará la vista del espectro del difunto, como ahora suele aterrar á los más valerosos. Sea testigo de esta verdad el ilustre Eliphax Levi que no pudo resistir la presencia de Apolonio, á quien habia evocado, y perdió la voz, y sintió un frio horrible y no pudo hacer nada de provecho, según él mismo confiesa.

Es verdad, sin embargo, que lo terrorífico de la aparición tal vez consista en que eso se hace por medios reprobados, apelando á la magia y valiéndose de conjuros, á los que las sombras ó manes no pueden desobedecer, pero que las traen harto enojadas y aún furiosas. Cuando la evocación es natural, cortés y lícita, la sombra ó cuerpos fluídos acuden de buen talante y de apacible humor, y hay ya bastantes hombres de mérito que han tenido entrevistas y conferencias amenas é instructivas.

Usted cita muchos libros en que los señores que han tenido conversación con los espíritus las han redactado y publicado.

© Biblioteca Nacional de España

Confieso modestamente mi ignorancia; no he leído ninguno de esos libros que usted cita; pero deseo leerlos porque deben de contener mucha y alta doctrina. No habían de molestarse los muertos en venir á hablar con los vivos para decir tonterías y vulgaridades. Y no las dirá de seguro ese libro, titulado *Ley de amor*, recogido por el Dr. Chávez Aparicio y publicado por el Círculo de estudios psicológicos de San Luis Potosí, ya que está lleno, según vd., de pensamientos profundos y es prueba palmaria de la inmortalidad de nuestro ser.

Siguiendo ahora por el camino de perfección que nuestro ser lleva, creo que, después de estas comunicaciones con los cuerpos fluídos ó espíritus, viene como grado superior, el adquirir la memoria y la clara percepción de cuanto nos sucedió en las vidas pasadas desde que empezamos á tener conciencia, tal vez desde que fuimos hombres pitecoides.

Los sugetos de mediano valer solo tienen, hasta hoy, vaguísimos y confusos recuerdos de sus vidas pasadas, los cuales recuerdos dan á veces cierta luz de sí, en sueños, y nos acuden y ayudan también en el estudio, ya que hay ciencias y artes que aprendemos á escape, como si antes las hubiéramos sabido, y otras, acaso más fáciles en absoluto, que se nos hacen más difíciles, por la novedad completa que para nosotros tienen. Pero si tal es el grado de progreso al que, en este punto, se ha llegado por lo general, ya, desde muy antiguo, empezando por el sabio de Samos, hubo y hay hombres que recuerdan todas sus vidas, y están dotados, por lo tanto, de la sublime prudencia y del profundo saber que da la experiencia de miles de años.

© Biblioteca Nacional de España

Lo que más me encanta y seduce, como resultado útil de este saber profundo á que todos hemos de llegar, es eso de que vd. habla sobre la transformación del dolor en placer. Ahora somos tan torpes que no sabemos hacer que no nos duela, sino que nos dé gusto cuando nos duela. En lo futuro, no será así. Y en vez de quejarnos, por ejemplo, de que á media noche nos despertemos con un dolor de muelas, exclamaremos muy satisfechos: "He tenido un regalado *placer de muelas*, á media noche." Y esto no porque la impresión recibida en los nervios deje de ser la misma, sino porque el cuerpo fluído, no lerdo ya si no ágil y muy instruido, sabrá recibir la impresión por el lado que conviene, aprendiéndola con tal arte, que en vez de serle ingrata, le sea grata y aun deleitosa.

No teniendo ya necesidad de sufrir dolor, y siendo placer todo, seremos todos bonísimos, medraremos con inteligencia y amor, según vd. augura.

Pero como tanto bien se encerraría en muy ruín vivienda, si jamás pudiésemos salir de este globo, vd. afirma que otro paso más de la educación del cuerpo fluído es el adiestrarse en salir de la tierra, y volar por los espacios interplanetarios é intersiderales, visitando á los habitantes de los demás mundos que pueblan el éter. A fin de alcanzar esta virtud es menester tanto requisito que apenas hay hombre, en el estado actual de la cultura humana terrestre, que valga para ello. Lo que sí es indudable es que en otros soles ó planetas están ya más adelantados que aquí y hay cuerpos fluídos que viajan de mundo en mundo cuando quieren.

De estos viajantes ha habido no pocos que se han

© Biblioteca Nacional de España

quedado en la tierra por larga temporada, y nos han hecho inmensos beneficios promoviendo nuestra ilustración y enseñándonos artes, virtudes y disciplinas de subido precio. Yo no puedo menos de convenir con vd. en que Sócrates, Zoroastro, Sakiamuni, Confucio, Merlin, Numa y otros sabios profetas y fundadores de religiones, tuvieron por alma cuerpos fluídos, descendidos de algún astro, donde se había progresado más que entre nosotros, y dichos cuerpos fluídos, encarnando aquí en el seno de alguna jóven honrada, hermosa y pura, cumplieron benéfica misión. Provino de estos hechos repetidos la creencia, persistente entre todos los pueblos, de que hay ó hubo semidioses, *avatares*, ó hijos del cielo venidos á la tierra. Y así cuando los poetas querían adular á algún soberano ó poderoso magnate, le decían, aunque no fuese verdad, que era hijo de éste ó del otro dios, como dijeron de Rama y de Alejandro de Macedonia; y como cantó Virgilio del hijo del cónsul Polion, suponiendo que bajó del cielo:

Jam nova progenies cœlo demittitur alto.

Esta habilidad de escaparse de la tierra é irse por el éter de mundo en mundo, es aún rarísima en nuestro globo. Lo que es yo no sé sino de un hombre de quien se pueda creer que la ha tenido, el famoso filósofo sueco Manuel Swedenborg. Sabido es, no obstante, que este varón admirable no acertó á pasar de nuestro sistema planetario, y, si bien le recorrió casi todo, sus visitas más frecuentes fueron á Mercurio, que está cerca, y cuyos habitantes están más adelantados que nosotros, aunque, por lo mismo, ni nos estiman ni nos quieren bien. En cambio, en Vénus, donde Sweden-

© Biblioteca Nacional de España

borg también estuvo, es cosa de no poder vivir siendo persona decente, porque Vénus está poblada de una raza descomedida y grosera de gigantes que no piensan en nada elevado y bueno, sino en holgarse por manera bestial y sucia.

Como quiera que ello sea, lo que sí es lícito afirmar es que dentro de pocos siglos hará cualquiera ser humano de esta tierra lo que hizo Swedenborg, pocos años há, con general asombro de los nacidos. Es más: la mayoría de los seres humanos nos adelantaremos á Swedenborg y dispararemos nuestros cuerpos fluídos mucho mas allá de la órbita de Urano, á través de los frigidísimos espacios intersiderales, é iremos á parar en planetas de mil soles remotos.

Creo que vd. ha de confesar que me muestro enterado de su doctrina y que voy llegando bien á las últimas consecuencias, sobre las cuales he de dar mi opinión. Hoy ya no es posible, porque se ha hecho larguísima esta carta. El lunes que viene escribirá á vd. de nuevo su afectísimo amigo y admirador.

JUAN VALERA.

III

A D. JESUS CEBALLOS DOSAMANTES.

Según lo que va expuesto, se cumple por arte indefectible hasta hoy, y es de esperar que siga cumpliéndose en lo futuro, la ley del progreso que vd. afirma y que nos lleva hacia la perfección.

Todos los problemas que vd. procura resolver en su

© Biblioteca Nacional de España

libro tienen el mayor interés para mí y me atraen y me encantan. El libro de vd. me gusta. Lo digo sin la menor ironía.

Entre gustar de un sistema, admirando el saber y el esfuerzo de imaginación con que fué construido, y creer en él y darle por cierto, hay enorme distancia. De esta distinción, que me parece que no se quiebra de sutil, no se han hecho cargo muchas personas que han leído las dos primeras cartas que he escrito á vd. y han supuesto que yo me burlaba.

Me ha dolido tanto dicha suposición que he estado á punto de no continuar escribiendo á vd., á pesar de lo mucho que tengo que decir aún. Si su libro de vd. fuese un trabajo de ningún valer, sería necio emplear en él la crítica y hasta la sátira para impugnarle. Y de todos modos, habría en mí algo de moralmente censurable y poco digno en tratar mal á vd., que me honra y me lisonjea escribiéndome, consultándome y enviándome su libro desde tan lejos. Pero, bien mirado el asunto, yo creo que los lectores de las cartas han ido más allá de mi intención y han puesto en estas cartas una malicia de que carecen y que yo nunca tuve. Nada hay de común entre mi escéptico buen humor y la mofa ofensiva. ¿Cabe, acaso, en el entendimiento de nadie, que sea yo tan presumido y tan soberbio que considere mentecatos á Darwin, á Haeckel, á Swedenborg, y á otros sabios y filósofos, de quienes hablé ya en mis cartas, examinando sus doctrinas con no menor desenfado y broma que las de vd? Yo no poseo el entusiasmo, la fe, la fantasía poderosa que tuvieron ó tienen ellos, y me resisto á dar por demostrado

© Biblioteca Nacional de España

lo que ellos dan por demostrado; y así, en nombre de cierto sentido común, tal vez burdo y rastrero, y en virtud de mi corta ciencia, y con la autoridad que nos tomamos hoy todos, pues hay libre examen, tiro á invalidar esas doctrinas, al par que me deleita contarlas, en resúmen, como quien cuenta un cuento ingenioso.

Desde Aristóteles hasta nuestros días no hubo, en mi sentir, entendimiento más extraordinario y creador que el de Hegel. Su sistema, para mí y hasta donde yo acierto á comprenderle, es pasmoso de sublimidad y hermosura. Supongamos que mi sentido común me diese á entender que todo el dicho sistema fuese un conjunto de disparates; ¿impediría esto que yo admirase y celebrase el arte, la dialéctica, la maestría con que los disparates se coordinan para formar un todo armónico? ¿No me será lícito maravillarme de la belleza de un poema, sin dar por verdad lo que el poema refiere? ¿He de creer que Homero era tonto, y de despreciar la Odisea porque no creo en los encantos de Circe ni en la colosal estatua de Antifates?

Además, aunque yo sea escéptico á veces, no siempre ni en todo lo soy. También yo tengo mis dogmas. Ríase de ellos quien quiera, y si lo hace con mesura, no me enojaré ni entenderé que se burla de mí. Y desde luego diré aquí que, en virtud de estos dogmas, yo no creo aceptable ningún sistema de filosofía fundado solo en ciencia empírica. Pero no es vd. el único que tiene hoy esta pretensión. Son muchos los que han levantado sistemas del mismo modo, y de algunos de ellos he de hablar aún en estas cartas. Y si al hablar de ellos río y dudo, ¿se ha de creer que maltrato ú

© Biblioteca Nacional de España

ofendo á sus autores, cuando, por el contrario, me enamora el saber, y me atraen y me cautivan la voluntad, el talento y la fantasía que despliegan? Yo no voy tan lejos como Lessing, el cual decía que si le diesen la verdad en una mano y en otra el ingenio, la agudeza y la fantasía que se emplean á veces en buscarla, desdeñaría la verdad y se quedaría con las otras prendas. Yo no; yo me quedaría con la verdad; pero, á falta de verdad, todas esas otras prendas susodichas encierran para mi gusto un preciadísimo tesoro. Permítaseme, pues, que con buen humor y sin burla siga yo mostrando algo de ese tesoro al exponer su sistema de vd., cuyas premisas, ó hechos científicos en que se funda, ni niego ni afirmo.

Siguiendo mi tarea, y dejando los escrúpulos de conciencia, empezaré por decir que no me explico ese odio que muestra vd. á lo sobrenatural. A mi ver, si por naturaleza ha de entenderse todo lo existente y todo lo posible, lo que es y la fuerza que da ser á lo que es, vd. tiene razón; lo sobrenatural es un pleonasmo. Nada más natural que el mismo Dios. La ley de naturaleza será la razón y la voluntad de Dios, que manda y quiere que haya orden y prohibe turbarle. Por este camino vendremos á parar á la definición que da San Agustín de la ley eterna, y estaremos en plena ortodoxia. La diferencia consistirá en que lo que llamo yo Dios, será llamado por otros fuerza eterna, *natura naturans*, agente cósmico, alma del mundo, y otros mil nombres, que si vienen á probar lo poco que sabemos de esta *cosa en sí*, no prueban que la cosa no exista y que no sea naturalísima.

© Biblioteca Nacional de España

Pero, si por naturaleza entendemos otra cosa, tendremos que conceder que todo es natural ó sobrenatural, según se mire. Para una piedra, la planta más sencilla que crece, se desenvuelve, se nutre y tiene vida, es ya sobrenatural. Y para la planta, arraigada en el suelo, y que ni ve, ni oye, ni se representa al mundo exterior, el más ruín animalejo, un lagarto ó un sapo, es sobrenatural. Y con relación á los brutos, que carecen de conciencia ó la tienen obscura y vaga, es sobrenaturalísimo el hombre que se reconoce, *se sabe* y habla, y discurre y reflexiona. Y desde el salvaje hasta las personas cultas de hoy, las *sobrenaturalidades* se van acumulando y creciendo por estilo prodigioso. Sobrepuesto á la naturaleza, añadido nuestro, obra de nuestro ingenio y nuestra voluntad, son las ciudades, los caminos, los campos cultivados, las máquinas, las telas de que nos vestimos, los objetos de arte, y hasta, si se considera bien, la hermosura corporal, hija del esmero, del aseo y del cuidado que pusimos para crearla. Una linda muchacha de ahora, no lo dude vd., es un ente sobrenatural. Lo natural es la mano ó la *antropisca*, y casi casi no lo es ya la hotentota.

Cuando uno está en Bélgica, por ejemplo, y piensa que, en estado natural, apenas podría contener y alimentar aquel terreno medio millón de hombres y ve que contiene y alimenta seis, confiesa que, no ya el tranvía que la electricidad mueve, ni el teléfono, ni el telégrafo, sino cinco millones de seres humanos son en Bélgica sobrenaturales: han sido creados por arte y sobrepuestos á lo que la naturaleza, abandonada á sí misma, hubiera podido crear y conservar.

© Biblioteca Nacional de España

Si á esto añadimos, por último, todas esas habilidades de entenderse con los muertos, de recordar vidas pasadas y de salirnos del cuerpo sólido é irnos con el cuerpo fluído por soles y planetas, lo sobrenatural cunde y promete encumbrarse á una altura pasmosa con el andar de los siglos.

Aceptado ó aprobado por usted lo de que tenemos cuerpos fluídos inmortales, no se ve término á nuestro progreso. Solo hay un peligro, aunque lejano: el fin del mundo. Las religiones y la mitología tienen profetizado este fin. La ciencia ambién en todos tiempos y contra su costumbre de armar conflictos con las religiones, ha coincidido y coincide en hacer tan triste pronóstico. Solo lo que no tuvo principio no tiene fin. Lo que nace, muere. De aquí que el mundo ha de acabar de una manera ó de otra. Y así como los sabios han inventado mil hipótesis sobre su nacimiento, también sobre su muerte total ó parcial las han inventado. Lucrecio la explica en sus hermosos versos. Leopardi atribuye á Straton de Lampsaco una curiosa explicación de la muerte de nuestra tierra, la cual explicación puede hacerse extensiva á todos los demás astros. La fuerza de rotación va poco á poco comprimiendo los polos y aumentando por el Ecuador el radio de la tierra. Así seguirá hasta que la tierra se agujeree y venga á ser como un gordo buñuelo. Luego se hará el agujero mayor y la masa sólida vendrá á parecer un anillo. Y el anillo, por último, se hará pedazos y cada uno de los pedazos vagará suelto por el espacio ó irá á caer en nuestro sol ó en otro, ó tal vez en algún planeta, como caen en la tierra los aereolitos.

© Biblioteca Nacional de España

Sabio hay que afirma que el sol puede pararse. El movimiento, ó sea la fuerza con que gira hoy sobre su eje y con que va probablemente caminando por el espacio en rápida traslación, se convertirá en calor, si el sol se para. Entonces habrá una expansión espantosa de toda la materia del sol, dilatándose hasta más allá de la órbita de su más distante cometa. Todos volveremos así al estado de nebulosa. Podrá ocurrir también que el sol se apague, y sobrevendrán las tinieblas y la muerte. Pero aun sin tamaños cataclismos, nuestra tierra irá perdiendo la fuerza que la hace girar en torno del sol, pues como no va por el vacío, y como el éter le opone alguna resistencia, su fuerza centrífuga se gasta. Hasta hay quien asegure que ya vamos caminando con más lentitud y acercándonos al sol. La atracción del sol será así mayor á cada momento y podrá llegar uno, harto desdichado, en que la tierra se caiga en el sol y allí se abrase y se consuma. Aun sin esto, la tierra puede morirse, como la luna está ya muerta. Los metales se irán oxidando.

En esto el oxígeno se consumirá, y se acabará el aire respirable. El agua se gastará, entre tanto, en formar rocas *hidratadas* y en entrar en otras composiciones. Sin aire y sin agua, se extinguirá la vida. Plantas, animales y hombres, todo fenecerá. Pero no hay que afligirnos. Para entonces ya todos los cuerpos fluídos vivos sabrán hacer lo que hacía el cuerpo fluído de Swedenborg, sabrán salirse de los cuerpos sólidos é irse á otros mundos. Y con tiempo, para que no nos coja aquí la mala hora, nos escaparémos de la tierra y nos irémos á fundar colonia en otro planeta más capaz y

© Biblioteca Nacional de España

cómodo, donde seguiremos progresando é inventando primores que ni siquiera concebimos en el estado actual de nuestra cultura.

De esta suerte, no será en balde y trabajo perdido todo lo que hemos hecho hasta hoy por adelantar é instruirnos. Nuestros monumentos, cuadros, estatuas, museos y bibliotecas, todo acabará al acabar la tierra que habitamos; pero lo sustancial del saber adquirido se quedará en nuestra memoria, y se salvará con los cuerpos fluídos vivos, que otros llaman espíritus. Estos, más perfectos cada día, irán teniendo nuevas prendas y llegarán á vivir como en la eternidad, como si no hubiera para ellos pasado y todo fuera presente. Deberáse esto á lo agudo y vivo de nuestra imaginación, que nos lo representará todo como si acabase de suceder ó estuviese sucediendo. Y deberáse también á lo penetrante y extenso de nuestra vista y á la rapidez más que eléctrica con que nuestros cuerpos fluídos recorrerán el éter. Así podremos llegar, por ejemplo, en menos de un minuto, á un sitio del espacio adonde un rayo de luz de la tierra tarde cuatro siglos en llegar, y ese rayo de luz traerá pintada la entrada triunfante de los reyes católicos D. Fernando y Dª Isabel en Granada ó la vuelta de Colón á España y su presentación á los mismos reyes en Barcelona. En suma, podremos verlo todo, como si estuviera todo pasando en la actualidad y de veras.

Abreviando ahora, á fin de no hacer mis cartas á vd. interminables, diré que nuestra vida inmortal de cuerpos fluídos irá de bien en mejor, sin cejar y aun sin parar. Porvenir tan risueño y venturoso me seduce. Cuén-

© Biblioteca Nacional de España

teme vd., pues, en el número de sus adeptos. Lo que yo no puedo es aceptar su sistema sin algunas modificaciones y cambios, que voy á proponer aquí.

La existencia de los cuerpos fluídos ó etéreos, en que se funda toda la doctrina de vd., me parece muy de acuerdo con la ciencia antigua y con la ciencia moderna.

¿Qué otra cosa es ese cuerpo fluído sino el cuerpo de la resurrección de la carne que algunas religiones afirman? ¿No equivalen esos cuerpos fluídos á las sombras, á los manes de los gentiles? Y en cuanto á la ciencia moderna, ya veo claro que se puede bien apoyar la afirmación de vd. en los *Principios de Biología*, tan celebrados, de Herbert Spencer. Para este gran sabio la vida consiste en la correspondencia del organismo con el medio ambiente, ó sea *environnement*. La vida inmortal estriba, pues, en la perfecta correspondencia con ese medio. Herbert Spencer dice: "Si no hubiera cambios en el *environnement* sino aquellos que el organismo previó, preparándose para encontrarlos y para que no les falte la eficacia con que los encuentra, lograríamos eterna existencia y eterno conocimiento."

Apoyado en estas palabras de Herbert Spencer, un sobresaliente discípulo suyo, no sé si inglés ó *yankee*, el Sr. Enrique Drummond, ha escrito un libro muy leído y celebrado en los Estados Unidos, *Ley natural en el mundo espiritual*, y ha hecho allí muchos prosélitos. La teoría de Drummond coincide en algo con la de vd., y en mucho difiere. Yo me inclino á adoptar parte de la teoría de Drummond para modificar la de vd. y aceptarla luego, hasta donde yo puedo aceptar lo trascen-

© Biblioteca Nacional de España

dental, fundado, no en metafísica y ciencia *á priori*, ni siquiera en estudio del propio *yo*, sino en ciencia empírica y de observación del mundo que nos rodea: en noticias adquiridas por los sentidos, aun suponiéndolos aguzados por instrumentos ingeniosísimos, como microscopios, telescopios, espectroscopios y radiómetros, y auxiliados por otros sentidos, sutilísimos y casi ubícuos, que poseen los cuerpos fluídos, y por cuya virtud parece que nos entendemos con los espíritus ó con lo que vd. llama cuerpos fluídos, que vienen á ser lo mismo,

Es indudable que aceptada la existencia de dichos sentidos *fluídos*, el campo de la observación y de los lindes de la ciencia empírica se extienden extraordinariamente. Con dichos sentidos llegamos á percibir lo más etéreo y alcanzamos á columbrar lo más remoto, aunque lo sólido, macizo y opaco, se interponga. Para dichos sentidos no hay solidez ni opacidad que valgan; un muro espesísimo de argamasa es más diáfano que el cristal, y la grosera y ruda sustancia de que están amasados los Andes hasta sus raíces, goza de la transparencia del aire sereno y puro y aun del mismo éter.

A lo que yo saco en claro de la atenta lectura de las obras de Allan Kardec y de otros espiritistas, también ellos coinciden con vd., solo que llaman á los cuerpos fluídos *periespíritus*, aunque son cuerpos, son tan leves, tan volátiles y vaporosos, que van por donde quieren y ven cuanto se les antoja. Aunque viven envainados en los cuerpos sólidos, cuando llegan á cierto grado de elevación en los estudios pueden salirse del cuerpo sólido, dejándole dormido en éxtasis y hasta cataléptico,

© Biblioteca Nacional de España

é irse de bureo ó parranda por los espacios infinitos. Solo que los espiritistas ponen una condición que vd. no pone: dan por averiguado que, hasta el día de la muerte, el *periespíritu* está atado al cuerpo sólido por una cinta, guita ó cordón etéreo y luminoso, cuya longitud ó elasticidad es enorme.

Si consideramos el cuerpo sólido como una placenta, este cordón etéreo viene á ser como el cordón umbilical que une al *periespíritu* con el cuerpo en que se cría. La ruptura de este cordón umbilical y la vida independiente ya del periespíritu son los fenómenos que el vulgo llama muerte. Mientras dura la vida terrena, el *periespíritu* está, pues, como el jilguero que hace de cimbel, atado por un hilo, más ó menos largo, al palillo en que se posa cuando vuelve después de haber revoloteado.

Hallo todo esto tan sencillo, tan natural y tan llano, que no trasluzco la más ligera objeción que lo invalide. La dificultad y la discrepancia están en otros puntos.

Pero estos otros puntos son tan difíciles de tocar, que exigen nueva carta. Termino esta aquí, y créame vd. su amigo.

JUAN VALERA.

IV

A D. JESUS CEBALLOS DOSAMANTES.

Muy estimado señor mío: No pocas veces he hablado yo con risa de la propensión de cierto amigo mío, á quien sin embargo respetaba y amaba, á quejarse de

© Biblioteca Nacional de España

que se lo sabía todo y de que no leía libro, por celebrado que fuese, que le enseñara algo nuevo; pero, considerando esto como debe considerarse, no hay fundamento para la risa. Mi amigo no se declaraba omniscio, ni mucho ménos. Lo que quería decir, lo que decía, tal vez con razón, es que, prescindiendo de datos menudos, si despojamos de su aparato magistral más de un tratado científico, casi siempre hallamos que nos sabiamos todo aquello; que ya, más ó ménos vagamente, lo habiamos pensado. El autor del tratado no pierde por esto en nuestra opinión. Lo que se pierde es la fe, lo que se pierde es la esperanza en la ciencia. De aquí se origina muy aflictivo desconsuelo.

¿Quién ha de negar lo ingenioso de las palabras de Herbert Spencer que hemos citado? En ellas se ve patente la posibilidad teórica de la vida inmortal en un organismo. No ya un cuerpo etéreo, como el de que vd. trata, sino un cuerpo sólido humano, puede teóricamente ser inmortal, dadas ciertas condiciones. La vida es equilibrio movible. Mientras se conserve éste, se conservará la vida. Las fuerzas que han de equilibrarse son las internas ó del organismo, y las externas ó del medio ambiente ó *environnement*. El vivir estriba en esa correspondencia.

Despoje vd. de su majestad y método la biología de Herbert Spencer, y casi parece, con perdón sea dicho, que la ha compuesto Pero Grullo. Claro está que si una persona adapta bien su organismo al medio ambiente, ni se morirá de frío ni de calor, ni cogerá un tabardillo pintado. Si por otra parte, dicha persona repone con alimentos exquisitos y haciendo digestiones inmejora-

© Biblioteca Nacional de España

bles las fuerzas que consume en el trabajo ó ejercicio mecánico de los músculos ó en el trabajo mental de los nervios y del encéfalo, no hay razón para que estas fuerzas se gasten. Y si van en aumento, las empleará en crecer, y cuando ya no crezca, á fin de no reventar, dejará que se escapen las fuerzas que sobren por la válvula de seguridad predispuesta para el caso.

El sabio biólogo compara el cuerpo humano á una máquina de vapor. El vientre es la caldera, el carbón el alimento, y el vapor la sangre que mueve los músculos ó los miembros, ya para sacudir puñetazos, ya para escribir poemas ó resolver ecuaciones. Lo que sobra de este trabajo sale silbando de la máquina de hierro, ó sale procreando del cuerpo del hombre. Cuando éste no anda bien, ora se gastan en títeres las fuerzas, y el hombre es un hércules estúpido, ora se gastan en discurrir, y tenemos un sabio enclenque, anémico y cacoquimio; ora se consume todo en sabidurías y lucubraciones mentales, y el doctor tiene que contentarse con la posteridad espiritual, con adeptos y discípulos en vez de hijos. Herbert Spencer no se resigna, con todo, á que se pierdan ó se menoscaben unas aptitudes para que otras se desenvuelvan, y juzga posible, con hábil higiene, que todo vaya á la par y que sirvamos para todo, y hasta que progresemos.

El único progreso á que pone límites, y que sin pena se conforma con que no siga, es el de la fuerza muscular. Con la maquinaria la supliremos. Herbert Spencer se contentará con que seamos más ágiles, con que bailemos y brinquemos mejor y no tropecemos ni nos caigamos. En cuanto á las otras facultades más altas,

© Biblioteca Nacional de España

el discurso y el sentimiento, el pensar y el amar, casi debemos decir con Júpiter:

His ergo nec metas rerum nec tempora pono;
Imperium sine fine dedi.

Nuestros sesos irán pesando más cada día, y cada día habrá en ellos más enmarañado laberinto de circunvoluciones y mayor cantidad, consumo y despilfarro de fósforo.

Y ¡ay infeliz del que no adquiera todo esto! Carecerá del esencial requisito para vivir. Sucumbirá en la lucha por la vida. Solo quedará en la tierra una raza humana superior al archi-lista, extinguiéndose las demás razas.

Pero esta raza humana superior, como sabrá adaptarse cada vez más al medio ambiente, si no logra la inmortalidad, logrará ser *macrobiótica:* esto es, tendrá vida grande y más completa, por la intensidad, por la duración y por las nuevas, variadas y numerosas correspondencias con el medio ambiente ó *environnement.*

Lo que será difícil hasta rayar en lo imposible, será la inmortalidad del individuo, en este sistema *spenceriano.* El medio ambiente sufrirá tan radicales mudanzas, que aún sin contar con la del fin del mundo, ocurrirán cosas que nos maten á todos, y no sabremos, por mucho que estudiemos, adaptarnos al medio ambiente.

Cada veinte mil y pico de años, verbigracia, sobrevendrán períodos glaciales, y luego surgirán nuevas Floras y nuevas Faunas. Vaya vd., pues, á precaverse contra todo esto, por mucho que sepa. No habrá más remedio que morir, en lo tocante al cuerpo sólido; pero á bien que tenemos el cuerpo fluído. Yo me refugio

© Biblioteca Nacional de España

en él y en el sistema de vd., y vengan períodos glaciales y estíos abrasadores.

Ast insueti æstus, insuetaque frigora mundo,

como ya anunciaba el divino y precitado Fracastoro; y truéquese la tierra en mar y el mar truéquese en tierra, y con el ardor del sol quede todo agostado y sin vida, ó bien salgan, del removido y fecundo cieno, inauditos monstruos, bichos rarísimos y ponzoñosos, y una caterva de desaforados gigantes,

Ausuros patrio superos detrudere cœlo,
Convulsumque Ossan nemoroso imponere Olimpo.

De todo esto me reiré, de todo esto no se me importará un ardite, teniendo el cuerpo fluído bien adiestrado ya.

Como quiera que sea, por el sistema de Herbert Spencer, si no se prueba la posibilidad práctica de nuestra inmortalidad, á causa de estos grandes trastornos que él pronostica, queda probada la posibilidad teórica ó especulativa de la inmortalidad de una combinación de materia; y por el sistema de vd., la realidad práctica de esa inmortalidad en dicha combinación, cuando es de una materia sutil, pura, activísima y ligera. Yo no quiero ni debo poner objeción á esto. Solo siento tener que decir que no es muy nuevo. Los cuerpos gloriosos, la resurrección de la carne, son lo que vd. dice. Israelitas, cristianos y muslimes, apoyan su teoría de vd. y creen por fe que Henoch y Elías, sin morir, *eterizaron* ó *fluidificaron* sus cuerpos, y llegaron á la inmortalidad sin pasar por la muerte.

Queda, pues, como inconcuso que puede haber y que

© Biblioteca Nacional de España

hay combinación de moléculas, tan sábiamente organizadas, que ya ni en la eternidad se separen, y que resistan, para conservar su forma, á toda externa violencia. Pero, ¿cómo se da esta combinación? Se da, sin duda, por obra de una fuerza individual, indivisible, *organizante* é *individuante*, que no está en ninguna de las moléculas de la combinación, sino que se extiende por todas y está toda en cada una de ellas. Sin esta fuerza, una, verdaderamente una, *insecable*, *átomo* real y no imaginario, mónada sencillísima y no extensa, *entelechia*, en fin, ó cifra de todas las perfecciones en ciernes, ¿cómo quiere ni puede vd. concebir la existencia, la organización y animación de un cuerpo fluído?

Viene á corroborar este pensamiento la consideración de que apenas hay molécula en un organismo que no se separe ó que no se conciba que puede separarse sin que el organismo padezca, con tal de que otra molécula de igual valer la reemplace. No es, por consiguiente, la confederación de cierto número de moléculas lo que constituye la vida. Es casi seguro que en un tiempo marcado desaparecen en todo cuerpo orgánico cuantas moléculas le compusieron, y vienen á componerle otras. Un hombre por ejemplo, de cuarenta años, es lo probable que no tenga en su organismo ni un solo átomo de la materia que tuvo á los diez años, á los quince ó á los veinte. Este hombre, sin embargo, sigue siendo el mismo y tiene la conciencia de que sigue siendo el mismo; guarda en la memoria los sucesos de su vida y lo que ha estudiado y aprendido. Si es buena persona, ha progresado en ciencia y en virtud; y como muestra aún la fisonomía y traza de antes, aunque un

© Biblioteca Nacional de España

poco deteriorada, ó alterada, porque los años no pasan en balde, todo el mundo le reconoce y le da el nombre que le dió cuando muchacho y persiste en creer que es el mismo sugeto, cuando le ve en calles y plazas, tertulias y reuniones. ¿Qué es, pues, lo que persiste en este señor para que siga siendo siempre él y no otro? Vd. dirá que persiste la forma, pero la forma no tiene nada de sustantivo, es un adjetivo, es una calidad que cae sobre la sustancia. Luego si la sustancia varía y la forma persiste, por fuerza hemos de conceder un principio informante que va amoldando y sujetando á determinada forma la sustancia que llama á sí para constituir un organismo.

Claro está que, según el sistema de vd., el cuerpo fluído es quien tiene esta habilidad y hace esta operación en el cuerpo sólido. Pero con el cuerpo fluído, con toda combinación, por ténue y etérea que sea, ha de ocurrir idéntica dificultad. Un cuerpo fluído, una sombra, una aglomeración orgánica de las más alambicadas chispas de éter, tendrá también pérdidas sensibles é insensibles, sudará á su modo, se alimentará de purísimos efluvios y de refinadísimos aromas, y en suma, hará también sus digestiones y sus secreciones de suerte que al cabo de cierto tiempo ocurrirá al cuerpo fluído orgánico lo que al sólido: ni un solo átomo tendrá ya de los que antes tenía, si bien persistirán su individualidad y su forma. Luego, no ya la inmortalidad, sino la duración y la persistencia, no residen en la cohesión ó el agrupamiento de las moléculas, sino en una virtud plasmante ó informante, la cual atrae y colecciona los átomos, concertándolos para fines prescritos y

© Biblioteca Nacional de España

prefijadas operaciones. Y como esta virtud es calidad y no sustancia, menester es que supongamos sustancia en que resida y que sea sugeto de este atributo.

Y como si esta sustancia fuese corporal ó extensa, volveríamos á las andadas, y meteríamos en el cuerpo fluído otro más fluído y más sutil, y así hasta lo infinito, ha sido menester poner como hipótesis para explicar esto, una sustancia incorpórea ó sin extensión, á la cual hemos llamado *archea*, *entelechia*, alma ó espíritu, sustancia, en suma, que ha tenido mil nombres y de cuya esencia convengo en que no se sabe nada; pero, como de la esencia de la materia no se sabe más, me parece que por este lado espíritu y materia quedan iguales y nada tienen que echarse en cara en cuanto al concepto oscurísimo que de ambos formamos. Por lo cual, si hemos de negar el espíritu porque no sabemos lo que es, bien podemos con el mismo fundamento negar la materia; y ya vd. sabe que casi ó sin casi la negaba Berkeley. Hasta se puede ir más allá y asegurar que procedemos menos de ligero afirmando la existencia del espíritu, que afirmando la existencia de la materia, porque la percepción del espíritu es inmediata y la de la materia no.

Para percibir la materia necesita uno de ojos, de oídos ó de otro sentido; y si no los tiene muy agudos, de lentes ó de trompetillas acústicas; y si la materia es muy menuda, de microscopios; y si está muy distante, de catalejos; mientras que para percibirse uno á sí mismo no tiene mas que pensar y no necesita más medio ni más instrumento que el pensamiento mismo.

© Biblioteca Nacional de España

De todo lo cual se infiere, y tengo que decirlo con la franqueza que me es propia, que sus cuerpos fluídos de vd. no explican nada, como no les prestemos alma inmortal que los informe y habilite. Hecho este préstamo, su sistema de vd. me agrada. Estamos de acuerdo, y hasta estamos de acuerdo también con Allan Kardec y los espiritistas. Y si no reparamos en pelillos, ni entramos en menudencias y damos á nuestros asertos una interpretación amplísima, generosa y conciliante, hasta estamos de acuerdo con todo buen cristiano, que cree en la inmortalidad del alma espiritual y en el cuerpo glorioso informado por ella.

Lástima es que no acepte vd. también para todo el Universo, que es unidad á par que conjunto de cosas varias, cierta fuerza unitiva é inteligente que lo ordene, enlace y úna todo; algo, en suma, que se parezca al Dios en que nosotros creemos; pero vd. se muestra enojadísimo contra Dios y le suprime, lo cual me apesadumbra de veras.

Y es lo más extraño que en el proceder de vd. hay una inconsecuencia capital que salta á la vista. Tal vez el motivo más fundamedtal que tiene vd. para suprimir á Dios, es la existencia del mal moral y físico, que siendo Dios Todopoderoso, inteligente y bueno, no consentiría. Pero, como en seguida se pone vd. á cavilar, á trabajar y arreglar el mundo, y resulta que todo está á pedir de boca, y que no podemos quejarnos, no comprendo cómo no vuelve vd. á Dios el crédito que ha querido quitarle; y ya que lo halla todo tan bien y tan enderezado á nuestro progreso físico, intelectual y moral, no vuelve á dar á Dios la gobernación de to-

© Biblioteca Nacional de España

das las cosas, y aun á celebrar en su honor una función eucarística y de desagravios.

La verdad es que acerca de todo esto, así como acerca de cuanto en su sistema de vd. tiene que ver con la moral y con las ciencias sociales y políticas, hay muchísimo que decir todavía, y más importante que lo dicho hasta ahora; pero yo estoy cansado de escribir sobre tan arduas cuestiones, y vd., y el público á quien comunico las cartas que á vd. escribo, recelo yo que estén cansados de estas filosofías que voy enjaretando. Dejémoslas, pues, al menos por ahora, y ya veremos si más adelante vuelvo á escribir á vd. sobre su libro, con más serenidad y reposo. Entre tanto, aunque disto mucho de haber expuesto aquí toda la doctrina que el libro contiene, y de haberla juzgado, ya creo que doy alguna idea, así de la doctrina como de lo que pienso acerca de ella. Solo añadiré hoy cierta alabanza, que lo es para un escéptico como yo, aunque para vd. no lo sea. Su libro de vd. no convence, pero entretiene. Luce vd. en él su brillante imaginación, y llena no pocas de sus páginas de elocuentísimas frases. Ya esto es mucho, y yo le doy por ello mi más cumplida y cordial enhorabuena.

Créame su afectísimo y S. S. Q. B. S. M.

JUAN VALERA.

© Biblioteca Nacional de España

ARTICULOS CRITICOS

EL PERFECCIONISMO ABSOLUTO

BASES FUNDAMENTALES DE UN NUEVO SISTEMA FILOSOFICO

POR

JESUS CEBALLOS DOSAMANTES

I

Los estudios filosóficos requieren gran fuerza de inteligencia, atención para analizar los detalles, orden para distribuirlos, método para investigarlos, ilustración y facultades para generalizarlos y sintetizarlos, y sobre todo, completa abstracción del *amor propio*, ó mejor dicho, de apego sistemático á las propias ideas, á fin de no fanatizarse con un *sistema;* porque en definitiva, la filosofía del porvenir no será un sistema filosófico, será simplemente: Filosofía.

Los conocimientos humanos no están en la actualidad en el estado de perfección á que deben llegar para que esta ciencia se desnude del espíritu sistemático,

© Biblioteca Nacional de España

y tenemos que conformarnos con las fórmulas sistemáticas, mientras no conozcamos las verdades positivas, que abundan en todos los sistemas filosóficos, al lado de los errores que son patrimonio natural de la falta de conocimientos, y cuya falta se suple con fantásticas hipótesis. La discusión entre los sistemas da los mismos resultados que la disputa entre las religiones, tan hermosamente retratada en "La meditación sobre las Ruinas," por Volney. En este juego no se apuesta, sin embargo, más que el *amor propio*, y por consecuencia, es á las religiones como el juego de azar al ajedrez. Por lo mismo, Voltaire tenía más afición á los filosófos que á los teólogos, y toda gente sensata debe ver con menos temor un nuevo sistema filosófico, que una nueva religión. En filosofía nadie se ha batido por sus opiniones, aunque siempre se da el caso de que ninguno se convence. En esta inteligencia, voy á decir algo sobre *El Perfeccionismo Absoluto* que ha publicado el Sr. Jesús Ceballos Dosamantes, para establecer las "Bases fundamentales de un nuevo sistema filosófico."

La crítica no versará sobre que no es un sistema nuevo. En el arte literario la novedad es necesaria; en filosofía, por el contrario, solamente las verdades desconocidas antes pueden ser nuevas, las demás no son nuevas, son verdades y esto les basta para merecer toda clase de respetos.

La novedad del sistema del Sr. Dosamantes consiste en haber combinado un panteismo caótico progresivo con el Dios–Humanidad de Auguste Comte.

Llega á este resultado después de combatir heróicamente á los místicos, á los materialistas, á los metafísi-

© Biblioteca Nacional de España

cos y á todos los sabios habidos y por haber, en cuanto no estén de acuerdo con su sistema darwinista, espírita, panteista, positivista progresivamente.

Esta es la síntesis que se obtiene de la ley del progreso, como la concibe el autor, la cual, según él, es *causa eficiente del Universo.* (Pág. 9.) Esta ley se verifica constantemente en el Universo, luego es su causa eficiente. Todas las leyes generales del Universo se verifican constantemente; luego cualquiera de ellas es causa eficiente del Universo. El carácter general de las leyes universales, es el número: los números rigen al mundo: luego las leyes del número son la causa eficiente del Universo. Así discurrió la escuela pitagórica, á lo menos según su simbolismo conocido. Todos estos son sofismas de la misma especie que consisten en confundir las causas con los efectos. Nada de extraño tiene que quien asiente por base estos conceptos, diga después: " Entonces, á efecto del impulso " que la fuerza diera *á la sustancia ductible del embrión,* " *procedente del más poderoso tipo vegetal,* le imprimió " lentamente las modificaciones reclamadas por las ne- " cesidades del poder anímico, que concretado indivi- " dualmente desde el alga, venía actuando en la sustan- " cia organizada, con persistente existencia. Como re- " sultado, pues, de tales modificaciones, surgió el tipo " intermediario entre el vegetal y el animal; tal es el " zoófito, con el cual se abre la inmensa escala zoológica " en cuyo término culminante y en el gran grupo de " los vertebrados, encontramos al hombre." (Páginas 23 y 24).

Todo lo cual surgió espontáneamente, porque el

© Biblioteca Nacional de España

progreso es ley sublime, necesaria, causa eficiente y creadora, clave de todo.

La confusión que hace la obra del Sr. Dosamantes entre las causas y los efectos es notable, sobre todo, en esta proposición, que carece de pruebas: " Bajo este " concepto vemos que el poder creador se manifiesta " constantemente en relación con la forma sustancial " que reviste, natural es decir, que cada ser en la naturaleza es al mismo tiempo causa y efecto."

Cuando digo que carece de pruebas me refiero á la última parte que no es consecuencia de la primera. Carece de pruebas, y no deben reputarse como tales una descripción de la escala de los seres, derivándose unos de otros progresivamente, porque esta será la enunciación de un hecho, no de su causa eficiente.

El autor mismo no se satisfizo con esta explicación y la completó con el *agente cósmico;* era preciso un gran poder de fe para engendrar este agente, y consta como todo dogma de fe, con su correspondiente *Creo.* Dice así: (Pág. 69).

" Creo, pues, que todo el infinito espacio está ocupado por la sustancia ó materia, y que ésta lleva en su seno un poder *creador que la gobierna y que la impulsa al progreso.* A este poder, que en su calidad de inherente á la materia no podría considerarse como á elemento distinto, puesto que solo se puede separar *por abstracción,* tengo que darle un nombre, y he aquí que estas cuestiones de palabra, me dificultan y me embargan extraordinariamente."

" ¿ Le llamo alma del Universo ? Se me califica de

© Biblioteca Nacional de España

panteista, y ofrezco que no voy á dar la vieja filosofía de la India."

"¿Le llamo fuerza? Se me tendrá por materialista, y vengo huyendo de las impotentes doctrinas de esa escuela."

"¿Qué hacer entonces? ¿Cómo le llamaré?"

"Pues, decididamente, le llamo *agente cósmico*. He consultado el Diccionario, y encuentro que á la palabra *agente* le han dado los señores lingüistas, en su primera y más genuina acepción, un significado altamente apropiado á las circunstancias de ese poder creador de que vengo hablando." Asentado así por el autor este dogma, como cuestión meramente lingüística, que le embarga y dificulta extraordinariamente, resulta que este poder creador que todo lo gobierna y lo impulsa al progreso, que es sustancia absoluta, que propiamente no es distinto de la materia, se subdivide para individualizarse en los orígenes de la vida orgánica, forma los *organismos persistentes*, y en la página 72 "esos *or-*
"*ganismos persistentes*, constituidos por sustancias suti-
"lísimas, escapan á nuestros sentidos en cuanto á su
"forma y en cuanto á su significación de germen indi-
"vidual; pero la suma colectiva de todos esos poderes,
"conservando en germen su individualidad, se ofrecen
"caracterizando diversas agrupaciones de fluídos que no
"vemos, pero que conocemos por sus efectos, que la
"física antigua llamó fluídos imponderables y la moder-
"na los designa con el nombre de agentes físicos. Ex-
"traordinarios avances! ¡Cambios de palabras!"

Nada me ha parecido más serio y trascendental que lo que "El Perfeccionismo absoluto" considera como

© Biblioteca Nacional de España

meras cuestiones de palabras. Envuelve tres grandes cuestiones, que son: la existencia de Dios, la unidad de las sustancias del Universo, la unidad de las fuerzas que actúan en el mismo. Me propongo tratarlas en orden inverso al que están enunciadas.

El P. Secchi, en su obra monumental sobre la" Unidad de las fuerzas físicas" ha reunido todos los elementos que la ciencia moderna ha podido alcanzar sobre el primer problema, y de estos elementos, según puede comprobarse con la lectura de la obra citada, resulta la unidad de dichas fuerzas que en definitiva son vibraciones de la materia cuyo número entra en los cálculos de la ciencia, en la luz y en el sonido, y que no se han contado aún en el calor y la electricidad con la misma precisión, porque á más que acaso tengan mayor variabilidad, están menos sujetos á nuestros medios actuales de examen, y por los peligros que ocasiona su manejo. No queda duda, sin embargo, respecto de su naturaleza vibratoria análoga á la de la luz. Por tanto, los *organismos persistentes* nada tienen que hacer con estas fuerzas, y no es más que una humorada lingüistica darles un trabajo que no se toman, y que basta que se ejerza en cualquier sustancia material.

Si las fuerzas orgánicas son ó no distintas de las fuerzas físicas, es un problema que aún no hay elementos científicos para resolver; y dar una conclusión sobre esto, es enteramente prematuro en filosofía y en ciencias exactas. Abierto está el campo de estadío sobre esta cuestión, y los que reunan más datos sin espíritu sistemático para dilucidarla, serán los que más bien merezcan de la ciencia.

© Biblioteca Nacional de España

Hay por ahora un abismo al parecer insondable, entre las fuerzas que obran conscientemente y las fuerzas ciegas, entre la fuerza material sujeta á cálculos matemáticos y la fuerza intelectual y voluntaria, cuyo poder no está sujeto á cálculo y que puede muy bien ser de distinta naturaleza, como es de presumirse por sus efectos.



Ahora bien, si se quiere designar la totalidad de las fuerzas que actúan en el Universo con el nombre de *Agente cósmico, poder creador abstracto que todo lo gobierna y lo induce fatalmente al progreso*, esta será una manera puramente lingüística de eludir cuestiones sin resolverlas.

Debe observarse que el mismo autor elude explicar una objeción que resulta naturalmente de su sistema, y que consta en la pág. 76.

" Aquí es necesario que la razón se detenga, para " examinar las evoluciones de los seres, bajo dos aspec- " tos que establecen una profunda diferencia: tales son " las evoluciones que emprendieran para su desarrollo, " los seres que se crearon en los primeros períodos de " la vida del planeta y las evoluciones que realizan en " el presente los que tienen ahora nacimiento. Los pri- " meros seres, en su desarrollo, tuvieron que modelar " los tipos que habían de fijar los términos constitutivos " de las escalas orgánicas; y los segundos, en sus evo- " luciones, encuentran ya establecidos estos términos."

Resulta que tenían más poder los primeros que los segundos en el mismo período de vida, y que en consecuencia, la ley sublime del progreso fué más eficaz al principio que ahora; mas esta es *pecata minuta* que re-

© Biblioteca Nacional de España

sulta de que en "*estas variedades, había una que corres-*
"*pondía, en afinidad y por derivación, al tipo mineral*
"*que tras ensayos de constitución orgánica en* las geomé-
"tricas formas de las cristalizaciones, había alcanzado
"realizar la forma de *protococcus*. Es de tal trascenden-
"cia el raciocinio que vengo haciendo, con relación á
"la aparición de los primeros seres orgánicos, que me-
"rece toda nuestra atención. Por lo tanto, examinemos
"la procedencia de ese fluído, que siendo masa incon-
"creta, iba á ser subdividido en porciones concretas,
"las que disciplinándose en el seno de los primitivos
"embriones que las absorbieran, formarían el germen
"indestructible de lo que en un inmenso tiempo futuro,
"llegaría á ser al espíritu humano."

El caso es que tuvo más poder el gorila que se transformó en hombre, que el hombre que aún carece de poder para transformarse en ser superior, y en esto precisamente se detiene la razón á estudiar las inconsecuencias de la ley del progreso, y que son mayores, á medida que se estudian más los orígenes de los seres, lo que el autor explica porque han desaparecido los seres intermediarios que fabricaron nuestros antepasados, lo cual quiere decir que como desapareció su obra, los demás que carecen de este poder, no lo han necesitado como los primeros, y por consiguiente, han sido más flojos que sus antepasados, y progresan más rápidamente sin necesidad de pisar los escalones que faltan, lo cual es una inconsecuencia del *agente cósmico* y de la ley del progreso y del poder creador, y que se explica, además, porque hay una relación afinísima entre la masa sólida y la masa fluídica en cada planeta,

© Biblioteca Nacional de España

como entre los gases y las materias sólidas, y por el placer que tuvo el autor en entrar en este género de consideraciones para examinar cómo "*los elementos pu-*
"*rificados, incorruptibles, no retrogradables, que sirven*
"*de base para las evoluciones ascensionales de los seres,*
"*más bien dicho, que constituyen su naturaleza esencial.*"
Viene en seguida una descripción de lo que pasó y cómo pasó, y habla el autor como sigue, del origen de la vida: "Siguiendo estos tipos compuestos las evolucio-
" nes de su progreso, comenzaron á ensayar en los im-
" pulsos de su poder, la formación de organismos para
" la vida vegetativa. Después de alcanzar las formas re-
" gulares de las cristalizaciones, que son, por decirlo
" así, el prodromo de la forma orgánica, llegaron á pro-
" ducir ésta en el rudimentario y primitivo tipo del *pro-*
"*tococcus*, y no en vano los inconscientes impulsos del
" superior tipo mineral, engendraron aquellos orgáni-
" cos gérmenes; pues ya en el elemento incorruptible
" de la atmósfera, existía el fluído que afin á la natura-
" leza de aquellas celdillas, respondía á la necesidad que
" pedía vida con la necesidad que en sí sentía de darla.
" Fluído que, derivado de la masa cósmica universal,
" había llegado en las evoluciones del esferoide, á cons-
" tituir el más precioso elemento que surgiera de la ten-
" dencia natural hacia lo múltiple, á lo complexo, á lo
" armónico y á lo perfecto. Fluído en el cual se con-
" densaban los gérmenes inteligentes, que imbíbitos en
" el infinito seno de la madre naturaleza, existían de
" toda eternidad, pero en el estado de mayor simplici-
" dad, y que, en el momento que describo, entraban en
" la vida de su desarrollo, comenzando su existencia or-

© Biblioteca Nacional de España

"gánica, por las más sencillas y rudimentarias formas.

"Efectuóse, pues, la absorción de dicho fluido, con-
"cretóse en el seno de aquellos gérmenes del medio
"sólido, y el principio de la individualidad del ser que-
"dó constituido en aquel momento supremo."

Y termino el primero de estos artículos críticos.

JOAQUIN CALERO.

II

Nos abstendrémos de tratar de la unidad de la sustancia, como pudimos haberlo hecho respecto de la unidad de las fuerzas físicas, punto incidental en el "Perfeccionismo Absoluto" del Sr. Dosamantes, y que solo tratamos pará mostrar cuán caprichoso, absurdo y anticientífico es el fundador del Perfeccionismo para proponer teorías; y tratarémos el punto capital de la doctrina, que es el monstruoso *agente cósmico*, la semi-inconsciente é indisciplinada y progresiva causa creadora, destinada á ordenarse en el porvenir por la Humanidad-Dios que producirá la perfección absoluta.

En este punto único es donde el Sr. Dosamantes se encontró en desacuerdo con uno de sus críticos, el Sr. D. Juan Valera. Puede estar seguro el fundador del Perfeccionismo, que éste será el punto en que todos estarán de acuerdo para combatirlo. Y que no le valdrá hacer variantes de la parte declamatoria de su obra, en que trata con *odiosa* dureza á los místicos, con desprecio *insolente* á los metafísicos, y con *petulante* compasión á los materialistas; porque esta parte de su obra,

© Biblioteca Nacional de España

por más que la repita, nunca dejará de ser lo que es: ingeniosa, pero desnuda de razón.

Los calificativos que damos al agente cósmico y á la causa creadora, nada tienen de arbitrarios ni de caprichosos, como los que emplea el Sr. Dosamantes contra los que no aceptan ni su agente ni su causa creadora. El emplea epítetos personales y ofensivos, por el carácter que les da él mismo en su obra; y yo empleo calificativos impersonales, que se refieren á las bases de su sistema, deducidos del sistema mismo.

Dejamos dicho que el *agente cósmico* es monstruoso.

Su monstruosidad y aun los demás calificativos que damos á la causa creadora, se deducen de estos conceptos del autor: "La causa creadora no precedió al "Universo en su formación, con los atributos de una "perfección absoluta, y más aún, semejante perfección "todavía no se realiza; pero el progreso nos augura "que llegará á tan sublime término."—Página 217. "Agente y sustancia cósmicos, han existido en toda "eternidad."—la misma página. "Solo la baja y rastrera "abyección del hombre, que ha ensalzado á sus tira- "nos y que ha lamido con vileza la planta al pié de "sus verdugos, puede haber cohonestado la existencia "de un *ente soberano*, con el cúmulo de crueldades que "las *ciegas, torpes y primitivas evoluciones de los elemen-* "*tos*, producen en su desarrollo."—Pagina 227. "Pero "el asombro disminuye y desaparece la idea del plan "preconcebido, y se explica la existencia de lo fortuito "y monstruoso, desde el momento que con el auxilio "de las ciencias nos remontamos á lo simple naciente "y primitivo."—Pagina 235.

© Biblioteca Nacional de España

Por esta muestra, deducirá el Sr. Dosamantes que hemos leído su obra y que cada palabra que empleamos y las que emplearémos para combatirle y juzgarle, están concienzudamente meditadas, aunque le parezcan ligeras apreciaciones muchas de las nuestras.

Niega vd. la existencia de Dios por sustitución, sustituye á la hipótesis deista por la de una causa bastante para hacer el Universo inconscientemente, causa impersonal hoy y colectiva en el porvenir, consciente para entonces y disciplinada. Juzga vd. esta concepción más natural, menos metafísica y más científica, que la hipótesis deista.

Le tiene vd. tal odio á lo sobrenatural, que basta su odio de vd. para anonadarlo. Suponga vd. que existiera y que vd. lo odiara: ¿dejaría de existir por la fuerza afectiva del odio de vd.? ¿sería razón para que no existiera? ¿Por qué si no se encuentra en su obra otra razón contra la existencia de lo sobrenatural que este odio caprichoso, se asombra vd. de que á otros no les produzca la misma impresión que á vd?

Vd. confunde lo metafísico con lo falso y anti-científico. ¿No le parece á vd. que hay cosas metafísicas verdaderas y también falsas? Luego el que una concepción sea metafísica, nada arguye contra ella.

Si por científica una concepción, se quiere decir la que se pueda confirmar experimental ó racionalmente, la concepción deista es tan científica como las matemáticas; porque se razona perfectamente, y los que no la aceptan, no es por irracional, sino porque no quieren estudiarla bien.

No hemos de acudir al misticismo, que es el fanatis-

© Biblioteca Nacional de España

mo de la adoración al Ente Soberano. Para combatir á vd. nos bastaría tratar á vd. con el mismo insolente desprecio con que trata vd. á los metafísicos, para luchar con armas iguales, puesto que un desprecio se contesta con otro desprecio.

Dice vd. que los argumentos metafísicos son armas de convención que por medio de palabras cabalísticas demuestran lo que quieren. Pero esto, Sr. Dosamantes, es una apreciación de vd., injusta por una parte, y por otra, que no prueba nada contra los argumentos metafísicos, como tampoco prueba nada contra los razonamientos matemáticos, el que por medio de letras, signos, coeficientes, exponentes, logaritmos, fórmulas y operaciones, que no están al alcance de los ignorantes en la materia, se llegue á demostrar ciertos teoremas.

Si las fórmulas filosóficas son el resultado de una serie bien seguida de razones y de observaciones, y se puede por medio de ellas demostrar la existencia de Dios, vd. declamará mucho contra las formas cabalísticas, y lo sobrenatural y lo metafísico, y se quedará declamando, pero sin provecho y sin utilidad.

Vd. sabe bien lo que han conseguido los materialistas con el mismo sistema de vd. en este punto; que vd. los desprecie y ellos á vd. y á su agente cósmico.

Suponga vd. que los deistas tengan á Dios por sobrenatural, que crean que obra en la naturaleza por medio de leyes inmutables, justas, sabias, perfectas, absolutas; y supóngalos vd. que se explican perfectamente las aparentes anomalías de la naturaleza, de conformidad con estas mismas leyes. En esta suposición, cree vd. que no le contestarían perfectamente á estas pre-

© Biblioteca Nacional de España

guntas de vd: "¿Por qué es remisa la causa *personal* y *suprema* para dominar el mal? ¿Por qué orgullosa y despóticamente nos desprecia y nos ve como á míseros gusanillos, habiendo puesto en nuestra alma la aspiración á lo justo, á lo bello, á lo grande, á lo absoluto, á lo eterno é infinito? ¿Por qué puso en nosotros la facultad de razón y se ofende cuando de ella hacemos natural empleo? ¿Por qué no excluyó de su obra lo fortuito y lo monstruoso? ¿Para qué la existencia malograda del niño que murió al nacer?"

Y una vez supuesta la contestación que puede vd. ver en libros que conoce perfectamente, resulta que Dios no se ha ofendido porque vd. le llame orgulloso, déspota, injusto, imprevisor, y autor de cosas inútiles.

Su "Perfeccionismo Absoluto" está fundado en el agente cósmico, y la causa creadora y la ley del progreso; pero no da prueba alguna, ni racional ni experimental, de las bases de su sistema: se limita á exponer las dichas bases, y por esa razón ha dicho á vd. con justicia el Sr. D. Juan Valera, que su sistema distrae pero no convence; esto es, que entretiene como toda exposición sencilla; pero no convence, porque carece de fundamentos.

Descendiendo á los detalles, se le podrían señalar inconsecuencias, y grandes, que destruyen su sistema por la base fundamental. Sea, por ejemplo, la de la página 76: "Aquí es necesario que la razón se detenga para examinar las evoluciones de los seres, etc.," en que al dar vd. mayores energías á la causa creadora en las épocas primitivas, que al presente, contradice vd. abiertamente la ley del progreso.

© Biblioteca Nacional de España

De Augusto Comte ha tomado vd. precisamente lo que ninguno de sus sectarios sabios acepta: el Dios-Humanidad. Mejor pasan por ateos, que por aceptar esta idea de su maestro. Aceptan el positivismo científico y político; pero han olvidado, y acaso desprecien, la parte mística que vd. se honra en resucitar. Ellos se encargarán de la tarea de enseñarle á vd. por qué motivos no han seguido en esto á su maestro; y acaso también, de dejar intacto para vd. lo único original de su sistema, el agente cósmico, con todos los honores de la invención y del descubrimiento.

Cuentan que un gran compositor dijo al oir cierta ópera de Verdi, que había en ella mucho bueno y mucho nuevo; solo sí que lo nuevo no era bueno y lo bueno no era nuevo; y nosotros diremos que en la obra de vd. lo bueno no es nuevo, y hay malo también viejo, y es malo, además, todo lo nuevo; que no carece vd. de ingenio y de habilidad para declamar contra los que no piensen como vd.; que los clasifica como le place; les da epítetos despreciativos, hace vd. de su comunión á los grandes hombres que quiere, porque así lo quiere; y se desfoga contra los otros, lo que es de mucho efecto en la política, pero que en filosofía no es práctico y á nada conduce.

¿Qué le habría vd. contestado á D. Juan Valera, si no hubiera vd. hecho *mutatis mutandi*, las mismas declamaciones que están en su obra, contra los fanáticos, los misterios y los metafísicos, y que ya habían divertido al escritor español, pero no le habían convencido?

Un sistema que se llama *Perfeccionismo absoluto*, y que no da una idea, ni de lo que es absoluto ni de lo

© Biblioteca Nacional de España

que es relativo, está escaso en la exposición misma.

Nos hemos devanado los sesos por averiguar qué idea tiene de lo absoluto el autor del sistema, y no lo sabemos. En nuestro concepto, no tiene idea fija de lo que es, ni es conveniente que la tenga, porque era capaz de declararse Dios y ordenador del agente cósmico, por derecho de invención. Los fetiches de la humanidad salvaje eran personales, el gran fetiche que se llama agente cósmico, hoy es impersonal y asbtracto; pero llegará con el tiempo á ser perfecto, personal, colectivo y Humanidad–Dios, y en esto ha consistido la evolución que hacen realizar á las ideas, el Sr. Dosamantes y los que se honren en cooperar á la fabricación del Dios futuro.

JOAQUIN CALERO.

III

La ciencia metafísica estudia las cuestiones ontológicas, psicológicas, la teodicea, la creación, el destino del alma, el origen de las ideas, y generalidades sobre el espacio y el tiempo. Sin ninguna repugnancia se han ocupado de estas cuestiones grandes sabios, honra de la humanidad por su genio, y lo que es asombroso, todos los sistemas filosóficos, aún los que más horror tienen á la metafísica, inclusive el Sr. Ceballos y Dosamantes, de que nos ocupamos en estos artículos. Nada más natural: estas cuestiones son los elementos de toda filosofía fundamental, y por consiguiente, repugna tratarlas, ó motejar despreciativamente á quienes las tratan,

© Biblioteca Nacional de España

sobre argüir inconsecuencia, puede considerarse una falta de caridad, muy cerca de la mala fe, si no la disculpa algún *trastorno de facultades mentales;* lúcidas, por otra parte, en lo general.

Es brillante la exposición que hace el Sr. Dosamantes aplicando las doctrinas de Darwin á su sistema, y generalizando estas teorías hasta donde las generaliza el espiritismo kardeciano. Las cuestiones psicológicas las trata después la obra del "Perfeccionismo," bajo el punto de vista que Allan Kardec, aunque disfrazando el origen de sus estudios con otra terminología, sin que por esto hayan perdido nada de su mérito: están tratadas de una manera científica y que honra á su autor.

Mucho y muy bueno podría contestarle un sabio materialista que le dijese, que en esta parte de su obra, no se había emancipado de *las preocupaciones de la humanidad niña*, pretendiendo ver en fenómenos biológicos materiales, hechos hijos de esa preocupación absurda que llaman los metafísicos espíritu; y está persuadido el Sr. Dosamantes de que todo lo que en este punto expusiese el materialista sistemático, sería declamación sin ningún fundamento, y que señalaría el sofisma que cometería el materialista al atribuirle comunión de ideas con Felipe II y Torquemada y otros muchos espiritualistas que han existido, para escarmiento de materialistas.

Las contestaciones que vd. daría en este caso, no hay inconveniente, ni vd. tampoco lo encontrará, en suponer haberlas recibido, de los deistas, imbuidos en *esta preocupación de la humanidad niña*, que pretenden ver en el Universo la obra preconcebida de un Autor,

© Biblioteca Nacional de España

y en las leyes que lo rigen, una Voluntad Suprema, Sabia, Inmutable y Providente.

A las simples negaciones del materialista, á sus confusas explicaciones, opondría vd. las pruebas de la existencia del espíritu, lo mismo que podrían los deistas oponer, á su *agente cósmico y causa creadora*, y á sus simples negaciones y sus confusas explicaciones, las pruebas elementales de la existencia de Dios, y además deducirlas de su obra misma, en donde están inconscientemente para vd.; porque en esto de la inconsciencia, y de la inconsecuencia, es vd. por el estilo de su *agente cósmico en los momentos de sus primitivas evoluciones.*

Usted dice que el plan del Universo acusa una inteligencia suprema, tanto como es imposible concebirla; que como la causa creadora no es solo admirable, mejor es contenerse en los límites de lo admirable.

Usted dice que no hay un poder superior, capaz de contrarestar á las fuerzas ciegas de la naturaleza, y que quien poseyese este poder sería omnipotente.

Dice vd. refiriéndose á la ley del progreso, cuáles son los atributos de todas las leyes que rigen el Universo; y con estas afirmaciones, habla vd. en prosa, sin saberlo, como aquel célebre personaje de Molière: publica vd. pruebas de la existencia de Dios.

Ya en el artículo anterior se habrá enterado de que no estamos en disposición de dar á vd. respuestas que pueda leer en libros que conoce, y donde están contestadas todas las dificultades que vd. opone á la existencia de Dios.

El ente abstracto que vd. propone para sustituirlo,

© Biblioteca Nacional de España

es contradictorio en su noción misma. Lo abstracto no es más que el resultado de una función psicológica; todos los entes son concretos, tienen sus cualidades esenciales, y la función de abstraerlas, no es cualidad que les pertenezca, sino una manera que tenemos de estudiar. Las entidades abstractas, vd. mismo lo dice, no tienen existencia personal, no son entes, son concepciones de la inteligencia. Por eso le hemos dicho que *agente cósmico* es una concepción absurda y anticientífica. Pero debe vd. comprender que estas cuestiones no son tan vulgares que no se extravíen por ellas aun personas de tan clara inteligencia como vd., y que se leerá una discusión sobre esta materia, con deleite, por muy pocos individuos; y como no nos hemos querido constituir en maestros, estúdielas donde le acomode, y luego que ya hable en términos más científicos, su obra divertirá menos y enseñará más.

JOAQUIN CALERO.

IV

Al hablar en el artículo anterior de enajenación de facultades mentales, omitimos atribuirla al espíritu sistemático, y como podría tomarse en sentido ofensivo este concepto, sin esta rectificación, ó mejor dicho aclaración, téngala por hecha el Sr. Dosamantes á quien no es nuestro ánimo ofender.

La teoría naturalista del "Perfeccionismo Absoluto," puede resumirse en estos términos:

Los elementos simples, primitivos y eternos del caos

© Biblioteca Nacional de España

salieron espontáneamente, por la necesidad y por el desarrollo natural de su energía, de la noche obscura de su inacción primitiva y produjeron el universo relativo actual, progresivamente, sin intervención de ninguna causa extraña á la naturaleza; y sin intervención de la misma, producirán necesariamente en lo porvenir la humanidad absoluta y perfecta que será el Dios–Humanidad.

Las pruebas que aduce el Sr. Ceballos y Dosamantes pueden resumirse así:

Los seres que constituyen el Universo animado han procedido unos de otros, por escala progresiva, sin plan preconcebido, hasta constituir el hombre.

La hipótesis de Dios es inútil, primitiva é hija del miedo y de la ignorancia.

La hipótesis de Dios absoluto y perfecto, es contradictoria; porque no hizo al Universo absoluto, y porque consintió los adefesios de la naturaleza.

Esta nos parece la teoría del "Perfeccionismo Absoluto," hecho el resumen imparcialmente, y estas sus pruebas, desnudas de todo adorno, de toda clase de declamaciones, inútiles para todos los hombres pensadores, para los que saben separar la paja del grano.

Parece que estos elementos primitivos de que se ha formado el Universo, no son, según el Perfeccionismo, de una naturaleza permanente. Materiales primitivamente, se espiritualizarán con el progreso, de manera que la materia actual está destinada á ser espíritual, en lo porvenir.

Esta eterna cuestión de la dualidad ó unidad de la materia y del espíritu nos parece que no se resolverá

© Biblioteca Nacional de España

pronto. En la actualidad es inconcuso que existe la dualidad, y que la unidad no solo es suposición gratuita, sino que no se presentará un solo caso de transformación de átomo material en ser espiritual, y existen incompatibilidades racionales entre las facultades de la materia y las del espíritu, que hacen suponer que la dualidad que patentemente y sin ninguna duda existe hoy, es, ha sido y será permanente, si no cambia de modo de ser la naturaleza. Sin embargo, como contra los hechos no hay razón alguna, ni argumento, hasta que se presente el hecho á que hemos aludido, tendrémos todos derecho á creer lo que estamos viendo: que hay diferencias radicales entre la materia y el espíritu.

En tal caso, "El Perfeccionismo Absoluto," que está por la unidad de las sustancias, puede decir: si las sustancias materiales no progresan, progresan las espirituales en el sentido de la teoría y quedará ésta intacta.

Llegue á ser Dios la humanidad, que es su aspiración, no importa que haya partido de la materia ó del átomo espiritual.

Para cuando llegue la humanidad á tan elevada categoría, se objetará que por qué no está (porque seguramente no lo estará) el Universo perfecto; y la Humanidad–Dios, que será un absoluto *incipiente*, perfectísimo, dará alguna respuesta de pie de banco, y se saldrá furtivamente por cualquiera parte, como quien sale por la tangente, ó dará alguna respuesta satisfactoria, que en tal caso será la misma que da el deismo racional, para explicar la existencia del mal moral y de los padecimientos, y de los adefesios de la naturaleza, de conformidad con la Providencia y los demás atributos de Dios.

© Biblioteca Nacional de España

El Perfeccionismo Absoluto que representa el Sr. Dosamantes, no sabe lo que es absoluto. Solamente así pudo éste haber concebido en su sistema un absoluto incipiente en la actualidad. Lo absoluto es en todos tiempos, no ha tenido ni tendrá principio, ni tendrá fin; por eso mismo, aun el título de la obra del Sr. Dosamantes, es absoluto. Ya hemos visto qué importantes son sus simples cuestiones de palabras en el primero de estos artículos.

La escala progresiva de los seres ha sido necesaria, espontánea, sin causa extraña, sin plan preconcebido, dice el Sr. Dosamantes; como se perfeccionan los inventos humanos, retocando las máquinas primitivas imperfectas, nuevos inventores.

Pero precisamente el ejemplo es detestable: todas las reformas, lo mismo que la máquina, son hijas de plan preconcebido.

Dice el Sr. Dosamantes que la personalidad que hubiese concebido el Universo, tenía que ser una inteligencia suprema y absoluta. Indudablemente; y si se observa su unidad, en la variedad inmensa de sus creaciones y producciones, hay que convenir también en que esta personalidad es única, y precisamente esta es la concepción que tenemos de Dios, á quien cuando lo suponemos absoluto, más lógicos que el Sr. Dosamantes, no le asignamos principio ni fin, y puesto que vemos el Universo como efecto de su plan, reverenciamos en El la inmensa superioridad que tiene sobre nosotros, como el Sr. Dosamantes hace cortesmente en acatar las superioridades de autoridad y de mérito en la tierra, sin que nadie lo llame degradado ser, que la-

© Biblioteca Nacional de España

me los piés de su verdugo, ó que humilla su divina humanidad.

Que es inútil la hipótesis de Dios é hija del miedo, progresión ideológica del mito fetichista. Tan inútil es, como la causa para que se produzca el efecto, el autor para que se ejecute la obra, el legislador para ordenar la ley.

Hija del miedo, sí, porque al amparo de esta idea desafiamos todos los peligros, abrigamos todas las grandes esperanzas, y aspiramos á todos los ideales. ¡Bendito sea el miedo que infunde valor y derrama consuelo y esperanza!

Progresión ideológica del mito fetichista, sí lo es, no hay duda: Dios se ha ido perfeccionando en la concepción humana, hasta que vd., en el último término de esta progresión, ha encontrado la nada. ¿La nada? No, ha encontrado vd. el absoluto, incipiente y progresivo, en su absurdo perfeccionismo.

El sofisma general del "Perfeccionismo Absoluto," es, á más de confundir las causas con los efectos en la exposición, dar por demostraciones, razonamientos no probados, y aun suposiciones caprichosas. Ambas afirmaciones las hemos demostrado con citas del autor, y leyendo las citas hechas se verá que él dice en su parte fundamental; "que cada ser es causa y efecto de sí mismo;" que los seres se derivan unos de otros, por escala rigurosa en que han "desaparecido los peldaños ó seres intermediarios para quedar los tipos fijos (lo cual es una suposición racional, pero sin pruebas y darla por probada es á todas luces sofisma).

Si Dios hubiera dado á todos los seres que forman

© Biblioteca Nacional de España

la naturaleza energías propias para llegar á su fin, sin nueva intervención suya, más que el cumplimiento de sus leyes eternas é inmutables, ¿qué razón de ser le quedaba al sofístico "Perfeccionismo Absoluto?" Ninguna, á no ser el capricho de su fundador.

A medida que aumenta el conocimiento de la naturaleza, aumenta en perfección el conocimiento de la noción de Dios; luego, llegará el día en que en vez de tener una noción de Dios, absolutamente perfecta, tendrémos la noción de que Dios es nada, ó es un efecto de la naturaleza: el Dios–Humanidad. Nada parece más desnudo de lógica y de consecuencia que este razonamiento; nada más absurdo y anticientífico.

Hemos hecho severo juicio de la obra del Sr. Dosamantes; nos asiste el derecho, pues, de decirle que hay en su obra un capítulo primorosamente trabajado, y es el que se titula: "El castigo divino no existe y el humano debe convertirse en enseñanza." Si la obra toda contuviera el mismo modo de razonar, la misma hermosura de estilo, la misma inspiración generosa, la obra del Sr. Dosamantes, en general, mereceria únicamente entusiastas alabanzas.

JOAQUIN CALERO.



© Biblioteca Nacional de España